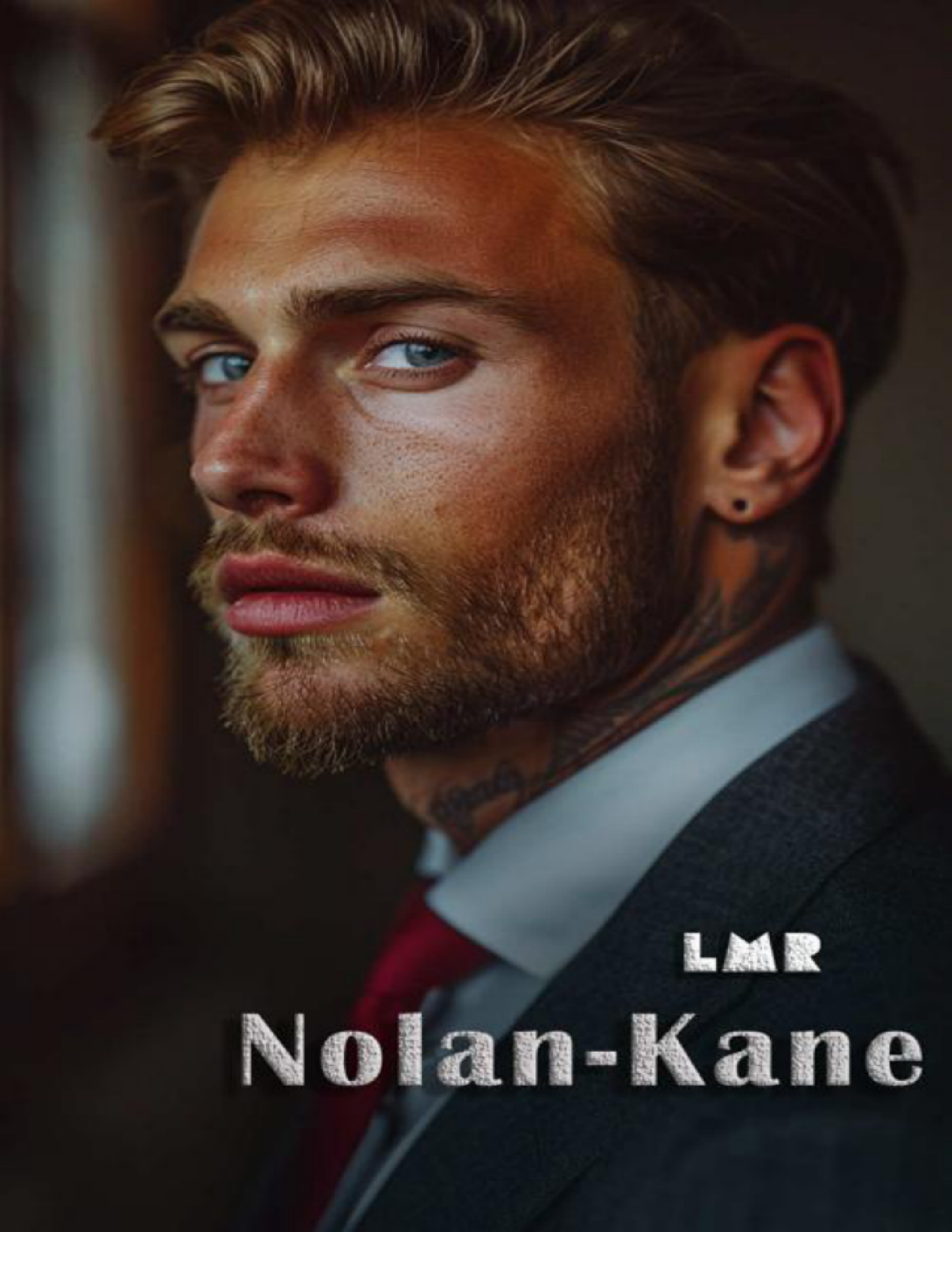

LMR
Nolan-Kane

Nolan-Kane

Playlist · Nolan&Nina

Whatcha Doing - Dua Lipa (3:18)

This is what you came for - Calvin Harris, ***Rihanna*** *(3:42)*

Dream of you (with R3HAB) - CHUNG HA, R3HAB (3:12)

You belong with me (Taylor's version) - Taylor Swift (3:51)

Only Girl (In The World) - ***Rihanna*** *(3:55)*

Bloodline - Ariana Grande (3:36)

S&M - ***Rihanna*** *(4:03)*

We can't be friends - Ariana Grande (3:48)

You Give Love A Bad Name - Bon Jovi (3:42)

Stay - ***Rihanna****, Mikky Ekko (4:00)*

1

Nina

💌

Salgo del aeropuerto y al tirar de mi maleta veo la pulsera que me rodea la muñeca. Si reprimir muecas de asco fuera un deporte olímpico yo ya tendría todas las medallas de oro, pero practico un poco más mientras la desabrocho, la tiro a la primera basura que encuentro y me subo al SUV rojo que he alquilado para el mes.

Casi tengo un orgasmo de lo espacioso que es por dentro y lo bien que huele.

Conduzco cuarenta y cinco minutos entre árboles frondosos y una vegetación digna de la selva amazónica hasta llegar al mayor complejo vacacional de Mountville, en algún lugar perdido de la costa de Virginia. Pese a las fotos que ya he visto en internet lo que tengo delante de mí me despeina como si acabara de pasarme un Fórmula 1 rozando, hasta me flojean las rodillas. Subiendo hacia la recepción he visto tres piscinas, un campo de golf, una pista de tenis y aguas termales, además del mar que tampoco anda lejos.

Estoy. En. El. Paraíso.

—Bienvenida a Mountville, ¿en qué puedo ayudarla? —Corpulento, con bigote canoso y el nombre de Julio escrito en una placa en su uniforme, el hombre tras el mostrador me ofrece la que parece la mejor de sus sonrisas.

Puede que durante la última semana haya llorado más que en los últimos cinco años juntos, pero intento corresponderle.

—Buenos días, he alquilado una villa y mi estancia empieza hoy.

—¡Menuda suerte! Permítame su identificación y enseguida la busco en nuestras reservas.

Saco lo que me pide de un bolso soso, negro y roto en el que Julio no repara.

—Aquí tiene.

—Señorita Andrews, veo que va a estar con nosotros un mes entero, es usted una afortunada como pocas. Déjeme que vea en qué villa la han… —Frunce los labios y su bigote se mueve con el gesto—. No es posible.

—¿Hay algún problema?

—¿Contrató la villa TYL? —pregunta mirando el ordenador en el que apuesto que ya lee la respuesta.

—Sí, todo el mes.

—No es posible —repite en voz baja, más para sí mismo que para mí—. ¿Puedo saber con quién habló al hacer la reserva?

—Con la señora Ridelmunt.

—¿Me disculpa un segundo? —Me sonríe, aunque esta vez resulta forzado, levanta un índice para que espere y se lanza hacia el teléfono.

Cojo un caramelo del bol dorado con forma de caracola. *Teniendo en cuenta la burrada de dinero que he pagado no esperaba tener complicaciones nada más llegar, pero por lo visto, los ricos también tienen problemas. ¿Qué será lo siguiente? ¿Los famosos tienen sentimientos?* La sonrisa de Julio se tensa con cada segundo, así que o le están haciendo sexo telefónico o yo me voy volviendo al aeropuerto.

—Bien, si estás segura de ello. Claro, Mary, lo haré de inmediato —cuelga mientras me pregunto si la tal Mary y él llevan años siendo amigos o algo más que eso. Se gira hacia mí y parpadea varias veces,

todavía en trance—. Bien, la villa TYL entonces.

—Puedo esperar si hay algún inconveniente. No tengo prisa.

—No será necesario, según parece la señora Ridelmunt mandó limpiar la villa esta misma mañana y ya está lista para que se instale cuando guste. —Busca las llaves y tarda un largo momento en el que intuyo la frecuencia con la que alquilan esa villa.

Demasiado cara, supongo. Acepto su panfleto orientativo, le escucho mientras me comenta los horarios de actividades que no voy a hacer, y sacudo la cabeza cuando pregunta si tengo dudas al respecto. Escéptico se queda corto. Julio está esperando a que me crezca una segunda cabeza y aunque mi curiosidad quiere saber por qué, salgo de la recepción porque ya he socializado bastante por hoy.

Me prometí a mí misma que lo negativo y mediocre se quedaba en Nueva Jersey, así que no he pedido comida en el avión, lo cual se traduce en que se me va a juntar el estómago con la espalda del hambre que tengo. Me lleno los pulmones del olor a mar, el cantar de los pájaros y los grillos, la deliciosa sensación del sol en mi piel y me siento mejor. El camino que da a mi villa está repleto de rosas, lo cual triplica mi buen humor.

—Cierra. La. Boca —jadeo cuando me topo frente a ella de cara a cara. Mi villa es una mansión. Se me escapa una carcajada por primera vez en siglos—. No puede ser verdad.

Espero a que Meryl Streep y Amanda Seyfried aparezcan cantando porque lo único que se me ocurre es que formo parte del set de *Mamma Mia* y no he sido avisada. No estoy en Grecia. *¿Porque no estoy en Grecia, verdad?* Otra carcajada.

Dejo atrás mi piscina privada junto con el bonito jardín y entro a un salón repleto de ventanas por las que entra el sol a raudales. La cocina es abierta y tiene una isla. *¡¡Nunca he tenido una isla!! Mi apartamento tiene veinte metros cuadrados, ¿sabes lo que te digo?* Hay

más habitaciones de las que puedo contar y dudo tener tiempo para utilizarlas todas, pero merece la pena intentarlo. Subo la escalera y los adornos de la barandilla me hacen cosquillas en los dedos: hay rosas talladas.

—¡No me lo creo! —Llego arriba y la cama de mi dormitorio es enorme, blanca con una familia de cojines de pelo suave que toco nada más ver. El baño no se queda atrás y es entonces cuando me doy cuenta de que como alguien oiga los sonidos que salen por mi garganta va a pensar que estoy grabando una peli porno. Abro la puerta corredera que da a la terraza y las vistas son una maza directa a mis pulmones. Puedo ver el mar, el resto de villas vecinas, algunas de las piscinas, mucha vegetación…—. Quiero quedarme aquí para siempre.

Vuelvo sobre mis pasos y me tiro de espaldas a la cama. Me quedo dormida y no me despierto hasta veinte minutos después cuando una voz masculina suena en el piso de abajo. Pienso que será alguien del hotel para informarme que hay bombones bajo las almohadas que aún no he visto cuando me topo con… *joder*.

Me paro en la escalera segura de estar soñando todavía. *Mi imaginación es increíble*. Vestido con el uniforme azul típico de los médicos, el hombre que está parado frente a la entrada de mi nueva casa no es guapo. *Muy* guapo tampoco le hace justicia. Un *dios-santo-debe-dolerte-la-cara* en toda regla, alguien merecedor de que te rompas la mandíbula de abrir tanto la boca, son definiciones que se acercan más al centro de la diana.

Alto como para causarme una contractura en el cuello. Pelo rubio oscuro, más corto a los lados y despeinado en la parte de arriba en una clara señal de *voy a ser de lo que hables a tu psicóloga el resto de tu vida y encima vas a darme las gracias*. Sus labios se hacen con el podio de la categoría apetecible, pero la barba de seis días perfilada que

enmarca su mandíbula ya lo considero abusar. Llego a sus ojos azules, hermosos, hipnóticos y desafiantes pese a que emanan un enfado que no suele tener cabida en mis fantasías. Bajo los escalones que me faltan y me planto frente a él a una distancia prudencial. Él la reduce y hace saltar todas mis alarmas. *Estoy en peligro. Aunque también dormida. Una persona puede tomar decisiones superficiales y cuestionables en sueños, ¿no?*

—¿No vas a contestarme?

—¿Mmm? —Carraspeo—. Sí, claro, ¿qué quieres saber?

—¿Por qué estás aquí? —Hace hincapié en cada una de sus palabras, como una sentencia.

No me doy cuenta de que no he contestado hasta que se rasca la nuca en un gesto frustrado. Mi atención se desvía hacia el tatuaje que empieza en su cuello y se esconde bajo la ropa. Alzo la mano para tocarlo, pero otra más fuerte me rodea la muñeca.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Miro su agarre. Luego a él. Mi pulso se acelera de un modo distinto, uno arrítmico y ahogado. Me pellizco la punta de la lengua con las muelas y me duele.

—Oh, Dios. No. Estás aquí de verdad. —Me suelto, me doy la vuelta y me tapo la cara. Oigo pasos. Luego una voz grave que carraspea despacio. No soy una cobarde, así que me trago mi patética exhibición de desequilibrio mental y me disculpo—. Perdona, han sido unos días muy largos y estoy muy cansada, no sabía…

—No es excusa. —Se cruza de brazos y juraría que crece varios metros más—. Has cometido un montón de infracciones, ¿lo sabías?

—Pero si ni siquiera te he…

—Da igual, estoy hecho polvo y solo quiero dormir. Recoge tus cosas y lárgate —camina hacia la puerta dando la conversación por zanjada.

Hostil se queda corto. Le sigo al jardín. Su cuerpo gana un par de músculos desarrollados a la luz del sol y en un par de zancadas cruza al jardín contiguo, el de mis vecinos.

—Perdona, ¿que me vaya dónde exactamente? —*si me dice que a la mierda es el insulto mejor llevado de la historia.* Miro la piscina con el flotador de donut rosa—. Vamos a molestar a los huéspedes, ¿no es allanamiento de morada?

—Sí —se gira y me mira desde las alturas como si fuera la criatura insignificante que ha tenido la osadía de aplastarse contra su parabrisas—. Es una de las infracciones que has cometido.

—Tú me estás obligando a cometerla, esto no es cosa mía.

Se pellizca el puente de la nariz y procede a inspirar de forma dramática.

—No me apetece jugar a las adivinanzas, como he dicho estoy hecho polvo así que saca tu maleta de ahí y vete donde te corresponda —su tono autoritario me insta a desobedecer.

—Estoy donde me corresponde —señalo a mi espalda.

—¿Cómo dices?

—He alquilado esa villa.

—Añadimos mentirosa a la lista de cualidades.

—Oye, ¿disculpa? —me pongo las manos en las caderas mientras veo cómo su bordería le hace perder todo su atractivo—. No soy una mentirosa y si sigues hablándome de forma tan irrespetuosa me vas a obligar a poner una queja.

La gente con pasta se cree que las reglas no son para ellos y… Se ríe. Sí, suelta una carcajada sonora mientras muestra todos sus dientes y, como no, un hoyuelo. *A este lo ha hecho el diablo.*

—¿Estás ciega? ¿Acaso no ves que soy médico?

—Entonces tal vez consiga que te echen del hospital del resort.

No soy una mala persona. Nunca amenazo a la gente, todavía

menos a un desconocido, pero la furia que tengo delante está sacando lo peor de mí.

—Adelante, ponla —me reta con chulería—, seguro que me haces mucho daño.

—¿Eres el hijo del jefe o algo así? ¿Por eso tratas tan mal a los huéspedes? ¿O te regalaron la soberbia al entrar en el gremio?

Se inclina hacia delante, agachándose hasta que nuestros ojos están a la misma altura. Mi estómago se contrae traicionando a mi cerebro y empujándome a un mar de hormonas descontroladas. *Huele bien.*

—¿Crees que esta incesante charla va a conseguirte algo? —baja el tono—. Puede que tu cara bonita consiga abrirte muchas puertas de donde sea que vengas, pero aquí las cosas no funcionan así. Recoge tus cosas y sal de esa villa.

—Mira, no sé cuál es tu problema, pero he pagado por mi estancia y voy a quedarme aquí un mes. Si tienes alguna duda, no es conmigo con quien tienes que hablarlo, sino con la recepción del hotel.

—Ya estoy cansado de esto —murmura entre dientes, saca el móvil y en un par segundos se lo pega a la oreja. Se pasea delante de mí mientras espera—. Julio, ¿qué narices…? *¿Cómo?* —Me mira y siento dagas atravesándome la piel—. Ni de coña. Ni de puta coña. Hablaré con ella. —Cuelga de forma abrupta, pero cuando vuelve a llamar, quien sea que espera al otro lado de la línea no contesta—. Vamos hombre, encima no tengas la poca vergüenza de evitarme ahora —gruñe antes de endurecer la mandíbula hasta el punto de preocupar a cualquier dentista. Maldice como una bestia enfurecida y retrocedo, pero su atención recae sobre mí—. Da un paso más y tú y yo vamos a tener un problema.

—Y yo que pensaba que eso era lo que estábamos teniendo.

Una persona normal se defendería. En mis buenos tiempos le

habría cantado las cuarenta, pero ahora, a los veintiocho y sin nada a lo que aferrarme, me encojo cuando se acerca.

—¿Con quién hablaste?

—Con la señora Ridelmunt.

—¿Mary Ridelmunt?

—Sí, puede ser, no lo sé, desconozco su nombre.

Mis palabras le enfadan todavía más. Se pasa una mano por el pelo y vuelve a lo de pasearse. No parece que le calme en absoluto, pero la gente no suele fijarse en las huellas que dejan sus pasos.

—Bueno, no puedo decir que haya sido un placer, pero me despido ya. —Me doy la vuelta y hace eso de ponerse frente a mí.

Un latigazo de envidia por sus enormes zancadas me sacude.

—Ven conmigo. —Me coge del antebrazo y me da un tirón obligándome a andar.

Subimos unos diez escalones que dan a una pequeña plaza inundada de vegetación y fuentes. *Un cuento. O el escenario de mi peor pesadilla.* El desconocido y agraciado neandertal sigue soltando maldiciones entre dientes mientras veo como la gente a nuestro alrededor nos observa con precaución. Reacciono y me suelto.

—¿Se puede saber de qué vas? —Alzo la voz encarando al energúmeno que se interpone entre mi única fuente de felicidad y yo —. No sé qué problema tienes conmigo y mi villa, pero no me importa. Ni eso, ni de quién seas hijo, ni los pocos modales que la sociedad superficial en la que vivimos te permite tener a cambio de verte la cara. No he tenido una buena semana, ni un buen mes y puedo asegurarte que si vuelves a tocarme te va a caer una demanda más grande que el monte Rushmore y será lo segundo que te preocupe después de la patada que voy a darte en los huevos. ¿Lo vas pillando?

Pretende desintegrarme con la mirada, pero capto algo más en el gélido mar de sus ojos, una intensidad que me traiciona y que calienta

más que el sol.

—¡Señorita Andrews! —Se oye la voz de Julio en la lejanía, pero ninguno de los dos aparta la mirada hasta que llega hasta nosotros—. Señorita Andrews.

—Hola, Julio. Tal vez puedas echarme una mano y explicarle al tío sin modales…

—El resort le pide disculpas por el inconveniente —interviene con la respiración agitada de la carrera—. Le enviarán una botella de cava a su habitación para compensar las molestias y dispondrá de una noche más de la villa como obsequio. Mil disculpas.

—Gracias —*eso no me lo esperaba.*

—¿Me tomas el pelo, Julio? —le pregunta la montaña de músculos con una cercanía visible.

Julio tira de él poniéndole una mano en el hombro y luego echa andar mientras dice:

—Una vez más, el resort se disculpa con usted, señorita Andrews. Espero que pueda encontrar el salón comedor a su gusto, solo tiene que bajar por la rampa de canoas turcas, lo localizará con facilidad. Está todo en el panfleto informativo, pero si tiene alguna duda, llame a recepción —consigue decir por encima de los gruñidos del médico con malas pulgas.

Su mirada azul no se separa de la mía hasta que la vegetación se interpone y no le queda más remedio. Por algún motivo, siento sus ojos encima hasta mucho después.

2

Nolan-Kane

Julio desaparece en cuanto la vemos agachada en su parcela, plantando más flores en su jardín. Estoy tan furioso que ignoro a Sherlock Bones cuando se lanza hacia mí pidiendo atención como el peludo montón de babas necesitado que es. El beagle solo tiene dos años, así que es una crueldad en toda regla.

Me paro a su lado haciéndole sombra.

—¿Por qué lo has hecho?

Me mira de arriba abajo, estrechando la mirada como si le molestara el sol que le tapo.

—No llevas el colgante bloqueador de estrés que te regalé, supongo que el tonito viene por eso. —Se le curva la sonrisa hacia abajo en señal de reproche por mi poca fe en sus piedras mágicas—. Si has venido a comer, no he preparado nada todavía. ¿Y las calabazas que te pedí?

—He venido a por respuestas, sabes de lo que te hablo. Contéstame, ¿por qué lo has hecho?

Suspira, se apoya sobre sus rodillas y se levanta despacio con un cuento que no le compra ni Bones.

—Estamos en números rojos.

Se me encoge el estómago solo de pensar que se preocupa. No

debería.

—Te dije que lo solucionaría —le recuerdo.

—No puedes viajar por el mundo curando a gente adinerada porque tienes que cuidar de Láhria, y si no te mueves del hospital de Mountville, ¿cómo planeas ganar la fortuna que nos hace falta?

—Se me ocurrirá algo.

—No es responsabilidad tuya. —Su mano me acaricia la mejilla y sé que me ve como si aún fuera un criajo rebelde del que tiene que ocuparse.

—Sí lo es, es más mía que de nadie. Dame algo de tiempo. He recibido algunas ofertas interesantes, podría llevarme a Láhria conmigo y…

—¡Y una porra! —Me da un golpe flojo en la mejilla con la mano abierta—. Tan solo tiene diez años, ¿quieres sacarla del colegio y arruinarle la vida? No permitiré que le hagas eso a mi nieta. Necesitamos el dinero y alguien apareció dispuesta a pagar por la villa. ¡Deberías estar contento!

—No estoy *nada* contento.

—Tal vez deberías investigar en alguno de esos libros científicos tuyos. Puede que exista una enfermedad cuyos síntomas sea ser un gruñón insoportable. —Se dobla hacia delante, hinca una rodilla en el suelo en un segundo y acaricia el estómago de Bones.

—Ridelmunt.

—Muchos estudios demuestran que las palabras negativas afectan a las plantas, deberías *plantearte* venir aquí con buenas pulgas la próxima vez.

Me alejo de ella y Bones me sigue. Como siempre, percibiendo los estados de ánimo de la gente, queriendo mejorar las cosas.

—Por cierto, ¿no debería estar por aquí revoloteando, pidiéndome unos macarrones con queso?

—Hoy se queda a comer en casa de Cleo —contesto sin girarme—, voy luego a buscarla.

—¿Otra vez en casa de Antea Wilson? Espero que no se le pegue su soberbia y acabe caminando como si tuviera un palo metido por el…

—*Bones, quieto.* —Se sienta y me mira con ojos de cordero degollado.

—Tráeme las calabazas, chico —alza la voz a lo lejos—, ¡y haz las paces con tu nueva vecina antes de que Lay vuelva!

Utilizo el camino de vuelta para meditar una estrategia. *Nina Andrews, veintiocho años, de algún lugar de New Jersey.* Eso era todo lo que Julio sabía de ella y con suerte, era todo lo que necesitaba para conseguir que se largara.

Oigo la música antes de llegar al jardín. Contengo un gruñido pensando en lo horrible que sería que de verdad fuéramos vecinos un mes y entro a su parcela. Lo último que esperaba era verla medio desnuda junto a la piscina tomando el sol, pero así están las cosas. Cuento hasta diez y respiro hondo. *Solo es un bikini.* Los shorts que lleva puestos a duras penas le cubren el culo, pero prefiero eso a ver lo que ya puedo adivinar por encima de la fina tela.

Se da la vuelta cuando me oye y hace una mueca. *Bien. No quiero que vuelva a mirarme con los labios entreabiertos, acercándose a mi garganta como si quisiera hacer lo que en otras circunstancias yo le habría suplicado que hiciera.*

—¿Has venido para disculparte?

—No.

Me paro hasta que veo con claridad los dos bosques húmedos y seductores que viven en ese par de iris. Es una pena que su cara tampoco se quede atrás. Sus rasgos son dulces, redondeados, y sus labios carnosos, de la clase que cualquiera querría morder y saborear.

Remarco lo de *en otras circunstancias*.

—Te advierto que si tienes intención de soltar más impertinencias, llamaré a Julio.

Eso me hace sonreír. Utilizar a Julio contra mí es como llevar una zanahoria a un duelo con espadas, teniendo en cuenta que me conoce desde que nací.

—¿Por…? ¿Por qué sonríes? —pregunta con las mejillas adquiriendo color.

Siento un calambre directo en la polla y de forma silenciosa me cago en mi puta vida.

—He venido a solucionar el problema, Rihanna —me acerco al altavoz y bajo el volumen.

—¿Qué problema? —Se cruza de brazos y yo sigo sin bajar la mirada de su cuello—. ¿Por qué tocas mis cosas?

Niña de papá, ajena al trabajo duro y teniendo en cuenta el mundo narcisista en el que vivimos, probablemente con tendinitis en el codo de hacerse tantos selfis. Ajena a lo que supone leer libros sin fotos. *Esto tiene que darme resultado.*

—Nuestro problema.

—No existe ningún nosotros —replica—, no compartimos nada y si no te importa, me gustaría que te marcharas.

—Sí, me importa. Necesito que me escuches.

Alguien irrumpe en la villa. Soy el primero al ver a Raider con un montón de toallas limpias entre manos. Es su tercer año y en cuanto a nosotros respecta, seguirá trabajando aquí el tiempo que quiera.

—Hola, ¿son para mí? —El tono amable de Nina se me atraganta, veo cómo se acerca a estrecharle la mano—. Muchas gracias por traerlas tan rápido.

—Cualquier cosa que necesite hágamelo saber, señorita Andrews. —El chaval de veintitrés años empieza a babear de la forma más

disimulada que maneja.

—Puedes llamarme Nina, y gracias.

—¿Acaba de llegar?

—Sí, hace unas horas. —Ella sigue dándole conversación como si esto fuera un reality show de los huéspedes más simpáticos y agradecidos de América mientras Raider tiene cara de haber recibido un cupón premiado de lotería.

Le hago un gesto con la cabeza para que se largue, él asiente y desaparece. Me acerco a Nina y el breve segundo que observa al chaval marcharse, mis ojos me traicionan y caen sobre sus curvas. *La hostia.* Trago saliva con dificultad viendo como pequeñas gotas de agua se cuelan entre el poco espacio libre que hay. Quiero apartar la mirada para no acabar con una erección, pero como si estuviera bajo un hechizo, no soy capaz. La ropa ancha que traía puesta no le hacía justicia en absoluto.

—Así que existe gente agradable aparte de Julio —dice justo antes de alzar la vista hacia mí, por suerte yo ya la estaba esperando.

—He venido a proponerte un trato, Nina, escúchame antes de decir que no.

—¿Por qué iba a hacer lo que tú quieres cuando todo lo que has hecho desde que te conozco es ser tan insufrible como una plaga de malaria?

Inspiro profundamente para cargarme de paciencia pero el intento se vuelve en mi contra cuando un olor a caramelo me inunda los pulmones.

—Se te hinchan cantidad las venas del cuello, ¿no te irá a dar un infarto? ¿No eres poco-viejo para esas cosas?

A veces no me lo parece.

—Tienes razón, no he sido muy amable contigo. ¿Podemos volver a empezar? —Le tiendo la mano—. Me llamo Nolan-Kane.

Su mirada cae hasta mi mano y mientras el silencio se extiende como un chicle, ella la observa como si fuera dinamita en una gasolinera. La estrecha. No me gusta lo que siento cuando la toco, igual que no me gustó la vez anterior, ni la anterior. *Debería dejar de tocarla.*

—Nina. Te diría que es un placer, pero es un poco pronto para eso, acabas de presentarte. —Sonríe ante su propia broma.

—Tienes un sentido del humor peculiar, ¿te lo han dicho alguna vez?

Me suelta, se revuelve avergonzada y su chancla choca con el borde de la piscina, se tambalea y no lo pienso. Actúo. Tiro de ella con un brazo y la agarro de la cintura con el otro. Su respiración agitada pasa a estar contra mi pecho y siento cada una de sus curvas pegada a mí. *Mierda.*

—¿Qué estás haciendo? —pregunta aferrada a mis brazos.

—Evitar que te rompas la cabeza. No es así como quiero que dejes libre la villa.

Sus manos son suaves cuando resbalan por mi piel. Soy yo quien da un paso atrás, para que no tenga que hacerlo ella.

—Eso ha sido innecesario —resopla—, no iba a caerme.

Asiento porque no necesito convencerla de nada.

—Te ofrezco un trato. Tú abandonas la villa hoy y no solo te devolveremos todo tu dinero, sino que lo haremos con intereses. Te daremos veinte mil dólares por las molestias.

Yo se los daré de mi bolsillo. Pasan los segundos y su ceño sigue fruncido. No era la reacción de euforia que esperaba, pero nada en ella resulta ser lo que espero que sea. Tal vez su padre le dé pasta sin que tenga que arrastrarse y veinte mil dólares no sea más que calderilla.

—¿Por qué quieres que me vaya?

—Tengo mis razones.

—Eso y contestar «porque sí» es lo mismo y siento comunicarte que no eres mi *papi*. Mira, da igual, tampoco me iría aunque me lo dijeras. No te haces una idea de lo que este mes supone para mí. No voy a irme. —Agacha la cabeza y sé que hay una historia detrás de sus palabras, una que no quiero conocer.

—De acuerdo. En ese caso te doy veinte mil dólares si te cambias a otra villa. La que sea.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no —sonríe de manera torcida y lo que siento en las venas tiene que ser fuego. Se muerde el labio—. Me encanta esta villa.

Me pellizco el puente de la nariz, me froto la cara y me paseo delante de ella. Una nube inmensa tapa el sol y mi raciocinio.

—¿Puedes centrarte un segundo en el hecho de que te estaría dando mucho dinero?

—Pero es que no es dinero lo que he venido a buscar a Virginia, sino esta villa —asegura—. Es todo lo que siempre he querido. Mira, a veces en la vida se gana y otras se pierde. En mi caso, esta es la primera vez que gano en mucho tiempo y no voy a renunciar a ella por alguien con quien ni siquiera me llevo bien.

El sonido gutural que oigo no es de ella, así que debe ser mío.

—¿Todo bien por ahí, Nolan? —pregunta Lora en la villa al otro lado del jardín de Nina, sosteniendo su martini de las cuatro.

Divorciada, con cuarenta y siete años y dos hijos en la universidad, Lora lleva años pasando una temporada en el resort (pese a que está a una hora de su casa). Más o menos desde que sus inversiones en la bolsa le dieron el suficiente beneficio como para retirarse a una temprana edad.

—Estupendamente Lora, gracias.

—¿Necesitas que vaya a recoger a Lay? Puedo hacerlo si estás ocupado.

—No será necesario. —Alzo la voz, pero no la miro expectante de que pille el mensaje—. Nina, ¿de verdad no vas a irte?

Hace una mueca lastimera.

—Sí, lo siento. No voy a cambiar de opinión. —Tiembla con lo que parece un escalofrío y vuelve a cruzarse de brazos.

Cojo la toalla sobre una de las tumbonas, se la pongo sobre los hombros como haría con Láhria y sus manos llegan hasta mis antebrazos. *Otra vez. Otra vez esa sensación.*

—¿Qué estás haciendo?

—¿A ti qué te parece que estoy haciendo? —Doy un paso atrás recordándole a mi corazón que no es un caballo, ni esto el hipódromo, y que ya puede ir aflojando.

—Eres médico y con la pasta que me has ofrecido tan a la ligera, estoy segura de que puedes permitirte alquilarla cuando yo me vaya.

—No es que quiera quedármela para mí, es que no quiero que tú estés aquí —digo lo más crudo y honesto que puedo.

—Nolan.

—Nolan-Kane.

—Nolan-Kane, me está costando horrores no mandarte a la mierda —dice con voz calmada que rezuma peligrosidad y da vida a algo dentro de mí que no debería existir.

—No me digas.

—Sí, te digo, pero me voy a esforzar si te vas ya de ya.

—Y eso que solo acabas de conocerme.

—La cebolla te hace llorar al primer corte.

—No me estás entendiendo. Imagínate lo que sentirás de aquí a una semana, dos, después del mes entero. —Reduzco la distancia—. No volverás relajada a tu mansión en Nueva Jersey, princesa, llegarás

de los nervios, estresada. Deberías pensártelo bien.

—¿Me…? —Me mira ojiplática, con los labios separados en una mueca que *no* me pone—. ¿Me estás amenazando?

Se le mueve la toalla por el viento, sus pezones ahora están duros y se marcan a través de la fina tela. *Por el frío*, me recuerdo.

—Mis ojos están aquí arriba.

—Y tus mejillas están más rojas que antes. —No sé por qué mi voz suena *así*.

—¿Eres insoportable como hobbie? No contestes. Primero, guárdate lo de princesa para tu novia, junto con todos los demás apodos cutres que se te ocurran Sr. Ingenio. Segundo, estás trabajando, doctor, no de vacaciones. Lo más seguro es que no volvamos a cruzarnos.

Doctor. Una palabra que oigo a diario, pero que salida de su boca suena diferente. Su enfado solo mejora todavía más las cosas. La sangre se me baja hasta el lugar menos indicado. *Joder, ¿en serio?*

—Si quieres arriesgarte. —Me encojo de hombros.

—Sí, quiero.

—¿Sueles ser así de inconsciente o solo es porque estás de vacaciones? ¿Te has cansado del club de campo y quieres saber lo que supone pelear por algo en la vida?

Espero que se ría con amargura, pero no lo hace. Lo preferiría a la mirada triste y cabizbaja que obtengo.

—Tú no tienes ni idea de cómo soy, ni de cómo es mi vida.

—Ilumíname.

—Dudo que tus prejuicios dejaran que mis palabras cruzaran tus oídos. Pero en cualquier caso, no veo el punto a intentando.

—¿Es una decisión definitiva?

Alza la barbilla lanzándome una mirada desafiante. Las nubes desaparecen y el sol hace brillar el tono esmeralda haciendo que sus

iris parezcan gemas. Piedras preciosas. Una maldición.

—Todas mis decisiones son definitivas, Nolan-Kane.

Espero fuera de la casa de las Wilson mientras me calmo. Porque pese a que mi respiración es lo único que se oye dentro del coche, eso es lo que hago, calmarme. Un minuto antes de la hora bajo y atravieso el camino de piedra hasta la entrada. Tienen una casa inmensa. La madre de Cleo sale con las dos antes de que llegue.

—¡Ves! Te lo dije. Es puntual de manera locatis —Láhria se lleva el índice a la sien y traza un círculo invisible.

Cleo se tapa la boca para fingir que no se ríe de mí.

—Esa es una muy buena cualidad, niñas —dice la señora Wilson —. No le hará falta reloj.

—Oh, a él le encantan los relojes y los cronómetros, ¡ah, y las alarmas!

Pego a Láhria a mi costado y le tapo la boca.

—Buenas tardes señora Wilson, me disculpo por lo que le haya hecho pasar esta mocosa.

—Tranquilo, Nolan, ya sabes que es un placer. Pero no me trates de usted, no te saco ni diez años y hace mucho más de eso que nos conocemos.

—A veces le cuesta relacionarse con la gente normal porque está acostumbrado a ver a todos como pacientes —interviene Láhria a través de mi mano.

Le lanzo una mirada asesina y ella a mí otra de falsa inocencia.

—Podrías ayudarle mamá —interviene Cleo.

—¿A qué, cariño?

—A aprender a relacionarse con gente normal. Las cenas ayudan.

—Y en la playa hay restaurantes —termina Láhria.

Quien diga que las niñas de diez años no son peligrosas es que no conoce a estas dos.

—Llevan toda la semana con lo mismo —dice con una sonrisa comprometida.

—Perdón por haberte pedido que la recogieras tres veces, Antea, los turnos han sido una locura. Te prometo que no volveré a aprovecharme de tu hospitalidad.

Sacude la cabeza y me pone una mano en el hombro.

—Tranquilo, Nolan, de verdad que no es molestia. Sé todo con lo que tienes que lidiar.

Sus palabras van acompañadas del coro de risas flojas de Cleo y Láhria. Las miro y se tapan la boca la una a la otra. *Ay, qué paciencia.* Cleo y Láhria se abrazan como si no fueran a verse mañana en el colegio y luego nos vamos.

—¿Puedes dejar de buscarme pareja? —Le hago cosquillas antes de abrir la puerta de atrás del coche.

—Eh, —se escabulle—, cupido va por libre, a mí no me mires.

—No voy a salir con Antea Wilson. —Cierro su puerta de un golpe.

—¿Por qué no? —pregunta en cuanto me siento y cierro—. Es guapa y hace unas tartas con fresas para morirse.

—Ponte el cinturón —le pido y veo por el retrovisor que lo hace.

—Podríais casaros y ser felices —insiste—, como en las películas.

La miro y no me pregunto si le estoy fallando, sino a qué nivel lo estoy haciendo. Hay mucho que no tiene y que yo nunca podré darle.

—Estás poniendo otra vez esa cara.

—¿Qué cara?

—De tristeza. Si no te gusta la señora Wilson no pasa nada, hay muchos peces en el mar. ¿Cenaremos pizza hoy?

—Muy sutil y ya cenamos pizza ayer, hoy toca verdura.

—Pero si comimos ayer al mediodía —lloriquea mientras enciendo el motor.

—Tienes que comerla todos los días, Lay.

—¿Hasta cuándo? —precisa, con la esperanza de que le diga «mañana».

—Hasta que cumplas la mayoría de edad y puedas decidir por ti misma.

Refunfuña a lo dramática consiguiendo que el nudo en mi pecho se afloje un poco.

3

Nina

He intentado recuperar mi buen humor bañándome en la piscina, pero no ha dado resultado.

—¿Por qué me he disculpado? Alquilo esta villa de forma honesta, él se cuela y soy yo la que se disculpa.

Ni siquiera puedo prestar atención a la increíble barandilla cuando subo los escalones de dos en dos. Entro en el baño de arriba irritada porque el karma esté pagando conmigo las malas acciones de alguien que supongo debe llamarse Nani Andrews o Nina Endrews. Pongo *The Only Girl (In The World)* de Rihanna a todo volumen y me meto bajo el chorro de agua templada. Todavía estoy con el cuerpo ardiendo por el sol, así que giro hacia la derecha enfriándola un poco más. Suelo cantar en la ducha, pero desde hace un rato siento los pulmones como un ordenador que lleva diez años sin actualizarse, así que no lo hago.

Sus ojos azules aparecen cuando cierro los míos. Le veo en el salón, le veo acercándose a mí en la piscina. Agarrándome. Mi pulso se acelera recordando sus insolencias constantes. Lo que *no* he sentido cuando me ha puesto una toalla por encima, cuando me ha empujado contra su cuerpo o cuando le he visto mirándome las… Pongo el agua más caliente cuando los pezones se me endurecen del frío, pero la piel

me sigue ardiendo y acabo por cerrar el grifo más irritada incluso que antes.

—La ropa. —No la he traído con las prisas.

Salgo del baño con la toalla, cojo la leche corporal de la maleta, me siento en la cama frente al espejo y me hidrato con mango, vainilla y caramelo empezando por las piernas. Al agacharme la toalla se afloja y cuando llego con la crema a los brazos, se me cae hasta la cintura. Me pongo en los hombros y al llegar al pecho noto el pulso desbocado. *Cálmate.* Pero no lo hago. En su lugar, trago con dificultad.

Ralentizo el movimiento mientras mis dedos bajan hasta la zona que el bikini ha dejado más blanca. Al pasar por la cuenca de mis pechos rozo uno de mis pezones y la electricidad vuelve directa a donde no debería. Una voz me pide que siga, que me tumbe y le dé a mi cuerpo lo que necesita. Que saque de mi cuerpo al estúpido Nolan-Kane de la forma que sea. Alzo la mirada hacia el espejo y veo dos cosas: mis mejillas más rojas que nunca y a él, observándome desde la distancia. En un segundo me coloco la toalla y me giro hacia la ventana, pero allí no hay nadie. *Genial ahora tengo alucinaciones.*

—Lo de tomar el sol solo va bien en las películas —cierro las cortinas, me visto y bajo al jardín.

Oigo un zambullido y mis ojos se desvían a la piscina de los vecinos que aún no conozco. Lora ha sido muy simpática, me la he encontrado a la hora de la comida y después de seguir su consejo y probar el brownie con plátano, se ha convertido en mi persona favorita después de Julio. No veo quién ocupa el otro lado porque los arbustos con rosas tapan gran parte del jardín, regalándome una privacidad que me encanta, pero por lo que oigo apostaría que es una niña. *Bien, una familia. Me encanta. Así seguro que me dejan tranquila. Doctor sexy perverso cero, chica solitaria en paro uno.*

Abro el portátil y hundo la cabeza en mis planes de futuro. Puede

que haya perdido el trabajo, pero la esperanza de encontrar uno nuevo todavía no. Compruebo el correo electrónico y veo que todavía no ha respondido nadie. Vaya, y eso que ya hace una semana que me arrastré por cada rincón de Nueva Jersey suplicando lo que fuera.

Ser física teórica parecía una buena idea. **Argumento basado cien por cien en mi pasión por la física, cero por ciento en las realidades monetarias del campo de la investigación**. Nunca pensé que me quedaría sin nada a los veintiocho. Estudiar la carrera y el máster sabiendo el desenlace de los acontecimientos habría sido un tanto deprimente así que por ese lado agradezco la ignorancia. Refresco las páginas abiertas de las distintas aplicaciones de trabajo en las que estoy metida y me topo con la poco gratificante realidad de que allí tampoco tengo ningún mensaje nuevo.

—Claro, ¿quién va querer contratar a alguien que le canta las cuarenta a su jefe? Nadie. —Me froto las sienes.

Debería escribirles una carta a Daisy, Lexi y Amy. Mis tres hermanastras son mi único apoyo verdadero, a las únicas a las que puedo contar cualquier cosa. ¿Por qué no lo hago, entonces? Las quiero con locura, pero después de lo que pasó con Trent, sé la de miradas tristes que van a lanzarme y ahora mismo no me apetece caer más bajo, gracias.

—¿Tienes dolor de cabeza?

Alzo la cabeza siguiendo la voz aguda y veo rosa. Un flotador de donut rosa, unas gafas de piscina rosas y un bañador rosa con topos blancos. *Es una niña. Y me está mirando.*

—Hola.

—Hola. —Ladea la cabeza—. ¿Lo tienes?

—Mmm, sí, sí, tengo dolor de cabeza —*y torpeza cerebral.*

Cierro mi portátil. *Es una evidencia científica que no sé hablar con niños.*

—Todos los mayores hacen eso cuando les duele. ¿Funciona?

—No mucho, no.

Asiente como si le pareciera súper lógico.

—Me gustan tus uñas —las señala con timidez.

Mi ropa da pena, punto. Todo es práctico, (soso), cómodo y profesional. Ergo negro, negro, marrón, negro, gris, blanco, negro y algo más de negro. La ropa que uso en mis días libres es la ropa de trabajo que ya no está en buen estado como para llevar a la empresa (y sí, es lo que me he traído de vacaciones). Pero en el aeropuerto mientras esperaba vi un esmalte rojo muy llamativo, de la clase de color que habría usado cuando me importaba algo mi aspecto. Esa es la segunda decisión más alocada que he tomado después de la de alquilar esta villa.

—Gracias. Te lo dejo si quieres.

—No, a mí me gusta el rosa —responde antes de que lo encuentre en el neceser que he dejado en una de las sillas, luego me enseña las uñas y veo que brillan.

Sonrío sin querer. Miro mi portátil (sigue cerrado) cuando no sé qué más decirle porque no tengo ni idea de lo que hablan las niñas hoy en día.

—¿Qué hacías? ¿No te bañas? ¿Estás trabajando? —Suspira, pone los ojos en blanco y gruñe—. ¿Por qué os gusta tanto trabajar a los adultos? ¿No se supone que lo odiáis? Es un sinsentido.

—Los adultos somos complicados… y un poco tontos.

Se ríe y una calidez desconocida se acomoda en mi pecho haciéndome sonreír más.

—¿Tienes nombre? —Se acerca y se sienta en una tumbona, lejos, pero más cerca que antes.

—Nina Andrews. ¿Y tú?

—Láhria Taylor.

Mi móvil empieza a vibrar y leo «Trent» en la pantalla. Mando la llamada al buzón de voz sin pensármelo dos veces.

—¿Te vas a quedar mucho aquí?

—Un mes.

—¡Hala, un mes! —Se le ilumina la cara—. Nadie se queda nunca tanto tiempo. Es una pena, me duran poco las amistades.

Mi móvil vibra otra vez y reprimo un gruñido antes de repetir la maniobra.

—¿A qué te…? —no termino la pregunta, doy un bote al ver que está de pie a mi lado.

Apoya su manita en el reposabrazos de mi silla y es diminuta en comparación a la mía. *Hasta lleva unos pendientes de flores rosas, ¿de dónde ha salido esta niña?*

—¿No te cae bien ese señor?

—No, no mucho, la verdad. —La pantalla vuelve a iluminarse y debato si arrojar el móvil a la piscina. Le cuelgo y pongo el modo avión—. O nada en absoluto.

—¿Y no es más fácil si bloqueas el número? —frunce los labios implicada en el tema—. Así dejará de molestarte. Mi mejor amiga Cleo solo me tiene a mí en sus redes sociales, así se evita estos líos.

Sonrío de nuevo. *Esta niña tiene poderes.*

—¿Láhria? —Una voz masculina y reconocida irrumpe el paraíso.

—Estoy aquí, con Nina —grita recolocándose el flotador que no ha soltado.

El dueño de la voz aparece.

No. No. No.

Pues sí.

—¿No te he dicho que no puedes salir tú sola por ahí? —le recrimina el Gremlin musculoso que de ninguna manera es mi vecino y mucho menos el padre de esta adorable criatura.

—Técnicamente has dicho “no salgas del jardín” y estoy en un jardín. No has especificado que tenía que ser el nuestro. Además, cantidad de veces voy a ver a Lora y no te enfadas.

—No estoy enfadado —le toca la cabeza y le despeina el pelo mojado—. Pero para el futuro, «el jardín» significa *solo* nuestro jardín.

Láhria da un giro agarrándole el antebrazo para que no la suelte.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Estaba preparando las calabazas para la abuela.

—Bien —sigue girando hasta que él la frena y se ríe—, ¿vienes a jugar?

—Sí, pero no tenemos mucho tiempo, vamos a cenar con la abuela. —El tono dulce con el que le habla no puede estar saliendo de su garganta.

Entonces sus ojos se clavan en mí y me tenso.

—Pues date prisa —le dice la pequeña.

—Adelántate, voy en un minuto. Tengo que hablar de algo con Nina.

Sigue sin gustarme oír mi nombre en su boca. Qué calor hace en este sitio, la hostia.

—Vale, pero me llevo esto —Láhria le quita el móvil y se va corriendo, poco después oigo un chapuzón.

Alguien carraspea desde las alturas y mis ojos trepan por su cuerpo demasiado despacio. No tendría que favorecerle tanto esa ropa informal con la mala leche que tiene, pero nunca he visto a nadie llevar tan bien una simple camiseta gris.

—Dime que has ido de visita. —Cierro los ojos—. Dime que no te alojas en la villa de al lado y que solo eres el médico de esa niña.

—Te aseguro que esto me gusta tanto como a ti.

—Lo dudo —maldigo entre dientes—. Para empezar, yo soy muy amable, lo cual nadie en su sano juicio podría decir de ti.

—¿Te parece que lo que has dicho es de una señorita educada y amable?

Dice señorita en ese tono y suena sucio. Noto cierta calidez líquida bajándome por el cuerpo hasta donde no debería.

—Tienes lo que te mereces.

—Si vamos a ser vecinos durante el mes que estés aquí, necesitamos normas.

—¿Tú…? No. ¿Tú también vas a estar aquí un mes?

—Yo vivo aquí, Nina.

—¡Socorro, me estoy aburriendo! —grita Láhria a lo lejos mientras yo estoy ocupada sufriendo un ataque.

—¿Podemos acabar con esto cuanto antes?

—¿Qué te retiene? —Muevo la cabeza hasta su jardín para que se vaya.

Puedo flipar bien solita, gracias.

—Dos reglas —dice.

—¿Qué te hace pensar que voy a acatar tus normas? No tengo ni un solo motivo para hacerlo. Es más, no tengo ni uno solo para escucharte.

—Láhria no suele subir al piso de arriba —baja el tono—, pero te agradecería que si vas a pasearte desnuda por ahí, corrieras las cortinas. Este resort no es *esa* clase de lugar.

Mi pecho se hunde, mis labios se separan en un gemido sordo y la verdad me mortifica. *Noooooooo. Me. Lo. Puedo. ¡¡Creer!!*

—Te sonrojas con demasiada facilidad, ¿lo sabías?

—No deberías espiar a la gente.

—¿Eso te gustaría? ¿Que no hubiera sido un accidente? ¿Que yo lo hubiera buscado?

Se inclina sobre mi silla hasta poner las manos sobre los reposabrazos y nuestras caras a un palmo de distancia. Si pudiera

apartar la vista de sus ojos y llevarla hasta su cuello tal vez vería algo más del tatuaje. *Si pudiera.* Su tono me eriza la piel, me seca la garganta y tal vez en un impulso de locura sea yo quien reduce la distancia esta vez.

—En absoluto.

—¿Insinúas que no me has visto? ¿Que no estabas haciéndolo para mí y que es así como te pones crema? Debes tardar horas en estar lista.

Me arde el cuerpo. Una necesidad primaria había guiado mis manos por instinto. ¿Y si hubiera hecho lo que mi cuerpo me pedía a gritos allí mismo? Él lo habría visto todo.

—Sí, tenías esa mirada. La misma que ahora.

—No insinúo que no te he visto, lo afirmo —reacciono por fin—. No sé qué clase de mujer te crees que soy, pero hace falta mucho más que una cara simétrica y un hoyuelo bien puesto para poder verme desnuda. Y después de nuestra primera conversación, tus posibilidades conmigo rozan el «si estuviéramos solos en una isla desierta en mitad del pacífico, tal vez». O quizá estén todavía más abajo.

Su boca sonríe, pero sus ojos siguen serios. Murmura algo, pero el sonido que sale de su garganta no se parece en nada a una palabra.

—En cualquier caso, esto es inapropiado. Estoy segura de que la madre de Láhria lo consideraría así.

Ladea la cabeza, pero no contesta. Pregunto cuál es la segunda regla y él sigue estudiándome de cerca. No consigo entender por qué no pongo una mano en su pecho y lo aparto, por qué no me levanto cuando Nolan-Kane aprieta el agarre en la silla y estrecha la mirada lanzándome flechas que se me clavan muy adentro.

—Me estoy cansando de tus silencios. Dime cuál…

—La segunda regla es aún más sencilla —dice con el tono más afilado y gélido que he oído nunca—, no te acerques a Láhria.

Se endereza y se vuelve una torre gélida. Tras otro instante de mirarme desde las repelentes alturas se da la vuelta y desaparece. Me meto en la villa y cierro tras de mí, pero mi respiración tarda mucho en tranquilizarse.

No vuelvo al jardín hasta que oigo que se marchan. Voy a cenar, aunque tengo el estómago cerrado. ¡Debería estar preocupada por mi carrera! O en tal caso, disfrutando de las vacaciones, pero en ningún escenario posible preocupada por otros motivos.

Mensaje de Trent

12:07 Vamos, princesa, no puedes estar enfadada conmigo para siempre.

16:13 ¿Piensas seguir ignorando mis mensajes?

16:14 Eres tan infantil y arrogante, a tu ego le encanta ver cómo me arrastro, ¿eh?

16:17 Joder, Nina, así no podré ayudarte.

21:03 Lo que pasó también fue culpa tuya, ¿sabes?

21:04 Deberías ser madura y reconocértelo a ti misma.

21:05 Joder, lo siento, pero hice lo que debía por el proyecto y lo sabes. Deja de ser tan rencorosa y vuelve conmigo.

23:50 Sé que no estás en Nueva Jersey. Puedo ir a buscarte a donde sea, solo dime a dónde.

23:51 Te necesito, princesa.

Tengo los ojos más abiertos que nunca cuando mi espalda da contra la cama, pero la razón no tiene nada que ver con Trent. *Espero que esté divorciado y que esa Lay, que figuro ha ido a buscar al aeropuerto, sea su prima. Si no, menudo capullo. Pfff, si mi fe en el amor ya estaba tambaleándose, esto ya es lo que me faltaba.*

Después de horas de dar vueltas, consigo cerrar los ojos. Lo sé porque cuando una canción rock truena a todo volumen a las siete de la mañana, casi me caigo de la cama del susto. Adormilada y con el

pulso a mil, me acerco a la ventana lateral que da a su casa, la que está en la pared opuesta al espejo, y descorro las cortinas. Veo a Láhria tapándose los oídos camino al coche.

—¿Tiene que estar tan fuerte? —pregunta a gritos—. ¡Me voy a quedar sorda!

Primero le responde con una sonrisa arrogante, luego le señala mi ventana y mueve los labios, pero no oigo lo que dice. Él me saluda y Láhria corre al coche huyendo de su padre. *Capullo.* Echo la cortina, me vuelvo a la cama y por mucho que odie reconocerlo, le doy la razón.

—Voy a volver de las vacaciones echa una maldita furia por culpa de Nolan-Kane.

4

Nolan-Kane

💌

Es cierto que el camisón de flores rojas y negras ha sido un arma que no esperaba encontrarme teniendo en cuenta la ropa aburrida con la que se viste, pero pese a todo, entro en el hospital con el sabor del éxito en el paladar. *Le doy cuarenta y ocho horas antes de que acepte mi dinero y desaparezca.*

Saludo al personal, a los pacientes que esperan y entro al vestuario. Me abrocho la bata y la enfermera tres años menor que yo, que se las ingenia para ser la mano derecha de todos los médicos de Mountville, abre la puerta dos segundos después.

—Buenos días, Nolan.

—Buenos días, Abbie. ¿Qué me traes? —Acepto su informe y la sigo de vuelta al pasillo.

—A la pequeña de los Dorthward la vamos a poder mandar a casa el jueves.

—¿Tienes las palomitas?

—Están en el microondas. —Tomamos un desvío y entramos en la pequeña sala vacía.

Mientras yo saco el único bol con flores que tenemos, Abbie saca el paquete humeante. Se lo quito como de costumbre, lo abro y vierto el contenido en el bol.

—¿Le has dado ya la noticia?

—No —sacude la cabeza masticando—, te estaba dejando los honores.

—Eres tú la que ha estado yendo a verla cada noche —muevo la cabeza hacia la puerta y me sigue.

—Puede que sienta debilidad por esa renacuaja, pero ella la siente por ti desde que le preparaste palomitas.

—He comprado su aprecio, pero el que te tiene a ti es sincero. —Entramos en la sala de Isabella Dorthward y ella y su madre nos saludan al tiempo, el parecido es innegable—. ¿Cómo está esa tripa, señorita Dorthward?

—Nunca en la vida me voy a acostumbrar al puré. —Hace pucheros y como cualquier niña de siete años se gana a todos los presentes—. Si me sienta mal, es porque mi cuerpo lo rechaza. No me gusta por una razón. —Huele fuerte y traga saliva.

—Si tu estómago sigue delicado, ¿me las llevo? —Dejo de ocultar el bol a mi espalda y se lo pongo delante.

Se le ilumina la cara y extiende los brazos hacia mí. Se lo doy antes de que se caiga de la camilla.

—No teníais por qué.

—No es nada, señora Dorthward —respondo mientras me aleja de la camilla.

—¿Cómo está Isabella? —pregunta—. Se le está haciendo difícil no poder ir al colegio, echa mucho de menos a sus amigos y a mí me preocupa que pierda tantas clases.

—Respecto a eso, Abbie tiene noticias, ¿verdad, Abbie? —Alzo la voz y la niña la mira expectante.

—Tienes unos huesos muy fuertes —dice remoloneando—, el jueves podrás irte a casa.

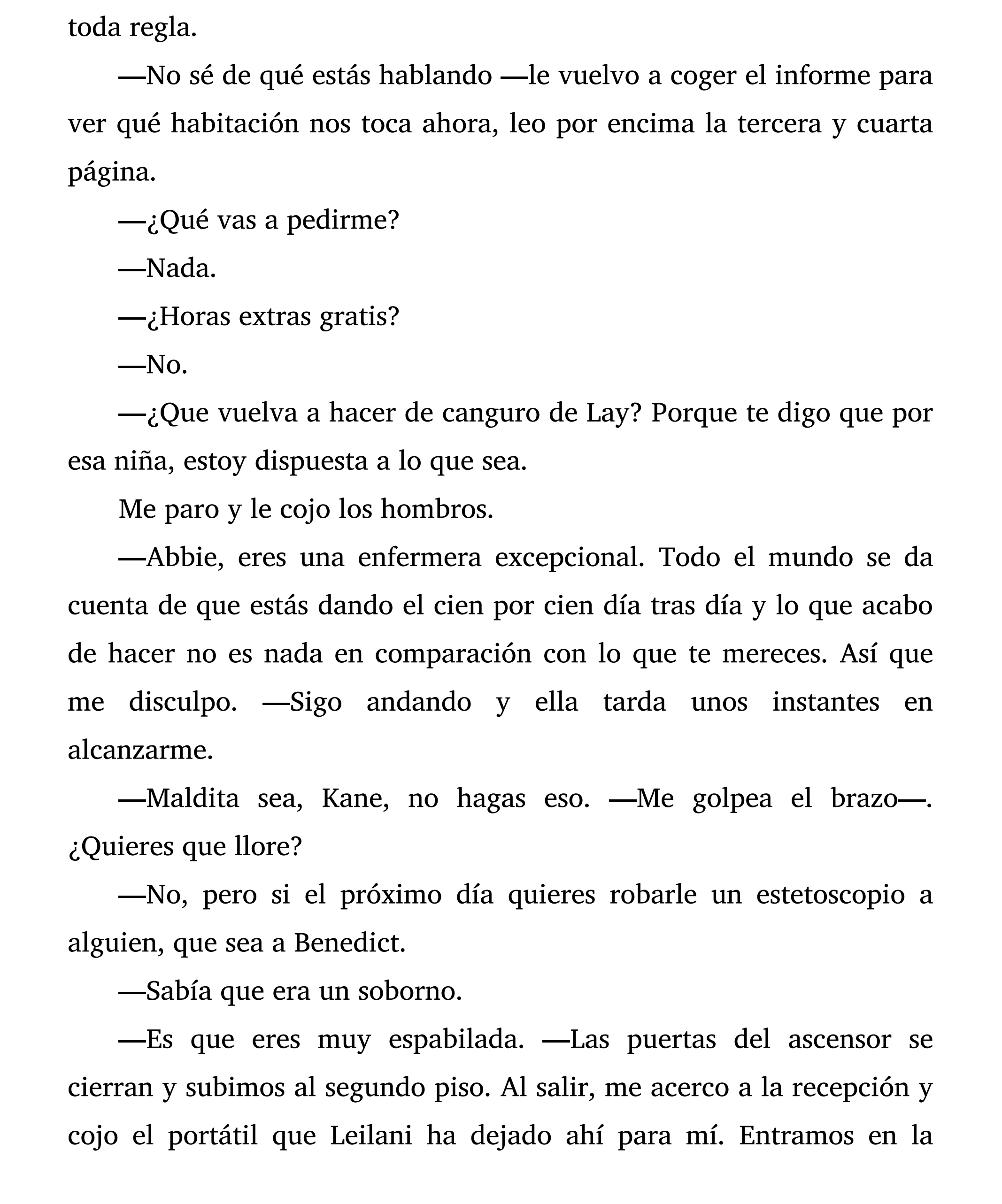
—¡¿De verdad?! —Isabella se le lanza al cuello y desparrama

palomitas por toda la sábana—. ¡¿Este jueves?!

—Sí, este jueves.

—¡Gracias, gracias!

—Dale las gracias a tu cuerpo, es él el que se ha dado prisa —Abbie la da unas palmaditas en la espalda fingiendo que no la tiene ganada. Salimos de la sala poco después—. Eso ha sido un soborno en toda regla.



—No sé de qué estás hablando —le vuelvo a coger el informe para ver qué habitación nos toca ahora, leo por encima la tercera y cuarta página.

—¿Qué vas a pedirme?

—Nada.

—¿Horas extras gratis?

—No.

—¿Que vuelva a hacer de canguro de Lay? Porque te digo que por esa niña, estoy dispuesta a lo que sea.

Me paro y le cojo los hombros.

—Abbie, eres una enfermera excepcional. Todo el mundo se da cuenta de que estás dando el cien por cien día tras día y lo que acabo de hacer no es nada en comparación con lo que te mereces. Así que me disculpo. —Sigo andando y ella tarda unos instantes en alcanzarme.

—Maldita sea, Kane, no hagas eso. —Me golpea el brazo—. ¿Quieres que llore?

—No, pero si el próximo día quieres robarle un estetoscopio a alguien, que sea a Benedict.

—Sabía que era un soborno.

—Es que eres muy espabilada. —Las puertas del ascensor se cierran y subimos al segundo piso. Al salir, me acerco a la recepción y cojo el portátil que Leilani ha dejado ahí para mí. Entramos en la

siguiente habitación—. Buenos días, señor Simmons, ¿ha pasado buena noche?

—Sí, ha sido maravilloso, he tenido tiempo de sobra para pensar lo que voy a hacer cuando pierda el trabajo y me despidan —responde sarcástico—. ¿En qué planta dejáis a los muertos?

—En ninguna, en este hospital curamos a casi todo el mundo —dice Abbie sacando su vena de arte dramático a relucir—. No dejamos rastro de los que no para que no nos estropeen la media.

—Muy graciosa.

—No le conviene estresarse, señor Simmons —intervengo.

—¿Estresarme yo? No, qué va. Tengo reuniones pendientes, tratos que cerrar, conferencias a las que asistir y desde ayer por la tarde me quedé sin batería y no consigo que nadie me traiga…

—Tome, utilice este portátil mientras sus hijos le traen el cargador, pero recuerde que si está en el hospital es porque trabaja demasiado y está bajo demasiada presión. Un infarto es un aviso del cuerpo de que algo debe cambiar, señor Simmons.

No parece que me oiga, en cuanto le doy el portátil se olvida de que estamos en la misma sala.

—Comprueba las constantes —le pido a Abbie mientras le tomo la presión y le escucho el corazón.

—No ha cambiado nada.

—¿Veis? Deberíais darme el alta.

Le cierro la tapa del portátil con un golpe sonoro.

—Deberían haber cambiado muchas cosas, señor Simmons, para empezar su actitud. ¿Sabe la cantidad de personas que no tienen una segunda oportunidad? Usted sí, no la desaproveche. Le doy el portátil, pero no para que trabaje. Está de baja, hable con quien sea necesario para quedarse tranquilo, pero a las once vendré a por él y usted descansará, ¿entendido?

—Sí, sí, entendido —refunfuña sin levantar la tapa, lo cual me da esperanza.

Salimos de la habitación y vamos a la última visita, después podré encerrarme en mi despacho durante cuarenta minutos hasta que toque recibir a los pacientes. Abbie me coge del brazo y me frena antes de cruzar la puerta que a diferencia del resto está cerrada. Su cara me dice más que su silencio.

—¿Ha pasado mala noche?

—Sí —hace una mueca—, una tras otra. Es una mierda que el nuevo medicamento no haya dado el resultado que esperábamos.

—Todavía tenemos un as en la manga.

—Ya, pero —me coge de la bata—, ayer, a última hora de la tarde le hicieron pruebas. No fueron bien. Va a tener que quedarse más tiempo del que pensábamos. *Bastante* más.

Joder.

Entramos en la sala y Maddy no tiene buen aspecto.

—Buenos días, señorita Bayke, ¿ha pasado buena noche?

—Nolan y Abbie, mis médicos favoritos. —Se incorpora despacio —. Disculpad que no me levante, anoche hice una fiesta aquí en la segunda planta y todavía me estoy recuperando de tanto alcohol. ¿Vosotros que tal?

—Nolan está tirando de los hilos para que del grifo del baño solo salga tequila, pero parece que le está costando recoger firmas. —Abbie se sienta en la camilla y comprueba las vías.

—Es un juerguista, si se le ve. Y a pesar de eso, se empeña en guardar las distancias y seguir con el rollo de señorita.

—Es un tío raro, tienes que pillarle el punto.

—Estoy abierto a pedir algo más que tequila —alzo las manos en son de paz.

—¿Mojitos de fresa?

—Por ahí sí que no paso.

Se ríe a pesar de que su enfermedad es rara y le está destrozando las defensas. A este paso, tendremos que meterla en aislamiento y visitarla cubiertos de pies a cabeza para protegerla. Pese a todo, su sentido del humor está intacto.

—Vamos, soltadlo, he oído ya demasiados cuchicheos y he visto demasiadas miradas entre los enfermeros como para no saber que estoy jodida.

—Las sospechas que teníamos se han confirmado, tu cuerpo rechaza el medicamento.

—Valía la pena intentarlo. Estoy lista para probar otra vez —se esfuerza en sonreír.

—Me alegra mucho oírlo, pero por desgracia no podemos hacerlo de forma inmediata porque este último proceso te ha debilitado —le explico.

—No solo no me ha curado, sino que me ha hecho más daño, como una tirita que te hace sangrar más —suelta una risa nerviosa—, guau, sin duda mi enfermedad es fuerte.

—Tendremos que ser pacientes, Maddy. —Le doy un apretón suave en el brazo y asiente con énfasis—. En unos días te harán pruebas y si todo va bien la semana que viene empezaremos de cero.

Abbie se saca de la bata las pegatinas y cintas decorativas en tonos pastel que tanto le gustan a Maddy para decorar libretas.

—Si seguís tratándome tan bien vais a conseguir que desee quedarme aquí más tiempo. —Dice con ojos llorosos.

Cerramos la puerta y suspiramos al tiempo.

—Este trabajo a veces es una mierda —maldice Abbie—, solo tiene veintisiete. Joder, no tendría que estar aquí.

No y si la vida fuera justa no lo estaría.

—¿Dónde está Triana? —pregunto.

—Figúrate, la enamorada de Julieta Capuleto se pasa pegada a su camilla veinte horas al día así que si no está ahí es que está trabajando.

—Empezaremos el tratamiento en cuanto podamos. Esperemos que funcione.

—Ojalá, jefe. ¿Te encargas de llevarle las mandarinas a la hora de la comida?

—Sin problema. Las compraré después de recoger a Lay del colegio. —Me despido de Abbie y voy a mi despacho, pero no lo encuentro vacío.

—Mírate, con ese ceño bien fruncido ya de buena mañana.

—Disculpe, señor, se confunde de hospital, el sanatorio mental está bajando la carretera —respondo.

Benedict me lanza una mirada perversa y se acomoda aún más en mi silla y es mucho decir teniendo en cuenta que tiene los pies encima de la mesa.

—Nadie diría que tienes treinta y dos, Kane, las preocupaciones van pesando.

«Se te hinchan cantidad las venas del cuello, ¿no te irá a dar un infarto? ¿No eres poco-viejo para esas cosas?».

—Me importa una mierda, ¿te levantas?

—Uy, estás gruñón, ¿no has dormido bien?

No.

—Lárgate.

—¿Así es como tratas a tu mejor amigo?

Matthew Benedict, treinta y dos, nos conocimos en el colegio, no nos separamos en el instituto y dudo que a alguien en todo Mountville le sorprendiera cuando acabamos en la misma carrera. Es el hermano que nunca he tenido y como tal, a veces es un dolor de muelas.

—Sí, cuando vaguea en horario laboral, sí —le tiro el informe—, y

no pidas a Abbie que haga trabajo que puedes hacer tú.

—Todo forma parte de un plan, pienso pedirle que se case conmigo como recompensa.

—Si es un castigo, no cuenta como recompensa.

—¿Es verdad lo que he oído? —Se pone en pie y le brilla la mirada con un interés que me muero por quitarme de encima.

—¿Que no queda ni una sola mujer en Mountville con la que no te hayas acostado? —ocupo la silla y enciendo el ordenador.

—La villa de tus padres, ¿la buena de Mary Ridelmunt la ha alquilado?

Maldigo para mis adentros. *Desde luego, las noticias vuelan.*

—Voy a solucionarlo.

—Pfff, esa mujer es de lo que no hay —su tono rebosa admiración—. Creo que es la única en todo el pueblo que se atreve a plantarte cara. —Le lanzo una mirada asesina—. Venga ya, tío, yo te dije lo mismo hace años.

—Esa villa se quedará vacía antes de que acabe la semana, te lo aseguro.

—¿Es que no te das cuenta de que si no renuncias a eso, acabaréis cerrando el resort? ¿No es eso mucho peor que ceder…?

—Son sus cosas, Benedict. Todo sigue igual a como lo dejaron y no quiero que nadie las toque. No es tan difícil de entender.

—Nolan, son solo cosas. —Se sienta en la mesa—. Ellos ya no están, ni en esa villa, ni en ninguna parte.

—Si ha acabado la hora de terapia me gustaría que te fueras, algunos tenemos trabajo que hacer.

—Sé que es especial para ti, capullo, por eso te insistí para que os la quedarais Lay y tú, pero no quisiste.

—Y no quiero. —Aprieto las teclas con violencia.

—No quieres comerte la comida, ni dársela a los que se mueren de

hambre, ¿qué dice eso de ti como médico?

—Que mi paciencia tiene un límite y me la estás agotando.

—Dicen que es muy guapa.

—¿Quién? —Vuelvo la vista hacia la pantalla.

—Así que tú también lo crees. —Mueve las cejas—. ¿Tiene novio?

—¿Y yo qué cojones quieres que sepa?

—Corrígeme si me equivoco, pero eres quien más ha tratado con ella.

—Corrígeme si me equivoco, ¿pero tú no ibas a casarte con Abbie?

—Uhhh, ¿territorial tan pronto? —Se carcajea—. Debe de ser guapa de narices. ¿Puedo cenar con vosotros esta noche? Quiero conocerla.

—Esta noche trabajas y el resto de noches estás muy ocupado yéndote a tomar por culo. Espera —le freno antes de que se vaya, abro el primer cajón y le lanzo algo que pilla al vuelo.

—¿Qué es esto?

—Necesitabas un disco duro, ¿no? Para almacenar los informes.

—Eres un blando Kane, ¿me has hecho un regalo? ¿A mí? No sé qué decir.

Me levanto y eso es lo bastante sutil para que pille el mensaje y se vaya de una vez. Gruño en soledad y veo que mi primera cita es en veinte minutos, no voy a tener tiempo de organizar los papeles de la semana pasada como quería. Cierro los ojos durante un segundo y hago una respiración profunda. Un par de esmeraldas resplandecen en mitad de la nada. *Como si no hubieran hecho ya bastante manteniéndome en vela la mitad de la noche.*

Tuve que meterme en la ducha para aliviar la erección que me provocó ver que la toalla se le resbalaba hasta mitad del cuerpo. Todavía siento el corazón a punto de estallarme en el pecho cuando

recuerdo el momento exacto en que su mano se detuvo. Dudó y fue como si oyera mis plegarias. No sé en qué lugar me deja admitir que no habría sido capaz de apartar la mirada si hubiera seguido, pero es la verdad.

Fui al baño a lavarme la cara, a obligarme a pasar del tema, pero no fui capaz. Masturbarme fue una solución temporal para un problema a largo plazo. Tengo que conseguir que se largue como sea.

Está claro que alguien se ha dedicado a plantar y regar las semillas porque no paran de crecerme los problemas.

5

Nina

El perverso y tatuado Nolan-Kane estaba bordando su amenaza. Pero si cree que algo tan simple como privarme de mis horas de sueño es algo que no podré soportar, no conoce a mi jefe. *Ex-jefe.*

Mi perfecto plan de apalancarme en la cama se va al traste cuando su imagen en el espejo no me permite cerrar los ojos más de dos minutos seguidos. ¿La piscina? Más de lo mismo. La irritación me acelera el pulso e incluso me genera sudores así que recojo el bikini de la terraza, me enfundo en mi vestido camisero y me voy a la playa que se encuentra a tan solo quince minutos andando.

—Yo no debería estar aquí —dice Julio con un *Jam Roly-Poly* cuando entro al salón comedor al mediodía—. De hecho, por favor, haga que no me ha visto.

—Vaya, eres una de las pocas personas que se alegran de que esté aquí. No me gusta la idea de ignorarte. —Cojo un plato sin saber de qué voy a llenarlo.

*De calabaza seguro que n*o.

—Eso no es en absoluto cierto, todos estamos muy contentos de su visita y haremos lo posible para que su estancia sea placentera. —Me pone un dulce en el plato.

—¿Puedes tutearme?

—Puedo intentarlo —se queda a mitad de bocado—. Nina.

Le sonrío justo antes de que las puertas de la cocina se abran y una camarera venga directa a nosotros.

—Julio, ¿piensas acabar con todos los *Jam Roly-Poly* de los huéspedes? —Mueve un trapo en su dirección como si quisiera ahuyentarlo—. Habrase visto, después de todos los postres británicos que he dejado en recepción especialmente para ti, ¿vas y me los desprecias viniendo aquí a robar? Eso está muy feo.

Se le llenan los ojos de fuegos artificiales, Julio sale del salón comedor en un cuarto de segundo. *¿He dicho ya lo que me gusta Julio?* Sin duda, la interacción más agradable de mi mañana. Y la única.

La tranquilidad me genera intranquilidad así que a media tarde cojo las deportivas, un conjunto viejo y salgo a correr lejos de mi villa vecina. Me pierdo un poco, subo por una colina y acelero ignorando la petición a gritos de mis pulmones y pies porque me siento bien. *¿He salido del resort? Nueva-Nina no se preocupa del después, solo del ahora.*

Troto con vistas al mar a mi izquierda y un montón de amapolas a mi derecha, por desgracia el malestar me persigue como mi sombra.

Trent me traicionó.

Érenghor me utilizó.

¿Y que he hecho? Huir. Correr igual que ahora. Me he fallado a mí misma y es lo que más me jode. Debí enfrentarlos. Debí defenderme. Mi cerebro me trae de vuelta unos ojos azules que no quiero ver, unas palabras que no quiero recordar *«no es que quiera quedármela para mí, es que no quiero que tú estés aquí».*

—¿Es que todo el maldito mundo se ha puesto de acuerdo para tocarme las…? —Mi pie resbala sobre un mar de pequeñas piedras justo al emprender la bajada.

Pierdo el equilibrio. El borde a mi izquierda no está lejos y es una gran caída. El pánico me atraviesa como un rayo y acabo cayendo en

la dirección opuesta. El lateral derecho de mi cuerpo se lleva todo el impacto, del hombro a los brazos, pasando por la cadera, la pierna y el último rincón de piel expuesta en el tobillo. *Santa mierda.* Me quedo quieta un largo segundo mientras el dolor late en distintas partes de mi cuerpo. *Estoy bien. Podría haber sido peor. Podría haberme caído por el precipicio.* Veo arañazos y sangre, oigo mi respiración agitada, las gotas de sudor me caen por la frente y el corazón me late a toda velocidad.

—Ha sido una caída fea. —Un rostro arrugado y desconocido aparece frente a mí.

—¿Nina, estás bien? —*Láhria*. Sus enormes ojos azules y su nariz inundada de pecas pasan a estar a un palmo de mi cara—. Abuela, tiene muchas heridas.

—No te preocupes, estas cosas siempre aparentan ser peores de lo que en realidad son, ¿verdad que sí, señorita Andrews?

Esa voz. ¿De qué la conozco?

—Estoy bien, no ha sido nada. —Pongo las manos sobre un montón de amapolas e intento dejar de aplastarlas con mi cuerpo.

Fijo que tengo un trono en el infierno de las plantas. En el último segundo, una mano llega a mi estómago y me impide que me levante.

—Un segundo, chica —la anciana procede a levantarme la pierna herida y a observarla de cerca con una mueca apretada, acto seguido la suelta y cae a peso—. Estás perfecta, como suponía. Vamos, levanta el culo, no querrás que me muera aquí esperando y encima delante de mi nieta.

—¿Señora Ridelmunt? —acepto la mano llena de anillos que me ofrece, pero no tiro de ella al levantarme—. ¿Es usted quien…?

—¿Te alquiló la villa? La misma, y ahora voy a ser quien te lleve al hospital. —Me da unos golpes en el culo que desde luego invaden demasiado mi espacio personal y de paso me quitan el polvo.

Espera, ¿qué ha dicho que va a hacer?

—¿El hospital del resort? No, no gracias, estoy bien. En realidad, no ha sido nada. —*Puedo con el escozor y con el dolor palpitante que siento, pero no con verle la cara.*

—Al hospital de Mountville.

—Necesitas que te curen eso —Láhria no me quita ojo y si las comisuras de sus labios siguen bajando le llegarán hasta los pies—. Las heridas infectadas pueden ser peligrosas y tú tienes un montón de tierra.

—Una niña de diez años sabe más que tú de riesgos, ¿qué te parece? —Vuelve a darme en el culo—. Toma.

—¿Qué es esto? —Miro la piedra ámbar con chispas rojas y plateadas que cuelga de un cordón rojo y tiene pinta de llavero.

—Te limpiará el aura, que falta te hace.

Me quedo en blanco, no sé qué decir. A mí me va más la ciencia que la espiritualidad, pero es bonita y suave. *¿Debo aceptarla? ¿O pagársela? ¿Buscar otra piedra que darle a cambio? ¿Vale cualquiera o tiene que bendecirla alguien?*

—No tienes que comértela, solo guardártela.

—Ahhh, ya, sí, gracias —lo hago.

Ridelmunt sonríe y se pone las manos a la espalda al andar. A juzgar por la cesta que sostiene Láhria, estaban recogiendo flores. Las sigo convencida de que mientras no sea el hospital del resort, no habrá peligro.

—¿Qué hacías corriendo por aquí? ¿No se supone que estás de vacaciones? ¿Eres algún tipo de adicta al deporte? ¿Eres deportista profesional? —Ya es la segunda vez que la timidez de Láhria se intercala con arranques de preguntas solapadas y empiezo a pensar que en el fondo, no es tan tímida como parece.

—¿Te ha parecido que la caída ha sido profesional? —Ridelmunt

se carcajea.

—Nop —admite.

—Suelo correr de vez en cuando, pero por ciudad. Me va bien para despejarme —me arrepiento de esas últimas palabras en cuanto salen de mi boca.

Láhria frunce el ceño, pero su abuela asiente como si supiera exactamente de qué corría. El eco del golpe todavía suena fuerte por mi cuerpo y el hospital tal vez no sea mala idea. Láhria se adelanta a coger flores del camino y reparo en que hoy también va de rosa. Un vestido de corazones, zapatillas rosas a juego y una diadema blanca y rosa. *Será un imbécil, pero es evidente que la cuida.*

—Le caes bien a Lay.

—¿Lay? No conozco a ninguna Lay —y que siga así.

—¿Y cómo llamas tú a eso? —señala el espacio entre Láhria y yo.

—O-oh, yo… Pensaba… —*que Lay era una mujer despampanante de metro ochenta, rubia y con curvas, probablemente cirujana y rica.* Miro a Láhria—. Lay.

—Nunca habla con desconocidos, ¿sabes? Espera a que Nolan o yo, o alguien cercano haga las presentaciones —Ridelmunt me escudriña con la mirada—, pero contigo ha sido diferente. ¿Por qué?

—Le gustó mi color de uñas.

Se ríe, pero suena más a un resoplido incrédulo.

—No voy a llamarte mentirosa porque estoy segura de que ni siquiera tú lo sabes, pero tengo una cosa clara. Hice bien en alquilarte la villa.

—¿Incluso sabiendo lo que opina Nolan-Kane al respecto?

Camina en silencio tanto tiempo que estoy segura de que no va a contestar justo cuando lo hace.

—La pérdida oscurece el alma como un golpe oscurece una fruta. Si eres lo bastante fuerte, sales adelante y si no, el golpe te pudre.

Nolan ha perdido mucho y la única parte que no ha quedado ensombrecida es la que ocupa Lay.

Viudo. ¿Acaso la villa era donde ellos…? Pues claro. Debían vivir los tres juntos como una familia feliz hasta que ocurrió lo peor. Por eso no quiere ocuparla, ni que nadie la ocupe. Algo en mi pecho se fractura y resquebraja.

—¿Debería mudarme? No quiero que mi presencia haga daño a nadie.

—¿Y quién es ese "nadie"?

Nolan desde luego que no. Me rasco el cuello.

—A Lay, no quiero incomodarla.

—¡Tonterías! Te aseguro que mi nieta tiene más que asumida la pérdida. Lo cierto es que no le queda otra, como al resto de nosotros.

Llegamos al hospital y me alegro porque las heridas cada vez escuecen más. *Limpiarlas no va a ser bonito. Estas vacaciones cada vez lo parecen menos.*

—Te esperaremos aquí fuera tomando un helado —dice Ridelmunt dando la espalda a la entrada.

—¿Qué sabor te gusta, Nina? —pregunta Láhria moviendo en círculos la punta de una de sus deportiva.

—¿A mí?

—A veces los de ciudad son poco avispados, LayLay, tienes que decirle que quieres invitarla a un helado.

Otra vez sacándome los colores.

—Chocolate. —Carraspeo—. Gracias.

—Hecho —Lay baja los escalones con una sonrisa en la cara que me estruja el corazón con demasiada facilidad.

Me quedo ahí parada unos segundos hasta que Ridelmunt se gira y mi temor a que me diga otra de las suyas me hace espabilarme. Entro en el hospital rascándome el cuello y me mandan a la segunda planta

después de mirarme con cara de haber chupado un limón. *Igual se ve peor de lo que lo noto.* Me siento en la sala de espera junto a un hombre con el pie vendado y un chihuahua enfadado sentado en su regazo mordiéndole la chaqueta.

—Señor Callaghan, ya puede pasar. —La enfermera de amplia sonrisa gira la cabeza y frunce el ceño al mirarme—. ¿Te has caído?

—Sí, no es nada. He venido a que me desinfecten, me han pedido que espere aquí.

—Mmm, no me gusta la idea.

—¿Cómo?

—De que esperes —aclara—. Ven conmigo, cielo.

Cruzamos un pasillo y entonces nos topamos con dos médicos. No veo al segundo, estoy muy ocupada con ese mar de mechones rubios oscuros acompañados de un iris azul gélido que no me permite mirar a nadie más. El cabreo me atraviesa como una flecha de Robin Hood.

—¿Qué haces *tú* aquí? —Gruñe su voz.

Pongo los ojos en blanco y me ladeo para que lo vea. Espero a que me obligue a caminar hasta el ascensor, que me llame dramática y me eche de allí a empujones, pero cuando se acerca a mí no me toca.

—¿Cómo te lo has hecho?

Lo que oigo en su tono no puede ser preocupación.

—Me he resbalado.

—¿Cómo, Nina? —exige—. Detalles. —Se acerca más.

—Corriendo por la montaña, ¿vale? —Trago con dificultad.

—¿Corriendo por…? —Endurece la mandíbula y exhala con fuerza—. Llevas un calzado para correr por ciudad, no por montaña. ¿Cómo no has deducido que acabarías cayéndote?

—Mira, si vas a echarme la bronca otra vez, espérate a que vuelva a casa. Así podrás juntar tus quejas sobre mi estancia en la villa junto con la de mis deportivas inadecuadas.

—No te preocupes, Nolan, yo me encargo. —Dice la enfermera que sí me cae bien.

Doy un paso, uno solo, y la mano de Nolan llega hasta mi pelo. Me lo separa del cuello y me inclina la cabeza. Si esto fuera una película de vampiros, este sería el momento previo a que me hincara el diente y me convirtiera en una de los suyos.

—¿Qué pasa, Nolan? —pregunta el otro médico.

—¿Dónde te has caído, Nina? —Su tono retumba bajo mi piel. Debería ser indiferente a la manera en que pronuncia mi nombre, pero sigue tocándome el pelo y su aliento me roza el cuello—. Nina.

—No lo sé —me aparto—, sobre unas amapolas y otro montón de plantas.

Gruñe entre dientes. Benedict, según leo en su bata, se ofrece a curarme y a tratar la reacción alérgica que por lo visto estoy sufriendo, pero Nolan no le deja. Me coge de la muñeca buena, tira de mí un par de pasillos y lo siguiente que sé es que estoy en su despacho, sentada en una camilla.

—Preferiría que fuera la enfermera de antes quien me curase —admito, aunque sea tarde.

Me lanza una mirada asesina y luego procede a ignorarme mientras busca lo necesario. Aprovecho la oportunidad para levantarme.

—Siéntate, Nina.

—La enferma de antes…

—Abbie no va a tratarte la alergia, yo sí. Ya que eres mi paciente, también voy a curarte las heridas.

Su paciente. Suya. Pues vale, me da igual.

—¿Y no hay otro médico que pueda encargarse de mí? ¿Como Benedict?

No miro sus bíceps asomando del mono azul de manga corta que

lleva, ni me pregunto cómo le quedaría la bata blanca colgada en el respaldo de su silla. Su cuerpo no es un instrumento induce-orgasmos-desencaja-mandíbulas y me importa un comino hasta dónde lleguen esos dichosos tatuajes.

—No.

—Suena a mentira.

—¿No me crees capaz de hacer un buen trabajo? —pregunta acercándose sin mirarme.

—Creo que vas a aprovechar la oportunidad para hacerme daño y no me apetece pasar por eso.

Entonces sí me mira. *Dios.* Sus ojos atraviesan todas las capas que pillan y siguen hasta lo más hondo. Le he ofendido. Debería alegrarme, así que no entiendo el regusto amargo que saboreo en el paladar.

—Soy médico, Nina, y ahora mismo los problemas personales que tenga contigo son indiferentes.

—¿Se supone que tengo que creerte? —pregunto aunque todo en él rezuma honestidad y enfado.

—Benedict tiene la agenda llena, tendrás que esperar mucho para que te atienda él.

—¿Y no hay más médicos?

—A estas horas de la tarde no, él es el que se queda de guardia, mi turno ya casi ha terminado. —Señala la puerta—. Si quieres esperar no seré yo el que te prive de hacerlo. Tus heridas estarán peor y el picor que sé que sientes se convertirá en una quemazón desagradable, pero eres libre de hacer lo que quieras.

El helado de Lay se derretirá si espero tanto. Suspiro, me acomodo en la camilla y le miro.

—Voy a necesitar algo más que eso, Nina. Palabras.

Aprieto los dientes y mi orgullo me impide hablar durante unos

tres segundos. *Este tío saca lo peor de mí.*

—Quiero que me cures tú, Nolan.

—Nolan-Kane.

—¿Por qué soy a la única a la que obligas a decir eso?

Me lanza una mirada que no sé interpretar. Un *Bubble Tea* de odio estándar, diría yo. Guardo silencio mientras abre un montón de botes, gasas y demás. *En serio, yo con un par de tiritas ya lo habría solucionado.* Me coge la mano derecha con delicadeza y me estira el brazo para observarlo por los dos costados.

—Vas a tener que quitarte la camiseta.

—¿P-perdón?

—Se te ha pegado a la herida del hombro y además, con ella no veo hasta donde te llega. —Tira un poco de la tela de mi abdomen hacia arriba y le doy un manotazo—. Tiene pinta de que tienes tierra más arriba.

—No será necesario, solo con que me desinfectes las visibles ya está bien.

—¿Tengo que recordarte que ya he visto mucho más que un sujetador deportivo? —No lo dice en tono insinuante, sino indiferente, como si estuviera hablando con una cría a la que ni siquiera le hace falta sujetador.

Cretino odioso.

—Está claro que no eres tú quien ha inculcado toda esa bondad en Láhria. —Maniobro como puedo para quitarme la parte fácil, la del hombro izquierdo.

—Preferiría que tampoco la mencionaras. —La suavidad de sus manos no concuerda con sus repelentes palabras.

—Supongo que preferirías que su abuela y ella no me hubieran encontrado justo tras la caída, que no hubieran sido ellas las que me hubieran insistido en venir aquí —saboreo el enfado de su cara—, una

pena.

—¿Te ha traído mi abuela?

—No, me ha traído la abuela de Láhria.

Frunce el ceño.

—Tú no eres muy lista, ¿a que no?

Intento levantarme para salir por la puerta y a poder ser, darle con ella en las narices, pero sus manos acaban en mis muslos y no sé por qué, estos dejan de funcionar.

—Ya hemos pasado por esto.

—No voy a quedarme aquí para que me insultes. No sé qué clase de derecho crees tener para ir por ahí con esos aires de superioridad, si eres uno de esos médicos que creen que están por encima de todos los mortales por saber medicina, pero te dejaría por los suelos si estuviéramos teorizando de física frente a una pizarra cutre en un departamento sin fondos así que deja de hacerte el gallito conmigo, ¿quieres?

—¿Eres física teórica?

—¿Ahora quién es el que hace preguntas tontas?

Aprieta los labios, pero el hoyuelo *aniquila-ovarios-destruye-bragas* aparece. Encima sus ojos sonríen. *Está tan bueno porque si no fuera por su aspecto ya se habría extinguido, fijo.* Estamos tan cerca que es difícil no oler la loción de afeitado. Trent solía bañarse en un perfume pijo que me resultaba asfixiante, pero Nolan huele bien. *Y sus manos siguen sobre mis muslos.*

—¿Vas a quitarte la camiseta?

—Solo si dejas de hablar.

—De acuerdo.

Asiento y con el pulso acelerado, tiro de ella.

—Si eres de esa clase de padre que llama "mi abuela" a la abuela de su hija, deberías aclararlo —murmuro entre dientes—. Preguntas

tontas a mí…

—¿De qué estás hablando? ¿Mi hija?

—He dicho que dejes de hablar. Au. Au. Ahhh. —El dolor se reduce cuando me ayuda. Mi camiseta descansa en la camilla como si no tuviera culpa de nada. *La muy furcia*—. Escuchar los murmullos de otros es de mala educación. Además, has dicho que prefieres que no mencione siquiera a tu hija, así que vamos a dejar el tema.

—Láhria es mi hermana, no mi hija.

6

Nolan-Kane

💌

Tendría que haberme acostumbrado ya a su forma de dejar los labios entreabiertos pero cada vez lo manejo peor.

—¿Tu hermana? ¿Te llamas Nolan-Kane Taylor y la señora Ridelmunt es tu abuela?

Asiento una vez, incómodo de que ya sepa tanto de mí. Lo ideal sería que ya estuviera de vuelta en Nueva Jersey. Empiezo a limpiarle las heridas y se me contrae el estómago cuando veo que se encoge. No se queja, lo cual es una inmensa sorpresa.

—No eres viudo, eres huérfano —susurra rato después.

—¿Puedes dejar el tema?

—Ayer me hiciste creer que era tu hija, ¿por qué?

—Yo no hice tal cosa. —Suelto las gasas a mitad de trabajo.

—Sí, lo hiciste, tu forma de hablar era confusa. —Alza el dedo en mi dirección—. Vuelve a echarle la culpa a mi cerebro y te doy una patada en…

—No te rasques. —Le cojo la mano con suavidad e ignoro que me quema—. Será peor. Si te pica, date golpes. —Su pecho sube y baja de forma abrupta—. ¿Te encuentras peor? ¿Te cuesta respirar?

—¿Tienes trastorno de la personalidad o qué? —Parpadea, se libera de mi agarre y resopla mientras se da golpes suaves—. ¿A qué

viene ese tono amable?

—Puedo ser muy amable con quien se lo merece.

—Menudo desperdicio.

—¿A qué te refieres?

—A ti y a tu manera de apartar a la gente del modo más desagradable posible. —Alza la barbilla y luego ladea la cabeza exponiendo su cuello de cisne.

Mi mirada vuelve a caer hasta sus curvas. Su piel aún está mojada del ejercicio. *Diez, nueve, ocho… ¿Por qué es tan irritante?* Mis ojos se mueven despacio sobre Nina y siento cómo mi lengua se revuelve con ganas de probarla. Y no solo mi lengua. *Siete… siete… Joder, hace demasiado tiempo que no me acuesto con nadie. Esa es la única explicación posible a la necesidad que…*

—Nolan. —Su voz es un jadeo que va a repetirse en mi cabeza y a perseguirme como una maldición.

—Como he dicho, ahora eres mi paciente. —Aparto la mirada y la centro en las gasas—. Tenemos una relación profesional aunque sea breve. Así que vamos a dejar nuestros roces personales a un lado.

Mala elección de palabras. Vierto el líquido rojizo sobre unas de las gasas moviéndome en piloto automático y me espabilo a curarla. Puede que me tiemblen un par de segundos las manos, pero no se da cuenta. Le levanto una pierna, se la doblo sobre la camilla y me cuelo entre las suyas.

Esto no lo he pensado bien.

Es suave y está paliducha lo cual no debería favorecerle tanto. Tal vez sí sea física teórica. Quizá la he juzgado mal y encima de guapa sea inteligente. Eso me hace querer apartarla de mí todavía más.

Me deshago de los guantes y llega el momento de mayor peligro, su cuello. *Caramelo. Huele demasiado como para que pueda ignorarlo.* Voy a la pequeña salita dentro de mi despacho y en una de las neveras

encuentro la pomada que busco. Es tan frecuente que vengan a pedirla que casi no queda nada, pero agradezco no tener que ir a buscar nueva a la primera planta. *No soporto la idea de que esté en mi despacho.*

—Te pondré un poco ahora, pero al salir irás a la farmacia a por más, ¿de acuerdo?

—Claro, doctor.

Mi polla vuelve a reaccionar a esa palabra que ha sido inofensiva toda mi carrera.

—Solo tendrás que ponértela un par de veces más entre hoy y mañana —sigo—, pero aun así estaría bien que te guardaras el resto durante el tiempo que estés aquí. Hay muchas posibilidades de que vuelvas a necesitarlo.

—¿Porque soy débil? —Alza una ceja.

—Porque no eres de aquí. —Le muevo la barbilla para que incline la cabeza y de paso deje de taladrarme con la mirada. Su cuello es un peligro. No entiendo cómo no fundo la pomada cuando toca mis dedos —. Estará un poco frío.

—No va a ser un problema.

Extiendo la pomada por la zona enrojecida alegrándome de que sea el último paso y entonces pasa, mis dedos llegan hasta el punto exacto donde late su pulso y descubro que le va tan rápido como si estuviera corriendo un maratón. Mis dedos dejan de moverse unos instantes, el tiempo se detiene. Sus mejillas están rojas cuando sus labios pronuncian un airoso «si ya has acabado». Se levanta, pero yo no me aparto. Resbala por mi cuerpo y me mata. La cercanía, el roce, la forma en la que su cuerpo se frota contra el mío hace imposible evitarlo.

—¿Es que no sabes estarte quieta?

—Perdón, no pretendía… —tan roja como está, es imposible que

no se haya dado cuenta de lo que acaba de pasar en mi puta entrepierna.

Llaman a la puerta. Cuatro golpes, dos y dos, sé que es Abbie. *Mierda.* Cojo a Nina de la cintura y la vuelvo a sentar en la camilla.

—Hola, jefe, solo venía a saber si necesitabas ayuda con algo.

—No, Abbie, gracias —digo poniendo pomada sobre una franja de cuello que ya brilla.

—¿Te ha dolido mucho, Nina?

—N-no —carraspea bajo mi atenta mirada—, no, no.

—¿Entonces no?

—Exacto. Para nada.

Abbie se ríe y no sé qué lee en la situación, pero oigo cómo vuelve a abrirse la puerta.

—De acuerdo, estaré aquí fuera. Despídete de mí antes de irte, ¿vale?

—Sí, claro, lo haré —promete bajando la mirada y sé bien hacia qué punto.

Diez, nueve, ocho… Volvemos a quedarnos a solas.

—Fijo que se lo ha tragado, ¿has pensado en ser actriz?

—Es culpa tuya, me has puesto nerviosa tocándome y subiéndome a la camilla cuando ya me había bajado.

Casi me arranca una carcajada. *Tocándola dice. No tiene ni idea.*

—Pero me disculpo.

—¿Te disculpas? —Alzo una ceja.

—Sí y tú no tienes por qué hacerlo. Es una reacción biológica normal.

—Deja de hablar.

—No, en serio, he sido yo la que se ha frotado contra ti. Sin querer, por supuesto. Pero nuestra relación no va a ser rara por esto. No más de lo que ya lo era, quiero decir. Y yo también lo he sentido.

De nuevo, es una reacción del cuerpo, no significa en ningún caso que nos sintamos atraídos el uno por el otro. Si no tuviéramos cerebro tal vez, pero lo tenemos y es una suerte alucinante.

—Hablas mucho, ¿te lo han dicho alguna vez?

Mi súplica para que se calle suena mucho a una queja arisca, pero es que necesito que deje de hablar. *Que lo ha sentido dice. Y lo reconoce en mi cara. Me cago mi puta vida. No es en absoluto tan mojigata como parecía.* Doy un paso atrás y luego otro, me siento en mi silla y empiezo a rellenar el informe de su visita. Escribo su nombre donde claramente pone «apellido» y la fecha en «síntomas».

—Gracias por curarme —observo su costado mientras llega a la puerta.

—No hay de qué.

La puerta de mi consulta se abre antes de que lo haga ella y entra Benedict.

—Justo a la chica a la que quería ver —la repasa de arriba abajo.

—¿A mí?

—Ya lo creo, ¿qué ven mis ojos? Esas heridas ya tienen mucho mejor aspecto.

Nina se dedica a sonreírle con la misma hospitalidad con la que trató a Raider.

—¿Cómo está tu reacción alérgica? —Benedict se acerca a su cuello y quiero empujarlo fuera de mi despacho porque esa no es forma de hablar con una paciente.

Mi paciente.

—Muy bien, me pica cada vez menos.

—La pomada tarda al menos quince minutos en empezar a hacer efecto —tecleo ignorando la mirada asesina que me cae encima—, pero hay numerosos estudios acerca de lo que supone el efecto placebo.

—Es por el frío —interviene Benedict—, estoy seguro de que has sentido alivio instantáneo por eso.

—Sí, seguro que *lo he sentido* por eso.

—¿Podríais mantener la conversación fuera de mi despacho? Tengo trabajo.

—Será un placer —Benedict sonríe con galantería y la insta a pasar por la puerta que había estado bloqueando con su cuerpo—. ¿Señorita Andrews?

—Nina está bien y gracias.

—A veces también se me hace difícil tanta formalidad, ¿no te pasa?

—Ni que lo dudes.

Descuelgo el teléfono y marco el siete, luego lo pongo sobre la mesa mientras mi mejor amigo se aplica a fondo para alargar un poco más su interminable lista de éxitos amorosos. Sin. Salir. De. Mi. Despacho.

—Hay cantidad de establecimientos deliciosos en Mountville, si te apetece puedo hacerte un tour.

—Suena genial, eres muy amable.

¿Ahora quién tiene el trastorno de personalidad? Olga aparece veintisiete segundos después y Benedict me lanza una mirada que augura venganza.

—La señora Jiossani ha llegado antes de su hora, pero si tiene tiempo para charlar supongo que podría visitarla ya. Así la paciente podrá marcharse a casa cuanto antes.

—Por supuesto, Olga, gracias por avisar.

Me levanto para ver cómo Benedict desaparece por el pasillo.

—Resulta que sí hay gente simpática en Mountville —murmura Nina mientras lo mira marcharse.

Me coloco en mitad de su visión. Lo que siento no es algo

primitivo y territorial, son ganas de terminar el trabajo e irme a casa.

—Los ascensores están por allí.

—A todo esto, estaba segura de que trabajabas en el hospital del resort. De saber que te encontraría aquí no habría venido.

—En el resort no hay hospital. La gente no suele viajar enferma.

—¿Y si alguien se hace daño?

—Hay un ambulatorio. En caso de que el daño sea grave, vienen aquí. ¿Sabes cómo funcionan los hospitales, niña?

—¿Qué ha pasado con la amabilidad, *doctor*?

—Ya no eres mi paciente y sigo queriendo que te largues de la villa.

—Eres sin duda la persona más desagradable que conozco.

—No debes conocer a mucha gente.

—¡Nina! ¡Ya estás curada!

Mi incredulidad choca contra la realidad cuando Lay se acerca corriendo. *¿Hay alguien en todo Mountville que obedezca algo de lo que digo?*

—Nos hemos cansado de esperar fuera —dice Ridelmunt—, se ha deshecho, pero supongo que sabrá bien igual.

—Perdonad, y muchas gracias. —Nina coge el helado deshecho y lo mira como un tesoro.

¿Por qué es tan educada con todo el puto mundo?

—¿Cómo te encuentras? —le pregunta Lay después de echarme un rápido vistazo y sonreírme—. ¿Te duele mucho?

—No, estoy como nueva.

—¿Qué hacéis aquí? ¿No ibais a recoger flores?

—Ya hemos recogido un montón —Láhria alza la cesta de mimbre —. Nina, ¿quieres que volvamos juntas?

Veo a Abbie y le hago señas para que vigile a Lay, entro a Ridelmunt a mi despacho y cierro la puerta.

—No necesito un chequeo, doctor Taylor —ocupa la silla de mi escritorio.

—¿Por qué lo haces?

—Gastar bromas enriquece el espíritu y tú quieres que viva muchos años más, ¿verdad?

—¿No te pedí ayer por la noche que te alejaras de ella? —Me cruzo de brazos—. ¿Que no dejaras que Lay se acercara a Nina? Porque juraría que lo hice justo después de vaciarte las calabazas.

—¿Y desde cuándo son las nuevas generaciones las que dan órdenes a las viejas? Mira, chico, puede que tengas un problema con ella y con su alquiler, pero es solo tuyo.

—No voy a dejar que Lay se acerque a ella cuando va a irse en días, sino horas.

—O segundos.

—No te lo estás tomando en serio, Rid. Ya sabes cómo es Lay —bajo más el tono—, sabes lo rápido que se encariña con todo el mundo.

—Sí, igual que también sé que tarda en coger confianza a la gente y a pesar de eso, me ha pedido que le comprara un helado más pequeño para poder repartir el dinero de su merienda con Nina. —Se levanta y camina con las manos a la espalda—. No tengo ni idea de lo que ha visto en ella, ya que la señorita Andrews parece desconocer hasta el color de su propia sombra, pero los niños son muy sabios. —Me da dos golpes en el brazo—. Y eso, chico, es algo que sabemos todos los viejos.

7

Nina

💌

En un castillo a las afueras de Londres, Inglaterra, el caos campa a sus anchas mientras mis tres hermanastras se zambullen en el mar de la histeria.

—¿Te han despedido? —Daisy se muerde el labio con preocupación—. ¿Es eso lo que estás diciendo, Nina?

—No, se ha ido ella —Lexi es la que responde paseándose frente al sofá en el que estoy sentada—, después de cantarle las cuarenta a Sr. Fondos de Origen Dudoso.

—Bien por ti —Amy, se acomoda en el sillón de mamá de forma despreocupada—, trabajar para otros es un asco. Para un cretino como Érenghor, todavía más. Pfff, si encima tenía nombre de elfo, el muy imbécil.

—Lo sigue teniendo, que no está muerto —le dice Lexi.

—¿Puedes explicarnos otra vez lo que ha pasado? —insiste Daisy —. ¿Y puedes hacerlo con todo detalle?

—Mamá llegará de un momento a otro.

—Pues más te vale soltarlo cuanto antes —dice Amy más interesada de lo que demostraba.

—No hay nada que explicar.

—Sí lo hay, yo os lo resumo —se ofrece Lexi—, ha renunciado a

un trabajo de mierda en el que cobraba una miseria y tenía que aguantar a dos jefes a cada cual más capullo solo porque lo que hacía estaba remotamente relacionado con la profesión de sus sueños.

—No se considera renunciar si te piden que te marches —digo por lo bajo.

—Te dejas lo de jefe-misógino-de-la-comarca, Lex —dice Amy.

—Y lo de preferir a cualquier mindundi con pene antes que a una mujer —añade Daisy, luego se agacha frente a mí, pone los codos sobre mis rodillas y pregunta—: ¿Qué piensas hacer ahora, Nina?

¿Buscarme una nueva profesión como sopladora de sopitas calientes? ¿Un Sugar Daddy? ¿Morirme de hambre?

—Se me ocurrirá algo.

—Deberías abrirte una cuenta de TikTok y poner a Érenghor a parir. Fijo que te harías viral.

—Menudos consejos le das, Amy, eso le pondrá más difícil encontrar trabajo —dice Daisy—, y teniendo en cuenta que no va a contar con una carta de recomendación de su jef… —deja de hablar cuando Lexi le da un golpe en el hombro que la desequilibra y la tira al suelo.

—¿Sabes lo que deberías hacer? —A Lexi le brillan los ojos de un modo peligroso cuando hinca una rodilla en el sofá.

—Miedo me das.

—Deberías gastarte todos tus ahorros en un viaje.

—No te pases —interviene Amy sentándose encima mío—, lo que sí podría hacer es gastarse toda la pasta que recibirá al vender sus ideas a la competencia en algo absurdo y ostentoso que brille y tenga el logo de la Barbie.

La empujo y me la quito de encima.

—¡Debería gastarse la suma de las dos! —exclama Lexi dando una palmada.

—¿Es que os habéis vuelto locas? —Daisy abre mucho sus inmensos ojos verdes—. ¿Cómo va a gastarse todo ese dinero en un momento como ahora?

—No le vendría mal comprarse un par de sujetadores —Lexi tira de mi blusa negra para mirar debajo y le doy un manotazo—. La lencería es sumamente importante, Nina, son los cimientos de tu casa. La harina de tu bizcocho. Los peces de tu estanque.

—Sus uñas también dan pena —dice Amy—. Las tiene echas polvo.

—Y no le irían mal unos zapatos nuevos —Daisy da un toque a mis botas que han visto tiempos mejores—. ¿Estás en algún tipo de huelga de moda?

—¿O en alguna ONG que ayuda a vestir a los físicos muertos de hambre? —añade Amy.

—Sabéis que mi trabajo no da mucho dinero.

—Ya, ¿pero da algo? —se burla Lexi.

Mientras discuten animadamente sobre qué debería comprarme antes, lo suelto:

—Ya no estoy en Nueva Jersey.

—¿Es un chiste de físicos que no entiendo? —Amy levanta el índice y lo mueve en círculos señalando el castillo—. ¿Como la caja con el gato vivo y muerto a la vez?

—¿Por eso no has contestado a mis cartas? —pregunta Daisy porque sí, esa es nuestra manera de comunicarnos.

—A las mías tampoco —dice Lexi—. ¿Deberíamos dejarlo y relacionarnos como el resto de mortales?

—No —respondemos las demás al tiempo.

Nuestra madre vive en un castillo, uno que al morir pasará a ser nuestro, era de esperar que las rarezas no acabaran ahí.

—Hace solo unos días que me fui, pero ya no estoy en Nueva

Jersey.

—¿De qué estás hablando? ¿Te has mudado? —Esta es Daisy.

—Estoy en Virginia temporalmente.

—¿Por qué? —pregunta Lexi.

Suspiro.

—Porque he hecho justo lo que has dicho. —Oímos los pasos de mamá acercándose.

—¿Qué parte? He dicho muchas cosas. Entre ellas, que lo mandes en un cohete al espacio que deje un rastro de humo blanco en la Vía Láctea con las palabras «Trent a la mierda» flotando para toda la eternidad. ¿Has hecho eso?

—Me he gastado todos mis ahorros en un viaje.

—¿Me tomas el puto pelo? —Su tono desprende orgullo máximo.

—¿Todos tus ahorros y solo te ha llegado para el estado de Virginia? —interviene Amy, luego resopla—. Dios, está claro que no sale a cuenta ser lista.

—Dime que tienes la posibilidad de reembolso —dice Daisy.

—Os lo contaré, pero tendrá que ser luego.

—¿Cómo están mis niñas? —Victoria Daughbeth entra en la sala abanicándose y con una sonrisa radiante en la cara.

Han pasado meses, pero le sigue yendo la moda japonesa tradicional y colorida. *Se entiende fácil lo raras que somos cuando la ves a ella.*

—Hambrientas.

—Aburridas —sigue Lexi.

—Agotadas —dice Amy.

—Hastiadas de la vida y la monotonía ya que nuestras vidas siguen exactamente igual que siempre —cuando todos los ojos caen sobre Daisy parpadea—. Con hambre, sí, ufff.

Tierra trágatela. Mamá ocupa su sillón y nosotras el sofá de

enfrente.

—Veo que seguís tan guapas como de costumbre.

—Es por la monotonía —suelta Lexi y le doy un manotazo disimulado.

Al final las mato.

—Decidme, tesoros, ¿habéis visto a vuestros padres últimamente? —Mamá se cruza el kimono de seda verde menta y oro.

—No lo sé, ¿aún los tienes encerrados en el sótano? —se burla Amy.

En orden, Amy veinticuatro, Daisy veinticinco, Lexi veintisiete y yo veintiocho. Misma madre, cuatro padres distintos. A día de hoy mamá está casada con el padre de Lexi. *¿Qué es la vida si no te casas dos veces con la misma persona?*

—Me parece que es a vosotras a quien voy a tener que encerrar en el sótano. Hablad.

—Quedamos cuando podemos —intervengo ganándome una mueca—. No ayuda vivir en distintas partes del mundo.

—No ayuda, no —sigue Lexi—, además con el trabajo y el lío de la vida adulta, ya sabes, mamá.

—Pero les escribimos.

—Muy a menudo.

—Gastamos un montón de papel en cartas.

—Y está carísimo con todo lo del cambio climático.

—Deberíamos parar y limitarnos a las nuestras.

—Todo sea por el planeta.

Amy y Daisy se cargan el intento de Lexi y mío en medio segundo.

—Lo que imaginaba —mamá se enfurruña—, por eso os reunido hoy. A partir de ahora, habrá cenas mensuales al menos durante el próximo año. Hasta que los lazos familiares se recuperen.

—¿Quéeeeee? —graznamos las cuatro al unísono.

—Estarán todos invitados y vuestra asistencia es obligatoria. Nos reuniremos como la familia que somos y compartiremos momentos clave que perdurarán en nuestra memoria hasta el fin de los días. ¿Tenéis alguna pregunta?

—Ninguna, mamá —dice Daisy.

—Yo sí tengo una —dice Amy levantando la mano—, ¿puedo saltarme un par si hoy me quedo hasta la cena?

—Yo justo en esa fecha tengo un compromiso, qué mala pata.

—Si yo tengo el mismo compromiso que Lexi, ¿ya cuenta como tiempo en familia? —pregunto.

—No me mires así, mamá, soy piloto —sigue Amy—, no querrás que mi tiempo libre también lo pase en un avión, ¿a que no? ¿A que no, mamá?

—¿Queréis seguir siendo parte de la herencia o no? —Sube la barbilla y enarca una ceja, irguiendo todavía más su postura.

—Mamá, no queremos ninguna herencia —respondo—. Ya te lo hemos dicho un millón de veces.

—¿Un millón solo? —Daisy se cruza de brazos.

—Lo que queremos es que en tu lecho de muerte, de aquí a ciento ochenta y siete años, uses tu pasta gansa para sobornar a quien haga falta y compres más tiempo de vida —dice Lexi.

—Sí, ¿cuántas veces más tenemos que repetir la misma cantinela? —gruñe Amy y un sonido de tacón nos silencia a todas.

—Veo que vuestro sentido del humor sigue igual que cuando erais unas crías —se levanta—, me produce sentimientos encontrados. —Se gira y camina hacia la puerta—. Os veré en la próxima cena.

—¿Va a irse sin un abrazo? —susurra Daisy.

—Pues sí qué están frías las cosas en palacio —murmura Amy.

Mamá frena sus pasos y sin girarse, extiende los brazos. Corremos hasta ella, todas a la vez.

En un Starbucks de Londres, con un *frappuccino* más grande que mi cabeza, tengo tres pares de ojos atravesándome el alma.

—Ya puedes empezar a largar qué narices has hecho con nuestra Nina y cómo podemos… dejarla donde está. ¿Qué? —Se queja Lexi—. Me gusta esta versión alocada.

Con el despido no gané mucho, vendiendo algunas de las ideas que Érenghor rechazó durante años, sí. Se merecía mucho más que eso, pero nos contentaremos por ahora. Gastarme mis ahorros en un solo mes es una ida de olla, pero una que pienso disfrutar, con o sin la aprobación de Nolan-Kane. Es lo que les digo, omitiendo lo del perverso y tatuado médico sexy.

—Estás como una cabra. Me encanta, ¿lo he dicho? ¿Lo he dicho? —pregunta Amy—. Es que no me lo puedo creer, ¿de verdad estás en una villa tan cara?

Asiento porque hasta decir que sí en voz alta da miedo. Lexi sigue emitiendo carcajadas incrédulas mezcla de orgullo y adoración.

—¿Qué piensas hacer cuando vuelvas? —pregunta Daisy que si está flipando como creo, lo disimula muy bien.

—No lo sé. Por primera vez en mi vida no tengo un plan. Espero que me contesten uno o con suerte dos correos de los muchos que envié, pero si no…

—No vamos a pensar en ningún «si no» —dice Lexi alzando una mano y estampándola contra la mesa—. Toda tu vida has hecho lo correcto. Eras una estudiante modelo, sacabas notazas, evitabas las fiestas y seguiste por el mismo camino después de conocer a Trent. Por primera vez has decidido hacer lo equivalente a tatuarte el conejito playboy en la frente, ¡esto merece una celebración!

Amy se aferra a mi brazo, Daisy al otro.

—¿Qué estáis haciendo?

Lexi me señala de arriba abajo.

—De ninguna forma vamos a dejar que vuelvas así vestida a Virginia. —Sonríe de forma perversa y sé que no tengo escapatoria.

En comparación con una ingeniera mecánica, una piloto y una biotecnóloga, sin duda soy la pobre. Pero aunque no fuera así, sé que no me dejarían pagar ninguno de los sujetadores brillantes con bordados que están llevando a la caja, por mucho que insistiera.

—Brasileñas, necesitamos encaje en este culo —Lexi me toquetea mientras gesticula a Daisy y Amy para que le enseñen más opciones—. Queremos algo llamativo, los requisitos son: rojo y diminuto.

—*Oh, yeah, baby* —dice Amy levantando algo que perdería en un par de pasos—. Las tengo en azul eléctrico, son infalibles.

—¿Votaciones? —Daisy levanta un corsé que parece sacado de una peli porno.

—Si hay en más colores, los queremos en todos —contesta Amy dando saltos y palmadas.

—¿Para qué iba a ponerme yo eso, a ver?

Lexi me da la vuelta, me coge de los hombros y me atraviesa con su mirada del color del chocolate.

—Trent era muchas cosas, pero por encima de todo, era un muermo monumental en la cama. Tan aburrido que se cargó tu libido a los veintipocos. Pero eso puede cambiar en cuanto pongas un pie en un bar de carretera y conozcas a unos cuantos motoristas. Para eso vas a ponerte todo lo que compremos hoy, Nina: para que te lo quiten.

—¿Un bar de motoristas, Lex? Tú ves muchas películas.

—Lo mejor será que le hagas caso, Nina —interviene Amy carraspeando—, sobre todo porque todavía tenemos que ir a todas las tiendas de este centro comercial y solo nos quedan tres horas para volver al aeropuerto.

—¡No hay tiempo que perder! —Daisy alza un montón de encaje plateado y lo lleva a la caja—. ¡Ambrós, nos lo llevamos todo!

—Excelente elección, ¿lo quieren para regalo?

Cumplen su promesa, cuando llego al aeropuerto estoy cargada hasta arriba de bolsas. Entramos en los primeros baños que encontramos y me dejan caer que si no me deshago de mi ropa, lo harán ellas por mí.

—Pero me gusta esta ropa, es elegante —digo desabrochándome la blusa.

—Es horrorosa —dice Daisy que sigue en su línea de vestidos florales.

—Digna de un funeral —sigue Lexi—. Venga espabila, que quiero verte.

—¿No puedo guárdamela por si acaso?

—No —responden al tiempo.

En el fondo sé que tienen razón (muy, muy en el fondo). Salgo del lavabo y me están esperando junto al espejo.

—¿Pero quién eres tú y qué has hecho con nuestra hermana? —Babea Amy.

—Menuda diosa de la física teórica estás hecha —sigue Lexi.

Me toquetean otra vez como si fuera un maniquí y yo las dejo. No reconozco lo que veo en el espejo, la verdad. Mi blusa de color melocotón tiene cintas brillantes en los hombros y el sujetador que asoma tiene un encaje detallado que no puedo dejar de mirar. Me obligan a darles la dirección del resort para no quedarme incomunicada todo el mes.

Son unas exageradas.

Las quiero bastante.

—Cómprate una *polaroid* y mándanos fotos en la siguiente carta —pide Daisy.

—Y échanos de menos —sigue Lexi.

—Y la próxima vez que nos veamos, más te vale tener una larga

lista de motoristas —se burla Amy.

—Deberíamos empezar a llamarnos por teléfono —dice Lexi.

—¡No! —le gritamos todas.

8

Nolan-Kane

￼

💌

El *Boogie* es uno de los bares más frecuentados de todo Mountville y me da que algo tiene que ver con su dueña. Ridelmunt tiene un don para atraer a la gente y hacer que se sientan en casa. Yo, en cambio, no tengo ese don.

—Cómete la verdura, Lay.

—Me van a salir arbolitos por las orejas —dice mareando el brócoli.

—De mirarlos seguro que no. —Pongo los codos sobre la mesa y entrelazo las manos. Hace quince minutos que he terminado de comer —. Va, espabila, que al final se te pudre en el plato.

—Huele como si ya estuviera podrido. —Hace una mueca, luego otra aún más exagerada, pero se mete un buen trozo en la boca.

Finjo que no me hace gracia, pero me cuesta. Su abuela pone en la mesa una tanda recién hecha de aritos de cebolla.

—Toma, LayLay —Le acaricia el pelo, pero yo intercepto su regalo antes de que toque nada.

—¿Por qué te cargas mis enseñanzas?

—Porque se va a comer la verdura más rápido si tiene algo que le guste con qué acompañarlo. Se cazan más moscas con miel que con vinagre, ¿sabes?

—Tenía pavo, pero ya se lo ha comido —señalo.

Las dos me miran alzando las cejas y siento como mi popularidad cae en picado.

—El pavo no es miel, es vinagre diluido y te advierto, muchacho, que es difícil ganar una discusión contra alguien inteligente, pero es aún más difícil ganarla contra un idiota. No me canso fácilmente. —Ridelmunt pone los aritos frente a Lay.

La renacuaja me mira con interrogación, sin mover un músculo, pero se le dilatan las fosas nasales como si no pudiera resistirse. Le doy permiso y no tarda ni un segundo en meterse uno entero en la boca. Mi abuela se va sin disimular que esto es lo que pasa cuando no estoy presente.

Me despido de las dos cuando la lenta acaba de comer y hago una parada antes de volver al hospital. Nina es lista, debo admitirlo. Su repentina ausencia del resort me dio esperanzas, pero no se llevó sus cosas. De hecho, las esparció tanto como pudo, marcando territorio. Por suerte para mí, no supone un problema. Me conozco este lugar como la palma de mi mano y sé cómo echarla de aquí.

—Nolan-Kane Taylor, voy a fingir que no acabas de hacerme esa pregunta.

—Julio —le persigo por la recepción—. Escúchame, tiene que irse.

—Nadie va a despertarla a las cinco de la mañana con una llamada equivocada, ni vamos a cortar el agua a su villa y desde luego, no vamos a quedarnos sin toallas limpias. —Se mete tras el mostrador y da un largo trago de agua—. Por cierto, he avisado a la cocina para que tengan en cuenta su alergia a las espinacas. Gracias por el dato, doctor.

—Esa villa ha estado vacía diez años y nos ha ido muy bien. Ridelmunt no debió alquilarla sin mi permiso y tú…

—Yo sé que estás en una posición difícil, hijo, que llevas

estándolo tanto tiempo que has amueblado la estancia y lo has llamado tu casa. Pero es momento de un cambio.

—Estamos de acuerdo. El cambio llegará cuando les enseñe el potencial de este lugar a la larga lista de inversores con los que voy a tratar, pero primero, esa villa debe quedarse vacía.

Julio abre una caja de cartón de pastelería y hunde el tenedor con disimulo.

—No creas que no sé que quien ha dejado los aspersores de Nina abiertos mucho más tiempo de la cuenta —dice haciendo ruidos al degustar su postre—. Has estado aprovechando su ausencia para el mal y tenemos cámaras.

—No sé de qué estás hablando, Julio. Y, ¿desde cuándo ha dejado de ser la señorita Andrews?

—Mentir no es uno de tus defectos, Nolan. Y desde que ella me convenció. Somos amigos, ¿sabes? Me ha traído Battenberg cake de su viaje. ¡Esa chica tiene un corazón de oro!

Ha vuelto.

—Y tú, Julio, un estómago muy sobornable. —Salgo de la recepción porque sé que no voy a conseguir nada de él.

No es solo que esté viviendo bajo los cimientos que *ellos*… No.

Es que Lay tiene a mucha gente en su vida, pocos de los cuales son cercanos de verdad. Sé que tiene carencias, que necesita otros lazos afectivos que como su hermano mayor no puedo darle. *Pero Nina tampoco.*

Si me salgo con la mía, su marcha será inminente, pero de no conseguirlo… Treinta días son demasiados, tendrá tiempo de sobra para romperle el corazón a Láhria. *He visto cómo la mira, con qué admiración ve a través de ella algo que nadie más percibe.* Los niños son así, no saben con quién tener cuidado. *Pero yo sí.* No voy a permitir que le haga daño, por mucho que Nina se empeñe en ser una

irresponsable.

Vuelvo al trabajo y mientras pienso cómo podría fastidiar los horarios de sueño a alguien que está de vacaciones y rendir en el hospital al día siguiente, alguien me da con una carpeta en la cabeza.

—Eh, doctor, ¿estás aquí? —Abbie mueve las manos frente a mi cara.

—¿A qué viene esta agresividad? —Le quito la carpeta y empiezo a leer suponiendo que es lo que quiere de mí.

—Llevabas en trance unos buenos quince segundos. —Tamborilea los dedos en mi mesa—. Empezaba a pensar que estabas recordando la vida de todos tus antepasados.

—Muy graciosa.

—Tenemos un asuntillo con Austin Washermn. Sus nódulos no desaparecen y me ha preguntado cuándo podrá volver a dar clase, quiere que vayas a verle.

Pongo el ordenador en reposo, dejo la carpeta sobre la radiografía de la clavícula de Theodor Norman y salimos de mi despacho.

—No debería pasarse la vida gritando, tenga o no tenga nódulos en las cuerdas vocales —le digo camino al ascensor—. Los pacientes no se dan cuenta de que nosotros no les curamos, se curan ellos solos. Y muchas veces, también se hacen daño solos.

—¿Sabes cómo vas a convencerle de que se compre un micrófono y un curso de meditación?

—No.

—Porque debería, hasta el punto de gastar sus vacaciones visitando los monjes del Tíbet.

—Sí.

—Tú sueles convencer a todo el mundo para que haga lo que le conviene aunque no quiera, ¿de verdad no tienes un plan? ¿Ni un chantaje? ¿Un soborno de un futuro mejor tal vez?

—No lo sé, Nina.

—Ajá.

—Oye, no tienes por qué venir, ya le has visitado esta mañana y estoy seguro de que tendrás un millón de cosas que hacer. —Entra en el ascensor conmigo de todas formas. Se da la vuelta cuando se cierran las puertas y se cruza de brazos—. ¿Pasa algo?

—Me has llamado Nina tres veces hoy. ¿Quieres hablar del tema?

—Perdona —exhalo de forma sonora—, debería ser capaz de dejar mis problemas fuera del trabajo.

—¿Así vamos a llamarlo? *Valep*. Pero tengo una petición.

—¿Es de otro tema?

—Sí. —Se balancea sobre sus talones—. ¿Cuándo vas a hacerme tu enfermera?

Abbie quería llevarme la agenda, compartir los casos, estudiar a los pacientes y rellenar los informes juntos. Quería trabajar para mí, solo para mí. Teniendo en cuenta lo eficiente que es, sería un sueño para cualquier médico desbordado cuyo horario semanal está inundado de horas extras. *Uno que no puedo permitirme.*

—Sabes que no puedo pagarte. —Su sueldo saldría del mío y ya destino todo lo que puedo al resort.

—Podrías si aceptaras las incesantes llamadas de los peces gordos de las ciudades más importantes del país, que solo quieren que sean tus manos quienes los curen.

Asiento y entramos en la habitación del señor Washermn. Tres minutos después, vuelca la bandeja y su sándwich acaba en mi bata. Miro a Abbie y compruebo que está bien.

—Si hubierais hecho bien vuestro trabajo yo ya no estaría aquí. —Susurra tan fuerte como puede, a pesar de que se le dijo específicamente que no lo hiciera.

—No —me quito un trozo de pan del hombro—, si no se hubiera

pasado la vida maltratando sus cuerdas vocales y no hubiera ignorado todos los avisos que le daba su cuerpo, usted no estaría aquí.

—Habéis incumplido vuestra palabra. —Cada palabra suena más rasposa a la anterior—. La recuperación debía acabar hace días, ¡yo ya tenía que estar dando clase!

—Le recuerdo que debía guardar absoluto silencio y no lo ha hecho. Le pedimos que usara su pizarra para comunicarse y ha estado hablando con cada enfermera que ha entrado en la habitación.

—Sí, usted es el único responsable de que tenga que pasar aquí más tiempo —suelta Abbie.

—¿Me faltas al respeto a mí? —se pone rojo y alza más la voz—. ¿Una cría como tú? Vamos, esto es ya lo que me faltaba.

—Señor Washermn, le advierto que si no respeta las normas tendrá que recuperarse en otro hospital —me interpongo entre ambos cuando extiende su índice acusatorio hacia Abbie.

—Es indignante. ¡Bochornoso! —Se revuelve hasta que se libra de las sábanas, el reposa bandejas y el monitor mientras refunfuña—. Pienso denunciaros por mala praxis. Estoy seguro que estoy mucho peor que cuando llegué. Sois una vergüenza para la medicina. Esto no quedará así.

Cierra la puerta de un portazo mientras maniobra para que sus cosas no se le caigan bajo el brazo.

—Menudo capullo —suspira acercándose a mi bata.

Diría que me alegro de que se vaya, pero una parte de mí se alegraría de que lo hiciera recuperado.

—Estoy bien, tranquila.

—Estás hecho un desastre.

Me quito la bata y la arrugo en mis manos.

—Problema solucionado.

Vuelvo a mi despacho solo y me cambio de camisa, aunque no ha

llegado a mancharse. La que tengo de repuesto es más elegante y a mis ojos, más adecuada. Me abrocho las mangas sin pensar en nada, ni en nadie en especial. El cansancio acumulado del turno de trece horas me ha dejado con unas ganas locas de volver a casa.

Aparco en mi villa y salgo del coche. A estas alturas Ridelmunt ya habrá traído a Lay de gimnasia artística y tendrá mucho que conta… Las chanclas de Láhria están en mitad del camino, entre la villa de Nina y la nuestra. *No. No me jodas.* Se me tensan los músculos y la siguiente bocanada de aire que cojo está cargada de electricidad. Tengo en la punta de le lengua todo lo que voy a decir, pero cuando entro en el jardín mis zancadas se frenan en seco.

Están las dos dormidas sobre la mesa. Aprieto los puños y me trago la imagen a la fuerza. Hay zumo y un olor raro en el ambiente, la escena es tan cercana como detestable. Despierto a mi hermana con delicada contundencia y *ella* se despierta de rebote.

—No me he dejado verdura —murmura mientras intenta recordar dónde está—. ¿Ya has vuelto?

—Sí, Lay vete a casa. —Mi tono se vuelve severo en cuanto se espabila.

—Pero… —Se frota más los ojos.

—Ahora.

Mira a Nina con una mueca triste que no me pasa desapercibida. Espero a oír pasos subiendo la escalera y luego la puerta de la entrada cerrándose. Desvío mi enfado de nuevo hacia ella y tiene la desfachatez de desperezarse en mi cara. ¿Preocupación? Cero. ¿Arrepentimiento? En números rojos.

—Es sorprendente cuánta mala leche cabe en un mismo hombre.

—¿Qué te dije? —aprieto tanto los dientes que lo oigo.

Finge pensar durante unos segundos y yo que no me odio por fijarme en lo que muestra bajo su blusa. Mi cuerpo reacciona siendo el

tercero en traicionarme hoy.

—¿Te refieres a además de “vete de la villa en la que no quiero estar”?

—Te dije que no te acercaras a ella.

—Lo dices como si fuera una maldita serpiente de cascabel, dios. Compadezco a Lay, está claro que no eres su tutor divertido.

Agarro los brazos de su asiento y reduzco la distancia hasta que arranco el sueño de sus bonitos ojos.

—Para ti no es Lay, es Láhria y me parece que no nos estamos entendiendo.

Estoy tan enfadado que no comprendo cómo no se ha disculpado todavía. De repente, se echa a reír.

—Perdona —se tapa la boca, pero se le mueven los hombros—, no quiero que te dé un ataque, es que me parece gracioso… —otra carcajada—, la cara que pones cuando… perdona.

¿Me estás vacilando?

—¿Te parece que la manera que tengo de criar a mi hermana huérfana es motivo de risa?

Se le corta.

—No, pero yo no la he llamado. Ha venido ella y no pienso echarla ni ahora ni nunca. Sobre todo porque lo único que hemos hecho ha sido pintarnos las uñas y quedarnos fritas mientras se nos secaban. —Desvía la mirada hacia la mesa y traga con dificultad—. Cuando estaba en el aeropuerto he visto este esmalte rosa con estrellas brillantes y no he podido resistirme. Lo de quedarnos dormidas ha sido un accidente.

—Nina… —Mi voz suena como un gruñido de animal, bajo, cortante, amenazador.

—Mira, prefiero que me sermonees a mí antes que a ella, pero no deberías. Ha sido un momento y ya te lo has cargado, así que puedes

estar satisfecho. —Hace el amago de levantarse, me aparto lo justo para que pueda coger la fina chaqueta del respaldo de su silla, pero eso no la deja mucho espacio—. Ahora si me disculpas… —deja de hablar cuando su culo roza mi cuerpo durante el recorrido, haciendo que la ebullición se expanda por todas partes y luego se concentre en una zona muy inoportuna.

Me cago en la puta. Su cara se enrojece cuando me mira por encima del hombro, quedándose inmóvil en la peor parte.

—¿Por qué te empeñas en ir por el camino difícil? —*Ese maldito olor a caramelo que ahora se mezcla con el de la crema solar me está poniendo enfermo.*

—¿Qué parte de que «soy física teórica» no te ha quedado clara? El camino difícil es el único que conozco.

—Me da igual lo que seas, lo único que quiero es que te vayas —responde mientras espero que vuelva a sentarse y nos libre de la tortura, pero no lo hace.

Se mueve rápido y en un segundo estamos cara a cara. Nina ignora cuando su fina chaqueta cae al suelo y yo gruño cuando nuestros cuerpos vuelven a encajar como no deberían.

—Piérdete, ¿quieres? Vas a conseguir cargarte el buen humor que me ha dejado mi familia.

—Me gustaría cargármelo —le admito a ese par de esmeraldas de las que saltan chispas—. Me gustaría hacerte lo que tú me estás haciendo a mí. Que el mal humor no te dejara concentrarte en nada. Que no pudieras ni dormir por las noches. Que en lo único que pensaras fuera en mí.

Su respiración abrupta hace que sus pechos me rocen de subida y de bajada, y conozco un nuevo nivel de autocontrol.

—Sal. De. Mi. Propiedad.

—Esta no es tu propiedad, Nina, estás aquí de paso.

Se muerde el labio y quiero hacerlo yo, quiero mordérselo con fuerza.

—¿Y si me quedara a vivir aquí igual que tú? ¿Qué pasaría entonces, Nolan?

—Nolan-Kane.

—Todos están de acuerdo en que me quede salvo tú, así que supongo que no me podrían pegas. —Sonríe de manera torcida—. No lo habías pensado, ¿eh, *Nolan*?

Agarro su antebrazo y ella tira de mi camisa, aferrándose a ella para mantenerme en el sitio. Me hierve la sangre.

—Estás jugando con fuego, ¿lo sabes?

—No, Nolan, a eso juegas tú solito. Puede que hayas estado pensando en mí y en lo mucho que me detestas, pero te aseguro que yo no he malgastado ni un solo segundo haciéndolo en ti.

Mis labios casi rozan los suyos y se me ha secado la garganta, estamos tan cerca que casi la siento desnuda contra mí. Las manos que nos quedaban libres ahora están sobre el otro. Subo por la curva de su espalda y el fuego que siento no puede ser solo mío, lo desprende ella. *Su piel.*

—Juraría que tu cuerpo no se cree tus mentiras.

Se estremece. Se estremece en *mis* brazos y estoy a punto de salirme de mi puto cuerpo.

—Apártate —pide sin soltarme.

—¿Eso es lo quieres?

Da un suave tirón a mi camisa, luego asiente.

—Sí, lo es.

Inhalo una última vez y lo hago, me aparto de ella con el pulso acelerado golpeando mi cuello con fuerza.

—No me obligues a volver a decírtelo otra vez, Nina. Líbranos del mal trago de tener que repetir esta conversación.

—¿Puedes dárselo al menos? —pregunta cuando ya me he dado la vuelta—. Le ha encantado y dudo que lo encontréis por aquí.

Se me dilatan las fosas nasales con la siguiente exhalación. No la miro, cojo el dichoso esmalte de uñas rosa y me alejo tanto como puedo de Nina Andrews.

9

Nina



No me puedo creer que ya haya pasado una semana desde que llegué aquí. Es curioso lo rápido que te puedes acostumbrar a vivir en una fantasía cuando te empeñas en ignorar los problemas del mundo real. *Definitivamente, la mente a veces es maravillosa*. Comida deliciosa, palmeras, olor a verano y una piscina para mí sola. ¿Paro? ¿Bandeja de entrada vacía? ¿Problemas financieros? ¿Precaria predicción de futuro? Sí, eso sigue estando ahí, pero cada vez oigo menos el ruido. Nunca pensé que la camisa de irresponsabilidad me quedara tan bien, pero resulta que me favorece que no veas.

Desbloqueo el móvil y leo los mensajes de los que pasé ayer, mientras me quito las legañas de los ojos.

Mensaje de Trent

13:17 Necesito hablar. ¿Es que ya no te importo?

13:20 ¡Cógeme el teléfono de una puta vez!

20:02 Nina, no estoy bien, necesito que hablemos.

23:54 ¿Cómo puedes ser tan egoísta?

23:54 No piensas en nadie más que en ti misma.

23:55 Pensaba que de verdad te importaba la física.

01:00 Princesa, por favor, necesito que todo vuelva a ser como era antes.

Sigo el consejo de la persona más lista de Mountville y bloqueo el número. No es hasta que me lavo la cara que me doy cuenta de que esta mañana no ha habido música estridente y que se ha roto la racha. *Qué raro.* Salgo al jardín y compruebo que tampoco están los aspersores inundándolo todo, ni hay migas de pan para atraer a los pájaros y sus consecuentes deposiciones. *Curiosamente, esto me pone aún más nerviosa.* Miro hacia su villa y me pregunto si la bronca que recibió ayer la pobre Láhria fue demasiado.

—Insoportable. Él y sus normas. Debería dejar de ser tan… —choco contra la silla (*esa* silla) y todo vuelve a mí como un flashback calentorro de los malos. *Su voz ronca y seductora. Sus manos presionándome contra ese cuerpo esculpido en piedra. Su irritante personalidad que elimina toda cordura en mí.* Las imágenes de lo que tuve que hacer después, a solas, también vuelven y convierten mis rodillas en gelatina. Estoy en la ducha, lejos de su ventana, intentando débilmente alejarlo de mi cabeza mientras el agua corre por mi cuerpo desnudo. La intensidad me oprime el pecho y mi cabeza elige ese preciso momento para volver a su despacho. *A esa enorme erección contra mi centro*. El orgasmo es salvaje y agresivo, y arrasa conmigo mientras cabalgo mis dedos imaginando que son los de… —No, basta. Fue un desliz, un momento de debilidad biológico, nada más.

Me voy a la playa, pero en ningún caso estoy huyendo. Solo busco un lugar apartado en el que poder no hablar con nadie. *O uno en el que él no me encuentre. Pfff, Lexi tiene razón. Trent se cargó mi deseo sexual matándolo de aburrimiento y es como si… como si Nolan-Kane lo hubiera resucitado a la fuerza. Esto fijo que tiene cura. Una pena que lo último que voy a hacer es pisar un hospital.*

Me compro un sombrero mono y un pareo precioso camino a la playa pensando en que mis hermanastras han desbloqueado algo en

mi cabeza con toda esa lencería y ropa bonita. Pienso en las cartas que he sacado hoy del buzón…

De: Amy

♡

Para: Alubia traidora y apestosa

Resulta que el correo express también funciona para cartas enviadas desde el aeropuerto, qué cosas. Hay mucho que quería decirte, para empezar, ¿de qué vas soltando esa bomba y yéndote sin más? Uy, ¿puedo escribir esa palabra sin que el FBI confisque mi carta? (Perdonen, agentes, pero es que cada vez que pienso en Trent Sr. Capullo tengo ganas de estrellar uno de mis aviones en su cara de payaso). Ufff, ¿lo estoy empeorando? :)

Nina, pienso guardarte rencor un largo tiempo por haber tardado ***tanto*** *en compartir las nuevas-malas noticias y espero que te sientas* ***súuuuper culpable*** *cada vez que veas tu bonito culo rodeado de encaje rojo… Pero si eso, déjalo para cuando vuelvas a NJ, ahora disfruta.* >.<

Estoy muy orgullosa de tu decisión, me encanta esta nueva Andrews que asoma la cabeza bajo faldas de tubo pasadas de moda. Casi pareces la ***Nina-Dinamita*** *que solo nosotras conocemos.*

Puedes pasar de Lexi y Daisy, pero como no me escribas mínimo una vez a la semana, me plantaré en Virginia y me acoplaré en tu villa. ¡Tu verás!

Pd: piensa en una excusa que nos libre de las cenas familiares y que valga para las dos, porfaporfaporfaaaaaa.

Te quiero.

Tenía dos cartas más, con mensajes muy similares y el mismo papel brillante. *No me las merezco.*

Tumbarme al sol es uno de mis hobbies favoritos y lo descubro siete minutos y medio después de estirarme sobre la toalla. El calor que penetra despacio por mi piel, aplastándome contra la arena de un modo que me recuerda… *no.*

—Trent puede ser la cura a Nolan —le digo a mi corazón cuando late desbocado—. Piensa en todas las veces que no quiso ir a la playa. —Lo poco dispuesto que estaba siempre a hacer algo divertido o algo

que me apeteciera a mí. Sus comentarios hirientes. Su falta de interés. Sus celos profesionales. La solución se vuelve en mi contra cuando empiezo a sentirme mal por haberlo aguantado tanto tiempo. *No es lo que él hacía lo que me molesta más, es que yo lo aguantara. Mi autoestima era inexistente, está claro.* Me incorporo sobre mis codos—. A veces tengo un don para cargarme los momentazos.

Dejo la toalla atrás y me sumerjo en el agua segundos después. *El paraíso.* El frío me ayuda a no pensar, justo lo que necesito. Nado como una sirena y puede que se me escape una carcajada de felicidad. *Esto lo he conseguido yo solita, yo me he traído aquí.*

De repente, una sombra junto a las rocas frena mis brazadas. *Una medusa.* Una oleada de miedo me recorre entera y de poder sudar me habría empapado entera. Retrocedo como puedo, pero hay más. *Tres más. No, ¡son un montón!* Un dolor estalla en mi pie cuando pataleo con tal de esquivarlas y choco contra algo duro que me araña. Llego a la orilla, me quito las gafas de buceo y recupero el aliento. Me siento en la arena mojada contemplando mi pie herido por varios sitios.

—¡Yo maldigo a Nani Andrews! —De la herida de la planta me voy a acordar más que de la del tobillo que trepa hacia la pierna, eso seguro.

No pienso ir al médico. Las rocas no van a provocarme una infección (digo yo) ni una reacción alérgica (vamos, digo yo) y lo último que quiero es que encima me echen la bronca. Estoy de vacaciones, aunque el mundo entero se empeñe en arruinarme la fiesta.

Voy a la farmacia arrugando la nariz cuando algún paso que otro duele más que un poquito. *No me importa. Soy una adulta y esto es una chorrada.* Compro tiritas y algo para desinfectar la herida mientras el dependiente se burla de mí diciendo que nos veremos pronto. También paso por una tienda de regalos y me compro varias postales

en las que pienso escribir las cartas a Las Tres Marías. Las quiero, pero no me apetece que se planten aquí de sopetón, eso arruinaría mi fiesta privada de victimismo, lamentación y patéticos “si yo no hubiera…/si no fuera tan…”.

A media tarde estoy tumbada en el sofá con el portátil en el regazo, leyendo todo lo que recopilé en la que había sido siempre mi carpeta favorita **★n-e-u-t-r-i-n-o-s★**, cuando llaman al ventanal que tengo por puerta. La veo. Veo sus lágrimas. Me da un vuelco el corazón y me levanto tan rápido que casi tiro el portátil al suelo.

—Láhria, ¿qué te pasa? —Me arrodillo, pero solo solloza y sacude la cabeza—, ¿qué te duele? Dime, por favor.

—Es Sherlock Bones —sin más explicación que esas tres palabras, me coge de la mano, tira de ella y me lleva hasta su jardín—. Se ha puesto malito —dice cuando lo señala.

Un perro, habla de un perro. El beagle tumbado en la entrada es pequeño y emite quejidos que no tienen buena pinta. Lo acaricio y enseguida miro si se ha clavado algo, pero no veo nada.

—Lay, tranquila, no es culpa tuya. Tú solo dime cómo ha sido. —No contesta y me pongo nerviosa entre llantos y gemidos de queja—. ¿Hace cuánto que se ha puesto así?

—Mi abuela me ha dejado cuidarlo, se va a enfadar.

Le cojo los mofletes para que me mire.

—Escúchame, no ha sido culpa tuya, ¿vale? Pero tienes que decirme qué ha ocurrido para que lo solucionemos.

—No lo sé, estaba oliendo unas plantas, creo que había tomates verdes. Estaba segura de que no había mordido nada porque siempre se mancha la boca al comer y estaba limpia. ¿Y si se los ha tragado enteros?

—Vamos, no hay tiempo que perder. —Lo cojo en brazos y le pido a Lay que me siga.

Tranquilízate, solo falta que ahora tengamos un accidente. Los abrocho a ambos en la parte de atrás del SUV y acelero. El veterinario está un par de calles de la entrada del resort, lo vi cuando me llevaron al hospital. Los temblores de Sherlock no me gustan un pelo y es lo primero que le digo al recepcionista, pero por desgracia nos pide que vayamos a la sala de espera. *¿Y si se muere?* La mano de Láhria se aferra a la mía con fuerza los tres minutos que permanecemos en esa sala y después ya no me suelta.

—Los tomates verdes contienen un químico llamado glicoalcaloide que puede envenenar a los perros que los ingieran —es lo primero que dice la veterinaria cuando le contamos lo sucedido.

Medalla de oro al poco tacto.

Luego aclara que eso sucede en el peor escenario posible y de haber ingerido muchos, que no ha sido el caso de Sherlock. Hacen lo necesario para que expulse todo lo que tiene en el estómago y nos aconsejan hacerlo ayunar las próximas veinticuatro horas. No estoy más tranquila cuando volvemos al coche, ni cuando aparco. El miedo todavía me atraviesa la garganta de lado a lado. No puedo quitarle la vista de encima a Sherlock, ni tampoco a Lay, tiene una cara de culpa que no se aguanta.

—Eh, mírame —le levanto la barbilla—, no has hecho nada mal.

—¿Podemos quedarnos contigo hasta que vuelva mi abuela?

No le digo que no ni aunque me cueste la villa.

Entramos en casa y mientras busco algo con lo que animar a Láhria ella coloca a Sherlock en el centro del sofá y lo envuelve con mi nuevo pareo. Luego procede a pegarse a él como un imán de turista a una nevera blanca. Sirvo el único zumo que tengo en dos tazas y le doy la más grande, pero no da ni un trago.

—Has hecho muy bien en venir a buscarme. —Me responde con una mueca triste y sorda—. Oye —le muevo la bamba—, él ya te ha

perdonado, ahora perdónate tú. —Sacude la cabeza y se le vuelven a inundar los ojos de lágrimas—. ¿Sabes lo que son los neutrinos?

Se le arruga la nariz llena de pecas.

—¿Las personas neutras?

Si hubiera estado bebiendo zumo se me habría salido por la nariz.

—No, los neutrinos son unas de las partículas subatómicas que más abundan en el universo —empiezo y aunque sorbe el grifo de sus emociones, sus ojos se muestran interesados—, son alucinantes, ¿sabes? A veces se las llama las partículas fantasma porque pueden pasar a través de casi cualquier materia sin interaccionar con ella. Trillones de neutrinos pasan a través de tu cuerpo cada segundo.

—Pues no noto nada.

—Porque son muy muy pequeños.

—Como cuando una hormiga se te sube en la mano y no te enteras hasta que la ves, qué chulo —mira a Sherlock—, ¿y no le afectarán por estar malito? Está más sensible.

—Qué va, los neutrinos son peña amigable, no hacen daño a nadie.

Me mira durante un largo segundo, luego durante otros tantos y pese a que por norma general le tengo miedo a los niños (y a su capacidad de calar rápido a la gente) me siento fuerte. Casi como una superheroína.

—¿Eres una científica, Nina?

Dice "científica" pero yo oigo "una de esas personas guays" en su tono.

—Sí, lo soy.

—¿Y llevas bata?

—Sí, por protocolo tenemos que llevarla.

—Ahhh, ahora lo entiendo, por eso toda tu ropa es así —suelta mientras acaricia a Sherlock. *Ya solo me falta que alguien escriba en el*

cielo «Nina, tu estilo apesta»—. ¿Sabes? Yo me seguiría vistiendo de rosa aunque llevara muchas batas encima porque yo sabría lo que hay debajo. Y los neutrinos también lo sabrían.

—Eres una niña muy sabia, Láhria, ¿te lo han dicho alguna vez?

Sonríe más o menos. Hoy no puedo pedirle más.

Nos bebemos el zumo y me siento en el sofá con ella, pero a cierta distancia. Una que ella reduce hasta que acabamos con Sherlock encima de las dos. Después del susto, el ajetreo y la adrenalina, la comodidad y la calma provocan que los tres nos quedemos fritos.

Lo siguiente que sé es que se ha hecho de noche, Láhria y Sherlock no están, y aun así, no estoy sola en mi salón. Pero la persona que veo frente a mí no está ahí realmente, *no puede estarlo*.

—Nina.

—No, shhh —vuelvo a cerrar los ojos en un bostezo—, ya es la tercera vez que sueño contigo. Esto no es sano, doctor, vete. —El asiento a mi lado se hunde, una fina tela me sube por los brazos y vuelvo a escucharlo. Abro los ojos y observo los suyos. *Me duelen los ovarios de lo jodidamente espectaculares que son esos iris.*

—Tenemos que hablar.

El sueño sale por la ventana y me despierto de sopetón.

—¿Nolan?

Maldita sea, casi me caigo del sofá. Sus manos son las que acaban en mis piernas y lo evitan. *No sé por qué no me he quejado todavía de que me toque tanto. ¿Por qué, eh?*

—¿Qué te has hecho en el pie? —Turbado y con el ceño fruncido, así me aseguran mis ojos que le ven, pero debo de estar atontada todavía.

—¿Qué haces aquí, Nolan?

—¿Otra vez te has hecho daño? ¿Es que no sabes tener cuidado?

Algo se calienta en la parte más sur de mi estómago.

—Ha sido un accidente, había medusas y las he esquivado, pero las rocas no.

—¿Por qué no has venido a que te curase la herida? —Me levanta la pierna y se la pone encima—. ¿Se supone que este mar de tiritas van a solucionar algo? ¿Qué tienes, cinco años?

—He ido al ambulatorio del resort, pero no había nadie.

—*Siempre* hay alguien.

—Cuando yo he ido no.

—¿Me estás mintiendo?

—Vale, no quería verte. Ridelmunt me dijo que los médicos os turnabais para hacer guardia allí un par de horas. No podía correr el riesgo. —Con las mejillas encendidas intento zafarme de su agarre, pero no lo consigo.

Exhala exasperado.

—Vamos a solucionar esto —me señala la pierna sosteniéndome el talón como si mis heridas fueran asunto nuestro. *Uy qué mareo*. Necesito sentarme y eso que ya estoy sentada—. Pero primero necesito que me contestes.

—¿A qué? —Alzo la barbilla—. ¿A si voy a irme? No, y a menos que pienses ocupar mi villa a la fuerza, deberías empezar a llamar a la puerta.

Me da un apretón en el talón y la piel me quema. *Me estoy achicharrando, colega. Al final va a resultar que sí eran rocas venenosas.*

—¿Por qué haces un problema de todo?

—¿Por qué te cuelas en mi casa?

—Ya te he dicho que no es tu casa.

—¿Puedes irte?

—No —sentencia rotundo como el sheriff del condado, el único con poder, el tío que controla todos los cotarros—. La puerta estaba abierta porque Lay la ha dejado abierta, por eso he entrado sin llamar.

Me pongo nerviosa. De repente vuelvo a tener catorce y traigo un suspenso como una catedral en las manos.

—Oye, mira, lo siento, sé que me odias tanto que la idea de verme cerca de Láhria te altera hasta el ADN, pero tenía que ayudarla. Si vas a regañarme, guárdatelo para otro día, llevo varios sin dormir bien y si no te importa, me gustaría…

—Gracias.

—¿Qué acabas de decir?

—Lay nos lo ha contado todo, Ridelmunt también te lo agradece, pero yo lo hago todavía más. No solo has salvado a Sherlock, de pasarle algo a ese perro Láhria nunca se lo habría perdonado.

—¿De quién habrá aprendido a ser tan dura? —murmuro, y él sonríe mostrando ese tímido hoyuelo que siempre se esconde de mí. *Guau. En serio, g-u-a-u*—. ¿Qué? —pregunto cuando el gesto se desvanece y agacha la cabeza.

—Soy estricto con ella para que no tenga que serlo consigo misma. Los niños que no tienen padres, a menudo acaban educándose a sí mismos y quería que Lay tuviera una infancia normal.

Se me nubla la vista y se me encoge algo en el pecho.

—Eso es… todo un detalle. Aunque Láhria se haya contagiado de algunos aspectos de tu personalidad —me burlo—, es bonito.

—No sé lo que hago la mayor parte del tiempo. Ni si tomo las decisiones correctas, pero supongo que tendrá tiempo de recriminármelo todo cuando sea adolescente. —Su tono es vulnerable y sincero y parece mucho más joven de repente.

Me desarma.

—Lo estás haciendo muy bien, es una niña encantadora. —No contengo mi mano a tiempo y se enreda en su pelo.

Lo acaricio como si no fuéramos nosotros. El tiempo se detiene y pienso en la forma de apartar esa nube oscura que truena sobre su

cabeza. Entonces me doy cuenta de que sí lo somos y aparto la mano. *Joder, tengo que salir de aquí, ¡pero es mi villa!* Sorbo mis emociones y cuando levanta la cabeza veo que su ceño se frunce.

—Nina.

—Si te burlas de mí por llorar te parto la nariz. —Aparto la mirada y me doy cuenta de la caricia en círculos que lleva rato haciendo en mi talón. Carraspeo—. ¿Dónde dices que está Láhria?

—Con su abuela, hoy dormirá con ella para no alejarse de Sherlock.

Una chispa en mi interior da una sacudida, el nudo en mi garganta se desvanece y se transforma en algo más peligroso.

—Es tarde, deberíamos…

—No voy a irme sin curarte primero —sentencia, como si una fuerza mayor se lo impidiera y no hubiera espacio para discusión—. ¿Dónde está tu botiquín?

—Si te refieres a la bolsa con tiritas y pomada está en la encimera de la cocina.

Cuando se pone en pie pienso que no debería ser tan alto, que su espalda no debería ser tan ancha y desde luego, que no debería haber depositado mi pie con semejante delicadeza. *Estoy necesitada. Quiero que no vuelva su otra versión y así quedarme con esta a la que sí entiendo. Pero él no me soporta y cuando pasen los días volverá a ser como antes.* Sigo sus pasos asustada. Mientras Nolan refunfuña sobre lo pobre y escaso que es mi kit de medicina privada, todas mis alarmas se activan. Muchas de las cuales ni siquiera Trent encendió en su mejor día.

—Nolan, tienes que irte. —Me paro frente a él y sus tatuajes, cortándole el paso a todo aquello de lo que quiero huir y él desprende.

—Ya te he dicho qu—

—Me da igual que tu deber como médico te obligue a curar a la

gente a la que odias.

Suelta una risa que me irrita a nuevos niveles.

—¿Tan difícil te resulta aceptar ayuda?

—Tuya sí. Me pides que me aleje de Lay, luego me das las gracias por no hacerlo. Me empujas a irme de la villa, me ofreces un montón de dinero con tal de perderme de vista y luego finges preocuparte por lo que me pase. No sé a qué estás jugando, pero quiero que pares.

—Nina.

—No —interrumpo sus intenciones—, puedo curarme sola. Ahora, por favor, vete.

Sus imposibles labios se separan, pero vuelven a cerrarse antes de formar una palabra. Inspira de forma sonora, suelta la bolsa de la farmacia y se marcha. La luna se refleja en el agua de la piscina que el viento balancea cuando echo el cerrojo y cierro las cortinas.

10

Nolan-Kane

A la mañana siguiente voy a buscar a Lay a casa de Ridelmunt para llevarla al colegio. La puerta está abierta como de costumbre, camino directo a la cocina con olor a galletas de jengibre para toparme con que mi abuela se ríe de mí nada más verme.

—Alguien no ha dormido bien esta noche.

—Buenos días a ti también, ¿está lista Lay?

—¿Para el huracán que se le viene encima? Dudo que alguna vez esté preparada —empuja una taza de café vacía en mi dirección.

—Estoy de mal humor, sí, ¿contenta? —cojo café de la encimera y me lo sirvo.

—¿De mal humor? Has cerrado la puerta del coche tan fuerte que casi abres la del copiloto, ¿ha ocurrido algo?

—Tú misma lo has dicho, no he dormido bien. —Ocupo un taburete.

—Esa es solo una consecuencia, muchacho, no la causa. Dime, ¿todavía no has aprendido cómo darle las gracias a las mujeres que te gustan?

—¿Gustarme Nina? No seas ridícula. —Bebo dos tragos largos y está amargo de narices.

—Mírate, pareces un adolescente otra vez. Tienes tanto control

sobre tus estados de ánimo como un crío de ciudad tendría de un purasangre. Además, todo Mountville la conoce como la protegida de Kane.

—¿Y cómo es eso posible? —Me pellizco el puente de la nariz con fuerza.

—Supongo que la cosa empezó con las enfermeras de la segunda planta viendo cómo te la llevabas a curarla, a pesar de que tu turno había acabado, porque “tenías que hacerlo tú”.

—¿A qué vienen las comillas?

—Y puede que Lora dejara caer por un chat en el que, sin duda, no estoy metida, el pequeño detalle de que fuiste a su villa por la noche.

—Maldita sea.

—Ya sabes que por aquí los rumores corren como la pólvora. ¿Ahora vas a contarme por qué no le agradeciste que salvara a mi perro y a mi nieta? ¿O prefieres que hablemos sobre lo que tiene esa muchacha que ha conseguido en una semana lo que todas las mujeres de por aquí llevan intentando más de una década?

—Se lo agradecí, ¿vale? Pero volvió a cabrearse conmigo.

—¿Y la culpas? Chico, llevas amargándole las vacaciones desde que llegó, ¿esperabas que cayera rendida a tus pies con la primera palabra agradable que le soltaras?

No parece que Nina Andrews sea de la clase de mujer que cae rendida a los pies de nadie. Más bien, es el mundo quien está a sus pies y ella ni siquiera desvía la mirada hacia abajo.

—Esperaba… no sé qué esperaba. Una conversación civilizada tal vez.

—Pues a mí esto me parece estupendo. ¿Qué quieres que te diga? Por primera vez en mucho tiempo reconozco a mi nieto de verdad. Por mí, Nina puede quedarse en esa villa el tiempo que le plazca.

—¡Lay, nos vamos! —Rujo hacia la escalera al piso de arriba, entre el salón y la cocina—. ¿Sherlock está mejor?

—Oh, sí, como nuevo. Corre como si no hubiera pisado el veterinario en meses. Aunque después de pasar la noche con LayLay va a estar dándome la lata subiéndose a mi cama. Más te valdría haber aprovechado su ausencia, chico tonto.

—¡Lay!

—Estoy aquí, jopé, no me estalles el tímpano.

—Perdona —me agacho frente a ella mientras se coloca la chaqueta de flores—, buenos días, ¿has dormido bien?

—Muy bien y ya he desayunado, ¿has probado las galletas? ¿Podemos llevarle algunas a Nina?

—Mejor que no.

—¿Por qué no? Me apetece verla. La verdad que me gusta que esté en la villa, así no parece un fantasma. Ni un neutrino. —Se carcajea.

—¿Un qué?

—Nada, cosas de chicas. ¿Podemos llevarle galletas antes de ir al colegio?

—Estará durmiendo, es mejor no molestarla.

—¿Hoy no quieres poner la música a tope?

—¿De qué hablas, LayLay? —pregunta Ridelmunt.

—De nada, nos vamos ya —zanjo el tema, cojo una galleta y hago que la muerda, luego cojo su mochila y me la cuelgo del hombro, sin duda pesa demasiado para…—. Láhria.

Mi voz detiene sus pasos hacia la entrada y hace que se gire muy despacio. Me mira pellizcándose un labio con otro, alzando las cejas con inocencia.

—¿Sí?

—¿Qué llevas aquí dentro? —Levanto la mochila.

—Ufff, cantidad de conocimiento.

Maldigo para mis adentros y desabrocho la cremallera, saco a Sherlock Bones con una mano y ella abre la boca con airosa sorpresa.

—Anda, ¿qué hacía ahí metido? —pregunta una octava más aguda, alargando las palabras.

—No puedes llevártelo al colegio.

—No, no, si ya lo sé. Habrá sido un accidente.

—Ya —estrecho la mirada y echo un vistazo dentro de la mochila comprobando que no le haya dejado ningún regalito—. Espero que estés ensayando mucho para la obra de teatro de fin de curso porque tu actuación da pena.

—Bueno, solo iba a llevármelo un momentito. Pensaba devolvérselo a nana a la hora de comer.

—Carnaval fue hace mucho, Pinocho, ¿desde cuándo me mientes *a mí*?

—Vale, por la tarde. Lo siento. No quería separarme de él todavía. Perdón. ¿Me castigas?

Le aguanto la mirada unos segundos y la suya se va volviendo triste. *El día que se dé cuenta de quién manda aquí estoy jodido.*

—Un abrazo y al coche. —Lo señalo y chasqueo los dedos. No tarda ni un segundo en lanzarse hacia Sherlock, como si no lo hubiera visto en un año. Echa a andar—: *tú* al coche, que no te lo llevas, Lay.

—Ya, ya, ya —lo suelta despacio y corre por su vida—, ¡solo estaba asegurándome!

Lanzo una mirada a Ridelmunt que no se molesta en disimular lo que le ha gustado.

—Oye, Nolan. —Su mueca se vuelve seria de repente—. No molestes más a Nina.

Después de lo que hizo ayer no podría, no soy tan capullo. Eso es lo que más me asusta de todo, si no tengo forma de apartarla de nosotros, no

sé lo que va a pasar.

—Descuida.

Llegamos al colegio y como de costumbre, aparcar es una odisea. En cuanto salimos del coche, Cleo localiza a Láhria en un segundo.

—Menudo radar.

—Tenemos una app walkie-talkie —dice enseñándome su móvil con la aplicación en cuestión abierta—, nos encanta.

—No te quedes sin batería por usar en esas apps, ¿quieres?

—Descuida. —Me da un rápido abrazo rodeándome la cintura y luego corre hasta Cleo, ambas entran en el colegio cogidas de la mano.

—Buenos días, Nolan.

—Antea —ha aparecido a mi lado de la nada—, buenos días.

—Cleo estuvo muy preocupada por Sherlock toda la tarde, ¿cómo está el pequeñín?

—Como nuevo.

—Cuánto me alegro —me coge el brazo y me da un apretón suave sin dejar de sonreír—. Ha venido tantas veces a pasar la tarde que ya lo consideramos de la familia. De hecho, Cleo me ha pedido si podía ir a verlo por ella, para asegurarle que estaba bien. Tal vez podríamos comer los cinco juntos hoy, para tranquilizar a las niñas.

—Por ahora se quedará en casa, no le conviene mucho ajetreo después del susto de ayer. Aunque no creo que Ridelmunt se oponga a que Cleo vaya a jugar un día de estos.

—Sí, es cierto que nuestra querida Ridelmunt siempre está dispuesta a pasar un buen rato con las niñas.

Se esfuerza en sonreír, pero hace años que me resulta evidente que no le cae del todo bien. Cuando le pregunté a Rid si había pasado algo entre ellas dijo: aquellos que pasan horas diseñando su máscara suelen ofenderse cuando alguien ve a través de ella. No creo que Antea sea deshonesta en cuanto a su preocupación, pero si tuviera que

elegir entre ella y mi abuela, no habría duda.

De repente, recuerdo lo que vi anoche junto al sofá de Nina: la piedra ámbar. Ella tuvo que dársela, era el cordón rojo de siempre. Ridelmunt jamás hace regalos a personas que acaba de conocer. *¿Se puede saber qué le pasa a mi familia con—?*

—¿Nolan? ¿Me has oído?

—Perdona, ¿qué decías?

—Estos médicos, siempre con la cabeza en otra parte. Te preguntaba si te apetece tomar algo conmigo esta noche los dos solos. Siempre nos vemos con las niñas y pese a que hace años que nos conocemos, siento que no lo hacemos realmente.

Llego al hospital y el trabajo me lleva de un lado a otro. Las habitaciones no se terminan y los informes tampoco, los pacientes llegan, tardan más de lo debido en su visita y retrasan el resto del día con un efecto en cadena conocido como «cotilleo Mountville».

—Es una chica muy apañada, ¡y la única que ha ocupado esa villa desde hace siglos! No es de extrañar que haya sido la salvadora del pequeño Bones. ¿Es verdad que Láhria le ha pedido que sea su madrastra?

—Señora Gilson, sobre su pierna, ¿le duele al caminar o solo al dormir?

—Al dormir. ¡Seguro que Láhria y tú dormís mucho mejor ahora que tenéis a semejante heroína al lado! —Desocupa la silla frente a mi mesa—. Vendré a verte la semana que viene, Nolan, espero que tengas buenas noticias que darme. —Me guiña un ojo—. La pequeña de la casa necesita una figura materna y ya va siendo hora.

Descuelgo el teléfono y pulso el uno.

—Señora Gilson, ¿se ha tomado la medicación que le receté? ¿Ha estado dando paseos como le recomendé?

—Sí, estuve en el *Boogie* varias tardes y ya sabes el paseo que

tengo desde mi casa. ¿Por qué no llevas a Nina a comer allí el fin de semana? Todo el pueblo quiere conocerla y saber de ella —Saca su móvil y en sus manos es un arma—. ¿Me confirmas que os veremos allí a eso de las doce?

Llaman a la puerta y entra Abbie, no hace falta nada más, solo con verme la cara ya sabe lo que tiene que hacer. La señora Gilson sigue haciendo preguntas que finjo no oír mientras termino de rellenar su informe añadiendo puntos y comas innecesarias. La despacha con amabilidad, cierra la puerta y nos quedamos solos, pero el jaleo se oye desde fuera.

—Alegra esa cara, Kane, estás dándole vitamina D al sol de Mountville.

—Muy graciosa. Voy a llamar a la policía, es evidente que tienen cámaras en algún sitio que desconozco.

—Ya sabes cómo van las cosas por aquí, entre los que saben algo y los que se inventan todo pueden crear una novela erótica de suspense y convertirse en el nuevo superventas que publicite el New York Times.

—¿Lo que saben? La basan solo en lo que se inventan —miro la pantalla y veo como la visita del señor Tagned ya debería haber acabado y ni siquiera he visitado al señor Phed—. Este pueblo necesita un entretenimiento mejor que… ¿qué te pasa? ¿Por qué me miras así?

—Porque es evidente que no se lo están inventando todo.

—¿Me tomas el pelo? —*¿Dónde está Benedict cuando necesito gritar a alguien que no llore?*

—Esta mañana ya me has llamado Nina dos veces. Empiezo a ver un patrón.

—¿Y te extraña? Es lo único que oigo.

—¿No será que es lo único en lo que piensas? —me dedica una amplia sonrisa.

—Pues no, para empezar tengo una cita esta noche. Fíjate tú lo poco que me interesa Nina Andrews.

—¿Una cita? Eso es nuevo. ¿Con quién?

—Con Antea Wilson.

—¿Con Antea Wilson? —repite desilusionada—. La mujer que lleva colada por ti desde antes de divorciarse y a la que nunca has mirado dos veces, ahora de repente es tu cita. Sospechoso, Kane, muy sospechoso. Parece que estás huyendo de algo y eso es nuevo, Don-acepto-responsabilidades-pillándolas-al-vuelo.

Me levanto.

—Nina Andrews no es responsabilidad mía. —Masco cada palabra.

—Calma, Romeo, te va a estallar la vena del cuello.

—La puta cabeza me va a estallar —abro la puerta y entrando en la enorme sala de espera, doy un par de palmadas para atraer la atención de todos—. Solo lo diré una vez, al próximo que entre ahí con preguntas sobre Nina Andrews, su villa, mi hermana o cualquier cosa que no tenga relación directa con algo que le duela del cuerpo, no volverá a ser mi paciente, ¿estamos? —El silencio absoluto se extiende por todas partes—. Así me gusta. Ahora, señor Phed, si es tan amable pase a mi consulta.

—Qué guapo está cuando se enfada.

—¿Por qué será que ponen tanto los hombres decididos?

—Con esa voz y esos tatuajes podría pertenecer a una mafia rusa.

Me giro y los cuchicheos cesan. En todo el día no vuelvo a escuchar su nombre ni una sola vez. Para mi sorpresa, eso no se carga mi irritabilidad.

—Tío, tienes cara de querer arrancarle la cabeza a alguien, ¿estás seguro de que quieres ir a esa cita? —Benedict se apoya en mi camioneta cortándome el paso.

—Me vendrá bien despejarme.

—¿Vas a follártela? —inquiere—. Porque eso sí sería una novedad.

—Tal vez, si ella quiere.

—Genial, tío —me pasa un brazo por encima de los hombros y me da golpes en el pecho con la mano libre—, así fijo que no vuelves a quitártela de encima. Además, me dejas vía libre con Nina.

—No vas a hacer nada con Nina —maniobro y ahora soy yo quien le coge a él—. Es una huésped que se va a ir dentro de poco.

Se carcajea.

—Pues precisamente por eso tengo que aprovechar mi oportunidad.

—Benedict —le advierto.

—Ya vuelves a ser territorial. Dirás lo que quieras, pero esa mujer está despertando algo en ti que todo Mountville creía perdido.

—¿Sí? ¿El qué?

—Imbecilidad masculina.

Apago el motor. Me peino el pelo con la mano y me la dejo chorreando. *Más que recién duchado, parece que me haya llovido encima.* Miro el móvil cuando me vibra y vuelve a ser Lay con más preguntas y proposiciones. Ella y Cleo no debían enterarse de esto, pero Antea se lo ha largado. Entro en el *Hakles* y no hay ni una mesa vacía, pese a que es entre semana. Los juerguistas de Mountville siempre tienen ganas de fiesta, no hay duda. Antea Wilson alza la copa cuando me ve, me acerco y le doy dos besos.

—Perdona el retraso, ¿llevas mucho esperando?

—Sí, mucho, tendrás que compensármelo con otra cita —se echa a reír—. Te tomo el pelo, acabo de llegar.

Aparece el camarero y pido una cerveza. Antea es educada, correcta y su risa no me resulta desagradable, así que no entiendo por

qué mi cuerpo no reacciona.

—No te creo, ¿no has hecho ningunas vacaciones tú solo sin Láhria? —pregunta, sacudo la cabeza por tercera vez—. ¡Eso es inadmisible! Los adultos tenemos necesidades que los niños no entienden. —Sonríe—. Deberías irte de crucero.

Lo siento por Cleo, pero Lay se vendrá conmigo a donde sea que vaya. Y puede que Ridelmunt también.

—Al fin y al cabo, para eso están las abuelas, ¿no? —sigue, me guiña un ojo y se carcajea de nuevo—. ¿Sabes? Estoy un poco molesta con ella.

—¿Qué ha hecho Ridelmunt esta vez?

—Esa villa habría sido perfecta para Cleo y para mí. Después de años pidiéndole que nos dejara alojarnos allí los meses de verano, no hubo forma. Creí que tenía algo que ver con tus padres, pero está claro que me equivocaba. *La tal Nina* debe tener formas de convencer que la gente de a pie desconoce. Pero, Nolan —me coge la mano—, si puedo serte sincera, no creo que sea una buena influencia para Lay.

Ahora que no le estorba para las vacaciones, Láhria es Lay. Curioso.

—¿Eso crees?

—Lay se encapricha con facilidad y es normal que idolatre a cualquiera porque es una niña pequeña, pero Nina no puede enseñarle nada bueno. Es tan joven e inexperta, y no hace falta nada más que un vistazo a su atuendo para ver que no tiene su vida bajo control. Los niños necesitan estabilidad, no esmaltes rosas con estrellas. Si quieres, puedo ayudarte a alejarla de ella. Puedo quedarme con Lay siempre que lo necesites —me da un apretón—, podemos ser un buen equipo.

—Estoy en deuda con Nina Andrews por haber salvado al perro de la familia —la suelto—, discrepo en que sea una mala influencia para Lay.

—A veces se me olvida lo joven que eres tú también —alcanza mi

brazo de nuevo—, hazme caso, sé lo que me hago. Lo verás con los años.

—Supongo que tienes razón, la edad en la mayoría de casos te hace más sabio. Será por eso que Ridelmunt la eligió a ella —una calidez poco habitual se derrama en mis venas cuando su máscara de cordialidad perpetua se descoloca.

—Sí. Será por eso —Antea se levanta para ir al baño y cuando me da la espalda es la primera vez que sonrío de verdad.

Mi mirada deambula por el local y las parejas que… *no me jodas. ¿Qué haces tú aquí*? He debido invocarla. O estoy teniendo visiones. Se ha curado, Nina se ha puesto todo lo que le dejé en la puerta esta mañana antes de ir a ver a Ridelmunt. *Esa es mi chica.* Me atraganto. *No, mi chica no. La de alguien. Probablemente alguien a quien está esperando ahora. Por quien se ha puesto un vestido así.* Aprieto los dedos contra mi botellín vacío asegurándome a mí mismo que si es Benedict, le parto la cara.

—¿Todo bien, doctor Taylor? —Izan llega con otra cerveza y me obligo a soltarlo.

No sabía que su cuerpo… bueno sí, claro que lo sabía. Joder, si he visto mucho más de lo que mi mente es capaz de borrar. Pero aun así, está preciosa con ese vestido.

—Perfectamente. —Veo a Izan seguir mi mirada y sonreír.

—¿No te has equivocado de mesa? ¿No preferirías estar en la barra?

Le lanzo una mirada que no necesita palabras que la acompañen.

—Vale —alza las manos—, yo solo digo que las chicas así no duran mucho solas en lugares como este.

Me pregunto eso, qué narices hace ella en un lugar como este. A juzgar por el mojito que se ha pedido, dudo horrores que su plan sea emborracharse que es justo a lo que viene la gente aquí. Tíos, en su

mayoría de cuarenta y largos, con ganas de olvidar su jornada laboral y una vida entera de errores evitables.

—Tráeme la cuenta, ¿quieres, Izan?

—Hemos tenido un problema con el datáfono, me sabe mal, pero tendrás que acercarte a la barra para pagar.

—Izan, no me jodas. Tráemela aquí y déjate de cuentos.

—Ya mismo jefe. —Se ríe por lo bajo y se larga justo cuando entra en el bar un pijo trajeado que lleva escrito en la frente que no es de aquí, justo al lado de la palabra snob.

Va directo hacia Nina y tengo un mal presentimiento.

11

Nina

A la mierda. Cierro el portátil de golpe y salgo de la cama. Ni un solo mensaje en la bandeja de entrada. *Pienso abrirme TikTok y empezar a rajar, que le den a mis principios. ¿Para qué tengo una carrera? ¿Es que para ser física teórica tienes que ser una cerda manipuladora?*

—No voy a mirarlo más, estoy de vacaciones. Estar en el paro hasta que a mi currículum le salgan telarañas es problema de la Nina del futuro —me digo mientras desciendo por mi escalera favorita. Al ver el sofá se me quita el sueño de golpe y se me acalora el cuerpo entero—. Me voy quedando sin sitios en los que poder estar, yo lo digo.

Salgo al jardín y casi me caigo de bruces por una pequeña bolsita blanca. Mis pies se clavan en el suelo y hasta tragar se vuelve difícil.

—Te lo ha dejado Nolan hace un rato —dice Lora con su precioso conjunto de yoga puesto, saludando al sol y todo eso—. Eres muy madrugadora para estar de vacaciones, ¿sabes?

Claro, si entre pitos y flautas, aquí nadie me deja dormir. Nolan y sus manos, la física, las voces de mis hermanastras que no dejan de dar vueltas en mi cabeza, Nolan despertándome con su música, Trent, Sherlock Bones, Nolan y su preocupación gruñona y borde que me pone de tan mal…

—¿Son pasteles? —pregunta Lora levantándose de su esterilla y

cruzando mi jardín.

Balbuceo una respuesta que se queda a medias cuando miro en el interior de la bolsa y me encuentro justo con lo que esperaba. Gasas, desinfectante y unas tiritas mucho mejores que las que yo compré. Mi corazón se sacude y contrae. Le doy la bolsa a Lora y es ella la que tira de mí hasta una de las sillas y ocupa la que ya considero de Láhria.

—Anda que vaya tela. ¿Quieres que lo haga yo?

Sacudo la cabeza.

—¿Tú también vas a reírte de mí? Porque ya tuve bastante con el de la farmacia.

—¿Luke? —Sube los pies a la mesa—. Oh, eso es que ya te ha aceptado como uno de los nuestros. ¿Cómo fue?

—Con las rocas. No sabía que habría medusas en el agua.

—Mejor que tiburones —me va pasando las cosas a medida que las necesito y no se la ve asqueada, lo cual es sorprendente—. He tenido dos hijos, cielo, he visto cosas mucho peores.

—¿Puedes leerme la mente, o qué?

—Ay, Nina, tu cara es lo bastante expresiva como para que no haga falta. —Desvía la mirada hacia el jardín de Nolan—. Es una suerte que seamos tan diferentes, ¿no te parece? Hace la vida mucho más rica.

Contesto con un gruñido. O un graznido. Estoy furiosa. Ella pregunta con la mirada así que lo suelto.

—¿Por qué lo ha hecho? Si lo único que quiere es echarme de esta villa, ¿por qué hace esto, Lora? —Levanto el paquete de gasas mientras ella va echando lo que sobra en la bolsa a modo de papelera —. ¿Es algún tipo de tic de médico?

—No diría que es eso lo que está pasando aquí, no.

—¿Y qué dirías que está pasando?

—Nolan siente debilidad por ti, Nina. Me parece que eres la única

en todo Mountville que aún no se ha dado cuenta.

Resoplo.

—Si por debilidad quieres decir un rechazo visceral, entonces estamos de acuerdo.

—Primero te ganaste a Ridelmunt, luego a Láhria, era cuestión de tiempo que Nolan cayera también. ¿Puedo preguntar qué le dijiste a Ridelmunt para que te alquilara la villa?

Fue una conversación bastante personal, ella es la única que de verdad sabe algo de mi vida.

—"¿Por favor, es una villa increíble, por favor?" —Junto las manos en señal de súplica y se lo toma bien.

—Ya veo —baja las piernas de la mesa y se estira—. ¿Vamos a desayunar?

—Voy a echar mucho de menos que me preguntes eso, Lora.

—Shhh, no pensemos en el final que aún falta mucho. De momento, Julio te regaló un día más aquí. ¿Qué será lo siguiente?

—Realmente las noticias vuelan en Mountville.

Se carcajea.

—Si tú supieras… —Me coge del brazo y vamos hacia el salón de desayuno favorito de ambas, cuya entrada no son más que un puñado de piedras que sobresalen del agua turquesa que rodea el establecimiento.

Fresas con nata, batido de chocolate con trozos de galleta, algunos croissants y zumo de naranja. Al volver Lora me propone acompañarla a su clase matinal de aqua-zumba, pero me niego a hacer más ejercicio estando de vacaciones. Antes de entrar en casa veo una tarjeta de la recepción pegada al cristal de mi puerta, tiene algo escrito…

Reúnete conmigo en el bar Hakles cuando el sol se vaya, te espero.

—¿En serio, Nolan? —Resoplo—. ¿Ahora me dejas notitas? —Resoplo otra vez y la despego del cristal—. Debes tener siete años.

Quiero romperla, de verdad que sí, pero en vez de eso me la guardo en el bolsillo. No sé a qué se debe, pero soy incapaz de ponerme el mismo bikini de siempre. La imagen de Lay se me viene a la cabeza, arrugando su naricita mientras me mira por encima de sus gafas rosas con forma de corazón. *Yo antes era así, ¿qué me ha pasado?*

Mis pies me llevan hasta la tienda más cercana y en lo primero que me fijo es en el triangular, simple y sin gracia de color negro. Me imagino que compro para una Lay más mayor y elijo el brillante en tono frambuesa con un cosquilleo en el estómago. Me siento rara durante todo el proceso, incluso cuando me lo pongo, como si yo no fuera lo bastante bonita para algo tan precioso como ese bikini, pero decido que me importa un rábano.

Me tumbo a tomar el sol junto a la piscina hasta que se me queda la marca. Por la tarde, después de una ducha fresquita que apaga momentáneamente el fuego que me sale de dentro, me ondulo el pelo y me pongo lo último que me queda por estrenar de lo que mis hermanas me regalaron: el vestido.

—Como no, elegido por ellas tenía que ser corto y ajustado. —Tiro del él hacia abajo pero no hay más tela.

No podré moverme mucho, pero es precioso. Tirantes caídos, un lazo en el pecho que atrae aún más la mirada a ese punto, brillos sutiles cayendo en cascada por un mar blanco… es increíble. Cuando me pongo las sandalias se me curva la sonrisa. *No, no. Espera*

—Esto no es una cita —digo en voz alta—, solo vamos a hablar. No sé de qué, probablemente de una nueva lista de cosas que no quiere que haga. Tal vez Nolan tiene nuevas amenazas para que desaloje la villa y quiere compartirlas. Lo último que quiero son la clase de problemas que empiezan con «ci» y acaban con «ta». —Me miro en el espejo y tengo las mejillas rojas—. De todas formas, una cierta distancia de seguridad no estaría mal.

Al salir al jardín oigo a Ridelmunt y a dos voces muy agudas y divertidas que no dejan de reír.

—¿Y hay besos en las citas? —pregunta Cleo.

—*¡Ewww!* Qué asco —dice Láhria.

—En algunas sí, Cleo. Suele ser una buena señal.

—Pues a mí me parece una malísima —dice Lay y acto seguido se oye un chapuzón.

—A mí también, es asqueroso, ¡voy a por los helados! —Un montón de pasos rápidos después, Cleo aparece en mi campo de visión y me escondo tras una de las altísimas y gruesas palmeras justo a tiempo de que no me vea.

Se oye la puerta cerrarse.

—Nana Rid, ¿crees que Nolan y ella hacen buena pareja?

Contengo la respiración. *¿Qué? ¿Cómo que "pareja"?*

—Lo que yo opine en este asunto importa poco. Cinco minutos más en el agua y sales, que ya casi no hay sol y te puedes resfriar.

—Vale, pero, ¿a ti te gustaría que fueran novios?

—¿Y a ti, Láhria? —Ridelmunt le devuelve la pelota—. Tu opinión me importa más que la mía.

—No sé si serían felices. Bueno, ella sí, pero él no y eso me preocupa. La verdad es que a veces…

—¿Qué?

Sherlock llega hasta mis pies y empieza a chuparme. *Ay, dios que me pillan.* Le acaricio y él se da la vuelta dejando las patitas boca arriba. *Si ladra estoy tocada y si me sigue, hundida.*

—Vamos, chico, vete —le susurro acariciándole la tripa—. Ya, ya, a mí también me gustas, pero ahora no es el momento.

—Creo que me trata bien solo por gustarle más a él.

Mi pulso deja de existir. Las palabras de Láhria se clavan como flechas ardientes en mi pecho.

—Ay, LayLay, cuando crezcas te darás cuenta de lo absurdos que somos los adultos y la de veces que vamos directos hacia lo que no queremos, por miedo a aceptar lo que sí.

Oigo la puerta y los pasos de Cleo, en cuanto tengo oportunidad me marcho. Me obligo a aceptar que no siento náuseas, ni sudores, ni mucho menos estoy mareándome. *Los niños ven más allá y eso que yo ya sabía que esto no era una buena idea. Que Láhria esté de acuerdo es solo lógico, pero que crea que la utilizo escuece.* Me falta el aire así que me abanico con el mapa que va a llevarme hasta el bar en el que *no* voy a tener una cita. Le dejaré claro a Nolan que lo último que va a pasar es eso. Que no deseo más notas, ni visitas, ni curas, ni nada.

Él en su villa y yo en la mía.

Encuentro el *Hakles* cuando ya estoy sin aliento. La música está alta, pero todavía lo está más el ruido en mi cabeza. *Pensé que después de lo de Sherlock, Láhria me… en fin. Está claro que no se me da bien tratar con niños si esa es la percepción que tiene de mí.* Pido un mojito de fresa y espero. Como la nota era ambigua, no tengo claro a qué hora va a… Unas manos me tocan la cintura y un segundo después unos largos brazos de hombre me rodean en un abrazo apretado. Mi instinto grita y lo hace a pleno pulmón. Entonces reconozco ese olor inconfundible a colonia pija y asfixiante. Se me eriza la piel, entro en pánico.

—Hola, princesa, te he echado de menos.

Me doy la vuelta despacio y le veo ahí parado frente a mí, todavía con sus manos encima. El suelo se abre bajo mis pies y caigo sin freno.

—Trent, ¿q-qué haces aquí?

—He venido a buscarte. —Se acerca y su aliento me roza los labios aumentando las náuseas de antes.

—¿A mí? ¿Por qué?

Sonríe y se muerde el labio.

—Si jugar al ratón y al gato era lo que hacía falta para recuperar lo nuestro, ha valido la pena.

—No hay nada *nuestro* y no estoy jugando —digo, él sonríe y es diferente a todas aquellas veces que me moría porque esa clase de energía fuera en mi dirección, esta vez me repugna—. Trent, apártate. —Quiero hacerlo yo pero mi cuerpo no responde, estoy petrificada—. ¿Me estás escuchando?

—No, princesa, te he echado mucho de menos. No puedo apartarme de ti ahora que por fin te tengo entre mis brazos. —Me acaricia los hombros, el pelo, las mejillas y siento frío, algo amargo en el paladar que me intoxica—. No puedes hacerte una idea de lo que he esperado este momento. Tenemos mucho de lo que hablar.

—Yo no quiero hablar contigo. —Mi voz no es más que un susurro —. Por si no has captado la indirecta, cuando alguien no te contesta a los mensajes, ni a las llamadas y no te dice dónde está, es que no quiere verte.

—Vamos, sé que echas de menos mi física, tanto como yo la tuya. Trabajar codo con codo. ¿Vas a decirme que no has pensado en las noches que nos quedábamos hasta tarde teorizando para a la mañana siguiente contarle todo a Érenghor?

Esos momentos eran los peores. Cuando se apropiaba de mis ideas y daba a entender que todo había sido cosa de su ingenio. El estómago se me retuerce.

—¿Cómo me has encontrado?

—Sabes que no hay nada imposible para mí, Nina. Solo tuve que tirar de algunos hilos y ver qué dirección cogiste desde Londres.

—Estoy… estoy bastante segura de que eso es ilegal.

Se ríe.

—Vamos, no te hagas la difícil después de ponerte tan guapa para mí. —Hunde la nariz en mi cuello e inhala, me besa el hombro

desnudo y mete una de sus piernas entre las mías—. Dios, estás más buena de lo que recordaba, ¿desde cuándo te vistes así? Me vas a dejar fardar de novia por una vez en la vida, no me lo puedo creer.

—Trent, ya basta. Te he pedido que te apartes.

Tengo al pulpo baboso encima y un segundo después alguien lo ha arrancado de mi cuerpo. Todo pasa muy deprisa. Veo a Nolan y acto seguido su puño. Sus nudillos impactan contra la mandíbula de Trent y lo tira al suelo, pero no tiene suficiente, lo coge de la camisa y antes de que pueda pararle, lo repite borrando la cargante sonrisa de Trent que ahora tiene un corte. Alivio, represalias, miedo, todo me cae encima como una cascada violenta y peligrosa.

—¡Nolan! ¡Nolan, para! —Tiro de él y me cuesta varios intentos hasta que le suelta, me mira y se alza como una torre frente a mí.

Su iris me atraviesa el alma. *Me mira como si el desierto se hubiera quedado sin arena.*

—¿Quién es este tío, Nina, y por qué te estaba tocando? —pregunta en un tono ronco que no reconozco.

Mi corazón va a estallar de lo rápido que va. Su preocupación, su rabia y enfado viajan por mi piel calentándome a mil niveles de profundidad por nanosegundo. Me flojean las rodillas.

—Soy su novio, gilipollas. —Trent se pone en pie rojo de ira, cargado de ofensa y disimulando el dolor como puede—. El mismo al que vas a tener que darle tus datos para la puta demanda que vas a comerte.

Nolan me mira con una expresión desconcertada, pero no le cree, lo siento dentro.

—Ex-novio —sacudo la cabeza y tengo que ponerle una mano en el pecho cuando intenta volver a arremeter contra Trent. Su corazón golpea mi palma con fuerza—. Para, por favor.

—Nina… —Veo que Nolan tiene sangre en una de sus manos

cuando roza una de las mías.

Esto es mi culpa, he sido yo quien ha traído a Trent aquí. «Irracional» suena a mi espalda, «incoherente» también y un montón de «no esperaba que reaccionaras así». El malestar y lo pequeña que me siento me obliga a no mirar a Nolan a los ojos, en vez de eso dirijo los míos hacia la sombra de mi pasado y su obstinada pose contrariada. *Trent sigue sin entenderlo, ¿cómo iba a hacerlo si nunca me escucha?* Me siento aún peor por la persona que fui.

—Ya me has oído, quiero que te vayas.

—¿De qué estás hablando, princesa?

—¿Que de qué estoy hablando, Trent? ¿De qué? —me acerco a él y le clavo el índice en el pecho—. De que me traicionaste de todas las formas posibles, ¡no me toques! No te atrevas a volver a tocarme. Me lo has quitado todo, mi futuro, mi trabajo, ¡todo lo que me importaba!

—No seas dramática, es solo un bache y puedo ayudarte a recuperarte. Podemos hacerlo juntos si dejas esta pose irascible. Vamos, princesa, tú nunca te enfadas conmigo. Siempre te parecen bien mis decisiones, esa es una de las cosas que más me gustan de ti.

Qué humillante.

—Sé a qué has venido, Trent, lo que te interesa de verdad y no lo vas a tener. Vete y no vuelvas a cruzarte en mi camino.

Paso por su lado y reduzco la distancia hacia la puerta con un nudo inmenso haciéndome polvo la garganta. Necesito gritar y alejarme de él, de la música, del ruido, pero no alcanzo la puerta, me corta el paso.

—¿Es que no me has oído? Puedo devolverte todo lo que perdiste.

—No lo perdí, tú me lo quitaste.

—Joder, Nina, ¡deja de ser tan rencorosa! Estoy intentando arreglar las cosas.

—¿Quieres arreglarlas? ¡Entonces empieza por irte a tomar por

culo!

Sonríe, me mira de arriba abajo.

—Pfff, si lo que intentas es ponerme cachondo lo has conseguido.

Incluso el más cruel jinete acaricia a su caballo antes de montarlo. ¿Cómo no me di cuenta? Sus cumplidos escuecen más que nunca.

—Vete antes de acabar en comisaría, Trent.

—Me muero de ganas de irme de VillaPaletos, pero no voy a hacerlo sin ti. —Me coge de la muñeca.

—¿Por qué nunca me escuchas? —Me zafo de su agarre y eso lo enfurece.

—¿Acaso sabes el dineral que me ha costado esto? ¿El tiempo que llevo detrás de ti y que después de todo, ni siquiera me lo estás agradeciendo? Cometí un error, Nina, pasemos página.

—No voy a irme contigo.

—¿Por qué me dejas solo en esto? ¿No ves que estoy haciendo un esfuerzo? —Me coge de ambos brazos, aprisionándome en su agarre. Me siento pequeña. Diminuta. Vuelvo a dar todas las respuestas incorrectas. Vuelvo a no saber cómo gestionar nada por mi cuenta. *Soy insuficiente. Necesito ayuda. Lo hago todo mal. No vivo en el mundo real. Soy demasiado sensible. Dramática. Santa Nina la perfecta no sabe aceptar los errores de nadie*—. Perdiste tu oportunidad por lo insegura que eres, pero todavía puedes trabajar como física. Podemos recuperar lo que teníamos…

Nolan lo placa, no hay otra forma de explicar el modo en que lo mueve, lo aleja de mí y se lo lleva hacia la salida. El único instante en que le veo la cara, sus ojos arden en llamas azules de furia.

—¡Nolan! —grita una mujer que no había visto nunca, con algo similar a la traición en la mirada.

Nada para lo que tenga tiempo ahora mismo, igual que él. Los sigo, pero antes de alcanzar la salida veo a Trent contra el cristal

exterior. *Ay, joder, que lo lanza.*

—Nolan, suéltale. —No me oye y su puño vuelve a encontrarle. No sé lo que ha visto, lo que le ha puesto así, pero no hay vuelta atrás —. ¡Nolan! ¡Escúchame!

Lo hace, me mira.

Luces rojas y azules en la lejanía, una sirena cada vez más cerca. El aire nocturno se ha vuelto frío y cuando llego hasta ellos, Trent está pálido como la nieve.

—Yo que tú me iría antes de que me detuvieran —la voz de Nolan-Kane es un murmullo grave y aterrador.

—Esto no quedará así. —Trent me lanza una mirada envenenada y se larga con el labio partido y el rabo entre las piernas.

Se sube a un coche negro que dejo de ver cuando cierto médico con la respiración agitada pasa a ocupar todo mi campo de visión.

—¿De qué te conoce?

—Tu ceja, Nolan, tus manos. Estás sangrando.

—Eso me importa una mierda ahora, Nina. Contéstame.

—Apuesto a que ya has oído mi desgracia, ¿de verdad hace falta que lo repita?

—Esta vez quiero que sea a mí a quien hables. —Se acerca a mis manos, pero no las toca. Es su voz la que me agarra con fuerza cuando dice—: Vámonos.

—¿A dónde? —No contesta, así que doy el paso.

Mi mano alcanza una de las enormes de Nolan, se la cojo obviando el detalle de que las chispas incendian salvajemente mi interior. *El más mínimo contacto me mata, pero sigo viniendo a por más.* Él se sobresalta de forma sutil, pero enseguida la estrecha sin perder su mueca de furia, masculina y sexy.

—Tú y yo tenemos mucho de qué hablar. —Tira de mí, sin decirme a donde me lleva.

Me aferro a las chispas, al fuego y a todo lo que supone.

12

Nolan-Kane

Un pequeño ambulatorio vacío decorado con el mismo esmero que el exterior del resort, ahí la llevo. Mi casa está llena de gente y necesito hablar a solas con ella. Puede que sea penoso, pero este es el único lugar que se me ocurre.

Hace más de un minuto que ninguno de los dos dice nada y eso que hemos discutido bastante acerca de cómo iban a ser las cosas de camino aquí. Ella es partidaria del silencio, yo de dar puñetazos a una pared. Al final me ha convencido para curarme y eso está haciendo con sus delicadas y preciosas manos. Pero si cree que voy a dejarla marchar en cuanto termine es que alguien ha metido droga en su mojito de fresa. *Y en ese caso, lo mejor será que no me cure todavía.*

—Nins.

—Shhh —me corta, acercándose más a mi ceja—. No vas a curarte tú.

—Eh —intento que me mire a los ojos, pero me esquiva.

—¿Sabes que la mayoría de suspensiones de licencias médicas están relacionadas con el agotamiento y el desgaste profesional? No puedo permitir que suceda.

Tengo sus pechos casi a la altura de la cara y con cada exhalación que hago, el lazo de su vestido se mueve. Me gustaría hacerles un puto



monumento, pero no es el momento. *Diez, nueve, ocho…*

—Nins.

—¿Desde cuándo me llamas eso? —pregunta con las mejillas enrojecidas mientras fantaseo con besar esos labios separados.

—Desde que ese gilipollas me ha dejado sin «princesa» de por vida.

—Lo siento.

—No lo sientas. ¿Por qué ha venido a buscarte tu ex?

—No quiero hablar del tema. —Da un paso atrás, pero aprovecho que está entre mis piernas para agarrarla de las suyas haciendo grandes esfuerzos para no tocarle el culo.

Se acomoda contra mí y me siento el tío más afortunado del mundo.

—Hasta un ciego vería que necesitas hacerlo.

—Es injusto —empieza.

—¿El qué?

Algo cambia en su mirada antes de que conteste.

Mataría por saber lo que piensa, qué es lo que enciende de deseo sus ojos y envía calambres a mi espina dorsal y de paso, a la punta de mi polla. *Siete, seis, cinco…*

—La nota no era tuya, era de Trent.

—¿Qué nota? —pregunto y cuando me lo explica, maldigo entre dientes porque el cretino estirado de los huevos haya pisado esa villa. Luego lo recuerdo—. Antea.

No me despedí de ella. Me alivia recordar que pagué la cuenta, pero dudo que se tomara a bien que me marchara sin más.

—¿Qué me has llamado? —Nina parpadea varias veces.

—Estaba con alguien en el bar y me fui sin despedirme.

—Siento haberte fastidiado el polvo. —Mueve las cejas centrándose en la mía.

—No lo has hecho.

—¿No eres de los que lo hacen en la primera cita?

—No cuando no quiero que haya una segunda. —Mis manos le dan un ligero apretón y se estremece. Suelta la gasa despacio cuando termina—. No te vayas.

—No tengas la indecencia de usar ese tono dulce conmigo —murmura en poco más de un susurro, conectando nuestros ojos, acercándonos—. ¿Qué quieres de mí, Nolan?

—Para empezar, que me digas quién era ese tío y me asegures que no va a volver a molestarte.

—¿No vas a regañarme porque te llame Nolan?

—Esta noche no, Nina.

Exhala y de forma muy sonora, luego se le caen los hombros hacia abajo.

—Es un traidor, eso es lo que es.

—¿Por qué has dicho que te lo quitó todo?

—Porque así fue. Nos conocimos en la universidad y empezamos a salir, él fue mi primer novio. Trent solía aprovecharse de mis apuntes, no iba a muchas clases y siempre sacaba buenas notas gracias a todo lo que yo le prestaba, pero nunca me importó porque él me gustaba. Lo que sí me molestaba era que me acompañara a las revisiones de exámenes y me dejara en evidencia por mis fallos. O que lo hiciera en clase cuando yo decidía dar voz a dudas que ambos teníamos y él siempre “olvidaba preguntar”.

Voy a fantasear con remodelarle la cara a ese capullo cada vez que cierre los ojos.

—¿Por qué seguiste con él?

—Era muy crítico la mayor parte del tiempo, hasta el punto de resultar verbalmente abusivo, pero cuando me enfadaba empezaban los halagos. Te parecerá patético, pero me los creía. Me sentía bien y

me convencía a mí misma de que todas las relaciones eran difíciles en el fondo.

—No es patético —le aseguro, aunque tengo ganas de salir de caza y colgar la cabeza de un Trent en mi comedor—. Sigue.

—Entramos en la misma empresa y…

—¿Cómo entrasteis en la misma? Compartiendo clase diría que es algo muy poco frecuente.

—Yo conseguí el puesto primero y le recomendé encarecidamente. Entró cuatro semanas después.

—Joder, Nina.

—Ya, suena mal una vez te alejas y lo ves desde fuera. —Carraspea—. Al principio trabajábamos en distintos equipos, así que no había conflictos similares a los de la universidad. Se oían rumores acerca de que se apropiaba del mérito ajeno, pero el ámbito de la física teórica es altamente competitivo y la gente hace cualquier cosa por destacar. Mentir no es nada. El problema llegó cuando la madre de Trent se casó con el jefe de mayor rango a los cuatro meses de que él entrara a trabajar en la empresa. En cuanto Érenghor se convirtió en su padrastro, lo cambió de equipo y lo metió en el mío para que lo liderara.

—¿Y qué te hizo?

Sus ojos se agrandan durante un breve segundo, pero se recompone.

—Cada subvención que llegaba, Érenghor se la daba a Trent con tal de que realizara proyectos paralelos que le agrandaran el currículum. Todas las oportunidades y los mejores proyectos siempre eran para él. Me convencí a mí misma de que debía hacerlo mejor, esforzarme más, que entonces Érenghor me daría una oportunidad. Así que eso hice. Trabajé mucho tiempo en un proyecto solo mío. —Se le tensa el cuerpo—. Un día Trent cogió mis credenciales, entró en mi

portátil y me robó la idea. Mi as en la manga. La presentó como suya y se llevó el ascenso y el prestigio, pese a que no sabe más de neutrinos que un universitario novato.

Qué hijo de puta.

—¿Cómo sabes que fue él?

—Me lo reconoció cuando se lo pregunté. Me lo dijo sin más, ¿sabes? Que al menos él le daría al proyecto la visibilidad que merecía. Que yo nunca lo habría conseguido sola porque era demasiado insegura como para apostar por mí misma, algo que Érenghor siempre decía justo después de rechazar una de mis ideas. Si ahora Trent intenta recuperarme no es porque me quiera, es porque le falta la mitad del proyecto. Un montón de documentación física que está en mi casa y no pienso darle.

—¿Y solo con esa mitad consiguió el ascenso?

—Imagínate lo que conseguirá con el resto.

—Nina, tienes que publicar tú el resto. Venderlo al mejor postor.

—No es tan fácil —dice con una sonrisa triste—, como Trent ya ha presentado las bases de mi proyecto, me denunciarían por plagio. Créeme, se aseguró de dejarme claro lo que me pasaría el día que me marché de la empresa para no volver.

—Menudo montón de basura humana —me doy cuenta tarde de que mi mano ha llegado a su mejilla y que llevo un buen rato acariciándola—, perdona.

—¿Me pides perdón por acariciarme y no por tener un trastorno de personalidad digno de estudio?

Agacho la cabeza y la sacudo.

—Lo siento, no estuvo bien. Me disculpo.

—Guau, esas palabras suenan raras viniendo de ti. —Suelta una carcajada cuando le pellizco con suavidad y mi cuerpo se relaja ligeramente.

Alguien debería valorar que sigo haciendo grandes esfuerzos por no darle un buen puñetazo a la pared.

—¿No intentaste hablar con tu jefe? ¿Contarle a alguien de tu empresa lo que pasaba?

—Sí, lo hice. A pesar de que era evidente para todos que Érenghor tenía debilidad por Trent, o mejor dicho por su madre, creí que me ayudaría. Que me creería —suelta el aire despacio y de forma temblorosa—. Pero me llamó mentirosa, me dio una larga lista de motivos por los cuales no encajaba en el equipo y luego me echó. Al menos le canté las cuarenta antes de irme, eso estuvo bien. Pero lo que dijo me dejó claro que era por Trent: supones una amenaza para el liderazgo. Trent me dijo que Érenghor lo había hecho para bajarme los humos porque me empeñaba en discutir y defender mis opiniones, pero mi ex-jefe se dedicó a hablar mal de mí por ahí y ahora nadie me devuelve las llamadas porque me he ganado fama de problemática. El mundo de la física teórica es pequeño y rencoroso. —Suspira y no puedo contenerme

La estrecho entre mis brazos. Su cuerpo se vuelve vulnerable al instante y luego me rodea también. Nuestros cuerpos encajan demasiado bien. No la suelto hasta que su respiración se calma.

—Déjame ayudarte.

—No —sacude la cabeza y se aparta para mirarme—. Ahora solo quiero no pensar en ello. Disfrutar del tiempo que me queda aquí, lejos de todos mis problemas.

No me gusta la idea, no me parece justa. Joder, ella no se merece nada de esto.

—Oye, Nolan, antes… No, olvídalo, da igual.

—¿Antes, qué? —inquiero.

—Nada, no debería meterme.

Le aprieto las piernas y da un respingo.

—Odio cuando la gente hace eso.

—Creí que la nota era tuya, creí que hoy me habías citado tú en ese bar.

Mis ojos viajan por sus pronunciadas curvas y siento un calambre en la base de la polla. *El vestido. ¿Se lo ha puesto por mí?*

—No, no te confundas —dice—, me he vestido así por mí. Iba a decirte que no me dejaras más notas y que cada uno se quedara en su villa, lejos del otro. ¿Por qué sonríes?

—¿Te parece que estamos muy lejos del otro?

Me da un golpe suave en el pecho e intenta liberarse, pero no de verdad. No tardaría ni medio segundo en soltarla si quisiera irse, pero por la forma en que se acomoda contra una de mis piernas, me atrevería a soñar que está a gusto.

—La cosa es que oí a Láhria y a Ridelmunt hablar. Te juro que no estaba siendo una cotilla, es solo que hablaban muy alto y estando en el jardín de al lado, ya sabes. —Sus ojos pierden luz, se vuelven tristes—. Oí decir a Láhria que yo la trataba bien para acercarme a ti, que de estar juntos yo sería feliz pero tú no. Aunque en realidad no hablaba de mí, porque yo no era tu cita. Hablaba de esa mujer, Antea.

¿Cómo es tan inteligente con solo diez años? ¿Cómo se da cuenta de tanto? Hablaré con ella.

Estoy tan metido en mis pensamientos que casi me pierdo el deje preocupado de sus palabras, el miedo que tiene a caerle mal a *mi familia.*

—No te lo digo para que no salgas con Antea, ¿eh? Solo para que intentes desfruncir el ceño de vez en cuando y así tu preciosa hermana no tenga que tenerte pena, ni vivir preocupada por tu infelicidad. ¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—A Lay también le gustas.

Le centellean los iris de esmeralda.

—Oh, seguro que no. Los niños solo se divierten con gente muy alegre y colorida.

—¿Te refieres a un dibujo animado?

—Aunque pensándolo bien, tú le gustas y eres un gruñón de manual.

—¿Esta es tu manera de agradecerme que redujera la cantidad de imbéciles de Mountville?

Se ríe y atesoro ese sonido porque no es frecuente.

—Tienes razón, pero no deberías haberle pegado. Podrías haberte ahorrado el dolor y los problemas.

Le doy un tirón y se cae hacia delante. *Joder esos labios.* El olor a caramelo me inunda los pulmones y sacia parte de mi hambre, aunque una parte minúscula.

—Te estaba poniendo a prueba y has fallado.

—Pero es que no deberías haberle pegado, mira tus nudillos.

—Mis nudillos están genial y son un feliz recordatorio de cómo le he dejado la cara a ese payaso.

—Reconozco que eso ha estado bien, pero tu ceja…

—¿De verdad eres la última en tu lista de preferencias? ¿Es que no ves que es de ti de quien deberías preocuparte en una situación como esta?

—No soy yo la que está herida.

—Por el amor de dios, Nins. Repite conmigo: no tienes nada que agradecerme, lo que he hecho lo habría hecho cualquiera.

—¿Cualquiera? —Se endereza un poco y hace una mueca tratando de ser menos transparente—. Claro, ya. Aun así, te lo agradezco, Nolan.

Experto en joder momentos, si es que soy gilipollas.

—Los habitantes de Mountville son buena gente, en su mayoría, por eso he dicho cualquiera. Pero yo sería el primero en dar el paso.

¿Puedo hacerte una pregunta?

El primero. Lo dice con tanta naturalidad que dudo si sabe lo que me provoca.

—¿Desde cuándo eres tan educado? Te recuerdo que me has convertido en tu prisionera y obligado a abrirme en canal para ti solo porque te apetece matar la noche.

—¿Qué piensas de Ridelmunt?

—¿Qué pienso de la mujer que me invitó a un helado de chocolate después de recogerme del suelo y regalarme un amuleto de la suerte que no entiendo, pero va a proteger mi aura de la maldad del planeta? Esa pregunta ni siquiera es una pregunta, porque estoy segura de que todo el pueblo la adora.

Un problema detrás de otro. Señal de stop tras señal de stop que me salto.

—Por no hablar de que ella es la razón por la que estoy aquí. —Transcurre un momento en el que sus palabras dicen mucho más de lo que ella quería y aun así, no tengo los cojones de creérmelas—. O sea, en la villa. Tocándote las narices.

13

Nina

💌

Pasa el rato y seguimos en el punto exacto donde empezamos. Compruebo que su ceja sigue bien después de tanto fruncir el ceño, craso error. La cercanía es peligrosa. Sentir sus exhalaciones en mi garganta no debería estar volviéndome lava líquida dentro de mi ropa interior de encaje, pero es justo lo que está pasando. *Me ha salvado ¡una maldita vez más! Lo ha hecho y no tenía por qué. En serio, ¿quién narices es este médico temerario, protector y gruñón, y cuánto cree que voy a tardar en volverme loca?*

—En cualquier caso, siento que hayas tenido que presenciarlo. Trent no es agradable en absoluto y tú no te tenías que lidiar con nada de esto.

—Créeme, he odiado más otras cosas —sus palabras muerden mi piel y por si fuera poco, con esta iluminación escasa el lapislázuli de su mirada se ha vuelto amatista.

—No sé a qué te refieres.

—Sí lo sabes. Nina, apenas te has defendido —sentencia endureciendo el rostro, pero no el tono—. No le has gritado como haces conmigo. No parecías tú. A la Nina que conozco no le hace falta que nadie salga en su defensa.

—Llevo tanto tiempo siendo una persona que no soy que ya no

reconozco quién hay en el espejo —admito quitándome la última coraza que me queda. Uno de sus dedos llega hasta mi mejilla y la alza hasta que nuestros ojos están a la misma altura—. Nolan, para. Te preocupas por mí como paciente, pero estás empezando a confundirme.

—No tienes ni idea, ¿verdad?

—¿De qué?

—He salido con Antea Wilson esta noche por una razón.

—No quiero saberlo. —Llevo una mano hasta sus labios, pero tocarlos me hace querer besarlos aún más.

Su mirada penetrante me obliga a apartar la mía. *Voy a caerme al suelo si no me voy.*

—Tú eres esa razón, Nina.

—He dicho que no quiero saberlo. No quiero saber cuánto rechazo ha…

—Eres un peligro para mí. Desde que llegaste todo es diferente, es mejor.

¿Mejor?

—Pero tú quieres que me vaya.

—¿Lo que yo quiero? —Nolan se mueve rápido, mi cuerpo pasa a estar aplastado contra una superficie firme de músculos sobre músculos. La sensación me abrasa y la necesidad es dolorosa. Sus manos son perfectas y se mueven por mi espalda levantando poco a poco mi vestido, erizándome la piel y torturándome con sedienta anticipación—. ¿Quieres saber lo que yo quiero, Nina?

Mi deseo habla tan alto que debe oírlo. Nolan-Kane reduce la distancia, me separa los labios y se hunde en mi boca regalándome el mejor beso que he tenido en mi vida. Sumerjo las manos en su pelo, las bajo hasta su cuello, le atraigo hacia mí y se lo devuelvo. Su lengua es una maravilla, pero lo que hace con ella es indecente. Me

pierdo en un mar de sensaciones desconocidas, puras e intensas que van a llevarme al éxtasis para luego dejarme sin nada. *Para arruinar todas mis relaciones futuras.*

Nolan hace cosas con mi cuello que me arrancan sonidos vulnerables y reveladores, traza una línea que baja hacia mis pechos y yo no le detengo. Tengo los pezones tan duros que la fricción con la fina tela del vestido está haciéndome polvo.

—No puedo esperar a ver cómo tu cuerpo supera todas mis fantasías. —Me lame, saboreándome como si fuera deliciosa, y no puedo resistir la tentación.

Deslizo las tiras de mi vestido por el borde de mis pechos y cae por su propio peso, mientras la gran nuez de su garganta sube y baja.

Nunca me han mirado así. Soy una fractura en su casco de astronauta. Soy la carretera mojada bajo la rueda de su moto cuando va a doscientos. Soy la certeza de lo inevitable.

—Yo no sé mirarte de otra forma. —Nolan tira de mí hasta que estoy sentada a horcajadas encima suyo.

Gimo en el momento en que sus manos amasan mi culo y en el instante en que vuelve a besarme sé que nunca he estado tan empapada. Mi vagina es suya. Me muevo contra el enorme bulto en su pantalón y cuando su gruñido gutural me atraviesa, el descontrol en mi interior es una maldita revolución. *No puede tenerla tan grande, es imposible.*

—Esta sí eres tú. —Su voz es dura como su erección. *No sabía que alguien la podía tener tan dura*—. Ahora sí te reconozco.

Yo también y es extraño porque es la primera vez que hacemos esto. Tiro de su camiseta y me odio por cortar el beso hasta que está semidesnudo y casi tengo un orgasmo de lo imponente que es. *Músculos, tatuajes, piel ardiente y bronceada, más músculos…* No es una exageración, y cualquiera que vea a Nolan-Kane puede corroborarlo.

¿Pero pocas lo ven, no? Sus muros también son altos y está dejando que yo y solo yo los cruce.

Le toco, le araño y él responde mordiéndome, adentrándose en mi boca de forma brusca y desesperada. Alcanzo la hebilla de su cinturón, oigo un tintineo y me muero de sed. Nolan me levanta con una sola mano y lo siguiente que sé es que me tiene contra la pared.

—*Sí, Nolan, sí.* —Entonces recuerdo que Trent siempre se quejaba de que hacía demasiado ruido—. Perdón, lo siento, ya me callo.

Con un gruñido animal maniobra hasta que se mete uno de mis pechos en la boca y el contacto directo de su lengua con mi pezón me hace ver la Vía Láctea entera.

—¿Por qué me castigas? —pregunta con los labios rojos de succionarme—. Quiero oírte gritar mi nombre.

Dudo, pero se emplea tan a fondo que no puedo no chillar.

Nuestros cuerpos no se detienen, un instante lo tengo empotrándome con fuerza contra la pared con dos dedos tentando a mi centro, y al siguiente mi espalda está piel con piel con la parte frontal de su cuerpo y lo único que me separa de su polla es la fina y empapada tela de mis bragas. Deshacerse de su ropa ha sido sin duda, una de las mejores decisiones de la noche.

Quiero echarle un buen vistazo, pero no puedo. Me aferro a la camilla para no perderme, moviendo el culo contra la largura de su polla. Una de sus manos viaja por mi estómago y aprisionándome en un abrazo, baja hasta el borde de mi encaje y me muerde el lóbulo de la oreja.

—¿Estás mojada para mí? —Me lame haciéndome arder.

—Te sorprendería lo a menudo que lo estoy desde que llegué aquí.

Gruñe como si la que torturase aquí fuera yo. El instante previo se estira hasta romperse, Nolan encuentra mi clítoris en cero coma y combinado con una sacudida de sus caderas estoy a punto de

correrme. Así, en el sitio. Le sujeto la muñeca, en un minúsculo y sudoroso momento de pánico.

—Si cruzamos esa puerta, no habrá vuelta atrás —jadeo.

—¿Quieres que pare? —No hay nada en su tono que me indique que él sí.

Ni en su cuerpo. *Le deseo tanto.*

—No, no quiero —suelto su muñeca y acompaño su mano—, quiero esto.

—¿Estás segura? —Nolan se construye un maldito dúplex alrededor de mi debilidad sin llegar a tocarla.

—Sí. —Subo las manos hasta su cuello, necesito sus labios.

Él me encuentra porque me lee como un maldito libro abierto, solo entonces ataca mi clítoris como un animal, mientras su boca devora la mía. Mi gemido se vuelve una súplica a medida que acelera la velocidad. Me fallan las piernas cuando dos de sus dedos se hunden en mi centro húmedo.

Es lógico que un médico sepa mucho acerca de las funciones del cuerpo humano, pero esto es puto abusar. Su polla se sacude contra mí y quiero tocarla, lamerla, besarla, quiero hacerle muchas cosas, pero palpito contra sus dedos con demasiada fuerza como para pensar. Con cada beso, Nolan eleva mi excitación por encima del Bruj Khalifa.

—Córrete para mí, Nins. Córrete en mis dedos y enséñale a mi polla lo que sentirá cuando esté dentro de ti.

Y con eso me tira desde arriba.

Estallo y mi cuerpo deja de pertenecerme. Es libre, por primera vez en mucho tiempo. El orgasmo es un huracán que arrasa con todo a su paso y me deja temblando y echa un maldito desastre. Al terminar de convulsionar, Nolan me da la vuelta y cuando conecta su mirada con la mía, hunde los dos dedos en su boca. No reconozco el sonido que sale de mí. Me vuelve lava, una cascada de magma ardiente.

—Eres deliciosa.

Bajo la mirada y mi estómago se encoge.

Dios santo.

Se me olvida cómo tragar, ya no digamos cómo respirar. *Sí, es tan grande como había sentido.* Su mano firme llega hasta mis mejillas y me levanta la cabeza hasta que su frente da contra la mía.

—Si me miras así puedo oír lo que piensas, Nina.

—Bien, escúchalo alto y claro —rodeo su erección con una mano y luego la muevo de arriba a abajo por toda su largura. Ver cómo su mar de músculos se contrae por mí es el mejor halago de la historia. La punta ya está brillante y una clase de deseo desconocido me altera el ADN. *Nolan no es de este mundo.* Acelero el ritmo mientras con la otra mano le toco el abdomen, la cintura y todo lo que encuentro. *Es increíble.* De repente rodea mi muñeca con fuerza y me frena.

—No tan rápido —la aspereza de tu voz me deja clara dos cosas: que no se refiere a lo que estoy haciendo y que ya me lo ha dicho antes.

Le suelto despacio echándole de menos, expectante para cumplir sus deseos.

—Me has dejado en trance —musito mientras unas gotas calientes corren por mi palma.

—¿Sí? —acaricia mis caderas y mete su polla entre mis piernas.

Veo venir el segundo orgasmo cuando la tela mojada se pega a mi sexo haciendo que la barrera sea casi inexistente. Nolan sabe lo que se hace, definitivamente sabe lo que se hace. Me agarro a sus hombros como puedo, moviendo las caderas más deprisa de lo que él quiere. Lo veo en la forma en la que tensa la mandíbula y me aprieta la cintura hundiéndome los dedos en la carne.

—No hace falta que vayamos más despacio —susurro alzando la barbilla para que agache sus labios hasta los míos.

Nolan me besa y vuelvo a palpitar con fuerza mientras su polla hace de las suyas. Estoy a punto otra vez.

—No creo que aguante.

—No importa, te aseguro que puedo ganarte.

—No —su mirada me atraviesa el alma—, la camilla. No creo que aguante nuestro peso, pero estamos a punto de averiguarlo.

Me tumba en un segundo, demostrando una fuerza arrolladora, y cuando se deshace de mis bragas parece sufrir un dolor físico.

—Joder —cierra los ojos—, me odio a mí mismo.

—¿De qué estás hablando?

—Es como tener la fuente de la vida delante de ti y no poder tocarla.

—¿Por qué no…?

—Me correría seguro.

Dios mío. Me estremezco a merced de los impulsos que sus palabras lanzan con violencia por todo mi cuerpo. *Me va a matar. ¿Acaso está sufriendo tanto como yo?* Imposible. Un preservativo después, se coloca sobre mí y la camilla chirría, arrancándome una carcajada nerviosa y carente de todo aire. Él sonríe y el hoyuelo convierte esto en un trío perfecto.

—Por favor, no te muevas.

Me separa aún más las piernas acariciándome de un modo del que ya me he vuelto adicta.

—¿Crees que la camilla se va a romper?

—No —frunce el ceño y luego inhala con brusquedad.

No lo dice por la camilla. Me muerdo el labio con fuerza cuando me doy cuenta de que soy idiota. Un par de centímetros después estoy en el maldito paraíso. Nos movemos despacio, con una sincronización que no tiene sentido. Ni la conexión. Mueve las caderas y me penetra dilatándome poco a poco. *Dios.* Es divina tortura. *Chirrido de

camilla*.

—No te corras.

Otro chirrido de camilla.

—Eh, tú a mí no me mandas.

De nuevo aparece el hoyuelo y yo también le sonrío. *Qué locura. ¿Qué estamos haciendo? La pregunta no es si vamos a arrepentirnos de esto, sino cuándo vamos a hacerlo.*

—No me dejes aún, Nins. —Su voz es un susurro ronco cerca de mi corazón—. Quédate conmigo.

No es consciente de que pidiéndomelo así, haría lo que fuese que saliera de sus labios.

—Estoy contigo. —Busco su mejilla y la acaricio—. Estoy aquí.

Le beso, pero no me responde como antes. Se tensa, respira con dificultad y me alegra ver que no soy la única que está pasándolo bien. Me muerde el hombro. Le beso el cuello. Le rodeo la cintura con las piernas e intento relajarme para dejarle espacio, pero juraría que no tengo tanto como él necesita.

—Oh, madre mía —suplico—, justo ahí.

Nolan acelera el ritmo y yo le sigo a punto de salirme de mi cuerpo. *Otro chirrido más de camilla*. Y otro, del que tampoco consigo preocuparme pese a que tal vez sea nuestra última alerta. De repente él se baja, tan imponente como un guerrero, y por suerte divina la altura a la que eso nos deja es poco menos que perfecta. Me separa las piernas todavía más y aunque quiero preguntarle si se cree que soy de goma, no puedo porque se adentra muchos centímetros más en mí con la fuerza de un dios griego y acaba conmigo.

Otra vez.

Se desliza dentro y fuera dejando que su polla golpee en el punto exacto sin frenos. Me rompo. Me derrito a su merced. Tiemblo y me sacudo mientras él se aferra a mí regalándome el mejor orgasmo de

toda mi vida. Y él lo ve, lo ve todo porque tiene los ojos tan fijos en los míos como yo en los suyos.

Una sonrisa triunfante se queda corta como explicación. Mueve las cejas aunque respira de forma irregular y juraría que le cuesta hasta hablar. *El puto animal ha aguantado y sigue tan duro como antes.*

—Eres preciosa. —Desliza un dedo sobre mi clítoris acariciándolo con una lentitud digna del diablo—. Y estás tan mojada y lista para mí.

—Imagínate, puede que hubieras tenido tiempo de beber de mí —le sonrío de forma perversa—, nunca lo sabremos.

Vuelve el médico de ceño fruncido y mandíbula tensa de siempre, el peligroso. El mismo que me ha empotrado contra la pared y parece tener en mente mil formas de follarme. Mirar su erección de piedra que aún sigue dentro de mí parecía una buena idea hasta que veo que solo ha entrado la mitad de su envergadura. Esa realidad es como una maza directa a los pulmones.

—Esa encimera —me muevo ligeramente contra él, reduciendo la distancia, arrancándole un sonido masculino y ronco con el que voy a fantasear cuando esto termine—, parece resistente.

—¿No estás cómoda?

Deja. De. Preocuparte. Por mí.

—Quiero besarte —admito—, y que tengas lo que quieras —miro al punto exacto donde nuestros cuerpos se juntan.

Dios. Maldice de nuevo y mi estómago se contrae con demasiado entusiasmo. Me coge y un segundo después mis sueños se han hecho realidad.

—¿Cómo eres tan fuerte?

—Te explicaré cómo funcionan los músculos en la próxima tutoría.

—Capullo, solo eres cuatro años mayor que yo, no tienes edad

para ser mi profesor.

—Pero sí para ser tu doctor, ¿no, Andrews?

Los besos de Nolan-Kane deberían venir con advertencias médicas y cardíacas. *Y su polla también.* Me penetra haciéndome gritar con fuerza. *Un poco más. Un poco más.* Es un placer descomunal y desconocido en el que quiero sumergirme de por vida. La electricidad viaja por mi cuerpo alertándome. Vuelvo a palpitar, pero eso él ya lo sabe.

—¿Vas a correrte otra vez, Nins? —susurra seductor como un rayo cayendo sobre mis terminaciones nerviosas—. ¿Vas a correrte para mí?

Me muevo contra él elevando más y más las caderas.

—Es tu turno, espabila.

—¿Quién da aquí las órdenes? —pregunta y dejo de poder hablar.

Sus embestidas son tan profundas que acaban conmigo. *Hasta el fondo.* Nolan nos empuja tras el límite de lo imaginable y estoy llena por completo como nunca antes lo había estado. No correrme habría sido imposible.

Y esta vez no lo hago sola.

Nolan-Kane estalla y su orgasmo se lía con el mío de forma brusca, descontrolada y pasional. La excitación que me produce oírle me manda al paraíso de cabeza y su ola de placer pasa a través de mí. Siento lo que él siente en cada célula de mi cuerpo. La euforia. El éxtasis. Nolan se rompe de forma triunfal ante mis ojos satisfecho por lo que me ha hecho, incapaz de controlarse ni un segundo más, y me deja sin palabras. Su erección palpita conmigo mientras sigo corriéndome batiendo todos los récords de mi vida. No tiene sentido, pero las pruebas empíricas están ahí. Es impresionante.

Es la pura representación de todo lo que está bien en este mundo y entonces lo sé.

Estoy jodida.

14

Nolan-Kane

Soy gilipollas.

—¿Por qué tenemos que salir de casa antes? —pregunta Lay frotándose los ojos que no se le abren por mucho que se esfuerce.

Porque tienes un hermano que es gilipollas.

—La abuela quería pasar tiempo contigo, ¿no te alegras de poder verla antes de clase?

—Pero si pasamos la tarde juntas ayer. —Bosteza—. ¿Crees que la abuela querrá echarse una siesta conmigo?

Creo que va a estar ocupada maldiciéndome.

—Eh, renacuaja, tu mochila.

—Ahh, sí —la coge del revés, la abraza y camina hasta el coche.

—Buenos días, madrugadores. —Lora está junto a mi coche con sus deportivas puestas y su ropa de footing puesta.

—Buenos días, Lora. Hoy tenemos que irnos pronto.

—Sí —baja el tono y se acerca a mí para darme unas palmaditas en el hombro—, parece que huyes del país y te la llevas a la frontera, doctor. Espero que lo que veo no sean remordimientos matutinos.

—¿Remordimientos? —repito a la vez que una gota de sudor frío me baja por la espalda.

Siempre da en el clavo y ni siquiera sabe de qué diana.

—Sí, sería una lástima porque la pelea fue genial.

—Tú no estabas allí.

—Las tecnologías de hoy en día son una bendición, ¿has oído hablar de ellas?

—Que vaya bien con el ejercicio, Lora.

—Qué voz tan solemne, ¿eso es que he dado en el blanco?

Le lanzo una mirada y se va, pero ni de lejos lo hace intimidada. Conducir suele acallar el ruido de mi cabeza, pero no esta vez.

—¡¿Qué?! —Chilla Láhria desde el asiento de atrás.

—¿Qué te pasa? ¿Te has hecho daño? ¿Te encuentras mal? ¿Paro el coche?

—¡Cleo dice que te peleaste que flipas con un hombre con cara de idiota ayer en el *Hakles*! —lee con la cara pegada al móvil.

—No fue una pelea, solo defendí a alguien que lo necesitaba y no uses el móvil en el coche que te vas a marear.

—¡¿Defendías a Nina?! —exclama tirando el móvil al suelo y echándose hacia delante para poder agarrarse a mi asiento.

—Lay, siéntate bien.

—¿Qué le hizo a Nina? ¿Y qué le hiciste tú a ese hombre? ¿Es ese el verdadero motivo del estado de tus manos? —Coge aire de forma aguda, ofendida, sonora y exagerada—. ¡Me has mentido!

—La espalda pegada al asiento, *ahora* —le ordeno y obedece inflando los mofletes y cruzándose de brazos—. No te he mentido, es verdad que me choqué contra algo duro ayer.

—¡Eres un trolero!

—No quería que te preocuparas por Nina, sé que te cae bien.

—No me cae bien, me encanta, que es muy diferente. ¡Da la vuelta, tenemos que ir a verla!

Joder. Consigo calmar a Lay dándole los mínimos detalles con tal de que no se imagine a Nina en estado comatoso porque tiene

imaginación para eso y más.

Esperaba encontrar a Ridelmunt en la cocina porque tiene un afán absurdo en preparar todo a destiempo. ¿Las calabazas de Halloween? Las hace ahora. ¿El ponche de huevo de Navidad? El cuatro de Julio. Hace años que dejé de intentar entenderla, pero en cualquier caso, está esperándonos en la entrada de la casa sentada en su mecedora.

—Buenos días —Lay corre hacia Ridelmunt y la planta un beso sonoro en su arrugada mejilla.

—Te he preparado tus gofres favoritos para compensar el madrugón, voy enseguida.

—¡Perfecto!

—Eh —digo antes que cruce la entrada—, ¿perdona?

Estrecha la mirada y se acerca a mí arrastrando los pies. Mira hacia otro lado en plan dramática y se abraza a mi cintura de forma rápida y poco sentida.

—Que te vaya bien el día —dice—, a donde sea que vayas.

Doblo las rodillas y me pongo a su altura.

—¿A dónde sea que vaya? Venga ya, Lay, no te enfades conmigo. Son cosas de mayores.

—¿Has pegado a otra gente?

—No desde que tú naciste, no. —*En el instituto, bueno, digamos que eso ya es otra historia.*

—Vale, supongo que te creo.

—¿Lo supones? —La cojo de las costillas sin llegar a hacerle cosquillas—. Ahora soy yo el ofendido.

—No, ¡para! —Se ríe—. No me hagas cosquillas que tengo hambre.

—¿Y eso qué tiene que ver? —muevo un poco los dedos, despacio.

—¡Pues que me va a dar más hambre! —Se libera y sale corriendo hacia la casa con tanta energía como cualquier otro día.

Me pongo en pie dejando su mochila de gimnasia artística en el suelo y me topo con una mueca de recriminación. *Tercera ronda.*

—Seguro que la razón por la que has traído aquí a mi nieta a estas horas intempestivas tiene que ver con el montón de llamadas de inversores con los que tienes que lidiar antes del trabajo…

—Ya te he dicho que sí.

—…y nada que ver con que ayer todo Mountville te vio llevarte a Nina Andrews de la mano vete tú a saber dónde, ¿no?

—Mountville necesita dejar de meterse en los asuntos ajenos.

—No le pidas peras al olmo.

—Me voy, gracias por quedarte con ella.

—En esta familia no somos unos cobardes y tú tienes los chakras bloqueados de ser tan esquivo con tus sentimientos, ¿dónde está la pulsera que te regalé?

—El otro día me dolía la rodilla y tuve que usarla para que me la curara. La estoy cargando al sol, en una ventana encarada a Júpiter.

—Tu sarcasmo no es apreciado aquí, muchacho.

—Las farmacéuticas están aterradas con todos esos minerales sanadores. —Saco las llaves y agito el llavero de piedra esmeralda mientras ella finge no inmutarse—. Que tengas una buena mañana.

Mis padres también las llevaban, a pesar de que ambos eran médicos y creían tanto como yo en sus poderes curativos. Lay es la única que cree de verdad, aunque espero que se le pase con el tiempo. Ridelmunt ya es lo bastante espiritual para toda la familia.

Abro la lista de contactos en cuanto pongo el manos libres en el coche y empiezan las llamadas. La primera es a un amigo con quien no hablaba desde hacía tiempo, pero a quien necesito para algo que nada tiene que ver con el resort.

—Hola, Christian.

—Dichosos los oídos, crack, ¿a qué se debe la sorpresa? Tu

mensaje de anoche me dejó muy intrigado.

Nos conocimos el primer año de medicina y aunque él dejó la carrera para meterse de pleno en la abogacía, no perdimos el contacto.

—Necesito que me hagas un favor.

—Por ti lo que sea.

Esa llamada es la única agradable. Conduzco sin rumbo porque me ayuda a concentrarme, pero las noticias no son buenas en absoluto. Los tal vez se han convertido en no demasiado rápido.

—Pese a que es un resort asombroso, hay poca vida en Mountville —dice Jack de inversiones *Finance Salgot*.

—¿De qué estás hablando? No está muerto, en Mountville no puedes tirar una piedra sin que caiga en un establecimiento comercial.

—Ya, Nolan, pero la clase de establecimientos que hay no son *trend*, ni atraerán a las masas.

Quieren algo único y diferente, pero envuelto en el mismo papel de mierda de siempre. Es evidente que no entiendo el marketing.

—¿Has hablado con el alcalde? ¿Le has preguntado si quiere modernizar el pueblo?

No, porque sería una traición hacia este lugar. Igual que preguntarle a un hijo si puede parecerse más a su hermano porque te cae mejor. *Mountville es especial, es un lugar único, igual que este resort, y no vamos a pasar por el puto aro.*

—En ese caso tengo las manos atadas —sigue Jack—, por desgracia para ti, viajar para quedarte solo en el hotel ya no se lleva. Te dije que intentaría vendérselo a los de arriba y te aseguro que he puesto todo mi empeño, pero prefieren invertir en un mega Starbucks en el centro de Manhattan, va a ser el más grande del mundo. Lo siento. Si sé de alguien a quien el lujo y la vida rural sea una combinación que le entre en la cabeza, te volveré a llamar.

Cuelgo.

—¡Mierda, joder! —Mi mano buena impacta contra el volante un segundo después.

El dolor irradia hacia el brazo, pero no me importa. Diez de diez, rechazo tras rechazo al resort se le van acabando las opciones. Alguien golpea el cristal de mi camioneta, dos toques, ladeo la cabeza y veo a Benedict. Bajo la ventanilla.

—¿Qué quieres?

Se ríe.

—Vaya mierda de saludo, ¿así me das los buenos días, *amor*?

Subo la ventanilla.

—Ehhh, no tan deprisa —mete la mano y el sensor de seguridad frena la subida—. He de suponer que hablabas con los inversores.

—Con los inversores de alguien, sí —abro la puerta y lo empujo con ella, luego la cierro de un golpe y todo el vehículo se sacude.

—¿Lay está bien? ¿Ridelmunt?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Sueles relativizar los problemas laborales mejor que los personales. —Sonríe de manera torcida—. ¿Y tu nueva vecina?

—Cierra la boca, ¿quieres? —Lo dejo atrás, pero me alcanza. Me vibra el móvil y veo que es mi abuela—. ¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

—Acabo de recibir una llamada de una chica inglesa interesada en alquilar la villa en la que Nina…

—No.

—No me has dejado acabar, zopenco.

—Disculpa, continúa.

—Quiere alquilarla después de que ella se marche y tenía mucha prisa, ya sabes cómo son las de ciudad. Me ha preguntado el día exacto en que la villa quedaría libre para instalarse sin un minuto de espera.

—Esa villa es de Nina. De nadie más.

—¿Piensas regalársela?

Lleno los pulmones de paciencia, pero estoy hasta los cojones de este temita.

—No, quiero decir que ella es la única que va a ocupar la villa de mis padres. Ten un poco de fe en que podré encontrar inversores, ¿quieres?

Dice algo sobre la fe y sus piedras mágicas y luego me cuelga.

—Nina es la única que va a ocupar la villa de mis padres —me imita Benedict—. Quiero casarme con ella y follármela el resto de mis días.

—¿Te parto la cara?

—Tus nudillos acabarán resintiéndose, Don Juan. —Se carcajea—. Además, no puedes enfadarte conmigo, reconoce que el cambio ha sido brutal. Hace nada querías que se fuera a toda costa.

—Pues ya no.

Me pone un brazo por encima de los hombros.

—¿Sabes por qué todo Mountville te quiere?

—¿Porque sé cuándo cerrar la bocaza? —Subimos las escaleras de la entrada y me frena al llegar arriba.

—Porque eres de la clase de persona que dice que no va a ayudarte, mientras te tiende la mano y te ayuda. Al menos con los afortunados a los que aprecias, lista en la cual la señorita Andrews ha sido aceptada.

—Te regalo mi camioneta si te callas.

—¿Qué pasó anoche con Antea? ¿Te olvidaste de cómo ponerte un condón y por eso estás de mal humor?

—No pasó nada.

—O sea que no hubo polvo.

—No, no lo hubo, ni lo va a haber. Fue un error. —*Uno de los dos*

que cometí ayer.

Entro en el hospital y busco a Abbie con la mirada porque además de ser la hostia en su trabajo, tiene mucha mano izquierda para quitarme a mi mejor amigo de encima.

—¿Y a dónde te llevaste a Nina? Es lo que a todo el mundo le gustaría saber.

—Fuimos al ambulatorio, insistió en curarme las manos.

—Qué detalle —entramos en el ascensor y para mi desgracia está vacío.

Benedict no dice nada, solo me mira y me sonríe como un imbécil.

—¿Qué? —Mi voz es un ladrido.

—Nada, nada. Solo que debió ser el mejor polvo de tu vida para que te haya dejado tan aterrado. Mírate, estás cagado de miedo.

—¿De qué estás hablando? Te he dicho que no me acosté con Antea.

—No, con Antea no.

Sale del ascensor y soy yo quien le sigue. Le cojo del brazo, tiro de él y lo empujo a mi despacho con brusquedad, pero como es una mole de músculos casi no se inmuta.

—Di algo y estás muerto, ¿entendido? —Lo miro sentarse en *mi* silla.

—Tres preguntas.

—Dos.

—Tres.

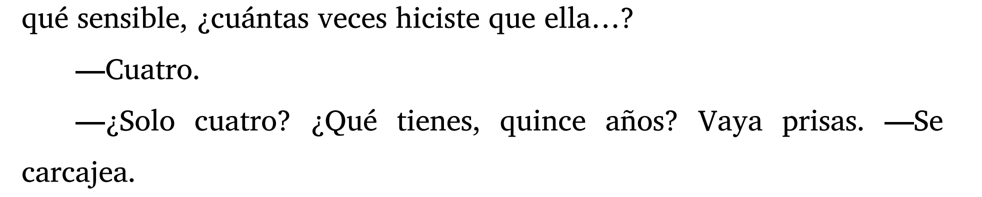
¿Matarlo sería más fácil? Suelto el aire, pero la ira se me queda dentro.

—Vale, dispara.

—¿Fue en el ambulatorio?

—Sí.

—¿Posturas? ¡Vale, vale! ¡Reformulo! —alza las manos—. Dios,



qué sensible, ¿cuántas veces hiciste que ella…?

—Cuatro.

—¿Solo cuatro? ¿Qué tienes, quince años? Vaya prisas. —Se carcajea.

—Última pregunta. —Si aprieto más los dientes me los rompo.

—¿La quieres?

—Acabo de conocerla.

—Esa no ha sido mi pregunta.

—Pero sí es mi respuesta.

Benedict va a decir algo más, pero en ese momento Abbie abre la puerta y me libera de mi desgracia.

15

Nina

No me sorprende no haber dormido profundamente después de todo lo que sucedió ayer con Trent apareciendo de la nada y… en fin, que tengo motivos de sobra. Estoy tan distraída que descorro la cortina de mi dormitorio y casi no me percato de que el coche de Nolan no está en su plaza. No le doy mayor importancia. No pienso en ello al volver del desayuno, ni me pregunto si se habrá llevado a Láhria consigo. No hay espacio en mi cabeza para Nolan-Kane y sus familiares porque tengo mil cosas que hacer.

Todavía me queda mucho tiempo para disfrutar en esta villa, así que decido sacar mi ropa de la maleta y organizarla. Estoy acalorada cuando termino a pesar de que he tenido que ponerme una chaqueta fina porque el frío estaba poniéndome duros los pezones. Miro mi obra de arte, esa masa de colores neutros pasados de moda que se mezcla con los regalos de mis hermanastras, y suspiro aliviada. El premio de la eficiencia y la productividad resulta gratificante. Sofocada de tanto trabajar, me paro frente al espejo para comprobar que tengo dos dedos de nuevo junto a mis labios. Me siento traicionada por mí misma.

—¿Puedes dejar el tema ya, por favor? —Supongo que S&M de Rihanna tampoco ayuda. *Sus besos siguen quemándome, sus manos me tocan por todas partes pese a la distancia. Si sigo reviviendo cada segundo*

me voy a poner enferma—. Un poco sadomasoquista sí que es esto.

Decido quedarme el resto de la mañana en la villa disfrutándola, intentando no pensar en nada. No se me da bien. En especial, cuando Láhria y Nolan no aparecen a la hora de comer. *Es normal, casi nunca lo hacen. De hecho, lo raro sería que aparecieran.*

Tengo la absoluta certeza de que voy a volverme loca si me quedo en la villa, así que me marcho. Tan lejos como puedo. Y eso se traduce en las aguas termales junto a la zona rocosa del resort, situada al noroeste y que he apodado «la jungla». Árboles frondosos, una cascada sobre la inmensa piscina, música relajante y agua muy caliente. *Caliente. Lo que me faltaba. Esto no lo he pensado bien.*

Me descalzo junto a las rocas y accedo a través de una escalera natural. El lugar está bastante vacío, así que nado un poco mientras el olor a bosque húmedo me llena los pulmones. Diez minutos después tengo las mejillas ardiendo y eso trae consigo otra ristra de recuerdos. Los orgasmos. Sus gruñidos. La facilidad con la que me llevó al límite una y otra vez. *Ni que se hubiera quedado con mi virginidad, dios, ¿podemos pasar página?* Pero lo cierto es que Trent era el único con el que había estado y puedo asegurar que el sexo no fue nunca ni remotamente parecido a lo que Nolan y yo… pfff, nunca había sentido algo así. *No sabía que era posible.*

Salgo del agua y dejo que el aire fresco haga lo suyo.

El sexo con Trent era tan poco interesante que rara vez me apetecía de verdad. Desearle nunca me quitó el sueño. En cambio ahora, tengo la seguridad de que volveré a Nueva Jersey con ojeras de panda.

—Chica, ¿estás bien? ¿Te está dando algo? —pregunta un tío con un martini en la mano, unas gafas rosas en la cabeza y un delineador despampanante. Al salir del agua la marca Versace se ve impresa por todo su bañador—. ¿Hola? ¿Me oyes siquiera?

—Hola. —Me doy cuenta de lo agitada que es mi respiración y me muero de la vergüenza—. Estoy bien.

—¿Sí? Pues parecías a punto de enfrentar la guillotina o algo así. No te vendría mal uno de estos —alza su martini y luego señala con el hombro un pequeño bar que no había visto. Está situado bajo dos rocas de la montaña y tiene aspecto hawaiano con esas flores de colores decorando el techo de paja—. Vamos, chica de ciudad, no te lo pienses tanto que con ese mojito de fresa no te casas.

—¿Cómo sabes que soy de ciudad? —Le sigo.

—Por favor, lo fuera de tu ambiente que estás se refleja en tu cara. Desprendes ese aura de taxi perdido y el estrés característico en los pómulos —Se contonea, pero ralentiza el paso para que lo alcance —. Nada de eso se ve a menudo por aquí. ¿Adivino, Queens?

—Newark.

—Manhattan, encantado.

—Oh, creí que vivías aquí.

—No de origen, aunque sí ahora. Trabajé en marketing hasta que me harté del bullicio y la constante e insaciable necesidad de todo el mundo por verme dar el doscientos por ciento. Me busqué una casa mona en un lugar remoto y ahora trabajo desde mi salón y vivo mi mejor vida.

—Suena bien. —Le ofrezco la mano—. Me llamo Nina, encantada.

—Andrews, sí, sé quién eres —me coge de los hombros y me da dos besos—, he optado por no llamarte por tu nombre de pila para que no pensaras que era un acosador.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Ahora estás en Mountville, criatura —se ríe—, las cosas funcionan muy diferente por aquí.

—Sí, empiezo a acostumbrarme. ¿Cómo te llamas tú?

—Sawyer Kshatriya, mi padre es hindú y mi madre inglesa, por si

te lo preguntabas.

—Encantada, Sawyer Ksha…

—Puedes llamarme Sawyer a secas.

Se me escapa la risa. Alguien se zambulle, me giro y veo una espalda ancha, justo antes de un cabello rubio oscuro. Se me corta la respiración.

—No es él —dice mi nuevo amigo antes de que el desconocido se dé la vuelta y confirme sus palabras—. No suele tener tiempo para pasárselo bien, solo para salvar al mundo y de paso ser el mejor referente posible para su hermana pequeña. A este paso acabarán haciéndole una estatua. Sería genial que en el pie se escribiera «y dejó a todo Mountville cachondo perdido por los siglos de los siglos». Pero eso le quitaría un poco de solemnidad, ¿no te parece?

—No sé de quién hablas, me había parecido que alguien se había caído al agua.

—Corazón de socorrista entonces, lo añadiremos a tu lista de cualidades justo después de la de salva-vidas-perrunas. Sobre todo la de una como Sherlock Bones, chica tú sí que sabes hacer una buena entrada.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué sobre todo la de Sherlock?

—Ridelmunt se lo encontró en la carretera de entrada al pueblo cuando era muy pequeño, una moto lo había atropellado y no tenía buen pronóstico. Estaba más cerca de la muerte que de la vida, pero un milagro después, Jason Kolomore logró salvar al pequeñín y ella lo adoptó.

Un terremoto emocional me sacude el pecho y se atasca en mi garganta.

—Guau, sufrir todo eso siendo tan pequeño…

—Pero no te pongas triste, lo has salvado.

—No fue nada. ¿Jason todavía trabaja en Mountville? No vi a

nadie allí con ese nombre —*y de repente siento la necesidad de darle las gracias.*

—Era un portento, así que se fue a la gran ciudad. Es una lástima porque Juniper Jones no tiene ni un tercio de la sensibilidad emocional de la que tenía Jason —suspira—, siempre se van los mejores.

El responsable de las bebidas se da la vuelta cuando llegamos a la barra y veo que es…

—¿Julio?

—¿Qué haces aquí? —pregunta Sawyer a secas.

—Tanner Scott necesitaba ayudar a su hermana Stassie con el parto de una cabra y me ha pedido que le cubra un par de horas. ¿Qué desea beber mi chica de los postres favorita? Invita la casa.

—U-un martini, por favor.

—Uhhh, gemelos, me encanta —dice Sawyer batiendo el mar de pestañas con el que sus padres le obsequiaron—, aunque estoy celoso. —Julio le quita la copa vacía y rellena ambas consintiéndonos a ambos—. Eres un santo.

—¿Qué celebramos? —pregunta Julio poniendo una sombrilla en mi copa.

—Las nuevas amistades —Sawyer alza su copa y la acerca a la mía para que le dé un toque.

Cuando vuelvo a la villa lo hago cargada de la mejor energía. Pienso en lo fácil que me he acostumbrado al efecto Mountville y estoy tan absorta en mi mente que casi no me percato de que Láhria no está bañándose en la piscina, ni de que el coche de Nolan sigue sin aparecer.

Es evidente lo que pasa aquí y para mi desgracia, se está cargando parte de la ráfaga de felicidad posorgásmica.

Me paso lo que queda de tarde en mi piscina y no es hasta que

vuelvo de cenar que veo luz en el interior de su casa. Entro en mi villa, cierro la puerta con llave y subo las escaleras rezumando incredulidad. Me pongo el camisón, apago la luz y me meto en la cama con los ojos bien abiertos. Pero para mi desgracia, soy un reloj y alguien ya ha activado la cuenta atrás. Ese alguien se llama Nolan-Kane. Salgo de la cama. *No puedo. Mañana no puedo volver a repetir lo mismo.* Bajo las escaleras en tiempo récord.

Grito antes de salir de mi jardín, mucho antes, cuando una serpiente repta en mi dirección.

—¿Pero tú de dónde sales?

Mientras mi mente intenta recordar todo lo que puedo haber leído en mi vida sobre serpientes en Virginia (error 404) el sudor frío me empapa de pies a cabeza. *No puedo morir así. ¿Por una mordedura de serpiente? Venga ya, ¿es que no hay justicia en este mundo?* Chillo de nuevo y tengo tanto miedo que ni siquiera me percato de que ya no estoy sola. Lora se ha quedado en el salón comedor, así que no puede ser ella. Aunque pensándolo bien, Lora no tiene la espalda ancha de un quarterback. «Quédate detrás de mí». Todo pasa muy deprisa y aun así, estoy segura de que voy a tener tiempo para desmayarme.

—Tranquila, no es venenosa. —La sujeta por el cuello, sin matarla ni dejar de mirarme—. Respira, Nins, por favor.

Nins.

—¿En serio, Nolan? —chillo cuando reacciono, todavía sin aire, y con mi dedo de señalar bien alzado—. ¡Creí que ya habíamos acabado con todo este rollo!

—¿De qué rollo estás hablando?

—Venga ya, ¿vas a fingir que no la has traído tú? ¿Que no es una treta más para intentar sacarme de esta villa? ¡Dios, podría haberme hecho daño!

—No lo es, por supuesto que no. Y si fuera peligrosa el resort ya

se habría encargado de ella.

—¿Estás diciendo que sabéis que hay serpientes campando a sus anchas y os parece bien? ¿Te estás aguantando la risa, Nolan?

—Oye, espera aquí, ¿de acuerdo? —Frunce el ceño, pero juraría que la respuesta a mi última pregunta, igual que la anterior, era un gran sí—. Me libraré de ella.

Camina hasta su jardín y le sigo. Le veo cruzar el límite al otro lado, en el que solo hay montaña. Espero en las escaleras de su porche porque no quiero que vuelva a darme esquinazo. Vamos a solucionar esto como adultos. Espero y luego un poco más. Dudo que sean más de dos minutos, pero me saben a décadas.

—Hola —dice a mi espalda.

Me pongo en pie y le veo al otro lado de la entrada. *Es injusto lo guapo que es. Lo bien que besa. Lo mucho que me hizo sentir y lo que va a costarme olvid…*

—Hola.

Separa los labios, pero no sabe qué decir. No debería dolerme, debería darme igual, pero no es lo que pasa. El olor de lo que sea que está cocinando es delicioso y llega hasta a mí como otra serpiente. Me imagino una imagen hogareña, familiar y dulce de Nolan cocinando para una mujer a la que no evite, una a la que quiera. Las palabras que no he dicho empiezan a atragantárseme.

—Seré breve, lo prometo, ¿Láhria está arriba? —Carraspeo—. Me gustaría que no lo escuchara.

—Lay no está.

—Bien, eso lo hará más fácil.

—¿El qué? —pregunta mirando mi camisón de un modo en el que no reparo.

—Sé lo que estás haciendo, Nolan. He venido a decirte que puedes dejarlo estar.

—Si hablas de la serpiente, te prometo que no he sido yo.

—No hablo de eso. Llevas todo el día evitándome y sé por qué. Oye, mira, somos adultos, ¿vale? Podemos ignorar que ha pasado, no hace falta que me esquives por eso.

—Nina.

—No, en serio, estoy segura de que Láhria se ha pasado todo el día hecha polvo por llevártela tan temprano de aquí y eso hace que me sienta mal conmigo misma. —Doy un paso atrás cuando mis pulmones se cierran y la garganta me quema. *No te atrevas. No llores ahora*—. Bueno, dicho queda. Espero que podamos volver a la normalidad.

Me giro, pero no doy un paso porque su mano coge la mía y una descarga de emociones se adentra por mi piel sin que nadie la pare.

—Lo siento, sí que te he estado evitando.

Ya lo sabía, ¿por qué duele tanto oírlo?

—Genial, no hay problema. —Me suelto—. Ya nos veremos, ¿sí?

—Para, por favor. —Se pone delante de mí en la escalera y es una torre que no puedo atravesar—. Escúchame.

—No hace falta porque sé lo que vas a decir.

—Lo dudo mucho —alza una ceja y está tan serio que me callo. Suspira y se pasa una mano por el pelo. *Está nervioso, ¿por qué?*—. Lo siento.

—Eso ya lo has dicho.

—Llevo todo el día sintiéndome fatal.

—Oh, no tienes por qué —se me empieza a nublar la vista. *Joder, sexo por compasión, esto es peor de lo que imaginaba*—. En fin, siento que no te gustara lo más mínimo, pero en honor a la verdad pudiste parar. Pudiste hacérmelo saber. —Trato de sortearle, pero no me deja. Es una torre infinita, musculosa y molesta—. Oye, ¿podrías…?

—No. —Su mano llega hasta mi cintura—. Necesito que me

escuches.

Me clava los pies al suelo, me abrasa las costillas y me hace reaccionar de una forma muy mala y cálida. *Ya sabía yo que al final acabaría necesitando terapia.*

—Siento mucho… —cierra los ojos, aprieta los dientes y suspira de nuevo—, siento mucho haberme aprovechado de ti, Nina.

—¿Cómo dices?

—Estabas dolida, asustada, tuviste que encarar a ese gilipollas y te hizo daño. Nunca debí aprovecharme de un momento de debilidad como ese. Fui un capullo y lo siento.

—No es esa la definición que tengo yo de capullo… —murmuro por lo bajo.

—Nunca había hecho algo así, pero fuiste superior a mí, a mi autocontrol. Lo siento, sé que no es excusa, no sé por qué lo he dicho.

—Nolan.

—Llevaba fantaseando contigo desde el día en que te conocí. —Me suelta se pasa una mano por la mandíbula y sacude la cabeza un gran número de veces—. Tampoco sé por qué he dicho eso. Lo siento.

Sus palabras están cerca de tirarme al suelo.

—¿Tú…? ¿Tú no…? —Me aclaro la garganta. *Infarto, espera un poco*—. ¿Tú no te arrepientes?

—¿Es que no has escuchado nada de lo que acabo de decir?

Cierro los ojos alzo una mano y la pongo en su pecho.

—No, sí, claro que lo he oído —*y se ha grabado a fuego en mi cabeza, te lo aseguro*—, te arrepientes. Pero, me refiero… si hubiera sido en cualquier otra situación, ¿te arrepentirías?

—Pfff, no.

El resoplido incrédulo y la confesión arrasan conmigo. *No se arrepiente.*

No.

Se.

Arrepiente.

Cuadro los hombros e intento organizar mis emociones que ahora mismo son una montaña de papeles junto a una ventana abierta y se viene un huracán.

—Nolan, no te aprovechaste de mí, me ayudaste.

—Te ayudé en el *Hakles*. —Se revuelve y se distancia un palmo—. En el ambulatorio fuiste tú la que me ayudaste a mí, si es así como vamos a llamarlo.

Nunca podré volver a respirar.

—No es cierto —le aseguro—. Nolan, no me arrepiento. Si pudiera volver a ayer, lo repetiría. Te aseguro que ver a Trent no me afectó tanto como para no estar en mis cabales. Hice lo que hice porque quise. No tienes por qué sentirte culpable.

—¿No te arrepientes? —pregunta descifrando un jeroglífico que no se atreve a entender.

—No.

Su pecho sube de forma abrupta y no aparta la mirada lo más mínimo. Mis pezones rozan la tela de mi camisón provocándome un escalofrío. Mi mano vuelve a su pecho, donde el corazón late con fuerza, y luego sube hasta su cuello. Me pega contra la pared y la escasa distancia es deliciosa, nada que ver con lo que sentí con Trent.

—Esto es una mala idea, Nins. —Pega su frente a la mía y disfruto el escalofrío que acompaña a esa última palabra.

—Dos adultos pueden estar de acuerdo en llevar a cabo un plan que no tenga mucho sentido, si quieren. —Alzo la barbilla, me pongo de puntillas y le beso.

Y ya no hay vuelta atrás.

16

Nolan-Kane

Bebo de ella en cuanto sus labios tocan los míos. Ese camisón tiene poderes sobre mí, pero aún más las curvas que sé que hay debajo, que he visto y probado. Gime una vez y es suficiente como para cargarse todo mi autocontrol y hacer que mi polla responda. *Ha venido a mí.* Le beso el cuello, le muerdo el labio y cuando mis manos llegan a sus piernas, le arranco el camisón del cuerpo dejando sus magníficos pechos al descubierto.

—Joder, Nins —Un sonido gutural sale de mí y me vuelvo un animal hambriento.

Me la como. Nina se retuerce en mi boca, contra mí, dispuesta a darme lo que quiero y eso me la pone más dura de lo que nunca la he tenido.

—Nolan, a-alguien podría vernos.

Amaso su otro pecho y me faltan manos para todo lo que quiero hacerle. *Lo que necesito hacerle.* Clavo las rodillas al suelo y asiento mientras me acerco a la única franja de tela que le queda.

—Sí, alguien, puede ser.

Separa los labios y traga con dificultad incapaz de decir nada a lo que mi polla da una fuerte sacudida. Hundo la cara entre sus piernas y lamo la tela mojada, Nina se estremece, se aferra a mí como puede y

tiembla. *No voy a poder follar con nadie después de esto, no después de sentir algo así con ella.*

—Nolan —suplica tan flojo como puede, respirando de forma entrecortada y tensándose en espasmos.

Cada lamida la lleva un poco más cerca del límite y no entiendo cómo no me he deshecho de sus bragas todavía, ni como me deja comérselo aquí, ni como tengo tanta suerte. Aprieto su culo con las manos, acercándola a mí tanto como soy capaz. La miro y la imagen me destroza el alma mientras su sexo late con fuerza contra mi lengua. Sus pechos botan y se mueven con mi insistencia, con la de sus caderas que me piden que siga. Arquea la espalda contra la pared y está preciosa. *Es* increíble.

—¿De verdad vas a hacérmelo aquí? —Susurra.

—Puedes pedirme que pare —le hundo la lengua aún más profundo haciendo con el fino encaje lo que me apetece.

No es capaz y eso me puede.

—Dios, Nolan. Ahí.

Se mueve contra mí perdiendo la cabeza, obligándome a seguirla sin apartar ni un segundo la vista de esos pechos.

—Joder, quiero que te corras en mi boca y en cada parte de mi cuerpo.

Lo hace.

Se deja llevar y yo la veo, sin perder detalle ni un solo segundo. La sostengo hasta que se calma, recojo su camisón del suelo, la cojo en brazos y nos meto en casa cerrando la puerta de una patada. Tengo el tiempo justo de echar las cortinas antes de tumbarla en el sofá, deshacerme de la única barrera que le queda y lamerla de verdad, como quería.

Está mojada y bebérmela es mi premio.

Caramelo, es puro caramelo.

—Si sigues masturbando mi ego con tus gemidos vas a hacer que me corra —gruño, pero mi confesión lo empeora porque Nina no se detiene.

Sus rodillas se alzan y cuando intenta cerrar las piernas se las abro más todavía que antes, llevando una mano al punto exacto en el que sé que me necesita. Tentándola, sin llegar a entrar de verdad en su centro, tan solo unos centímetros. Succiono con intensidad y el segundo orgasmo la hace gritar mi nombre con fuerza. *Quiero hacerle un monumento a su clítoris por lo sensible que lo tiene.*

Vibra, se estremece y sé que no he tenido suficiente, así le meto dos dedos cuando todavía palpita y está a punto de romperse. Sigue corriéndose, mi hambre se sacia y aumenta con cada segundo que pasa.

—No tiene sentido —gime—. ¡Dios mío!

Lo que oigo se parece a mi risa, aunque no estoy muy seguro, ahora mismo no puedo concentrarme en nada. *No me queda sangre en la puta cabeza.* Nina tira de mí como si me necesitara, como si me quisiera a su lado, sus piernas rodean mi cintura y mientras me besa me permito soñar que de verdad es mía. Le beso el hombro, le muerdo la oreja y detengo mis labios en el punto exacto de su cuello en el que su pulso golpea con fuerza.

Me coge las mejillas con las dos manos y durante un largo instante sus ojos hablan a los míos sobre algo a lo que no me atrevo a ceder. Una llama ardiente y peligrosa que va mucho más allá del deseo. La forma en que me besa después no solo trae consigo una descarga salvaje para mi erección, también una sensación suave y cálida en el pecho que no reconozco. Me adentro en su boca, insaciable y desesperado, lamiéndola mientras me aprendo cada rincón. Tira de mi camiseta blanca y esta cae junto a su camisón, tocamos el cuerpo del otro con el impulso voraz guiado por el deseo. Me empuja contra el

respaldo del sofá, oigo el tintineo de mi cinturón poco después, pero estoy muy ocupado mirando su cuerpo desnudo. Hasta que me la coge.

—Puede que no lo haga bien —se cuela entre mis piernas y apoyando los codos en ellas acerca la boca a mi polla—, según me han dicho, este no es mi fuerte.

—*Todo* es tu fuerte, Nins, pero no tienes que hacer nada que no quieras.

—Ese es el quid —sonríe—, contigo no hay nada que no quiera.

Saca la lengua, parece sedienta y empiezo a dudar si estoy soñando otra vez con esto. Sus ojos emiten chispas cargadas de determinación cuando rodea mi punta con sus labios. Me salgo de mi cuerpo por cómo mueve su lengua, cómo se ayuda con una mano mientras genera un vacío en su boca que hace que el espacio sea mínimo.

—Joder, qué puta barbaridad. —Enredo los dedos en su pelo acercándola más sin ser brusco.

Centímetro a centímetro, me tortura y me da placer con una boca que no solo es buena para discutírmelo todo. *Que no es su fuerte mis cojones.* Nina se la mete hasta que le da en el fondo de la garganta y el sonido gutural que me arranca no hace justicia a lo que siento. Acelera el ritmo de sus labios y de su mano.

No puedo más.

Gime conmigo y cuando abro los ojos veo lo que lo disfruta. Eso es más que suficiente como para hacer que me corra. *Dios. Joder. Hostia puta.* La satisfacción más pura recorre todo mi cuerpo machacándome hasta la médula con fuerza bruta. Mi cerebro se desconecta unos segundos y al volver en mí veo que no me aparta. No lo escupe, se lo traga sin romper el contacto visual y hay sorpresa en su mirada.

Perplejidad.

—Eso no ha sido lo que me esperaba —jadea agachando la cabeza de tal forma que no le veo los ojos.

Entro en pánico, la cojo por debajo de los brazos, tiro de ella y la subo a mi regazo.

—Nins, háblame —ni reconozco mi propia voz, estoy asustado.

Alza la mirada revelando un par de esmeraldas brillantes.

—Nunca lo había disfrutado de verdad, mucho menos así —más estupefacción—. Casi haces que me corra.

La beso dejando que el alivio se asiente en mi interior. Me prometo a mí mismo dar caza a Trent y darle una paliza. Quiero hacerle muchas preguntas a Nina, muchas, pero habrá tiempo para eso después. La cojo, subo la escalera sin soltarla mientras intento alcanzar su cuello y ella se empeña en mantener la distancia mínima para mirarme de una forma que haría que cualquier hombre decente acabara de rodillas. Entramos en el baño, abro el grifo y ya vuelvo a estar empalmado. *No es culpa mía, es su cuerpo perfecto que me está haciendo algo raro. Fíjate, igual voy a empezar a creer en la magia.*

—No tomo anticonceptivas —dice—, no podemos hacerlo sin condón.

—No vamos a hacerlo, solo vamos a ducharnos.

Sus ojos caen por mi cuerpo e inciden en mi erección.

—¿Estás seguro de eso?

Hasta respirar me cuesta un puto imperio. *Todavía tengo que asimilar que no se arrepiente y no quiero hacer nada que lo cambie.* Por otra parte, con toda la sangre en la polla, pensar me resulta bochornosamente difícil.

—Vamos a ducharnos y luego a dormir.

—¿No estabas haciendo la cena?

—Ayúdame un poco, ¿quieres?

—Nunca. —Su sonrisa resplandeciente me hace de todo—. ¿Estás proponiéndome quedarme a dormir? ¿Una fiesta de pijamas?

Una sin pijamas me gustaría más. Cede y nos metemos bajo el agua. Se le pone la piel de gallina, así que caliento más el agua y sigo hasta que todo el baño está lleno de vapor.

—Dame —le cojo el jabón porque quiero hacerlo yo. Tal vez sea una excusa más para tocarla, pero no parece importarle. Le acaricio los brazos, las cuencas de sus pechos, su vientre… La forma en la que me permite ver su vulnerabilidad es un riesgo monumental, pero ya es tarde para mí. Se aparta y me da la espalda mirando los botes de champú en el suelo de la ducha—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Cuál es el que utilizas tú? —Se dobla sobre sí misma, poniéndome el culo donde no debería—. Siempre hueles muy bien.

Mis manos llegan a sus caderas de forma inconsciente.

—*Nina*… —gruño acariciándola, a lo que ella me mira por encima del hombro.

—Es evidente.

—¿El qué? —pregunto perdiéndome en un mar de posibilidades en el que su culo es el protagonista.

—Que tienes un autocontrol envidiable. —Sonríe y mi polla da una sacudida.

De nuevo cara a cara y con mi erección en el estómago, se alza sobre las puntas, se agarra a mis hombros y me besa antes de meterse de nuevo bajo el agua caliente. Cuando la envuelvo en una toalla grande una voz me felicita, pero otra asegura que me va a costar cuarenta y cinco minutos dejar de tenerla tan dura. Me coloco la toalla y hasta el roce me contrae los músculos.

—Es espectacular —se coloca junto a la ventana que da al balcón, donde la luna brilla con fuerza sobre el mar, pero yo solo la veo a ella.

—La verdad es que sí, lo es —cuando consigo despegar la vista de

ella, miro la cama y no parece lo bastante grande. *Dormir.* La idea hace que me duela el cuerpo. *Esperaré a que ella lo haga y volveré abajo* —. Voy a por tu camisón.

—No me hará falta.

La miro y ha dejado caer la toalla al suelo.

No sé quién llega antes hasta quién, pero cuando vuelvo a estar desnudo con ella y la presiono contra mí, se abren las puertas del puto cielo. Y en ese momento me imagino una vida juntos, que esta sea la forma en la que pasamos todas las noches, que haya alguien a mi lado cuando despierte y que ese alguien sea Nina.

—Te brillan los ojos, Nolan-Kane.

La cojo del cuello, la atraigo con fuerza y la beso. No, devoro su boca, me la como, bebo de ella, pero la sensación intensa no desaparece. Aumenta. *Estoy jodido.* Un preservativo después estoy sentado en la cama y Nina me cabalga mi polla como una maldita experta en tortura y placer. *Me pregunto si es demasiado pronto para pedirle que lo haga en mi cara.*

—¿Es cierto lo que has dicho? —Le agarro el culo, se lo aprieto y la acerco más a mí, le muerdo el cuello y le aparto el pelo para plantar un beso con la boca bien abierta—. ¿Nunca lo habías disfrutado?

—No lo he dicho para inflarte el ego. —Gime y cierra los ojos—. Es solo la verdad.

—¿Cómo es posible? —La miro mientras sus pechos rozan mi piel y un segundo después tengo ambas manos amasándoselos de la forma que he averiguado que más le gusta, en círculos ascendentes y alternando la presión—. Eres el sueño de cualquiera.

—Nunca había estado con nadie más que… —Se calla cuando tiro de ella y se la meto varios centímetros más, pero sé lo que iba a decir.

—¿Solo con él?

—No soy virgen, no me mires así —me ladra agarrándose a mis

hombros, acercándose a mis labios y haciéndome todo lo que está bien en este puto mundo.

No estoy hecho para mantener conversaciones cuando la tiene dentro, cuando noto cómo palpita contra mí y su lengua se desliza por la mía.

—Pero gracias.

—¿Acabas de darme las gracias? —repito incrédulo.

—Llegué a pensar que no me gustaba el sexo y que se debía a que se me daba fatal. Pero esto sí me gusta, *es increíble.*

—Hijo de puta. ¿Eso te hizo pensar el cretino de…? — La furia me arranca un gruñido y el placer aviva la hoguera en la que se ha convertido mi cuerpo. Ambos gruñimos a la vez—. Voy a matarlo. Voy a matarlo ahora mismo y a darle la paliza que debió llevarse en el *Hakles*.

—No —susurra—, por favor, quédate dónde estás.

Le rodeo la espalda con un brazo para acercarla más a mí, estamos tan cerca que veo un fuego desconocido en su iris. Es preciosa y lo está más que nunca así, desnuda, montándome.

—Era él quien tenía el problema, Nins, no tú. Eres una puta pasada.

Se acaban las palabras. El espacio se reduce y la velocidad aumenta. Me besa justo antes de correrse, justo antes de que el orgasmo destruya todo a su paso, justo antes de que arrase con ella con tanta fuerza que necesite apartarse de mi boca para gritar mi nombre. *El mío. Porque tengo esa maldita suerte.*

Despertarme con ella a la mañana siguiente no se queda atrás. Cuando noto que se mueve a mi lado aprieto el brazo que le rodea la cintura y tiro de ella hasta que tengo la nariz hundida en su cuello. *Caramelo.*

No sé cómo salimos de casa antes del mediodía.

—¿De verdad no quieres venir? —le pregunto por enésima vez, barajando si sería una locura esposarla a mí, meterla en el coche y llevármela conmigo a donde sea que vaya.

—Mountville es famoso por sacar conclusiones así que no deberíamos darle munición. Sobre todo por Láhria.

—¿Por Láhria? —repito con algo atascado en mitad del pecho, que ni sube ni baja.

—Le caiga medianamente bien o no, creo que no debería enterarse de esto.

La beso porque no me deja alternativa.

—Le caes muy bien. —*Y no puedo empezar a explicarte lo que me hace ver que te preocupas por ella.*

—¿Muy bien? —repite lanzando mi raciocinio por la ventana cuando se le enrojecen las mejillas—. ¿Tú crees?

La suelto y doy un paso atrás.

—Vete —pido sin mirarla.

—¿Cómo?

—Vete porque si te llevo de vuelta a casa como mi cuerpo me grita que haga, juro que voy a faltar a todas mis obligaciones del día y a hacerlo sin arrepentirme.

Una risa ahogada y un par de suspiros atascados después se marcha. No a su villa, porque es lista, sino a desayunar. Me meto en el coche y huelo a ella, lo cual es más que suficiente para provocarme la erección contra la que estaba luchando escasos minutos atrás. Oírla en mi cabeza acerca de lo que le hizo y dijo Trent es suficiente como para hacer que la furia sobrepase a la lujuria al tiempo que mis nudillos se vuelven blancos de tanto apretar el volante.

Hijo.

De.

Puta.

Quiero borrar todo recuerdo en el que esté él. Y luego quiero borrarle a él su cara de payaso. Aparco el coche y veo el de Antea Wilson en el camino de la entrada. *A Ridelmunt no le gusta que nadie lo aparque ahí.* Sherlock Bones llega corriendo hasta mí y cuando me huele mueve aún más la cola, contento a rabiar.

—Ya lo sé chico, yo he querido traerla. —Le rasco la barriga y detrás de las orejas—. ¿Vamos con la abuela? Venga, Bones.

—Solo estoy diciendo que sería una buena idea —Antea está cruzada de brazos y de espaldas a mí, así que no le veo la cara.

La que sí veo es la de Ridelmunt y no parece contenta.

—Antea, ¿ha ocurrido algo? —pregunto y cuando se gira su ceño fruncido se suaviza con una amigable sonrisa—. Hola, Nolan. Nada, Cleo ha insistido en venir a recoger a LayLay hoy de sorpresa, pero parece que Ridelmunt no confía en mis dotes de conducción.

Miro hacia el coche y veo a Cleo dormida en el asiento de atrás.

—Algo tendrá que ver con que te haya dicho incontables veces que *nadie* aparca en la entrada de mi casa y tú sigues haciéndolo, es evidente que le ocurre algo malo a tus frenos.

—Oh, disculpa —dice con pesar—. No lo recordaba.

Ridelmunt la mira sin comprarle un solo cupón de lástima, luego me mira a mí y antes de darse la vuelta y volver a entrar en casa me señala y dice:

—Soluciónalo.

Me giro hacia ella y veo cómo se muerde el labio nerviosa. Eso también hace que piense en Nina.

—¿De verdad Cleo te lo ha pedido?

—Bueno, puede que haya sido yo quien se lo ha propuesto.

—¿Por qué querías llevarte a Láhria?

Es culpa mía, yo la he dejado incontables veces en su casa. *Yo he provocado esto.*

—No lo digas así, ni que hubiera intentado secuestrarla —se carcajea y pone una mano sobre mi antebrazo—. Lo admito, era una excusa para verte. No me gustó la forma en la que se quedaron las cosas tras nuestra cita. Fuiste un caballero por invitarme, pero no esperaba que desaparecieras tan rápido. Es una pena que esa chica nueva arruinara nuestro momento metiéndote en una pelea que no nos incumbía.

—Es amiga de la familia y resulta que sus problemas sí me incumben.

Da un respingo ante mi tono cortante, pero no consigo que me importe.

—Ahh, ¿sí? ¿Cómo es posible? —sigue, sonriendo—. Ha llegado a Mountville hace muy poco.

Doy un paso atrás ya que no tengo respuesta para su pregunta.

—En realidad, yo también quería hablar contigo. Antea, lo de la otra tarde no puede volver a repetirse.

—¿Qué quieres decir? —Se acerca tanto que su cuerpo se pega al mío—. ¿Acaso no lo pasaste bien, Nolan?

Le cojo de los brazos para apartarla, pero antes de que lo haga curva la espalda hasta que sus pechos me rozan.

—Eres una buena madre y Cleo puede venir a jugar a casa cuando quiera, pero preferiría mantener la cordialidad y las distancias de nuestra relación. Será lo mejor para todos.

—Todavía eres un crío en muchos aspectos. —Su sonrisa se ladea, se le oscurecen los ojos—. No me has probado, te aseguro que no podrás despegarte de mí cuando lo hagas.

Siento un rechazo visceral en cada rincón de piel.

—Me temo que nunca lo sabremos.

—Vale —resopla—, fóllatela mientras esté aquí. Pero te advierto que te costará recuperarme cuando se vaya. —Camina hasta su coche,

no sin antes darme un golpe con el hombro al pasar por mi lado.

17

Nina

Pasan tres días y descubro una nueva faceta de mi personalidad que desconocía. Una ardiente y desesperada que hace que me desnude en el lugar menos conveniente con tal de tenerle. Su coche a plena luz del día, una de mis tumbonas a plena luz del día, cada uno en su villa viéndonos a través de la ventana a plena luz del… *pues eso*. Puede que seamos adictos y no tengamos vergüenza. Puede que no importe demasiado.

No sé lo que estoy haciendo. Todavía tengo la carta de Lexi en la mano y estoy temblando. Frenética. Golpeo la puerta acristalada con los nudillos y durante un largo instante, cuando Nolan-Kane se acerca con una de esas maravillosas sonrisas que marcan su hoyuelo tienta-vírgenes, me olvido de lo que iba a decir. Sobre todo si encima, lleva una camisa remangada hasta los antebrazos.

—Hola, Nins. ¿Qué hay? —Su voz provoca que mi corazón martillee con una cadencia descontrolada digna de un espectador de película de miedo.

Y encima vas de azul, si es que te gusta ponérmelo difícil.

—¿Haber? No hay mucho. ¿Por qué sonríes? No es para ti —escondo la carta a mi espalda—. ¿Por qué sonríes?

—¿Y para quién es? —pregunta obviando mis insistencias.

—Para mí.

—¿Vas a enviarte una carta?

—No, acabo de recibirla.

—¿Y has venido a leerla conmigo?

Sacudo la cabeza, cuadro los hombros y lo suelto.

—He venido a pedirle un favor a…

—¡Nina! —Láhria sale del baño con un neceser rosa y un montón de clips de mariposas en el pelo.

—Qué madrugadora, no sabía si estarías despierta tan pronto siendo sábado.

—No tenía más ganas de dormir, estos días me están obligando a irme a la cama muy pronto. —Estrecha la mirada hacia su hermano.

Sí, y sé por qué.

—No me mires así, los intensivos de gimnasia artística te está dejando zombie, ayer al mediodía te dormiste encima de la mesa. —Nolan le hunde un dedo en la mejilla.

—No es verdad.

—Vaya que sí.

—Exagerado.

—En absoluto.

Me doblo sobre mis rodillas y miro a Láhria.

—He venido a pedirte un favor.

—¿A mí? —se señala.

—Sí, verás, alguien muy especial para mí va a venir a verme y…

—No puedes meter a nadie en tu villa —me corta Nolan con los brazos cruzados y ni rastro de la sonrisa.

—¿Por qué no? Es enorme.

—Son las normas, el resort tiene que estar al tanto de todos sus huéspedes.

—Está bien, ¿y si doy toda su información de contacto en

recepción? ¿Podréis aceptarlo?

—Esos trámites llevan su tiempo, dudo que sigas aquí cuando el proceso termine.

—Nolan, es mi hermana y va a quedarse conmigo te guste o no. —Una amenaza muy pobre teniendo en cuenta que no soy yo la que tiene la sartén por el mango, sino el resort.

—Vale —suelta sin más.

¡¿Perdón?!

—¿Tienes una hermana? —interviene la única a la que no odio—. Menuda suerte.

—Hermanastra, pero sí, estamos muy unidas. Tengo tres, en realidad. El caso es que Lexi se pondrá muy, *muy,* triste si me encuentra con lo que llevo puesto.

—Normal —suelta, a lo que Nolan le da un golpe de rodilla en el culo—. Ehhh, tú no has visto toda su ropa, yo estuve en su casa —abanica el aire frente a su nariz mientras la arruga.

Se me escapa la risa.

—No te falta razón, necesito un cambio completo de armario y por eso vengo. ¿Crees que podrías ayudarme a comprar algunas cosas? ¿Darme tu opinión sobre lo que es bonito y lo que definitivamente no lo es? —No contesta—. No será demasiado rato y si te aburres, podemos terminar pronto. —Estudio su cara mientras entro en pánico. Está tensa, aunque no sé lo que piensa—. Perdona, si crees que será un rollo monumental, lo dejamos. De hecho, entiendo muy bien por qué lo pensarías. Pfff, no sé en qué estaba pensando. Haz como si no hubiera dicho nada, ¿vale? —Me enderezo y me estiro la falda, pero ella coge el dobladillo para que no me vaya.

—No es eso —dice mirando al suelo—, es que nunca… —se calla, me mira y el azul brilla con una vulnerabilidad que le da la vuelta a mi estómago—. ¿Por qué quieres que vaya yo?

—¿No es evidente? —La señalo de pies a cabeza—. Tú tienes todo lo que a mí me falta. —Me señalo de vuelta—. Mis hermanastras visten como tú y yo antes también lo hacía. El mundo de los adultos me arrastró con él y acabé así, pero esta no soy yo al cien por cien. Y quiero ser yo. —Siento la mirada penetrante de Nolan contra mi mejilla y no me atrevo a mirarle porque claro que él tiene mucho que ver en esto.

Y claro que soy demasiado orgullosa como para reconocérselo.

—Te ayudaré.

—¿De verdad?

—Sí. —Sonríe tanto que parece que no le da más la cara y creo que me salen alas—. ¡Iré a por mi chaqueta!

—Genial. Te espero.

Me veo obligada a mirar a Nolan cuando el silencio pesa en mi pecho como un ancla en el mar. *Jooooder, qué ojazos.* Entonces caigo en algo, que no le he pedido permiso y es su tutor, tal vez no le parezca bien.

—No tienes ni idea de lo que te haría ahora mismo, Nina.

Mi cuerpo sale ardiendo y me vuelvo líquida.

—¿Eso es que te parece bien? ¿No te importa que me la lleve unas horas?

Mira a su espalda y sus labios abren los míos un segundo después, llenándome de vida y provocando que chispas peligrosas se conviertan en relámpagos sobre mi piel. *Me tienes de rodillas, Kane.* Cuando Láhria sale de su cuarto lleva un bolso rosa con forma de estrella y mientras pienso que quiero ser como ella, finjo estar recuperada del sofoco.

Ni siquiera lo estoy cuando aparcamos en el centro comercial.

Acabo de cerrar la puerta del coche cuando ella sale del asiento de atrás y me coge de la mano dejándome sin respiración.

—¡Empecemos! —Tira de mí ilusionada.

Jolín con los hermanos Taylor.

El tiempo pasa volando. Hemos ido solo a dos tiendas y ya tengo cuatro vestidos, ¡y dos son de flores! *No recuerdo la última vez que llevé algo con flores, qué emoción.* La contengo para que Láhria no flipe.

—¿Qué preferimos ahora, bolsos o zapatos? —pregunto sorbiendo el final de mi batido de chocolate justo cuando Láhria se termina el suyo de fresa.

—Bolsos. ¡Oh y accesorios para el pelo! —le cojo el envase vacío y tiro ambos a una basura a la que no llega.

—Suena a buen plan.

—Luego miramos los zapatos. —Da un par de saltos a mi lado antes de entrar a la escalera mecánica—. Aunque necesitas más ropa, acuérdate.

—Me acuerdo. —Me preocupa tener que hacerle saber que yo no dispongo de la pasta que tiene su hermano sin deprimirla.

Según me ha dicho, cada seis meses vienen y compran la ropa de verano o de invierno, según toque. Me da que no reparan en gastos y yo soy de las que tiene un montón de cupones pegados al frigorífico y que nunca entra en el súper si no los lleva en el bolso, ¿nos entendemos?

Consigo elegir un bolso iridiscente con forma de concha de mar que casualmente es mucho más barato que nuestro segundo favorito. Lo cierto es que todo es bonito, la mini experta en moda tiene un buen gusto innato. Entramos en una tienda de accesorios para el pelo y no veo ninguno, estoy muy ocupada embobándome con Láhria que no para de suspirar admirada con cada cosa que coge.

—Este sería una pasada con tu pelo oscuro —dice alzando un gran lazo blanco.

Va cogiendo algunos y yo la sigo buscando cuales le podrían quedar bien a ella. Escojo purpurina, rosa y algo más de rosa y está

tan emocionada que ilumina toda la tienda. Luego lo deja todo salvo mi lazo.

—Puede que estén dentro de unos meses, cuando sea mi turno —me dice—. Vamos a pagar tu lazo.

Comparto una mirada con la dependienta y consigo hacer que me funcionen las piernas. Cojo el clip del corazón rosa, el set de mini pinzas de flores con purpurina y un lazo igual que el mío, pero con estrellas.

—Hala, te gusta lo mismo que a mí.

—Láhria —ladeo la cabeza y se le abren mucho los ojos.

Un segundo después la tengo abrazada a la cintura apretándome con fuerza y estoy a punto de pedir un crédito para comprarle todo lo de la tienda. Decidimos ponernos los accesorios ya, aunque en su caso, como no le caben todos, tenemos que elegir favorito. Casualmente es el lazo.

—¿A dónde vamos ahora?

—Hay una tienda en la tercera planta que está lleeeena de ropa suave de peluche en invierno. Es bastante nueva así que no sé qué hay en esta época del año. Podíamos ir a mirar qué tal. ¡Uuuy! —exclama cuando sigue andando, pero mis pies se han quedado clavados al suelo y no he soltado su mano.

Las dos nos quedamos embobadas frente al escaparate.

—Nina, habías dicho que ya tenías muchos vestidos, ¿pero crees que…?

—Sí, lo creo —musito.

—Es muy bonito.

—Lo es. —Trago saliva con dificultad—. ¿Entramos?

—Creo que yo nací ahí dentro —dice tirando de mi mano—, siento una conexión muy fuerte con esta tienda.

Oigo mi risa por enésima vez esta mañana y entramos. A pesar de

que estoy tocando la tela, sigo sin creer que algo pueda ser tan agradable. Ajustado en la zona del pecho, con vuelo hasta poco antes de los tobillos y una raja lateral que sé que a Amy le volvería loca. *Y encima la tela es azul. Puede que sí sea el destino.* Salgo del probador y encuentro a Láhria con sus regalitos entre manos, sentada en una butaca demasiado grande para ella.

Está hecha polvo, pero se está divirtiendo tanto que cada vez que le pregunto si quiere sentarse y descansar un rato me dice que no. Se me llenan los ojos de lágrimas al pensar que su madre no podrá disfrutar de ella. Es una personita increíble, divertida y maravillosa, y ella no lo sabrá. Sorbo mis emociones alejándolas de aquí y su atención cae sobre mí.

—¿Qué te parece?

Casi se le caen las pinzas de las manos.

—Estás… guau. —Espatarra los ojos mientras se acerca—. *Guaaau.*

—¿No es demasiado?

—Pareces una superheroína el día de su boda. —Sus ojos centellean como si hubiera cohetes en su iris—. No, una princesa el día de su coronación. Estás guapísima.

Entonces, en plena euforia, veo algo a lo lejos. Está cerca de la otra entrada de la tienda, por eso no lo hemos visto al llegar. Fuegos artificiales estallan en mi estómago.

—Láhria.

—Lay —dice sin mirarme, ni apartar las manos del vestido.

—¿Cómo dices?

—Puedes llamarme Lay, si quieres. —Juega con el vuelo y suspira embelesada.

—¿Te gusta más que Láhria?

—Sí, pero solo para mis amigos.

Menuda facilidad tiene para hacerme añicos la resistencia. Sorbo de nuevo.

—Lay, mira —cuando alza su cabecita señalo el tesoro encontrado. Se queda boquiabierta treinta segundos por lo menos—. ¿Quieres probártelo?

Se lleva una mano al pecho y asiente. Espero pacientemente (mentira) a que salga del probador. Despeinada y con una enorme sonrisa, sale dando saltos. Verla con el mismo vestido que yo me hace algo dentro.

—Te queda muy bien.

—El vuelo es muy bonito —dice pegándose a mí en el espejo.

Joder, mi corazón. Los compro, ¿cómo iba a no hacerlo? Ah, y no solo eso, nos los llevamos puestos. Le pregunto si prefiere llevarse el rosa, pero asegura que prefiere el azul, no sé por qué.

—Me muero de hambre —dice cuando un olor delicioso nos llega desde alguna parte.

—¿Quieres comer aquí?

—¡Vale! —Canturrea las opciones que tenemos mientras saco el móvil.

Le ha parecido bien invitarlo a comer porque tiene muchas ganas de enseñarle las compras, pero entonces me doy cuenta de que no tengo su número. Voy a preguntar a Lay si quiere llamarle ella o utilizar mi teléfono para hacerlo, cuando le veo. *Otra vez.*

Que no está ahí, Nina.

Que solo está en tu cabeza.

—¡Nolan! —Lay sale corriendo hacia él, salta a sus brazos y no deja de señalar su vestido.

Sus labios se mueven contestando a algo que no escucho, pero por desgracia para mí, oigo lo que piensa dentro de mi cabeza. No es normal lo rápido que mi cuerpo responde a Nolan. Es algo digno de

estudio. *Soy una cerilla acercándose a una llama.* Me tiemblan las piernas cuando la distancia entre nosotros es menos de dos palmos y siguen igual cuando su mano llega a la parte baja de mi espalda al llegar al restaurante.

—Estás muy guapa, relájate —me susurra al oído cuando Lay se adelanta siguiendo a la camarera hasta nuestra mesa.

—Si quieres que me relaje, no me susurres cosas al oído —replico, ganándome un mordisquito suave en el lóbulo de la oreja que me deja con ganas de más.

Quiero preguntarle acerca de sus padres, después de pasar la mañana con Lay las ganas casi me pueden. Pero sé que no es el momento, así que me aguanto. Otra vez. *No sé cuántas van ya.*

Las piernas de Nolan se enredan con las mías bajo la mesa y cuando le robo un trozo grande de mango de su ensalada, no gruñe, solo cuela una mano a través de la abertura de mi vestido y me da un apretón a la altura de la rodilla.

Tras los siete minutos de trayecto en coche, llegamos a casa. Lay sale corriendo hacia su villa para cambiarse por algo relacionado con Ridelmunt y hacer no sé qué tartas, pero me repite lo bien que se lo ha pasado y me ablando más y más. En cuanto oímos la puerta de la casa cerrarse, Nolan invade mi asiento

—Has estado jugando con fuego toda la comida, y encima con esto puesto. —Su mano se cuela bajo el vestido, esta vez llegando mucho más arriba.

—“¿Esto?” Disculpa, es un vestido precioso —le rebato.

—El vestido no es lo precioso —toca la tela de encaje pegada a mi centro humedeciéndola más de lo que lo ha hecho en el restaurante—. Vas a dejarme que pague los vestidos.

—¿Estás insinuando que no tengo pasta? Porque puede que esté en el paro, pero también estoy pagando la villa —me estremezco

cuando sus dedos apartan la tela y me tocan.

—¿Por qué tienes que convertirlo todo en una discusión? —Frota mi clítoris en círculos mirándome los labios cuando me los muerdo, bajando por mi cuerpo creando una línea de fuego a su paso—. ¿Crees que puedes ser lo bastante rápida?

—¿Lo bastante rápida para q…? —una mano invisible me aprieta la garganta cuando mueve mi asiento hacia atrás, me abre las piernas y un segundo después su barba me raspa los muslos.

Aparta mis braguitas a un lado mientras yo compruebo que no haya nadie a nuestro alrededor justo antes de que Nolan lama mi sexo. Me estremezco intentando lidiar con la ola de emociones que se me viene encima. Sus dedos me acarician, se acercan a mi centro.

Va a matarme, así que sí, diría que puedo ser lo bastante rápida.

Me penetra con los dedos mientras succiona mi clítoris con la boca. Me ataca a lo bestia y dudo si las puertas del coche serán suficiente para amortiguar mis gemidos. Más o menos hasta que las rápidas repeticiones me ponen los ojos en blanco, luego ya no pienso en nada.

—*Nolan…*

No puedo pararlo. Es demasiado intenso. Ejerce la presión exacta provocándome temblores de pies a cabeza, gruñendo de esa forma que desde hace un tiempo me acalora el alma. Y pasa. En tiempo récord y contra su cara. Nolan bebe de mí como si fuera su maldito sabor favorito y eso hace que mi orgasmo se prolongue todavía más.

—No me lo puedo creer —jadeo, intento recuperar la respiración, pero no puedo.

Es como si alguien le hubiera dado la llave a la casa de mis orgasmos, una a la que yo solía tener que colarme por la ventana.

—Créetelo, Nins —me besa con la boca abierta la cara interior del muslo—, eres capaz de mucho más.

Oímos la puerta de la villa contigua y los dos saltamos en el asiento. Puede que él sonría y se ría, y que yo siga sin poder respirar. Salimos del coche y me estiro el vestido tratando de ocultar que Nolan-Kane me ha dejado hecha un desastre cuando la veo.

La mujer de piernas infinitas y ojos marrones.

La de melena corta y mirada peligrosa.

La dueña de la carta que he recibido esta misma mañana.

—Bueno, bueno, hermanita —Lexi se apoya sobre una pierna y pone los brazos en jarras—, me da que tienes cantidad de cosas que contarme.

De: Lexi Love

Para: Nina-Dinamita

Iré a verte pronto.

Te mega-super-quiero.

18

Nolan-Kane

💌

Nina no responde y cuando lo hace, no utiliza palabras.

—¿C-cóm…? ¿P-per…? ¿La cart…?

—Ahh, ¿llegaste a recibirla? Estaba bastante segura de que yo llegaría antes, qué faena, me ha estropeado la sorpresa.

—¡Lexi!

—¿Eso es que no te alegras de verme?

Por la forma en la que Nina se abalanza sobre ella, se aferra a su cuello y la abraza con fuerza diría que sí, que se alegra un poco. Le dice algo al oído que ni Lay ni yo escuchamos y ella la coge de la cintura provocando que dé un respingo. Bordeamos el coche de Nina y su amiga me da un repaso incidiendo en la zona justo debajo de mi pantalón. *De esto cúlpala a ella.*

—Nina, estás un poco roja —pregunta Lay.

—Es verdad —frunzo el ceño—, ¿te encuentras bien?

—Sí, sí, es solo la emoción del momento —Nina se abanica mientras yo me chupo los labios y disfruto viéndola reaccionar.

—Ufff, qué maleducada soy, ni siquiera me he presentado. —La recién llegada da un paso hacia nosotros con la mano extendida hacia Lay y me gusta el gesto—. Me llamo Lexi Love, soy una de las tres encantadoras hermanastras de Nina.

—Es la primera vez que oigo que unas hermanastras pueden llevarse tan bien —dice Lay prolongando el apretón de manos.

—Es que Victoria Daughbeth tiene más poder que Disney. Tienes unos accesorios de pelo alucinante, ¿lo sabías?

—Gracias.

—Nolan-Kane, es un placer conocerte, Lexi —le tiendo la mano y ella la acepta antes de que el plan de Nina se descubra—. ¿También eres física teórica?

—Oh, no, para nada. Lo mío es la ingeniería mecánica. ¿Puedo suponer que eres modelo? —pregunta antes de llevarse un codazo.

—Médico.

—Venga ya —otro codazo—, *¡au!* Au…stralia, ¿la has visitado? Según dicen no tiene pérdida.

—No he tenido el gusto, todavía, no.

—Bueno, nosotras nos vamos ya —dice Nina empujándola hacia su villa.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras con Nina, Lexi —intervengo—. Estoy seguro de que el resort no os pondrá ninguna pega.

—¡Qué bien! —exclama mientras la mujer a su lado me atraviesa con la mirada cual lanza a un cervatillo.

Salvo que yo soy un tigre y las lanzas las reparto yo.

—Es genial, ¿verdad, Nina? ¿No te alegras?

—Sí, claro que me alegro… —murmura cada vez bajando más el tono—, pero con todas las pegas que me ha puesto… será posible… poca vergüenza.

—Si hablas más bajo solo podrán oírte las hormigas —interviene Lay antes de que se me vaya la olla y acabe metiéndole la lengua a Nina hasta la garganta.

—Lo hace mucho —le contesta Lexi, cogiendo a Nina del brazo—,

ha sido un verdadero placer conoceros. Con vuestro permiso, me la llevo a…

Lexi no dice una palabra más en el momento en que Lay reduce la distancia y abraza a Nina por la cintura. El pánico me clava su afilada hacha en mitad del pecho y el filo me sale por la espalda.

—Gracias por lo de hoy.

—No, gracias a ti, Lay. —Ella le coge una mejilla y con ojos brillantes sacude la cabeza—. Sin tu ayuda me habría metido en un problema.

Lay. Ha dicho Lay. Nos despedimos y saco el coche de la plaza con los nudillos blancos de apretar el volante.

—La amiga de Nina es tan guapa como ella. Será cosa de genética. ¡Y su camiseta se parecía al maillot de Cleo de gimnasia artística! ¿Por qué estás tan serio? ¿Te ha sentado mal la comida?

—No, es el calor. —Bajo las ventanillas, pero la sensación asfixiante no desaparece.

Lay no para de hablar de Nina todo el camino. Entramos en el *Boogie* casi vacío porque a esta hora pocos en Mountville se atreven a salir a la calle a menos que sea para ir a la playa.

—Vaya, se avecina tormenta —dice Ridelmunt nada más vernos.

—Pero qué dices abuela, si no hay ni una nube —Lay se sube a un taburete de la barra dándole un trago a la limonada que le ponen delante.

—Me han dicho que hoy has ido de compras —pone los brazos en jarra—, ¿y tus hallazgos?

—Han sido de Nina, aunque me ha hecho un montón de regalos. Me he puesto este chándal para no manchar el vestido, pero es increíble. ¿Has visto mi pelo? —Se gira para enseñarle lo que lleva.

La mirada de Ridelmunt se inunda de palabras que no verbaliza, pero consiguen que me revuelva en el asiento.

—Tengo un mensaje de Abbie, voy a llamarla.

—LayLay, ¿por qué no vas a la cocina a ver cómo lo llevan Sammy y Diego mientras yo hablo con tu hermano?

Su atención viaja de ella a mí, luego resopla por lo bajo.

—Vale, tampoco estoy interesada en un concurso de miradas raras.

Tom y el resto de camareros se apartan de nosotros, como si fuéramos a batirnos en duelo. Cojo la limonada de Lay y la muevo entre mis dedos.

—¿A mí no me invitas a la cocina?

—No hasta que me digas qué te preocupa.

—¿No necesitabas todas las manos posibles?

—Rehúye de mí lo que quieras, muchacho, pero no lo hagas de ti mismo.

—Yo no huyo.

—Como quieras, pero te advierto que si sigues por este camino no podrás mirarla a la cara.

—Se irá de aquí antes de que nos demos cuenta.

—Hablo de Láhria.

Aprieto el vaso.

—Eso es absurdo.

—Nina no ha dicho una palabra del tema, ¿cierto? Es tu mente la que pone esas palabras en su boca. La que te tienen así de enfadado con el mundo.

—Es más complejo de lo que crees. —*No puedo fallarte, Rid, a ti menos que a nadie.*

—Estúpida juventud —da un golpe en la barra—. Daría lo que fuera por un minuto más con mi Wade, ¿sabes? Pero le perdí y nunca va a volver. —Suspira y se le hunde el pecho—. No deberías ser tan tonto.

—Nana.

—Sin duda la pena será compartida, muchacho, pero tú serás quien más sufra con tus decisiones erróneas. Y yo tendré que verlo.

—Rid —la llamo antes de que se vaya.

—No entres en mi cocina hasta que tu aura deje de desprender energía tan negativa. No quiero que contagies a Lay, su corazón aún es valiente.

¿Cómo no lo entiende? Debería apoyarme. *No puedo ser tan egoísta, solo tiene diez años. Soy responsable de ella, su tutor.* Oigo la puerta del *Boogie* abrirse a mi espalda y sin girarme gruño:

—No estamos abiertos, vuelvan en una hora.

Pasos. Más pasos. Alguien mueve el taburete a mi lado y lo ocupa.

—He conocido al hada de los sueños, ¿te lo había dicho?

—Lo raro sería que hubiera alguien en todo Mountville a quien tú no conocieras. —Bebo un largo trago, pero sigue siendo limonada—. ¿Qué haces aquí, Sawyer?

—He venido a hacer pasteles. —Mueve las cejas—. Es un diamante en bruto, supongo que te habrás dado cuenta.

—No lo sé, ¿es una metáfora? —Me burlo con ganas de agujerear una pared con el puño, dándome cuenta de que esto me pasa cada vez más a menudo.

—Y dime, ¿dicho diamante en bruto tiene algo que ver con que el mundo entero, excluyendo a Láhria, corramos peligro?

Exhalo despacio y le miro el tiempo suficiente como para que sepa que por ahí no va a conseguir nada.

—¿Sabes algo acerca de lo que te pedí? —pregunto.

Da un sorbo a su margarita cuando se lo sirven sin preguntar y se toma su tiempo, sacándome más de mis casillas.

—Tienes un don para esto, Anastasia.

—Gracias, Say.

—Sawyer. —Le gruño para que me responda. .

—Las cosas de palacio van despacio, Kane. —Baja el tono—. Sé paciente.

Maldigo para mis adentros.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Ambos sabemos que vas a hacerla de todas formas.

—¿Por qué me pediste que no le dijera nada a Nina?

—Porque no puede enterarse.

—Ya, ¿pero por qué no? —Alza las manos un segundo después—. Vale, vale, perdóname la vida que yo solo quiero ayudar.

Me froto la cara mientras el móvil me vibra con otro mensaje de Abbie.

—Te agradezco mucho lo que estás haciendo, ¿lo sabes, no?

—No hay de qué, Kane. De no ser por ti la señora Halinek no me habría alquilado su casa y me habría visto obligado a volver a mi ajetreada vida de cosmopolita frívolo, sigo en deuda contigo por eso.

—Se negó de primeras porque cuando llegaste aquí lo hiciste con dos docenas de maletas y no parabas de decir «cash flow» y «trading», y te tomó por un vendedor que venía a cargarse el comercio local.

—Si en aquel entonces me hubieran dicho que estaría dispuesto a tirar a la basura más de la mitad de mi armario por la gran mayoría de los habitantes de este lugar, le habría tomado por loco.

—Es el efecto Mountville.

—Sí y aquí me tienes ahora, a punto de regalar un bolso *Birkin* de edición limitada a cambio de un poco de información.

—Te lo pagaré.

—No, ni hablar. No me quitarás la razón principal de que las meditaciones de la última semana me salgan increíbles. Mi aura está limpia, tiarrón. Déjame que lo disfrute.

Ridelmunt sale de la cocina al tiempo que el nombre Abbie

aparece de nuevo en mi pantalla, esta vez en llamada. Descuelgo.

—¿En serio, Abbie? ¿En mi día libre?

—Nolan, necesito que vengas al hospital enseguida.

Salimos del ascensor en la última planta cuando aún me estoy poniendo la bata.

—¿Cuándo dices que la subieron aquí arriba? —pregunto mientras caminamos hasta la otra punta a paso ligero esquivando al personal.

—Anoche. —Abbie me frena antes de cruzar las puertas—. Espera, ¿cuál es el plan?

—Quiero hablar con ella —digo mirando sus ojos rojos de impotencia.

—Nolan, no se lo digas. Si le contamos que el medicamento es lo que le ha hecho tanto daño, le arrebataremos toda esperanza.

—Abbie, se va a morir. Ya lo hemos probado todo.

—No, no, siempre hay algo más. —Me aprieta el brazo—. Pagaste una investigación paralela para Lena Straws, conseguiste que un colega tuyo operara el corazón de David Arkson, ¡a ti siempre se te ocurre algo más cuando ya no nos queda ninguna bala en la recámara!

Tiro de ella hacia la primera sala vacía que encuentro y cierro la puerta.

—¿Te crees que no lo he pensado? —No responde, se mueve nerviosa por la sala—. Has leído todo sobre su caso y sobre aquellos que la precedieron, sabes tan bien como yo que no hay más opciones. La reacción de su cuerpo siempre es dañina y empeora por mucho su situación, otro intento más y la mataremos nosotros. No tenemos nada con lo que luchar y Maddy tampoco lo tiene.

—Tiene que haber una solución.

—Abbie, lo único que podemos hacer es decírselo.

—No.

—Para que decida si quiere pasar sus últimos meses en

aislamiento repitiendo uno de los intentos que no han dado resultado, o salir de aquí y pasar las pocas semanas que le queden con su familia.

Se sienta en la camilla, se tapa la cara y deja de intentar cruzar una pared de piedra con la mano.

—Es tan injusto. Es una cría, ni siquiera tiene treinta años.

Bloqueo mis emociones, me distancio todo lo que puedo.

—A veces nuestra profesión va de esto, de aceptar que no podemos salvarlos a todos.

Me mira con la cara llena de lágrimas y los ojos de rabia.

—Dijiste que hablarías con alguien de Pensilvania, que allí tenían…

—Ya lo he hecho —sacudo la cabeza para zanjar el tema—. Abbie, Maddy tiene algo a lo que aferrarse. El Aethetnol acabará con sus dolores y vivirá como una persona sana las semanas que le quedan. Eso es mucho más de lo que tienen algunos.

—El Aethetnol la matará.

—Abbie. No podemos salvarla, lo único que le queda es decidir cómo va a marcharse.

—No puedo, no puedo hacer esto —me esquiva, sale tan deprisa de allí como puede y no la sigo.

Lo entiendo.

Miro el informe que todavía sujeto y espero a que deje de temblar. Oigo el eco de mis pasos de camino allí y me olvido de mi propio pulso. Cuando me siento en la cama de Maddy, ella ya lo sabe. Hace las preguntas habituales acerca de tratamientos con mayor riesgo, pero puesto que no hay nada, termina pronto. La acompaño en el silencio los minutos siguientes.

—Qué putada —sonríe apartándose las lágrimas con ambos pulgares—, cuando decían que la vida era muy corta no imaginaba que lo sería tanto.

—Lo siento mucho.

Sacude la cabeza y me da unos golpecitos en la espalda.

—Tranqui, doctor, sé que lo habéis dado todo. Estoy lista para lo que queda.

Aprieto el puño que no ve con fuerza y me trago el áspero nudo que se aferra a mi garganta.

—En ese caso, solicitaremos el Aethetnol para final de semana.

—Me parece guay salir de aquí. —Se le rompe la voz—. ¿Quién sabe? Tal vez consiga hacerle creer a mi cuerpo que estoy curada y ocurre un milagro.

Le cojo la mano y se la aprieto. Ella me abraza y la correspondo bloqueando como puedo esa voz interna que habla de la vida que Maddy nunca tendrá. Lo que va a perderse. Lo que su cuerpo le está arrebatando.

Llego a mi despacho caminando sobre astillas y cuando cierro la puerta el mundo se apaga. Me aguanto las náuseas mientras reviso casos antiguos durante un par de horas con tal de comprobar si he pasado algo por alto.

Pero no.

Igual que pasó con mis padres, el destino de Maddy Bayke está sentenciado y no hay nada que pueda hacer. *Creí que tendríamos más tiempo. Más oportunidades.* Cierro los ojos y el olor a caramelo me envuelve mientras imagino enterrar la cara en su cuello, apretarla tanto contra mí que me haga creer que todas las enfermedades tienen cura. *Solo ella puede.* Alguien llama a la puerta de mi despacho, pese a que yo no debería estar en él.

—Adelante.

19

Nina

Nolan y Lay se quedan atrás cuando me llevo a la rubia en shock a mi jardín.

—Ese tío está *muuuuy*…

—Aquí no. —Pasamos la piscina—. ¿Cuándo vas a aprender a presentarte a los sitios con antelación?

—Nunca y si ese actor de cine nórdico encubierto es por lo que has pagado tanto dinero, creo que voy a tener que replantearme toda mi existencia. Y mis finanzas.

—Calla —Le tapo la boca, cierro la puerta de casa tras de mí y entonces la suelto—. Vale, ahora ya puedes volverte loca.

—Ese hombre…

—Nolan.

—*Nolan* —repite ahogada—. Dime que es lo que parece —la luminosidad en su cara se intensifica cuando me zarandea con efusividad—. Porque es verdad que hace calor aquí, pero ese vikingo imponente y tatuado tiene que ser el responsable de que tengas las mejillas así de rojas. ¡Porque soy Lexi Love y sé reconocer una cara posorgásmica cuando la veo!

—Ha sido antes en el coche… —asiento mientras me muero de la vergüenza solo de pensar que nos pudiera haber pillado.

Estalla en gritos. Entusiasmo se queda corto para describir a mi hermanastra. Una piñata recién abierta con confeti saliendo en todas direcciones, eso es Lexi ahora mismo.

—¿Qué ha hecho en el coche? ¡Necesito detalles! ¿Es la primera vez que lo hacéis? ¿Piensas repetirlo? ¡Ay, Nina, Ninaaaaa, dios!

—Cálmate, que te vas a ahogar.

—Está como un puto tren, Nina, ¡le da mil patadas al sin sangre de Trent! ¿Tatuajes en el cuello? Dios, dime que no está zumbado o que es un narcisista tóxico de manual. Dime que de verdad es médico y no un puñado de red flags bien puestas.

—No es tóxico. Es un gruñón, terco y seguro, dulce y muy buena persona. Y sí, de verdad es médico.

Sonríe, se sienta en el brazo del sofá, cruza las piernas y se muerde el labio.

—O sea que estáis saliendo.

—No.

—¿Pero os acostáis?

Las imágenes vuelan a mí y me arde el cuerpo entero.

—Sí. —Me abanico.

—Entonces estáis saliendo.

—Que no.

—¿Desde cuándo te acuestas con alguien con quien no mantienes una relación formal ni tienes el matrimonio en el horizonte?

—Supongo que desde ahora. —Me encojo de hombros—. Es decir, vivimos en diferentes estados y eso no va a cambiar. Él tiene una vida aquí y yo no puedo pasarme ni un día más de lo previsto en esta villa. Me voy a ir, Lex, pase lo que pase. —El por qué esas palabras se vuelven arena al atravesar mi garganta, no estoy segura.

—Así que es tu excepción, ¿eh? Suena sexy. ¿Eso quiere decir que hemos dejado atrás a Trent de forma definitiva?

—De la más definitiva que alguien pueda dejar atrás a una persona.

—Estoy muy orgullosa de ti, no sé si te lo digo lo suficiente, pero lo estoy.

—¿Gracias?

—De nada. Una vez aclarado eso, quiero detalles, Nina. —Me coge y aprieta las manos—. Qué. Habéis. Hecho.

—Acabaría antes diciéndote qué no hemos hecho.

Una parte de mí se alegra de que no sea Amy Harleen la que está sentada en mi toalla de playa porque sin ninguna duda, no me dejaría pasar por alto ni la mitad de los «ya sabes» que me está perdonando Lexi. Nos hemos bajado a la playa porque Nolan y Lay podían volver en cualquier momento y lo último que quiero es que Lay se entere de todo.

—Menudo don con la lengua.

—¿Podemos dejar ya el temita? —pido incapaz de ponerme más roja, recolocándome el bikini diminuto que me ha obligado a ponerme. Chisto la lengua—. ¿Por qué te he hecho caso? Al final se me salen.

—Mejor, espero que Nolan lo vea. —Me guiña un ojo y luego mira el bikini. Tiene perlas y lazos, y me junta tanto los pechos que parece que tengo dos tallas más—. Deberíamos tener una señal, por si estoy en la villa cuando os apetezca aliviaros.

—¿Aliviarnos? Dios, Lexi, ¿por qué lo llamas así?

—Tengo muchos sinónimos —sonríe con la picardía de la diosa Teico—, ¿quieres oírlos?

—Te mando de vuelta a Nueva York, ¿quieres eso?

Lexi vive en Manhattan, es a la que más cerca tengo de mi casa en Nueva Jersey, así que no es la primera vez que decide presentarse de improviso en un intento de solucionar todos mis problemas.

Aprovecha que me siento para ponerme crema solar en la nariz por enésima vez.

—¿Sabes? Deberíamos escribir a Daisy y Amy, merecen saberlo.

—Tú lo que quieres es torturarme, ¡y vale ya con la crema!

—Es lo que te mereces después de poner tu vida patas arriba y esperar tanto para contárnoslo. ¿Para qué están las hermanastras?

—No lo sé, ¿para evitarte arrugas por el sol? —me extiendo el pegote como puedo y pongo lo que me sobra en su rodilla.

—¿Sabes? Aunque estoy agradecida a Nolan por partirle la cara a ese capullo, reconozco que me gustaría haber sido yo.

—¿A qué viene esta vena violenta? Pero si tú eres un algodón de azúcar con patas.

—No cuando hacen daño a quien más quiero —me lanza una mirada asesina.

—Te apellidas Love.

—Ahora soy el jinete vengativo, dime, ¿cuál es el plan?

—No hay ningún plan. Esto es el mundo real, Lex, aquí no hay espacio para la venganza.

—¿Qué diría Rihanna?

—*Bitch better have my money,* pero es que ya me pagaron lo que me debían.

—¿Y si tardan en volver a contratarte?

Quiere decir si nunca vuelven a hacerlo.

—Al volver a Nueva Jersey buscaré críos de instituto que estén interesados en clases de repaso. Dicho así suena raro, me pondré en contacto con sus madres para…

—No puedes hacer eso, Nina. ¿Me tomas el pelo? Eso es rendirse.

—Érenghor tiene mucho poder y yo solo soy una mindundi. Él es el que tiene todos los contactos y el que está cerrándome todas las puertas, es la razón por la que nadie contesta a mis emails. Eso no va

a cambiar cuando vuelva a Nueva Jersey, así que las clases de repaso son una opción válida. —Sacudo la mano delante de mi cara para apartar las lágrimas—. Pero no quiero hablar de eso ahora, estoy de vacaciones.

Aprieta los labios conteniendo el impulso de pasar olímpicamente de mi petición.

—Solo una cosa más —dice—, mamá me llamó ayer. Me dijo que Heather había preguntado mucho por ti esta última semana.

—¿Por eso has venido a verme? ¿Querías asegurarte de que mi prima no está tocándome las narices?

—No puedes culparme porque sea uno de los motivos

Lexi, Daisy, Amy y yo, somos cada una de un padre diferente. *Cada una con una familia caótica distinta.* Heather era la que me ponía chicle en el pelo a los cuatro años y la que rompía mis deberes por la noche y dejaba los pedazos esparcidos sobre mi escritorio para que los viera a la mañana siguiente. Vivir con mis hermanastras me salvó. El día que mamá decidió que quería tenernos a las cuatro cerca y nos pidió que viviéramos en el castillo con ella, sin duda fue uno de los mejores momentos de mi infancia. Amy todavía era muy pequeña, pero ya hacíamos piña.

—Todas sabemos las ganas que le tenía a Trent desde que supo que estabais saliendo —sigue Lexi—, la muy envidiosa.

—Por mí que se lo quede.

—Sí, se merecen el uno al otro. Tenemos que dar con alguna excusa para saltarnos la cena de mamá. Heather, Blaire, Vykna y Dhona estarán allí, fijo.

Mi mundo empieza a dar vueltas. El futuro es el final de un pasadizo oscuro que no quiero cruzar.

—Vale —carraspea—, cambiando de tema, ¿qué hay de la niña?

—¿Lay? —se me curvan los labios sin querer—. Ella es… —*Un*

encanto.

Mis ganas de ser madre personificadas. Nunca había sentido ese instinto, pero con ella se me dispara cada vez que me sonríe.

—Guau.

—Aún no he dicho nada.

—No hace falta, tu cara lo ha hecho por ti. Estás colada por los Taylor, te han robado el corazón.

—Qué va. Mi corazón se rompió con lo de Trent y dudo que alguna vez…

—Venga ya —me corta.

—Fue mi primer amor.

—Tu primer dolor de cabeza, eso fue. Te dolió, sí, como es lógico. Nunca es agradable enfrentar una traición, menos de alguien de quien no la sospechas y tú ves bondad incluso donde no la hay, por eso te pilló de sorpresa. Pero no era amor. Al menos no esta clase de amor.

—Lexi, lo mío con Nolan solo es sexo.

—Sigue diciéndote eso a ti misma, Nina Dinamita, pero tus ojos no engañan a nadie. Has encontrado en Mountville todo lo que no venías buscando.

Me levanto de la toalla y me limpio la arena del culo, acto seguido corro hasta el agua y en un abrir y cerrar de ojos me zambullo entera. Hundo la cabeza y el frío choca contra mi piel, pero sigue saliéndome fuego de dentro. Hasta que pierdo la parte de arriba del bikini.

—Eh, exhibicionista, que yo no soy tu N… —Se le cambia la cara y deja de preocuparse del frío que está dándole en el estómago—. Tengo una idea.

Vamos a comprar un par de cosas cuando Lexi se hace daño con unas rocas. Luke se burla de ambas nada más vernos llegar a la farmacia, pero nos hace un descuento de amigo. Deambulamos por el resort para hacer hambre, estamos llenas por culpa de los batidos que

hemos pedido en las tumbonas de la playa, pero no perdemos la esperanza de poder atiborrarnos en la cena.

Horas después llegamos a la villa. Todas y cada una de las veces que Lexi me ha recordado su alocada idea, me he negado en redondo porque no me falta un tornillo. Pero entonces, una cosa ha llevado a la otra, y se ha enterado de lo que ocurrió el primer día que estuve aquí. La leche corporal, la ventana, Nolan… Digamos que ha sido un detonante del tipo: empujón desde lo alto de un avión. A raíz de eso, parar la caída libre ha sido imposible.

—¿Te das cuenta de que vas a hacerlo después de decirme setenta y cinco veces que no ibas a hacerlo?

—Entonces, ¿te vas a comprar la cena? —pregunto ignorando su sonrisa triunfante, saliendo de la villa mientras me ato la gabardina un poco más fuerte con el corazón a punto de salírseme por la garganta.

—Sí, me haré con el paquete de palomitas dulces más grande y todo lo insano que encuentre. Yo me encargo de traer la comida, tú la historia lujuriosa. ¿Trato?

—Trato —estoy casi jadeando.

Nos encontramos a Ridelmunt y Lay hará cosa de una hora, por eso sabemos que Nolan está en el hospital trabajando en su día libre. Después de todo lo que ha hecho por mí, me apetecía darle una sorpresa. *Que sea una picante es culpa de Lexi.* Aparco junto a su coche y tomo una bocanada de aire antes de entrar en el edificio.

—Verás como haya gente. —Me toco las mejillas más y más calientes. *Con gabardina en este clima, no llamo la atención apenas*—. ¿Qué se supone que estoy haciendo?

—¿Te lo cuento? —Sawyer está apoyado en el mostrador y con el repaso que me hace de arriba abajo, está claro que ve todo lo que hay debajo de la gabardina.

Ay, no.

—¿Con quién hablas? —Ese es Benedict, está en la sala con la puerta abierta.

Abro los ojos con terror. *Aaaaay, no.*

—Solo, tío. —Me sonríe—. A veces necesito conversar con alguien interesante.

—¿Que quieres una paliza, dices? —oigo el tono burlón de Benedict y me juro hacerle un monumento a base de palillos de helado a Sawyer—. Estás en el lugar perfecto, así luego te curo.

—Va, espabila, tengo hambre.

Me monto en el ascensor cual criminal, estoy nerviosa, mirando en todas direcciones, pero me siento viva. Llevo una gabardina, *solo* una gabardina. Y aun así una voz susurra que tal vez estuviera perdida cuando llegué aquí, pero que cada día que paso en este resort, más reconozco la huella que dejan mis pasos. Doy gracias a todas las piedras mágicas que me hayan ayudado a no toparme con nadie conocido mientras camino a toda prisa por el pasillo, golpeo su puerta con los nudillos y espero.

—Adelante.

Entro en mi personaje, en la Nina más sexual y salvaje que haya existido jamás. Abro la puerta lista para jugar, pero la fachada se me desmonta cuando le veo. Durante un segundo ninguno de los dos dice nada. *Está herido.* Lo sé porque sus ojos de cristal cortan todo lo que encuentran a su paso con sus filos de tristeza.

—Nolan.

Se levanta, me rodea con ambos brazos y me aprieta tan fuerte que por poco me parte. Le correspondo con todo lo que tengo.

—¿Qué ocurre? —pregunto, pero su respuesta es enterrar la cabeza en mi cuello y durante un segundo parece vulnerable. *Lo es*—. Estoy aquí. Estoy contigo.

Sus labios encuentran los míos y me devoran con un sentimiento

desconocido bajo la superficie. Una necesidad que va más allá de cualquier otra. Separo los labios rogándole que no se detenga, que coja todo lo que quiera.

Sus manos en mi cintura, arrimándome contra él hasta evaporar toda distancia, no me suplican que me quede, sino que no me vaya. Su lengua me saborea, me besa y hace de mi boca su territorio conquistado. Nolan pega su frente a la mía y nuestras miradas encajan como un candado cerrado mientras recuperamos la respiración. Le cojo una mejilla y le acaricio.

—¿Qué ocurre? Dímelo y haré lo que esté en mi mano para arreglarlo.

Ladea la cabeza y se apoya en mí, pero cede ni un ápice de su control. *Sr. Acostumbrado a cargar con el peso del mundo sobre sus hombros.*

—Nadie puede devolver lo que la muerte te quita —sus manos han llegado al cordón que mantenía cerrada mi gabardina sin que me diera cuenta—, ni siquiera tú, Nins. —Desvía la mirada hacia abajo cuando sus dedos tocan mi piel y endurece la mandíbula al tiempo que su nuez sube y baja—. ¿Estoy en el cielo?

Y esas cuatro palabras vuelven mi vagina un volcán de lava.

—No deberías trabajar en tus días libres, se carga por completo el significado de la palabra —mi voz suena ahogada, pero ya es tarde.

Nolan empuja la gabardina por encima de mis hombros y esta cae al suelo dejándome sin nada. Su pecho sube y baja con respiraciones abruptas mientras me mira con un deseo desbordante y pasional que me hace temer las consecuencias de mis actos y a su vez, vivir exclusivamente para ellas.

Me domina. Succiona la piel de mi cuello con vehemencia, sus dedos se clavan en mis glúteos acercándome más a él y por puro instinto muevo las caderas contra su erección. Me pega contra la

pared y no siento frío por culpa de la fricción que hace contra mis pezones. Oigo algo cayéndose al suelo, pero no hay tiempo de parar, su poder y mi deseo están por todas partes. Nolan hunde uno de sus dedos entre mis pliegues y rompo en un grito inaudible.

—Eres mi fantasía —lo mete y lo saca despacio recreándose en mis espasmos, degustando mi placer como si fuera propio, enorgulleciéndose de su firma sobre cada uno de mis estremecimientos —. Quiero oírte gemir mi nombre el resto de mis días. —Otro dedo. Se hunde con rapidez, sin piedad, cada vez más profundo. Con la mano libre llega a mi boca y me la tapa—. Grita.

Es involuntario, igual que la ola de placer que me machaca en todas direcciones moviendo mi pelvis de forma descontrolada mientras monto sus dedos. Si su enorme mano no hubiera amortiguado mis súplicas para que fuera más deprisa, con toda seguridad habría roto las ventanas.

—Lléname los dedos de miel, preciosa. Hazlo para que luego pueda bebérmelo.

Hay algo en su tono autoritario que me hace sentir libre. Nolan es el demonio sobre tu hombro que solo te susurra aquello que más temes y anhelas hacer. Me rompo de forma salvaje, clavándole las uñas en la espalda y aferrándome a él de la forma más desesperada que ha visto el ser humano. Me besa, compartiendo el momento y dejando que pase a través de él.

Echo de menos sus dedos en cuanto los aparta. Se los lleva a la punta de la nariz, se llena los pulmones y la parte baja de mi estómago se contrae con tanta fuerza que casi me dobla hacia delante. Acto seguido, Nolan se mete los dedos en la boca y me saborea sin apartar la mirada de mí, regocijándose en el hecho de que me ha dejado hecha un desastre.

—Está empezando a ser una costumbre —digo, como puedo.

—Ojalá —me susurra en el oído.

Oímos un ruido del exterior y miro junto a la camilla en la que me curó la primera vez: la puerta. Como si hubiera oído la voz de mi mente, Nolan camina hasta ella y acciona un botón situado en el pomo.

—Hasta hace un segundo, ¿alguien podría…?

—Sí. —Lo dice casi dolido, como si se sintiera mal por ceder sin pensar en las consecuencias.

—¿Qué es un poco más de riesgo? —Sonrío y me premia con una mirada que no me merezco.

Se deshace de su camiseta. *Dios santo, ¿cuántos orgasmos se pueden tener en un minuto?* Solo de verle caminar hasta su cartera y sacar un preservativo ya me veo obligada a llevarme las manos a mis pezones sensibles y estimulados. A bajar mucho más al sur, donde el fantasma de su tacto sigue tatuándome.

—*Mi cura* —susurra cerca de mi boca desabrochándose el pantalón mientras lo atraigo hacia mí enredando las manos en su pelo.

No estoy segura de haberle oído bien, ni el sentido detrás de sus palabras, pero una vez las barreras desaparecen, las palabras terminan para los dos. Mis manos viajan por sus bíceps de piedra, le araño le espalda y le clavo los dedos haciendo lo que sea con tal de que recuerde que estuve en su piel. Sobre su mesa, me embiste sin apartar la mirada. Es entonces cuando Nolan coge una de mis manos y la entrelaza con una de las suyas. Mi corazón se desestabiliza del todo en mitad del terremoto.

20

Nolan-Kane

Me levanto a eso de las cinco harto de dar vueltas en la cama, ignoro el reflejo ojeroso del espejo y bajo al gimnasio que por suerte para mí es la habitación más alejada de la de Lay. Me tumbo en el press banca y no paro hasta que el dolor es mayor al ruido en mi cabeza, a la nube oscura. *Decepción. Culpa. Egoísta, un puto egoísta. Soy su único apoyo y me estoy poniendo a mí por delante de ella.*

Llego a una conclusión al cerrar el grifo de la ducha. Sé que es la correcta, diga lo que diga el nudo que me atraviesa el pecho.

—Te has olvidado —Lay aparece con los ojos cerrados frente a la puerta de mi baño cuando la abro.

—¿Qué haces despierta? Todavía tenías diez minutos más. —Me coloco bien la toalla.

—Cleo —bosteza—, es su cumpleaños. ¿Te acuerdas? Ayer hicimos mini tartas para su fiesta. Tienes memoria de pez.

Me apoyo en el marco y me cruzo de brazos.

—No me he olvidado, ¿pero qué tiene que ver la fiesta de esta tarde con que estés despierta y en plan zombie en mi dormitorio?

—Antes de ir al cole tienes que llevarme a su casa, para que pueda ser la primera en darle el regalo. Soy su mejor amiga.

—Fíjate. —Paso de largo y voy hacia el armario.

—¿Qué?

—De eso sí me había olvidado. Pues no va a poder ser, lo siento.

—¿Quéeeeeeeeee? —Se despierta de golpe, infla los mofletes y se le entristecen los ojos.

—Siempre caes, ¿eh? Anda vístete rápido, que Cleo seguro que se lo huele.

—¡Serás! —embiste contra mi culo, pero es como una mosca intentando atravesar una ventana.

Adorable. Y una excusa perfecta para no verla esta mañana. *Joder, soy escoria.* Bajamos del coche en casa de las Wilson y mientras sujeto una bolsa lila brillante con mucho cuidado, Lay insiste y persiste.

—Póntelo, ¿porfi?

—No pienso ponerme ese gorro de papel rosa —digo tajante.

—¿Por qué no?

—Porque no me combina con la camisa —me encojo de hombros—, haberlo pensado antes.

—Jolín, Nolaaaaan. —Cojo la aldaba, llamo a la puerta y el quejiqueo se ve interrumpido—. ¡Feliz cumple, mejor amiga!

Láhria lanza el confeti por los aires y yo le lanzo a Cleo un poco extra que casualmente, le cae todo en la boca. No me río.

—Corre, ábrelo, ¡ábrelo! —insiste Lay empujando la bolsa púrpura contra el pecho de la cumpleañera.

—¡No puede ser! —exclama Cleo al sacar una libreta de algo que se ve que le gusta un montón.

Los bolis de corazones y estrellas también. Y las gomas de smilies. *La cantidad de cosas que caben en una bolsa púrpura.* Se abrazan durante al menos tres años más y decido que ya puedo intervenir sin perder la cabeza.

—Felicidades, ¿cuántos cumples, Cleo? Ya debes ser toda una adolescente.

—Nolan —arrugan la nariz a la vez, parecen gemelas.

—Once —me saca la lengua.

—¿Once solo? Pues aparentas once y medio por lo menos.

—Porque estaba tan nerviosa que no he dormido nada de nada —Cleo se estira la cara y no sé cómo tomarme esa respuesta.

Antea, que no había aparecido todavía, lo hace poco festiva, con una mueca seria y de brazos cruzados.

—Buenos días, señora Wilson.

—Hola, Láhria. Nolan.

—Hola, Antea.

Hay maneras sutiles de rechazar una sonrisa cordial, la suya no lo es.

—Muchas gracias por los regalos, Láhria, no tenías por qué molestarte. —La frialdad no solo va en mi dirección y eso me jode.

Me cago en la puta, si parece que incluso va dirigida hacia su propia hija el día de su cumpleaños.

—No es molestia, a mí me encanta hacer regalos y decorar las bolsas.

—Luego yo me las guardo —dice Cleo—, porque son muy bonitas.

—Vamos, cariño, despídete ya que si no te vistes llegarás tarde.

—Nos vemos ahora —Cleo se lleva la mano a los labios y se despide eufórica de Lay tirándole besos.

Dejo a Lay en el colegio y espero a que aparezca Cleo. Se me revuelve algo en el estómago cuando la veo más triste de lo que la hemos dejado. Corre hacia Lay en cuanto la ve, se abrazan otra vez y de la mano corren hasta la fila con el resto de compañeros. Me acerco a Antea.

—Es curioso, cuanto menos quiero verte más te encuentro en mi camino.

—Espero que podamos llevarnos bien, Antea, sobre todo por las

niñas. Tendremos que vernos de vez en cuando, esta tarde sin ir más lejos. Es el cumpleaños de tu hija y mi hermana es su mejor amiga.

—Sí, lo es, pero yo no sentenciaría todavía el futuro.

—¿Qué quieres decir?

Desvía la mirada hacia el interior del colegio, sorteando la marabunta de padres y dando directamente en la diana.

—A esta edad ya se sabe, lo que un día describen como inseparables se convierte en el juguete que quieren tirar al día siguiente. —Se da la vuelta y desaparece entre los coches.

Dejo de fingir tener un buen día y conduzco hasta el hospital sorteando los rayos de sol a mi paso. La veo por el camino con Lexi, las dos vestidas con ropa de deporte subiendo hacia la misma montaña en la que Nina se resbaló hace ya una eternidad. *Es lo que debo hacer. Aunque a veces parecerá que estoy echando sal en una herida abierta, no lo sentiré así a la larga.*

Pienso en ella cuando llega el señor Andrews y cuando la señora Davis menciona la mudanza de su hija a Nueva Jersey.

—¿Estás bien? —pregunta Benedict a la hora de la comida.

—Estupendamente, ¿por?

—Estás muy callado, los dos lo estáis —desvía la mirada de Abbie a mí y nosotros también compartimos una mirada.

Salvo que ella la corta rápido, se levanta y musita un «no tengo hambre» antes de salir de la cafetería. Desde la silla de enfrente, Benedict me alza una ceja.

—¿Os habéis liado?

—¿Qué mierda dices, tío? —Le ladro con poca paciencia.

—¡Yo qué sé, estáis rarísimos!

Me vibra el móvil y cuando leo en la pantalla el nombre de uno de los posibles inversores me levanto ipso facto.

—Venga ya, ¡termina de comer, animal! —Me grita Benedict—. Te

exiges demasiado.

Salgo a la calle, pero las noticias no son buenas. *Otro rechazo más.*

—Aun así, voy a pasarte el contacto de dos amigos míos que podrían estar interesados. No puedo asegurarte nada, pero me has caído bien, Nolan. Ojalá ellos puedan ayudarte.

—Gracias, señora Pearson.

Llamo a ambos y empieza otra vez el círculo vicioso de petición-rechazo. El trabajo no me da un respiro y lo agradezco, si no tengo tiempo para hacer una respiración profunda, menos todavía para pensar en Nina.

—¿Tenemos alguna plaga? —pregunta Benedict apoyado en la puerta de su despacho cuando paso por delante.

—¿Cómo dices? —Freno mis pasos sin dejar de leer el informe del señor Lashon.

—Zombies, apocalipsis, algún virus imposible de erradicar que vaya a acabar con la raza humana. ¿Tenemos de eso en Mountville?

—No —levanto la vista—, ¿por qué lo preguntas?

—Llevas toda la tarde evitando tu despacho, no te he visto pasearte tanto en todos los años que nos conocemos. ¿Estás desfilando? ¿Practicando para ser modelo? ¿Acaso vamos a hacer calendarios como el departamento de bomberos?

—Benedict, tú a lo tuyo. —El capullo se ríe como si supiera que ha dado en el blanco.

—Nolan, ¿puedo hablar contigo?

Sigo a Abbie tras ignorar la mirada de advertencia de Benedict. Como si en alguna vida nosotros dos pudiéramos tener algo. Abbie cierra la puerta tras de sí y a la luz del fluorescente veo con claridad lo rojos que tiene los ojos.

—Te debo una disculpa. No debí marcharme así, no tendrías que haber enfrentado esa conversación con Maddy Bayke tú solo. —Una



de las muchas lágrimas que sostienen sus ojos se derrama—. Lo siento.

—Abbie.

—No —sacude la cabeza—, lo que hice es motivo suficiente de despido.

No. En absoluto. Menos todavía sabiendo que las circunstancias en las que murió su padre no distan mucho a las de Maddy. Espero, y luego espero un poco más, hasta que alza la cabeza.

—Ahora viene cuando me dices que no y que soy genial.

—No, Abbie, eres genial. —Ladeo la cabeza—. ¿Luego que viene?

—Me… me obligas a ir a ver a Maddy y a tener esa conversación con ella.

—Ufff, soy un tío insoportable. Aunque reconozco que es buena idea.

—Ya, por eso he ido hace un rato. —Se pasa la muñeca por el ojo izquierdo frotándoselo de tal manera que preocuparía a cualquier oftalmólogo—. Siempre tengo las mejores ideas.

—¿Cómo ha ido? —pregunto disimulando poco el enorme orgullo que siento.

—Ha sido horrible —solloza una vez pero se contiene.

—Esa clase de conversaciones siempre lo son. ¿Sigues queriendo trabajar aquí?

—Sí, sí que quiero.

—¿Y a qué esperas? —Muevo la barbilla hacia la puerta.

—Gracias, Nolan. —Asiente sin dejar de perder lágrimas.

—Abbie —la freno antes de que se vaya—, todos cometemos errores. Montones. Sin ir más lejos, la mejor enfermera que conozco cometió su primero el otro día. Pero se supera, se sigue adelante.

—No fue el primero, cometí más de mil mi primera semana.

—Ya, muchísimos más de mil, estaba intentando ser majo.

Se ríe y me siento un poco mejor. Volvemos al trabajo y las horas

pasan aunque yo no me doy cuenta. Soy un espectador de mi día.

Elijo la decisión madura por una vez en la vida y decido que no puedo darle la espalda. Tengo que hablar con Nina cara a cara. Zanjar el tema de forma que ambos pasemos página y olvidemos todo lo que ha sucedido entre nosotros. Así que voy a buscarla antes de recoger a Lay del cumpleaños de Cleo. Dejo el coche aparcado en la zona céntrica de Mountville y echo a andar puesto que conducir hoy no está surgiendo su efecto en mí. La encuentro de camino, con los ojos llenos de lágrimas y dolor.

Cuando me acerco a ella, da un paso atrás.

21

Nina

Lexi me ha tirado toda mi ropa seria de ex-trabajo. *¡¡Toda!!* Ha dicho que tenía mucha nueva y que alguien llamado Marie Kondo era responsable de su impulso. Entonces veo algo en el armario que no había visto antes.

—Lexi, aquí hay ropa nueva.

—¿La hay? —pregunta desde la cama en tono sorprendido, pero falso.

—¿Me has vuelto a comprar ropa?

—Solo un par de cosillas.

La madre que la…

—¿Pero tú eres rica o qué? ¿Acaso te ha tocado la lotería? ¿Has recibido una herencia de la que no sepa nada?

—No, se llama cobrar un sueldazo. Si decidieras dejar la física teórica a un lado, sabrías de lo que te hablo.

—Oye. —Me froto el lado izquierdo del pecho—. La herida es demasiado reciente como para que hagas bromas.

—Perdona —coge una camisa mona, lila con rayas blancas, y la saca de la percha—. Toma, consuélate.

Lo hago, porque es suave y me queda muy bien.

—¿De verdad es posible ganar un sueldazo?

—Como te lo cuento.

Todavía vestidas de montaña de nuestra excursión post-trabajos-del-hogar, nos pasamos por recepción a saludar. *O eso pensaba hace veinte minutos, cuando llegamos.*

—Como lo oyes, Julio, nos hemos perdido media hora después de entrar en la montaña y nos ha costado más de una hora y media bajar —cuenta Lexi apoyada sobre el mostrador de su nuevo mejor amigo.

—Pero en el mapa que le entregamos a Nina al llegar también había rutas —comenta preocupado.

—Lo perdí —admito mordiéndome el labio.

—No me digas, ¿y cómo podríamos ponerle remedio? —rebusca en el mostrador y nos da uno nuevo a cada una—. Venid a verme si se evaporan de vuestras manos.

—Eres un santo y Nina un desastre a la hora de guardar papeles, por eso pierde montones de mis cartas. —Me coge los mofletes con una mano—. ¿Verdad que sí?

Manotazo al canto.

—¿Cartas? —repite Julio.

—Está de broma —sacudo una mano delante de mi cara—. Te dejamos trabajar, Julio —Bajo mucho el tono y la pego a mí—. Vale que seamos raras, ¿pero tiene que enterarse todo el mundo?

—Me cae bien Julio, ¿podemos contárselo solo a él?

—Ni hablar.

—Vamos, seguro que entenderá los motivos.

—Lexi Love cualquier información en tus manos es todo un peligro.

Hacemos caso a Julio y por la tarde vamos al *Hakles.* En el momento que Lexi oye las palabras «baile en grupo» sus ojos se convierten en dos faros a los que es difícil decir que no. *Además, así seguro que no volvemos a la farmacia. Odio a Luke.*

Me duele el estómago de tanto reír. Ni veinte minutos llevamos bailando y los habitantes de Mountville ya forman un círculo a nuestro alrededor, uno al que Lexi no deja de invitarles a entrar. La música está bastante alta, pero no como para no oír las carcajadas de mi hermanastra cada vez que clavamos la improvisada coreografía. *Adoro a esta gente.*

Más de una hora después, sedienta, sin aliento y con las piernas de gelatina, me acerco a la barra a pedir dos mojitos de fresa mientras Miss Love lo da todo con el resto de Mountville. Me bebo la mitad de un trago sin poder esperar a que Lexi ocupe el taburete de al lado y siento que estoy en una cámara oculta cuando un camarero llamado Izan me pasa el teléfono del bar cuyo cable llega justo hasta donde estoy sentada.

—Para ti —dice, sigo mirándolo pero no lo entiendo—. Eres Nina Andrews, ¿no?

—Sí, soy yo —contesto, él asiente para sí mismo.

—Alguien pregunta por ti —me coge la mano y me coloca el teléfono en ella, luego desaparece.

—Mmm, ¿sí, hola? ¿Con quién hablo?

—Si tu novio el huérfano no deja de tocarme los cojones se va a quedar sin nada.

Las gotas de sudor que brillan en mi piel se vuelven cristal cuando se congelan.

—¿Trent?

—Nunca pensé que fueras tan ingenua e impresionable —resopla—, te aseguro que si Nolan-Kane no deja de meterse donde no le llaman, hundir el resort de sus padres muertos será solo la punta del iceberg.

—¿De qué estás hablando? Él no es el dueño de nada y no se está metiendo en tu vida. ¿Y cómo diantres sabías que estaría aquí?

—Lo hace desde nuestro encontronazo en el bar en el que estás ahora, no finjas que no se lo has pedido tú. Estoy seguro de que tienes las rodillas moradas de tanto arrodillarte para él, pero si te soy sincero, con lo mal que se te ha dado siempre chuparla no entiendo cómo le has convencido. Ni tampoco cómo conseguiste que su abuela te alquilara la villa de los Taylor después de una maldita década desalojada, pero me importa una mierda, ¿sabes por qué? Porque puedo hundirle a él, a su resort y a su puta madre igual que hice contigo.

Mi mano se aferra al teléfono con la fuerza que da el miedo. *¿Cómo sabe que fue Ridelmunt quien me la alquiló? ¿Y cómo sabe más de la vida de Nolan que yo?* Recuerdo su voz afilada clavándose en mi oído con apenas un susurro, «no hay nada que el dinero no consiga, princesa».

—No finjo, Trent, no sé de qué estás hablando.

—Vaya, tal vez la comunicación no es vuestro fuerte. Quizá Nolan no te lo contó porque en el fondo seguía buscando la manera de que te largaras de allí.

Me giro mientras habla, inspecciono el lugar, pero no le veo. Tampoco a Lexi.

—¿Dónde estás, Trent?

—En Nueva Jersey, donde deberías estar tú, arrastrándote para que te ayudara a volver al trabajo.

—Sé que estás aquí.

—No me hace falta estar ahí para saber que tú sí lo estás, princesa, es el poder del dinero.

—Ya basta —me levanto—, ¿a qué estás jugando?

—Al ojo por ojo. Tu novio ha estado husmeando donde no debería, llamando a las puertas equivocadas. Haz que pare o el futuro de Láhria se verá gravemente afectado cuando la mala fama del resort

de Nolan-Kane Taylor le cueste hasta su licencia de médico. Un hermano turbio te cierra muchas puertas.

Cuelgo, dejo veinte dólares sobre la barra y salgo a buscarle mientras el suelo bajo mis pies se abre y me hace girar sin control.

El futuro de Lay.

De Nolan.

De este lugar.

Controlo las náuseas como puedo. *Trent está en todas partes.* Mis problemas no se terminan alejándome de la física, ni de Nueva Jersey. ¿Qué ha hecho Nolan? ¿Qué ha intentado? *Respiraciones cortas, Nina, que las agujas se clavan cada vez más.* ¿Me lo dirá si se lo pregunto? Lo dudo.

Me duele que no me dijera la razón por la que trató de echarme de la villa con tanto empeño. *Era la de sus padres.* Los mismos que murieron y le dejaron a cargo de Láhria. Cada pedazo de información escuece. Sobre todo porque él lo sabe todo de mí, pero yo no sé nada. Ni siquiera sé la razón por la que ayer estaba tan… Le veo.

Mis pies se detienen, pero él reduce la distancia. *Hay mucho que quiero decir, pero si me toca no voy a poder.* Doy un paso atrás. *¿Por qué me siento tan pequeña otra vez? ¿Es que nunca voy a curarme del todo?*

—Nina. —Sus manos llegan hasta mi cintura, mi mejilla—, ¿qué ha pasado?

No sé qué ha pasado desde que llegué aquí.

No sé qué clase de hechizo me has hecho, pero termina aquí.

—Nolan, he hablado con Trent. ¿Hay algo que quieras decirme?

—¿Está aquí otra vez? —Se yergue, se convierte en una torre de músculos y enfado—. ¿Es que no tuvo suficiente? Dime dónde, ¿dónde está?

—No está aquí, está en Nueva Jersey. —Le cojo del antebrazo, le freno y me arrepiento del contacto, de querer más—. Me ha llamado

al teléfono del *Hakles* cuando estaba allí. Solo hemos hablado.

Doy un paso atrás aunque lo que quiero es aferrarme a su cuerpo.

—¿Sobre qué? —intenta alcanzarme de nuevo, pero baja la mano antes de hacerlo. Me trago el nudo alojado en mi garganta, pero es una llama que resurge una y otra vez—. Háblame, ¿cómo sabía que estarías allí?

—De la misma forma que sabe que tus padres te cedieron el dominio de este resort y que ahora es tuyo, de la misma forma que sabe que la villa en la que estoy alojada era suya desde que lo fundaron: alguien se lo ha dicho.

Sus ojos no son una ventana, más bien un muro y no sé lo que piensa. Nolan guarda silencio y se mantiene inexpresivo cargándome con el peso de la conversación, pero oigo un *clic,* algo se rompe. Cambia. *No todos los puentes soportan las tormentas, algunos se fracturan en pedazos impidiéndote volver a cruzar al otro.*

—Tranquilo, sé que no somos nada. No tienes por qué darme explicaciones.

El deje arisco de su voz me atraviesa cuando segundos después me da la razón.

—Sí, eso es cierto.

De repente me encuentro mal, enferma. Una voz en mi cabeza me recrimina que es culpa mía. Yo la cagué cuando dejé de verlo como solo sexo. Porque eso es lo que ha pasado, ¿no? *La razón por la que duele así.* Yo soy la culpable de toda esta situación incómoda y tensa.

—Trent dice que has estado husmeando en sus asuntos. Probablemente solo está furioso porque le partieras la cara.

—Probablemente.

Claro que Trent ha mentido y tú no has hecho nada. Porque para hacerlo necesitarías un motivo y no lo tienes. Porque tú sí sabes distinguir lo que teníamos.

Mi pulso se desboca con la necesidad de zarandearlo, de preguntarle de qué está hablando. La incredulidad va dejando paso a la realidad y trato de convencerme que para él sí ha sido meramente físico, pero no puedo. *Necesito alejarte. Incluso en el caso que tú también quieras hacerlo.*

—Si estás segura de que Trent no está aquí, debería irme ya.

—Sí, claro. No te lo he contado para que me protejas de él otra vez, sino para que estés alerta. Ha dicho que si la cosa seguía igual te lo quitaría todo, aunque estoy segura de que solo está celoso, deberías tenerlo en cuenta. Ha hecho mucho hincapié en el resort. Tu resort. Mmm, no sé si hay algún punto débil del que debas preocuparte, pero…

—Me ocuparé de ello —me corta.

Aunque ninguno se mueve, la distancia crece y crece. *Yo les he hecho esto, yo les he puesto la diana en la espalda, claro que está furioso conmigo. De no ser por mí, Trent nunca se habría cruzado en su camino. Pero es Nolan, él muestra su enfado, ¿por qué ahora no? ¿Por qué me estoy rompiendo y él ni siquiera se inmuta?*

—Nolan —empujo las palabras fuera de mi ser con todo lo que tengo—. Lo mejor será que paremos aquí.

Su iris eléctrico esta vez sí reacciona a mis palabras. *Llamas azules.* Debo estar loca por creer sentir el calor de su cuerpo, por querer que me contradiga con un beso.

—Sí, será lo mejor. —Su voz es seca y grave, y yo me muerdo la lengua con fuerza para no llorar.

—Lay…

—Le daré largas cuando pregunte por ti.

Asiento mientras el suelo se abre y la oscuridad me engulle. Incapaz de seguir tragándome más lágrimas retrocedo, pero unas uñas se clavan en mi pecho, en mi estómago y en mi cuello. Se hunden

profundamente con cada centímetro que ganamos. «*No, por favor. No me hagas esto*». Ignoro a mi corazón y retrocedo otro paso más.

—¿Sabes? Si me hubieras dicho que esa villa era de tus padres, me hubiera ido de inmediato —admito antes de darme la vuelta.

Asiente y fantaseo con que la tristeza no es solo mía.

—Cuando me di cuenta de eso, ya era tarde.

No me quedo a preguntar para qué era tarde, las lágrimas empujan mis pasos igual que yo las empujo a ellas. Me tiembla el labio, pero consigo meter oxígeno en mis pulmones y expulsarlo de alguna manera. *Se acabó.*

Encuentro a Lexi mientras camino por en medio de una carretera. *Lexi.* Intento serenarme.

—¡Nina! ¿Dónde estabas? ¡He visto a Heather!

—¿Mi prima? No puede s… —*o sí.*

—¡Te lo aseguro! La he visto a través del ventanal y he salido corriendo tras ella porque si está aquí no puede ser buena señal, pero le he perdido la pista. Oye, ¿estás bien? Eh —se acerca y me coge los antebrazos—, ¿qué te pasa?

—Nada.

—Y una mierda.

—Na… Nada, en serio.

—*Nina* —me abraza y lo suelto todo.

Volvemos a la villa.

Lexi cierra todas las cortinas mientras yo rezo porque sean insonorizadas. No para de maldecir en todos los idiomas que sabe y no quiero que nadie lo escuche. Ella es la cuerda que evita que caiga al pozo. Quien me pasa un par de toallitas desmaquillantes y me amenaza con llorar también si sigo haciéndolo. Horas después, trae la cena del salón comedor y yo sigo metida en nuestro dormitorio oscuro con la única iluminación de la lamparilla de noche. La oigo subir las

escaleras de dos en dos mientras me grita cosas como «alimentos deliciosos y grasos en camino» así que ahueco su cojín.

—Has tardado poquísimo —digo con voz gangosa.

—Es que he ido corriendo. Un chico muy guapo con un delineado de infarto me ha dejado pasar delante suyo cuando le he dicho que estaba contigo. Esa es mi chica, Nina-Dinamita sí sabe cómo sonreír.

—Sawyer es un encanto, ¿qué has traído? —pregunto a lo que ella responde esparciéndolo todo por la cama antes de meterse bajo la fina sábana conmigo. *La quiero tanto*—. Lo vamos a llenar todo de migas.

—Sí, pero de migas deliciosas.

Cenamos postres, en su mayoría, pero dudo que a alguien le importe. Hablamos de lo mal que nos cae Trent y de lo que vamos a hacer de ahora en adelante.

—Eh, te apoyo al cien por cien en lo de Heather, con toda seguridad está detrás de esto. Pero en cuanto a lo que me has dicho de Nolan… —Su actitud ha cambiado mucho cuando le he dicho que independientemente de las razones de Nolan para aceptar tan rápido, he sido yo la que ha querido apartarle.

Necesito protegerle.

—Lexi.

—Solo digo que los tíos son muy orgullosos y puede que solo te haya seguido el rollo porque…

—No quiero hablar más de él. ¿Has llamado a Julio?

—Sí, mañana nos cambiarán de villa.

Asiento y me meto una generosa cucharada de helado de chocolate con almendras.

—También he hecho otra cosa —se muerde el labio y alza las cejas—. He enviado dos cartas.

—Lexi…

—Las necesitamos —deja sus buñuelos de fresa y añade una

cuchara más a mi helado, luego apoya su cabeza en mi hombro mientras se la come—. Las hermanastras unidas jamás serán vencidas.

Que se prepare Mountville.

22

Nolan-Kane

💌

Me paso la noche levantado con Láhria porque le sentó mal la tarta. Eso fue lo que dijo, la verdadera razón es que Cleo no la invitó a dormir a su casa como es tradición en sus cumpleaños. Su estómago suele reaccionar así ante los disgustos. Lo que me sorprende es que quiera ir al colegio.

—Lay, no puedes ir.

—Sí que puedo.

—No, estás mala.

—No, ya estoy como nueva —dice sujetándose la barriga. Le duele pese a que hace horas que parece estar calmándose—. Tengo un estómago de hierro, en serio. ¿Porfi, Nolan? ¿Porfiii?

Está cagada porque aunque no lo ha dicho, duda si ha perdido a su mejor amiga. Me alegra que se aferre a lo que quiere, que intente cambiar las cartas que le da la vida si no le gustan. Me enorgullece incluso. Así que cedo y la llevo.

Vuelvo a mi villa y me tumbo en el sofá para intentar dormir un poco, pero no puedo. La veo en la oscuridad. Siento su cuerpo sobre el mío, su lengua lamiendo mi garganta y su pulso latiendo con fuerza bajo mis dedos. La oigo alcanzar el orgasmo. En mi cama, en su coche, en todas partes. Hoy tengo turno de noche, pero estoy a punto de

pedir entrar antes una docena de veces.

Llaman a la puerta.

—Seas quien seas, lárgate. —*Tengo que calmarme antes de ver a mis pacientes. Ellos no tienen culpa de nada. Yo en cambio… no debí empezar esto, lo que pueda pasar es culpa mía*. Llaman otra vez—. ¡He dicho fuera!

—Nolan.

Nina. Me juro a mí mismo que me la estoy imaginando, pero me levanto rápido y casi me caigo. Abro la puerta y la imagen que ven mis ojos parece de verdad, pero quiero tocarla para comprobarlo. Me duele el estómago al ver la rojez en sus ojos.

—Creí que teníamos un acuerdo —dice con la boca que quiero besar.

Me quedo sin saliva en la garganta.

—¿Un…? ¿Un acuerdo?

—Distancia, ¿no te suena? Supongo que lo irrelevante se olvida con facilidad.

—*Nina*.

—Sé que has sido tú. Deja que me marche de la villa, Nolan.

—No.

—¿No? —Sus ojos me replican como si estuviera siendo injusto y me muero por estrecharla entre mis brazos y calmarla de alguna forma —. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué no?

—No hay nada más libre —intento cerrar la puerta, pero ella pone su mano en ella y yo la miro.

Es delicada, como ella, y sus uñas son rosas con estrellas.

—No me mientas.

—No lo hago —miento.

—Me ofreciste veinte mil dólares por cambiarme hace no demasiado, ¿y ahora no puedo hacerlo gratis? No me importa que sea

un sitio más pequeño.

Cualquier cosa con tal de no verme. Lo llevas escrito en la cara.

—No es eso por lo que has pagado. No sería justo.

—No me importa —insiste, la vuelvo a mirar a los ojos y me desmonta.

No. La. Toques.

—No será posible.

—¿Puedes dejar de ser tan difícil?

El enfado se lleva parte de la tristeza de su rostro y lo siento como una victoria.

—No estoy siendo difícil, ni tampoco te miento. Te lo ofrecí en su momento porque había más alojamientos libres, unos que ahora ya no están disponibles.

—Julio nos dijo que sí anoche.

—Julio también se equivoca. Tendrás que encontrar la manera de soportarlo. Por favor, no vengas más a verme. —Esta vez sí puedo cerrar la puerta.

—Nolan. ¡Nolan!

Subo arriba y sigo alejándome tanto como puedo de su olor. De sus ojos. De mis ganas. Cierro tantas puertas como existen con tal de apartarla. No sirve de nada. Me quito el chándal, me visto con ropa de trabajo y después de comprobar por la ventana que no está en el jardín, desaparezco.

«—Si me hubieras dicho que esa villa era de tus padres, me hubiera ido de inmediato. —Cuando me di cuenta de eso, ya era tarde».

—Para entonces ya era tuyo.

Abbie me ha llamado cuando iba camino al hospital. Ha utilizado la palabra negligencia tantas veces que moralmente no puedo ignorarla como querría. *Maldita sea solo iba a escribir algunos informes atrasados.* Aparco frente al supermercado y decido llenarnos la nevera.

Meto los “arbolitos” favoritos de Lay en el carro y un paquete de churros congelados que serán su recompensa si se porta bien esta semana. *O si está triste. Es una suerte que todavía no se haya dado cuenta de mis debilidades.*

—Uno pensaría que el demonio enviaría a sus secuaces a hacer los nimios y fútiles recados. —Se apoya en mi carro vestido como un agente de la policía secreta: gafas de sol de aviador, gorra oscura y gabardina negra.

—Hola, Sawyer.

—¿Y bien? —pregunta expectante.

—Hoy no estoy de humor para jugar a adivinanzas —muevo el carro hacia atrás, pero no llega a desestabilizarse.

Cojo una docena de cervezas y sueño con poder bebérmelas esta misma mañana. *Menuda mierda de día me espera.* La cara de Sawyer es lo primero que veo al cambiar de pasillo.

—La hostia.

—Eso digo yo —me clava el índice en el pecho y se interpone entre mis compras y yo—. Todo el pueblo ha oído lo que pasó.

—No sé de qué hablas, —le aparto la mano de un manotazo y recupero mi carro—, pero por si no te has enterado…

—Ya, ya, no estás de humor.

—Lo vas pillando. —Cojo una bolsa de tomates.

—Los remordimientos supongo —añade un bote de nata montada.

—¿Qué?

—¿Me vas a hacer decirlo, no? Es casi gracioso que creas que puede pasar algo en Mountville y que no se corra la voz.

—Sawyer, ¿puedes dejarme en paz? —saco el bote de nata e intento perderle de vista.

Digamos que no triunfo.

—No, lo siento. —Se quita las gafas y se pone la gorra del revés—.

Necesito saber de qué *team* soy. Se conoce que estabais enredados y revueltos, lo cual ha sido tu mejor decisión desde que elegiste ser el tutor de Láhria hace ya diez años… —Se sube al carro y barajo volcarlo.

—Mountville no es normal y deberían advertirlo en todos los mapas.

—Pero teniendo en cuenta lo seco y esquivo que eres con tus emociones y el cielo que es esa chica, la balanza está bastante inclinada a su favor.

—¿Solo bastante? —le recrimino irónico—. Bájate, no eres un crío.

—Nuestros años de amistad pesan un poco. Va, suéltalo.

—Déjalo estar, te lo advierto.

—Vamos, Kane, alguien os cazó discutiendo y eso no es todo. Aseguran haber visto a Nina llorando en mitad de la carretera que sube al resort con esa chica, Lexi. ¿Por qué cojones discutisteis así?

Dejo el carro atrás y me largo antes de cargarme algo. Me subo al coche, ignoro a Sawyer cuando sale de la tienda y me grita palabras que de forma deliberada no escucho y conduzco hasta que me quedo sin combustible. Por desgracia mi cargo de conciencia sigue siendo mi sombra hasta en la gasolinera.

—¿Cuánto es? —pregunto a Kevin, diecisiete, un parche en el ojo que representa su oposición a ser considerado estadounidense.

—Cuarenta y nueve dólares con setenta y cinco. —Mira el datáfono después de que pase el móvil por encima, esperando a que salga el ticket—. Estoy de su parte, ¿eh, doctor? Las mujeres solo quieren encadenarnos a ellas para que tengamos una vida monótona y monógama, pero los hombres somos seres libres.

Me las apaño para irme de allí sin hacer comentarios.

Llego al hospital. Sé que no hay una montaña de informes lo

bastante alta como para que me olvide de lo que ha dicho Sawyer, pero intento evadirme con lo que tengo. Una vez más la medicina me ayuda a abstraerme del mundo. La hora de las visitas llega antes de que me dé cuenta.

—¿Entonces se me quitarán las manchas de los brazos en dos días? ¡Qué alivio!

—Sí, y en cuanto al pequeño Vincent puede estar tranquila, no es contagioso.

—Menos mal. Ese bebé regordete se echa a llorar cada vez que me marcho y algunos somos más débiles que otros a la tristeza ajena.

—¿Cómo dice? —pregunto y mi voz sale tan firme que da un respingo.

—No, nada —se da un golpe en los labios—, a veces mi boca va por su cuenta. Que tenga un buen día, doctor.

—Usted también, señora Lisengburth.

Llaman a la puerta en cuanto me quedo solo y cuando se abre, aparece Abbie.

—¿Tienes un momento?

—Sí, pasa —digo mientras termino de rellenar la ficha de Sarah Lisengburth—. ¿Qué necesitas?

—Maddy se marcha —dice con voz queda—. He pensado que te gustaría despedirte.

Bloqueo el ordenador, me levanto y la sigo. Las puertas del ascensor se cierran y el ajetreo del hospital queda en un mundo aparte, entonces le hecho un vistazo.

—¿Estás bien?

—Sí, bien. —Hace una mueca y suelta el aire despacio.

Al llegar a su habitación vemos que Benedict ya está con ella. Maddy es muy sociable y conoce a casi todo el mundo. Abbie cambia el chip en cuanto entramos y su sonrisa se vuelve amplia y sincera.

—Oh, ¿pero qué es esto? —La ilusión cruza el rostro de Maddy—. ¿Una fiesta sorpresa?

Triana, la novia de Maddy se levanta de la cama para saludarnos.

—Vamos a echarte de menos, ¿nos pondrás cinco estrellas en nuestra web de alojamientos? —le dice Abbie.

—Por supuesto, y haré una mención especial a mi mejor amiga, la del tequila.

—¿Existe esa web? —pregunta Benedict—. Nos podríamos meter en problemas serios por comentarios así.

Todos nos reímos.

—¿Cómo te encuentras, Maddy? —pregunto a lo que ella hace una reverencia.

—Estás guapísima, eso desde luego —dice Abbie.

—Soy una mujer nueva —se aparta el pelo de los hombros con un aspaviento.

—¿Nada de dolores? —pregunto aunque su cara relajada habla por sí sola.

—Qué va, ya casi ni me acuerdo de lo que es eso, el Aethetnol es el mejor veneno de la historia.

Se hace un breve silencio.

—Triana, tienes mucha suerte —dice Benedict dándole un toque a sus hombros—, vas a poder quedártela para ti sola.

—Sí, ahora es solo mía —dice con lágrimas en los ojos—, he pedido fiesta en el trabajo así que no me voy a despegar de ella.

—Es una irresponsable —dice Maddy—, espero que no la despidan.

—Eso es lo que menos me importa del mundo ahora mismo —Triana la besa y recuerdo la noche que la oí con Maddy.

Dijo que ojalá fuera contagioso, para que no tuviera que cargar con todo lo malo sola. Fue la primera y la última vez que vi a Maddy

enfadada de verdad.

Antes de que tengamos tiempo de prolongar la conversación, llega el servicio de limpieza y nos regalan un solo minuto más.

—Cariño, ¿me esperas abajo? Enseguida voy, quiero despedirme de ambos —el deje en la voz de Maddy es suficientemente claro. La habitación se vacía y nos quedamos solos con ella. Suelta el aire de forma temblorosa, pero su sonrisa no flaquea—. Bueno, aquí se termina esto.

Noto como Abbie se hace pequeña, pero aguanta. La rabia me quema la garganta. *Esto no debía acabar así.*

—Has luchado mucho, Maddy, tienes motivos de sobra para estar orgullosa.

—Lo estoy, soy una pasada. —Se limpia una lágrima de la mejilla y se ríe—. Aunque si os soy sincera, preferiría ser más mediocre y estar sana.

Abbie se lanza hacia ella y la abraza con fuerza.

—Eh, tranquila —Maddy le pasa la mano con cariño por la espalda—, esto no es un adiós, solo un hasta luego. Pienso venir a visitaros desde el más allá y comprobar que seguís haciendo un buen trabajo.

Me cago en mi puta estampa, la vida es una mierda.

—Más te vale —dice Abbie.

El abrazo termina, pero Maddy no le suelta la mano. *No pienses en el fracaso. Aquí no.*

—Agradezco mucho lo que habéis hecho por mí. A pesar de que es mi enfermedad, desde el primer día he sentido que estábamos juntos en esto. Os aprecio mucho, a ambos. Sí a ti también, doctor, molas mucho. ¿Puedo darte un abrazo o vas a seguir guardando las formas? Ya nos soy tu paciente.

La abrazo con todo lo que tengo ignorando el llanto silencioso de

ambas para no unirme a ellas.

—Ojalá pudiera hacer algo.

—Ya lo has hecho todo, Nolan. Solo te queda dejarme marchar.

Aprieto la mandíbula, pero no puedo hablar, mi garganta tiene una puta pelota de fuego atascada en pleno conducto. Salimos de la habitación y Triana está fuera, me alegra que no la haya esperado abajo. En cuanto se van, Abbie se marcha en dirección contraria a donde debería y no la sigo porque se ha ganado ese momento. *También estoy orgulloso de ti.*

—La vida es frágil de cojones —dice Benedict.

—Los seres humanos lo somos.

—A ver si la inteligencia artificial se pone las pilas y nos transforma en robots perfectos, que ya va tocando.

El capullo me saca una sonrisa. Le doy unos golpes en el hombro y camino hacia el ascensor, pero me alcanza.

—Eh, tú y yo tenemos que hablar

—Claro, ¿sobre qué?

—Nina Andrews, he oído por ahí que la hiciste llorar.

Resoplo y me pego a la pared del ascensor cuando se cierran las puertas.

—Te juro que no tengo fuerzas para tener esta conversación.

—Así que es verdad. —Baja el tono, se cruza de brazos y se apoya en el ascensor, pero de lado para poder analizarme—. ¿Cómo la has cagado tan rápido?

—No lo sé, debe ser un don.

—¿Acabas de decir «no lo sé»? ¿Acaso hay algo que el doctor Nolan-Kane Taylor no sepa?

—¿Intentas enfadarme para animarme?

—No, caraculo insolente, para nada. ¿Sabes por qué?

Cierro los ojos intentando mutearlo.

—Cállate, tío.

—Porque después de lo de hoy incluso alguien como tú, con una cabeza tan dura como un puto ladrillo, llegarás a la conclusión correcta.

Salgo del ascensor en cuanto se abren las puertas. Me tomo un minuto al llegar a mi despacho con tal de hacerme a la idea de que el resto de mi tarde va a ser así, entonces miro al móvil y descubro que me ha llamado el colegio de Lay.

El corazón me da un vuelco.

Mi hermana me ha llamado tres veces y Ridelmunt dos. *¿Qué está pasando? ¿Qué ocurre?* Llamo al móvil de Lay, pero no contesta. Escribo a mi abuela mientras llamo al colegio con mi teléfono de mesa. Abbie entra en mi despacho.

23

Nina

Desayunamos con Lora y es la mejor decisión que podíamos tener junto con la ignorar a los que nos miran. Al ser trabajadores del resort se cortan un poco, pero me da en la nariz que el resto de Mountville no será tan cortés. Lora le da un trago a su matcha cogiendo la pajita como de costumbre: con el meñique estirado.

—A ver si lo he entendido —se aparta el flequillo de los ojos—, ¿estáis preguntándome sobre algo que pasó ayer, pero no sobre el algo del que todo Mountville cuchichea, cierto?

—Exacto —Lexi sonríe ampliamente.

—Veamos, cada día un número reducido de turistas vienen y van, algunos se alojan en el resort y otros en alguna pensión más asequible. ¿Un par de cientos? —Se recoloca el pañuelo dorado y fucsia sobre los hombros—. ¿Tal vez más? Si necesitáis saber acerca de alguien concreto necesitaría más detalles. Aunque el resort esté pasando un mal trago económico, el flujo de turistas no cesa, sería como buscar una aguja en un pajar.

—¿Mal trago económico? —repito atascada.

—Requiere mucho mantenimiento y alguna que otra reforma, aunque no me gusta hablar de lo que no me incumbe. —Sacude una mano delante de su cara para zanjar el tema.

Otra cosa más que desconozco de ti. Es evidente que la confianza solo iba en una dirección.

—¿Te valdría con una foto? —pregunta Lexi enseñándole una desde el móvil: sus rizos rojos, el piercing en la ceja, las gafas de gato a juego con su fiel eyeliner.

—La chica de la mariposa en el cuello —dice Lora señalando el tatuaje.

—¿La has visto?

—Causó una buena discusión en casa de los Thatcher después de que Eloise quedara prendada de sus tatuajes. Dominic volvió a insistir en que su hija podía tatuarse pese a solo tener dieciséis. Trató de buscar apoyo por el grupo, pero por supuesto, Sadie Thatcher zanjó el tema rápido como de costumbre —sonríe orgullosa—. Tengo la sensación de que esta chica no es santo de vuestra devoción.

—Y no te equivocas, no es buena gente. Siempre quiere lo que tiene Nina, incluso si ese algo se llama Trent. ¿Quiénes son los Thatcher?

—Digamos que son los reyes de la agroquímica de Mountville. Desconozco lo que vuestra chica podría haber ido a hacer allí, no es un local que suelan frecuentar los turistas. Pero puedo indagar si queréis.

—Te lo agradeceríamos mucho, Lora, gracias —le doy un apretón a su mano libre y me lo devuelve.

En ese momento una mujer alrededor de los setenta que no conozco, se acerca a nosotros con una mirada afable.

—Hola, disculpad la interrupción —centra su mirada de avellana sobre mí—, solo quería decir que eres muy valiente por tener la criatura tú sola.

—¿Qué? ¿Cr-criatura? —musito incrédula mientras oigo cubertería caer al suelo.

—Mountville te apoyará en lo que necesites, eres muy joven, pero viendo cómo reaccionaste con SB estoy segura que te saldrá bien. Los animales no se diferencian tanto de las personas.

—Josephine, no hay bebés de por medio —interviene Lora, tajante.

—¿No los hay?

—Deberíamos prestar tanta atención en la vida real como en el bingo, ¿verdad que sí? —La sonrisa de Lora es como un empujón hacia la puerta—. Ah y dale recuerdos a tu hijo Rex de mi parte.

Josephine se va roja como un tomate, no sin antes echarle una mirada envenenada a Lora. Lexi se ríe contra su servilleta y recupera su tenedor.

—¿Llamó Rex a su hijo? —pregunta Lexi que casi no puede hablar.

—Sí, a un metro noventa pecoso y pelirrojo que no ha tenido una infancia fácil, ahí lo dejo. ¿Estás bien, Nina?

—Sí… —Miro a nuestro alrededor y veo como los cuchicheos discretos ya no lo son tanto—. ¿Ese tío acaba de hacernos una foto?

—Quiero dejar algo claro —dice Lora atravesándome con la mirada por algún motivo antes de sacar el tema de la financiación escasa del resort de Nolan—, es algo que solo sabe la familia.

—¿Tú…? —empieza Lexi.

—Soy la madrina de Lay desde que nació, los he visto crecer a ambos. Puede que mi apellido no sea Taylor, pero sí, somos familia. —Vuelve a mirarme—. Nunca habría compartido ese detalle si no fuera porque eres tú, Nina.

—¿Qué quieres decir?

—Él confía en ti, te dejó acercarte a Lay casi como si no pudiera resistirse. Dejó de luchar por echarte de la villa, te la dejó siendo de sus padres. Nadie había tocado un mueble, ni siquiera habían

cambiado la posición de las cortinas en diez malditos años y después de unos días, tú le conquistaste. Es evidente lo mucho que le importas, pero aun así, debo pedirte que no digas nada a nadie.

Otro desconocido se acerca a nuestra mesa y llego a mi límite. Volvemos a la villa y cuando me meto en la cama, me tapo hasta arriba. Lexi se tumba a mi lado.

—¿Vamos a hablar del tema?

—¿De qué tema?

—Sé que estás flipando por lo que dicho Lora.

Diez años. ¿Por qué dejaría de intentar echarme de aquí? «Como si no pudiera resistirse». Cojo aire como puedo. *No puedo. Me ahogo.*

—Ya sabíamos que Heather estaba aquí—empiezo—, tú la viste. No nos ha dicho nada nuevo.

Lexi alza una de sus cejas insoportablemente idénticas y su cara bonita es un callejón sin salida de aceptación.

—En cualquier caso, lo demás no importa —me destapo, me levanto y pongo la maleta sobre la cama—. Nos vamos, ya oíste a Julio.

—Dame un segundo —dice tocándose el estómago—, si me levanto así de rápido se me van a salir todas las fresas que he comido.

—Cincuenta y cuatro son muchas fresas, Lex.

—Eso habérmelo dicho antes —lloriquea. Le suena el móvil y cuando lo coge se pasa tres minutos enteros carcajeándose. *Lo dicho, Julio es su nuevo mejor amigo.* Entonces llega al motivo de la llamada y su rostro cambia, alza una mano en mi dirección cuando estoy a punto de meter el último pareo en la maleta—. Malas noticias.

—¿Nos cambian a un sitio sin piscina?

—No nos cambian.

Mi enfado crece con cada escalón que bajo. *Rabia, exasperación y un vaso lleno de frustración, eso es Nolan-Kane.* Y pese a todo, mi

corazón se encoge cuando lo veo en su sofá, con la mitad del cuerpo fuera como si no importara, con una mano cubriendo sus ojos ya que ni siquiera ha echado las cortinas. Golpeo la puerta con los nudillos saliendo del trance y él me ladra, insisto hasta que me oye. Todo su cuerpo se contrae. Puede que esté loca, pero juraría que se tambalea. Intento ser educada, pero me lo pone difícil.

—Sé que has sido tú. Deja que me marche de la villa, Nolan.

—No —sentencia con rabia.

—¿No? —*¿Así sin más? ¿Es que no ves que no me estás dejando salida?*—. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué no?

—No hay nada más libre.

Sé que miente y cuando intenta cerrarme la puerta en las narices juro que estoy a punto de morderle. Pero entonces se queda mirando mi mano como si quisiera sujetarla, entrelazarla con una de las suyas. Todo su cuerpo emana una electricidad que me atrae como el imán más fuerte de la historia.

—No me mientas —susurro.

Por favor, Nolan.

—No lo hago.

Maldito seas.

—Me ofreciste veinte mil dólares por cambiarme hace no demasiado, ¿y ahora no puedo hacerlo gratis? No me importa que sea un sitio más pequeño.

Solo déjame alejarme de ti. Ayúdame a no pensar en ti cada vez que respiro. A alejar de ti todo lo que no te conviene.

—No es eso por lo que has pagado. No sería justo.

—No me importa.

Respira de forma abrupta. Me mira los labios, están entreabiertos igual que los suyos. Casi oigo la voz de su cabeza, esa que le frena a no dar un paso al frente. Mi piel está caliente. *Yo también necesito*

tocarte.

—No será posible.

Idiota. ¿Es por orgullo? ¿Para demostrar que no le importo y que para él vernos no supone un problema? Eso me duele más de lo que sería lógico. Me doy cuenta de que estoy demasiado enfadada como para llorar.

—¿Puedes dejar de ser tan difícil?

—No estoy siendo difícil, ni tampoco te miento. Te lo ofrecí en su momento porque había más alojamientos libres, unos que ahora ya no están disponibles.

—Julio nos dijo que sí anoche.

—Julio también se equivoca.

Mentira.

—Tendrás que encontrar la manera de soportarlo.

No puedo soportarlo, Nolan.

—Por favor, no vengas más a verme. —Cierra la puerta antes de que reaccione.

—Nolan —*te juro que…*—. ¡Nolan! —Irritada salgo de su jardín y si tuviera un huevo en la mano lo estrellaría contra su maldita ventana.

Tengo el pulso a mil. *¿Le da igual que estemos cerca? ¿Le soy tan indiferente que no le importa que esté a cinco metros escasos? Bien. ¡Estupendo!* Entro en casa y dejo que el viento cierre la puerta de la entrada con el portazo que yo misma debería haber dado.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Lexi asomándose desde arriba de la escalera.

Subo dando pisotones.

—¡Dirás qué no ha dicho! —Resoplo—. El muy insoportable dice que he pagado por esto y que el cambio a algo más pequeño no sería justo. —Resoplo: pisotón, pisotón.

—Sí, qué insoportable es.

Ignoro el deje irónico.

—¿Por qué es todo tan difícil con él?

—Porque si no lo fuera empezaría a pensar que es una creación de IA del gobierno que se les ha escapado de las manos y ahora va a destruirnos a todos. —Abre su maleta brillante de cactus y empieza a deshacerla.

—No, Lexi, tú no lo entiendes, ¡estuvo mucho tiempo haciendo todo lo que pudo para echarme de la villa! ¡Mucho! Quiere apartarme de su vida, pero según Lora confía en mí, ¡porque deja que me acerque a Lay! Pero no le intereso, es evidente. ¿Entonces, ¿por qué se comporta así? ¿Por qué me salvó de Trent? No era asunto suyo. Ni lo que yo haya pagado por esta villa. Dios, ¡qué frustrante! Me aparta, me atrae, me empuja y luego… luego…

—¿Tenéis sexo salvaje?

Gruño, entro en el baño y me desnudo mientras sigo gruñendo. Me arde el cuerpo.

—No pienso salir de esta villa hasta que me vaya. —Me pongo el pijama y vuelvo a la habitación.

—Guau, estás como un tren. —Silba—. Con ese pijama pareces la princesa porno de los sueños encantados. Qué buen gusto tengo. Oye, ¿y si vas a verle otra vez así vestida? —tantea y una ola de fuego me invade.

La ignoro, me meto en la cama y me tapo hasta la barbilla.

—Aquí me quedo para siempre.

—Vale, pero esta tarde vamos a la playa, ¿no? —Se ríe por lo bajo cuando le lanzo una mirada asesina.

Me alegra que al menos una de las dos esté disfrutando de su estancia en Evilville.

Tenía muchas ojeras.

¿Por qué estaba en el sofá con esa actitud derrotista tan poco propia en él? ¿Estará enfermo?

Pfff, me importa una mierda, pero debería taparse con una manta si está enfermo. Y prepararse una sopa. Es un adulto, debería saber esas cosas.

—¿Qué miras? —pregunta Lexi llegando de sopetón con la comida, una vez más respetando mi enclaustramiento.

Suelto la cortina y me alejo de la ventana.

—Nada, solo miraba a ver si te veía llegar, estoy hambrienta.

—¿De tantas mentiras? —Se ríe cuando le tiro un cojín y volvemos a la cama—. Esta habitación va a acabar oliendo a animal muerto.

—Genial —le quito el papel de plata a una hamburguesa con queso y bacon—, ojalá le llegue el olor a Nolan.

No vamos a la playa, el día se nubla y decidimos cambiar el plan. Cuando se vaya el sol, nos patearemos el resort de punta a punta en busca de Heather, pero en este momento estamos muy ocupadas volviendo a colocar todo en su sitio y criticando a nuestras primas. Mamá fue dejando a cada uno de nuestros padres y eso, en parte, fue una bendición inmensa porque si no, no seríamos cuatro hermanastras-mejores-amigas.

Si no, solo estaría yo.

Pero nuestros progenitores masculinos trajeron consigo una cruz con la que ahora cargamos nosotras: las primas. Heather es hija de la hermana de mi padre y en los casos de Amy, Daisy y Lexi, los culpables también son ellos. *Por no cortar lazos con gente tan detestable.* Por culpa de los cuatro y la decisión de mamá, tendremos que ver a nuestras primas en la cena familiar. *Como si no tuviera ya bastantes problemas.*

—Varicela conjunta —propone.

—Lo compro, ¿quién no la tiene un par de veces en la edad adulta?

—¿Nadie?

—Alguien seguro que sí, y si no, intoxicación por ensaladilla rusa.

—Mamá sabe que la odiamos.

—También sabe que odiamos a nuestras primas y aun así nos obliga a ir.

—Cierto, mentiras entonces. —Bebe un largo trago de su batido de chocolate recolocándose los rulos—. Recuérdame qué te dijo Trent sobre el resort.

—Dijo que si Nolan no dejaba de meterse en sus asuntos la mala fama del resort le costaría su licencia de médico.

—¿Crees que Nolan le ha hecho algo a Trent a tus espaldas?

—No. *—Mi problema siempre ha sido querer ver lo que no es, lo que no hay. Me pasó con Trent y claramente me ha vuelto a pasar. Nolan es un buen hombre, pero no siente nada por mí*—. No lo creo. Trent actúa así porque le pegó y de vuelta a casa debió montarse sus películas en la cabeza. Supongo que nuestro distanciamiento ya habrá llegado a sus oídos, pero no estaré tranquila hasta ver a Heather cara a cara y sonsacarle todo.

—Para eso tendrás que salir de esta villa, Nina-Dinamita, y según creo, no ibas a hacerlo nunca jamás.

Me siento arrugando la camisa entre mis manos.

—¿Por qué me llamas eso? No soy una cría, ahora solo soy Nina.

—Me he enterado de muchas cosas desde que estoy aquí, a la gente de este lugar le gusta mucho hablar —me roba nata del batido que descansa en la mesita y yo me quedo con una de sus galletas—. La forma en la que te encaraste a Trent, la razón por la que compraste vestidos conjuntos con Lay, tu momento heroico cuando salvaste a un perro llamado Sherlock Holmes…

—Bones, Sherlock Bones.

—¿En serio? Joder, si lo otro ya me parecía raro… —alza las cejas y me pone las manos en los hombros—. Tu cambio no ha sido solo de vestimenta, al irte de Nueva Jersey te has librado de muchos lastres. Pibón mío, eres más Nina-Dinamita que nunca.

—Estás borracha de azúcar.

—Podríamos estar borrachas de alcohol, si quisieras.

Me vibra el móvil y ambas saltamos hacia él, lo cojo enseguida esperando que sea Lora con noticias sobre Heather, pero es Ridelmunt.

24

Nolan-Kane

Abbie entra en mi despacho.

—Nolan, se te están acumulando los paci… ¿qué ocurre?

—No lo sé, Láhria me ha llamado. Estaba mala esta mañana, no debería haberla llevado al… hola, soy Nolan-Kane Taylor, el hermano de Láhria Taylor.

Al principio no entiendo lo que me dicen. Abbie me pregunta qué me han dicho y me cuesta trabajo verbalizarlo.

—Láhria se ha puesto mala y ha perdido el conocimiento unos segundos, han intentado localizarme, pero han tenido más suerte con Ridelmunt. Dicen que ha enviado a Nina.

—Nolan, tranquilízate —pide nerviosa—, sabes que no será nada.

—Lay es *mi* responsabilidad. *—joder, soy médico, ¿cómo he podido dejarla ir al colegio?*

¿Y si se ha golpeado contra algo al desmayarse? Si en el colegio no se han dado cuenta… ya hace veinte minutos. Llamo a Benedict con el teléfono de mesa para pedirle que me sustituya y no tarda ni dos minutos en aparecer.

—Con ella estará bien —dice Abbie—, tienes que calmarte.

—¿Es que en este hospital no hay ningún médico que haga su trabajo? —interviene Olga apareciendo con su habitual mueca de

disgusto.

—Vete —me dice Benedict.

Llego a su villa y entro sin llamar. Me encuentro con Nina en el punto exacto de nuestra primera conversación, en mitad de su salón.

—Nolan —su voz es dulce y calma un tercio de mi enfado.

—¿Dónde está?

—Arriba —dice y no entiendo por qué me corta el paso cuando estoy a punto de alcanzar el primer escalón, pero el caramelo me da un bofetón agradable que no me merezco—. Escucha, cálmate, está dormida. Si vas a despertarla más te vale tranquilizarte primero, no conviene que la asustes.

—¿Qué hace aquí? —masco las palabras y no sé cómo las entiende—, ¿por qué la tienes tú?

—Ridelmunt no tiene coche y no quería traérsela caminando. Me lo ha pedido como favor y lo he hecho encantada.

Me hincho los pulmones de rabia solo de pensar en que ambas han tomado una mala decisión de mutuo acuerdo. Nina tiene un pase, ¿pero Ridelmunt? *Ella sabe cómo soy, ella sabe lo que opino de la salud de Láhria porque se lo he dicho un millón de veces.*

—Oye, estás haciendo lo opuesto a calmarte. —Me coge de los antebrazos y me arde la sangre por un motivo distinto—. Exterioriza lo que sientes, por favor. Eres una bomba de relojería y prefiero que sea aquí donde…

—Si le pasa algo a mi hermana, la traes a mi consulta. —Reduzco la distancia, pero no se achanta.

—Respira conmigo, ¿quieres? —Más caricias—. La directora ha dicho que ha sido un golpe de calor.

—¿Acaso es médico? ¿Lo eres tú?

—Estaba en clase de gimnasia cuando ha pasado, pero no se ha golpeado la cabeza ni nada, su amiga Cleo la ha cogido y ambas se

han caído de culo —sigue, ignorando mi tono por muy borde que sea —. Lay me ha dicho que ha tenido mal la tripa y que se le ha juntado todo. Está perfectamente.

La cojo, la aprieto contra mi cuerpo odiando que sus palabras apacigüen mi enojo cuando no deberían, en una rápida maniobra se han cambiado las tornas y es ella quien está fuera de la escalera. Llego arriba en segundos.

—No te enfades con Nina, estoy bien —dice tumbada en mitad de una cama demasiado grande para su cuerpo.

Emocionalmente, me deja de rodillas. *Que está bien, dice.*

—Lay, ¿qué ha pasado? ¿Cómo te encuentras? Siento mucho no haberte podido coger el teléfono.

—Muy bien, Cleo se ha hecho daño en el culo y Nina me ha dejado su cama.

—¿Cuánto llevas dormida? —Le cojo la cara, no está pálida.

—Cinco minutos —contesta Nina a mi espalda, con esa voz conciliadora del demonio que tanto me gusta.

—Ha sido tan poco que no me he dado ni cuenta. ¿Crees que Cleo se enfadará conmigo?

—Seguro que no, ¿puedes incorporarte? Necesito comprobar que de verdad estás bien.

Bosteza mientras lo hace, a sabiendas que no tiene alternativa. Hago lo que necesito para quedarme tranquilo. *Eso no es técnicamente cierto, le haría un par de escáneres a su cabeza y unas cuantas pruebas físicas, pero llevo años controlando esa vena drástica de mi personalidad y estas alturas soy un pro aparentando ser un tío normal.*

—¿Qué te tengo dicho? —quiero que mi voz suene más enfadada, pero no lo consigo.

—Que coma verdura.

—No estoy de broma, Láhria. ¿Qué te tengo dicho?

—Que vaya a verte siempre que me pase algo. Pero no ha sido nada, han sido dos segundos.

—Me da igual, como si es medio. Vienes a verme a la consulta y si no te cojo el teléfono haces que te traigan al hospital, ¿entendido? Me has dado un susto de muerte.

—Perdón —se le llenan los ojos de lágrimas y me abraza—. Tenías razón, no debería haber ido al cole hoy.

—Tal vez sí, aunque podrías haberte saltado la clase de gimnasia.

—Es que me gusta mucho —se queja.

Si que está bien, sí.

—Prepararé café —dice Nina dejándonos a solas.

—Tienes que pedirle perdón, como yo a ti.

—¿Cómo dices?

—Le has hablado mal y cuando hablamos mal, tenemos que disculparnos. Los sentimientos de las otras personas importan mucho también.

Le beso la frente.

—Descansa unos minutos, ahora mismo vuelvo.

—No tengas prisa —dice estirándose en la cama más a gusto que nada.

Ha acudido sin dudarlo. Cuando más la necesitábamos. La ha metido en su cama, ha estado ahí para ella. Bajo las escaleras y al encontrarla en la cocina, la miro bien por primera vez. Me deja sin aliento.

—Hola.

—Pues sí que llega pronto la segunda ronda —dice sin girarse.

Estoy llegando a mi límite. *Algo tendrá que ver también ese pantalón rosa de pijama tan corto que deja al descubierto parte de su culo. Joder.*

—Lo siento.

Suspira y se le caen los hombros, se gira apoyándose en la encimera.

—Tienes mucha suerte que sepa bien lo que sientes.

—¿Lo sabes? —Me acerco a ella hasta que siento el peligro.

Las alarmas gritan escasa distancia de seguridad.

—Sí, cuando era pequeña mi hermanastra Amy se dio un golpe en la cabeza mientras jugábamos. —Una expresión miedosa cruza su cara de forma breve—. Había sangre por todas partes y me habían encargado a mí cuidarla. Nunca he vuelto a sentirme tan mal como aquel día, nada lo supera. Te juro que creí que iba a morirme.

—Si lo entiendes, sí.

No puedo tenerte a mi lado. Tampoco puedo apartarme de ti. ¿Qué se supone que voy a hacer?

—Eh, venga, no pongas esa cara —su voz es un susurro y cuando mis ojos se alzan hasta los suyos, la esmeralda es triste.

Reduzco la distancia y la estrecho entre mis brazos apoyando la cabeza en el hueco de su cuello y los labios en su precioso hombro. Espero que me aparte, me empuje o me grite, pero me rodea también. *El mar se calma, las dunas del desierto se alisan mientras la tormenta se aleja.* Pego mi frente a la suya y acaricio su mandíbula, inhalando su siguiente respiración. Me imagino que su boca me busca y soy yo el que se aparta. Me lo imagino porque sé que no soy tan fuerte.

—Discute conmigo, Nolan. —Se aferra a mi camisa—. Por favor.

No puedo besarla, no puedo ser tan egoísta como para besarla. Me separo y acabo con todo contacto. Carraspea y oigo una respiración profunda que debe ser suya, no estoy seguro porque sigue llevando ese pijama.

—Lo siento, Nina.

—Eso ya lo has dicho —dice mientras me pasa una taza de café.

Hago lo que puedo por no tocarla.

—Gracias por ir a buscarla. Por cuidar de Lay.

—No hay de qué.

—Sí, sí lo hay —mi tono es seco, pero su rostro sigue relajado y rebosante de cariño.

—Este es el plan: Ridelmunt va a venir a buscarla en veinte minutos. Lay se puede quedar aquí mientras tanto y así tú vuelves al trabajo.

—No, yo me quedo con ella.

—Abbie me ha llamado, tienes una agenda muy apretada. ¿No querrás defraudar a todo Mountville por un susto de nada, no? —Su tono alegre no roza la empatía, se hace con el ayuntamiento de su ciudad—. Bien, estamos de acuerdo. Ufff, por fin. Ah, sí, Lexi ha ido a la farmacia a por un saco de semillas, el calor va bien para el dolor de tripa. Fíjate tú, lo sé incluso sin ser médico, ¿qué pasada, eh?

Controlo el impulso de disculparme de nuevo. Me siento en la pequeña mesa redonda, con los codos sobre las rodillas entierro la cara en mis manos.

—Lay es mi responsabilidad.

Se mueve y lo siguiente que sé es que tengo sus dedos en el cuello, acariciándome.

—Lo sé.

—Si le pasa algo sería culpa mía.

—Eso no es del todo cierto. —La miro y se encoge de hombros—. Lay es un ser humano y aunque la quieras tantísimo como la quieres, eso no la hace inmune. Está en el mundo, hay muchas cosas que pueden pasar que están fuera de tu control. Para empezar, su cuerpo. Si este un día le falla de alguna forma, no sería culpa tuya. Y ese es solo un ejemplo de muchos.

—¿Estás intentando que mi cuerpo falle como venganza?

Sonríe. *Dios, es la mujer más guapa del mundo.*

—No todo lo malo que pasa en este mundo es un lastre más que colgarte a la espalda. Puedes soltar algunos si quieres. —Se aparta—.

Ahora vete, no quiero romper nuestra nueva norma de no vernos.

No he tomado la decisión cuando me pongo en pie, pero de alguna forma consigo salir de allí sin hacerla mía.

Vuelvo al trabajo, pero dejo el móvil con volumen encima de la mesa. Benedict reaparece a eso de las ocho y se ofrece a hacer un par de horas de guardia para que vaya a ver a Lay. Está hecho polvo, tiene las marcas de haberse dormido sobre algo. Sin duda es el hermano que nunca he tenido.

—Benedict, gracias, yo…

—No te pongas ñoño, que ese rollo no nos va —me advierte, pero no se aparta cuando le doy un abrazo—. Capullo sensiblón. Pírate, anda.

Aparco lejos de las flores de Ridelmunt, la luz anaranjada surge de las ventanas abiertas. *Esta casa siempre será un hogar para mí.* Voy hasta la cocina y la encuentro preparando brownies.

—Lay está dormida en el sofá, no te atrevas a despertarla antes de que acabe con esto.

—No vas a darle brownies ahora, está mala del estómago. —El enfado vuelve a mí y la vorágine de emociones de hoy empieza a desbordar el vaso.

—Cálmate, son para mí. Por eso quiero esconderlos. —Mueve la cuchara de madera en mi dirección—. Siéntate antes de que empieces a parecer tonto.

Obedezco y en cero coma, Sherlock se me sube en el regazo.

—¿Cómo ha pasado la tarde? —pregunto mientras acaricio a Bones y él me chupa la mano.

—Divinamente. Tiene un estómago de hierro gracias a toda la verdura con la que la torturas a diario, ya se ha librado de lo que fuera que le hizo daño en la fiesta.

Recuerdo lo que dijo Nina sobre los posibles daños externos, todo

aquello que se encontraba fuera de mi alcance y control. *Una fiesta. Pero dejarla aislada del mundo con tal de protegerla no sería vivir. Joder, Nina no se cansa de tener razón.*

—Esa chica vale oro.

—¿Qué chica?

—En la que estás pensando. —Saca del horno dos filas de brownies y mete otra.

Antes de que me dé cuenta tengo uno en la mano y la cabeza de Sherlock contra el pecho. Se ha quedado frito.

—No tengo hambre —lo dejo sobre un plato—, pero gracias.

Refunfuña algo muy similar a insultos mientras saca una cerveza, la abre y me la pone delante. Le doy un largo trago.

—No hace falta, ¿sabes? —se cruza de brazos al otro lado de la isla de la cocina—. No hace falta que la apartes, puedes superar el miedo.

—¿Vas a aprovechar ahora que no puedo moverme para sermonearme? —Miro al beagle que me obliga a hablar más flojo, Sherlock respira fuerte contra mi pecho y nunca he visto a un ser vivo tan en paz con la vida.

—Por supuesto. Pero puedes empezar tú si quieres.

Miro el botellín de cerveza. Como ya he bebido la mitad, vuelvo a dejarlo en la encimera de mármol.

—Se va a ir.

—No, si le pides que se quede.

Dejo de tener pulso durante tres largos segundos.

—No puedo pedirle eso. Tiene una vida que recuperar, es una mujer de ciudad y está en edad de comerse el mundo. No puedo pedirle que se quede en Mountville, ni tampoco puedo seguirla a donde vaya. Joder, tendría que haberme esforzado más por mantener a Lay al margen, sufrirá cuando se vaya y eso yo podría haberlo

evitado.

—No te excuses en Lay, es de tu corazón del que estamos hablando. Tu amor no es unilateral, niño tonto, ¿cómo no te has dado cuenta todavía?

—No sabes de lo que hablas.

—Lleva siendo evidente para mí mucho antes de que tú abrieras los ojos.

—Debería ir a despertar a Lay, comprobar como está. —Ladeo la cabeza hacia el salón.

—La hiciste llorar, lo sabes.

—Fue una decisión mutua —me revuelvo.

—Y después de eso, ¿sabes cuánto ha tardado en presentarse en el colegio? Tres minutos, ¡ha ido en pijama! —exclama en voz baja—. La directora ha tenido que llamarme porque se pensaba que era una lunática.

—No sé si no me has oído o…

—Y yo no sé si no te has dado cuenta, pero no has dicho que no la amas.

Aprieto la mandíbula y la mano contra el botellín, Sherlock se revuelve.

—Por eso me gusta tanto esa chica. Tú te empeñas en ponerte el último de tus prioridades, pero ella te obliga a ver que también importas. Te hace ver que puedes tenerlo todo, si quieres.

No, no puedo. Así no funcionan las cosas. La vida no es un puto cuento de hadas.

—Mírate, ya estás dejando que las sombras ganen terreno aquí dentro —se toca la cabeza.

—He tenido un día muy largo que no terminará hasta las siete de la mañana, así que podríamos ahorrarnos esto. —Bebo un largo trago y doy un golpe, pero el nudo no desaparece—. Nina se va a ir y yo voy

a dejar que se vaya. Punto. Fin de la conversación.

—¿Nolan? —La voz de Láhria suena somnolienta desde el comedor y damos la conversación por terminada.

25

Nina

Pocos minutos después de que Nolan y Lay se fueran, recibimos un mensaje de Lora. *«La chica inglesa del tatuaje de mariposa compró una cantidad considerable de pesticidas para su huerto. Espero que se vaya pronto de Mountville, no dejes que te estropee las vacaciones».* Pero Heather no tiene huerto, estudió administración y es la contable de una pequeña empresa en Westminster, lo cual hace sonar todas mis alarmas. Si un resort inundado de piscinas, aguas termales y fuentes sufriera algún percance con sus aguas cristalinas, sin duda supondría un gran problema.

El cielo se oscurece con nubes de tormenta, pero eso no nos frena. Ni tampoco la lluvia cuando llega. Preguntamos a todo el que nos cruzamos si la ha visto hasta que se nos hace de noche, pero sus indicaciones nos llevan a los límites del resort y siento que estamos cerca de algo. No nos damos cuenta de dónde estamos hasta que ya es tarde, Antea Wilson sale de su peluquería y se adentra bajo la lluvia.

—Te juro que no tiene sentido que se esconda tan bien.

—Lex —le aprieto el brazo bajo el paraguas para que se calle, pero lo entiende cómo lo que no es y se acerca a ella.

—Disculpe las molestias, ¿ha visto por aquí a alguna turista con pinta de no estar donde debería?

—*Sí*, a dos —contesta, justo entonces Lexi lee el letrero de *Antea's* iluminado en la fachada de la peluquería—. Por fin nos conocemos, Nina Andrews.

—Hola, señora Wilson, encantada. Nosotras ya nos íbamos.

—Haríais bien en iros de Mountville. Los escándalos que te persiguen acabarán por hacerte persona non-grata.

—Es curioso que lo diga, señora Wilson, juraría que la balanza de Mountville parece haberse inclinado por el tesoro recién llegado —interviene Lexi, buscando esa mueca en la cara de Antea al remarcar la diferencia de edad—. Y eso que el listón estaba alto teniendo en cuenta que Nolan tiene a Láhria y todo el mundo adora a la pequeña.

—Acercarte a su cría fue inteligente, lo reconozco, pero por muchas charlas triviales de niña insustancial que aguantaras, me temo que no te ha servido de nada. Al final te ha desechado como un pañuelo usado.

¿Lay insustancial? ¿Lay…? Me doy un ligero golpe en la frente al chasquear la lengua.

—¿Cómo no me acordaba? Si en realidad nosotras ya nos conocíamos. Nos habíamos visto antes, en el *Hakles.* Tú estabas con Nolan, según creo y luego… —sonrío—, bueno, ya sabes.

Siento la oleada de orgullo de Lexi mientras vemos a Antea apretar los dientes y los labios. *Estoy segura de que se muere por darme una bofetada. Atrévete a insultar a Lay otra vez.*

—Algunos hombres se ven más atraídos que otros por el entretenimiento pasajero, pero al final siempre sientan la cabeza. Es curioso que nunca lo hagan con las mujeres con las que se divierten, ¿no te parece?

—¿Y a cuál de las dos categorías cree pertenecer usted, señora Wilson? —pregunta Lexi, pero ni siquiera la mira.

—Vosotras solo sois unas niñas, no entendéis cómo funciona el

juego. Láhria es su prioridad, nada ni nadie será tan importante para él como su hermana. Ni siquiera él mismo. —La amargura va ganando terreno en su rostro, igual que el desprecio en su voz—. Veremos cuánta atención deja de prestarte cuando la pequeña Lay tenga problemas.

—Lay no va a tener ningún problema —le digo.

—Nolan tendrá que entender que cada decisión que tome traerá consigo ciertas represalias. —Sus ojos brillan con perversión y le da la vuelta a mi estómago—. Me temo que Lay no va a volver a pisar mi casa a menos que venga de la mano con él.

—Cleo es su mejor amiga, no puedes separarlas.

—Sí, Nina, esa es sin duda la mayor de mis preocupaciones.

—Estamos hablando de tu propia hija. De la felicidad de Cleo. ¿Es que no te importa?

—Cada día más débil desde que me divorcié de su padre, dejar de interponerme en su amistad con la huerfanita fue lo único que cortaba sus incesantes lágrimas. Las niñas pequeñas son un verdadero coñazo, pero uno del que ahora voy a poder aprovecharme para conseguir lo que llevo años queriendo. —Se acerca y baja el tono—. Una pena que te hayas quedado sin cartas tan pronto, Nina, justo cuando estabas aprendiendo a jugar.

Nos da la espalda y se marcha, al contrario de las miradas curiosas que siguen sobre nosotras hasta que Lexi tira de mí.

—Qué puta lagarta. —Despotrica sin cesar sacudiendo el paraguas cerrado—. Menudo aires se trae. ¡Pobre su hija! Deberíamos volver a la villa y decírselo a Nolan.

Miro a nuestro alrededor, entre los árboles.

—No tenemos pruebas de lo que ha dicho, sería nuestra palabra contra la de Antea a quien Nolan conoce desde hace años. Además, sabes la fobia que Heather tiene a las manchas del sol, si va a hacer

algo, lo hará ahora. Tenemos que encontrarla como sea.

Lexi se detiene frente a mí en mitad de un sendero con enredaderas y me pone las manos sobre los hombros.

—Le has calmado, le has dado paz en el momento que más lo necesitaba y has acudido en pijama a ayudar a Lay. Le importas. No tengo ninguna duda de que creerá tu palabra antes de la de Antea.

Es patético que a mi corazón le salgan alas y revolotee por todo mi pecho. Ni siquiera debería creérmelo.

—En cualquier caso, hoy Láhria se quedará con Ridelmunt. Puedo hablar con él por la mañana.

—O podíamos pasarnos por el hospital y hacerle una visitilla.

—Lex, Heather.

—Tengo una pregunta —se agarra a mi brazo y deja que la arrastre hacia delante.

Pese a las farolas, la iluminación es escasa así que tenemos encendidas las linternas de los móviles.

—Dispara.

—¿Crees que Heather se ha liado con Trent? Él nunca mostró interés en ella, pero ¿crees que ahora están juntos *juntos*?

En mi fiesta de graduación, Heather me tiró una copa de champán encima y aprovechó cada oportunidad que tuvo para estar pegada a Trent. Amy, Lexi y Daisy me arrastraron hasta el baño más cercano, Amy me dejó su falda, Lexi su top y Daisy sus tacones. *Acabé subiendo al escenario más guapa de lo que había salido de casa.* La lista de putadas de Heather no es corta y su interés por Trent no ha sido escaso durante los años.

—Sí, lo están, se merecen el uno al otro.

—Guau, me acabas de convertir en la hermanastra más feliz de la historia. No te puedes imaginar la de tiempo que llevo odiando a ese impresentable petulante y narcisista.

—¿Que no me lo puedo imaginar? Tardaste dos semanas en confesarme que "no te caía muy bien". —Alzo dos dedos en su cara—. ¡Dos!

Se carcajea.

—Odiaba que te tratara mal —dice, sus palabras acompañadas del sonido del agua y la fauna nocturna—. ¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Lo que puedes hacer es dejar de preguntarlo todo el tiempo. —Le ataco con un dedo justo entre las costillas haciéndole cosquillas.

—¿Como te sientes respecto a Lay? Os he visto juntas y no es solo que te mire como si fueras un hada mágica caída del cielo, tú también la miras a ella como si fuera la reencarnación maja de campanilla.

—Lay es… una personita única y maravillosa. Le apasiona todo, en especial la gimnasia artística, el rosa y Cleo. Es graciosa hasta cuando se enfada, Nolan le hace comer demasiadas verduras, pero ella siempre se las come. —Se me curvan las comisuras de los labios—. Es una niña, una bastante responsable y madura para su edad. Cuando Sherlock enfermó actuó de inmediato y desde entonces no le quita ojo de encima. Tiene a Nolan en un pedestal y no me extraña nada. Solo de pensar que sus padres no van a ver la mujercita en la que se está convirtiendo… —Sorbo mis emociones y aparto las que me caen a traición por las mejillas.

—Tiene a muchas personas que la quieren, es una niña afortunada. —Me da un beso en la mejilla y caminamos en silencio los siguientes minutos.

Nos metemos por donde no deberíamos y encontramos una cascada que ramifica en distintos ríos que viajan en dirección hacia el resort. Lo vemos poco después de dejar atrás la señal de prohibido el paso.

—¿Quién anda ahí? —Una luz cegadora nos apunta directamente a la cara—. ¿Es que no habéis visto los carteles? Esta zona es exclusiva

para el personal de trabajo y… ¿Nina? ¿Nina Andrews?

Ay, Dios.

—¿Sí? —pregunto bajando el móvil, la mujer de uniforme se acerca a nosotras.

—Sí, sí eres tú —dice la del pelo lila de punta bajando la linterna hasta nuestros pies mientras me fijo en el piercing de su nariz—. Una pena lo ocurrido con Nolan. No se lo tengas en cuenta, los hombres de Mountville suelen ser duros de mollera, pero también suelen entrar en razón. Yo soy *team Nina*, por supuesto, ¿os puedo ayudar en algo? ¿Qué hacíais por aquí?

Magda Knot nos cuenta que su trabajo es vigilar que los jóvenes adolescentes de Mountville no tomen la reserva natural de agua del lujoso resort como una piscina pública.

—Entonces, ¿esta zona está siempre vigilada?

—Sí, Thomas y yo hacemos la ronda por la noche, Layla y Michael se encargan durante el día.

—¿Dónde está Thomas? —pregunta Lexi con cara de dudar si existe de verdad.

—Al otro lado del charco —se ríe de su propia broma y nos señala el puente tras la cascada, está tan rodeado de vegetación que casi ni se ve—. Eh, Thomas, ¿estás ahí?

—¡No, me he vuelto a casa y estoy viendo la tele con una cerveza! —responde alguien desde la lejanía.

Lexi y yo compartimos una mirada. Hay mucho tramo desprovisto de vigilancia. *Claro, en un lugar en el que nunca pasa nada, la gente acaba confiándose demasiado.*

—Magda, ¿por casualidad no habrás visto a alguien rondar por la zona?

—¿Dices aparte de vosotras? —Antes de que diga nada más algo similar a una piedra inmensa cae al agua.

—¡Nina, ahí! —Lexi señala una sombra que huye a toda prisa entre los arbustos.

26

Nolan-Kane

La policía de Mountville está revisando las grabaciones de las cámaras de seguridad de la zona, pero Heather Phough, prima de Nina, es la principal sospechosa.

El suministro de pesticida que compró en el comercio local fue encontrado sumergido en nuestro cauce mayor. El suministro de agua natural del resort se basa en tres ríos, uno de los cuales ha sido sumamente contaminado. Dicha sustancia resulta muy tóxica para la piel y los ojos así que Heather ha convertido un tercio del resort en inhabitable, ya sea por las piscinas o las duchas. No hay duda de que desalojar y reubicar a los huéspedes en mitad de la noche no atraerá clientes.

Julio está hablando por dos teléfonos a la vez cuando llego a la recepción llena de clientes cansados y descontentos. *Se nos ha hecho de día.*

—¿Novedades? —pregunto en cuanto cuelga, lleva el uniforme encima del pijama aunque solo yo lo veo.

—Tengo a todos mis chicos limpiando habitaciones como locos, pero no dan abasto.

—¿Qué más?

—Falta comida en el salón comedor porque la gente come cuando

está atacada de nervios.

—¿Qué más?

—Se me están acabando los chistes de la peste negra.

Hemos pagado mil dólares a todos aquellos que fueran a dejarnos hoy, con tal de que lo hicieran a primera hora de la mañana. Tenemos estancias libres para todos los que necesitan ser reubicados, pero eso no lo soluciona todo.

—La gente ya está empezando a hablar —Julio sonríe de forma tensa—, he contado tres influencers entre nuestros clientes, ¿sabes lo malo que es esto?

—Centrémonos en lo que podemos hacer ahora. Sofía, Cameron, Mía y sus respectivos equipos han convertido el noreste del resort en un mar de tumbonas, sombrillas y cócteles para todo aquel que no tenga habitación hasta más tarde, envíalos allí a descansar.

—Eres un salvador, un héroe a caballo que trae calma en mitad del cataclismo.

—Que alguien les lleve personalmente las llaves de sus habitaciones cuando estén preparadas. —Le doy mi tarjeta y le sostengo la mano—. Pide comida a donde haga falta, no importa lo que cueste, pero que la traigan rápido y que sea de la mejor calidad. Llama a Teresa, dile que contrate animadores para hacer actividades en la playa con los niños y masajistas para los padres. Al tratar con los clientes utiliza la palabra «gratuito» en cada frase que puedas. Ah, y Julio estás haciendo un gran trabajo, aguanta.

—Por supuesto, jefe. Podemos con esto. —Se frota las manos y hace pasar a los siguientes de la fila—. ¡La pareja Bezinton, adelante! Tan resplandecientes en mitad de la tormenta, no servirían de extras para The Walking Dead, ¡tienen muy buen aspecto! ¿Pero han oído hablar de los masajes gratuitos al atardecer?

Vuelvo a mi villa para cambiarme y darme una ducha antes de

volver al trabajo.

—¡Los turistas ya han empezado a poner malas reseñas! —oigo decir a Nina con voz ahogada y temblorosa antes de cruzar a mi jardín —. No es solo que no puedan usar parte de las instalaciones, sino que se ha corrido la voz y saben que lo que ha pasado podría afectar a su piel y a sus ojos. ¡La gente ya está echándole la culpa al resort de sus dolores!

—Es evidente que Trent está detrás de esto, pero hay algo que no me cierra. ¿Por qué iba a perder Nolan su licencia de médico por esto? No tiene sentido.

—Láhria.

—¿Qué le pasa? Eh, ¿Nina, me oyes?

—Lexi, ¿y si lo de su licencia no tiene que ver con *esto*? ¿Y si tiene que ver con Láhria?

—Respira, no tenemos motivos para pensar que Trent llegaría tan lejos. ¿Puedes calmarte un segundo? Te estás poniendo muy roja.

—Láhria se puso mala en el cumpleaños de Cleo y Antea fue quien lo organizó. ¿Y si ella está de parte de Trent de alguna forma? Antea lo dijo anoche, Lay es su debilidad, si le pasa algo Nolan no razona. Sería mucho más sencillo que cometiera un error médico si no estuviera en sus cabales.

—“Veremos cuánta atención deja de prestarte cuando la pequeña Lay tenga problemas” —sigue Lexi—, eso fue lo que dijo. Pero es una locura, ¿no? ¿Crees que Antea llegaría tan lejos?

Entro en el jardín y las piedras preciosas que Nina tiene por iris le ocupan toda la cara dejando el espacio justo para las marcadas ojeras que le ha traído estar toda la noche despierta.

—¿De qué estáis hablando?

Reticente en principio, noto como teme que no la crea. En parte me alivia, es evidente que no se da cuenta del lugar que ocupa en mi

vida. *Solo tengo que conseguir que la cosa siga así hasta que se vaya.*

—Nunca volváis a hacer algo así, ¿entendido? —miro a Lexi con la esperanza de que sea más racional—. Nunca investiguéis por vuestra cuenta, dejádselo a la policía. Si Trent tiene comprada a la gente, no sabemos de quién podemos fiarnos, ¿entendido? Y en cuanto a Antea, yo me encargo.

—No es por nada, pero la vigilancia del resort es tan pésima que una inglesa flojucha ha podido cargar con un montón de sustancias contaminantes por ahí sin ser vista. —Lexi resopla y se cruza de brazos—. En serio, fijo que la red de cotilleos se ha enterado antes que la policía.

¿Podría estar más claro que son familia?

—¿En qué podemos ayudar? —pregunta Nina, manteniendo las distancias.

—En nada. Quedaos aquí y cuidaos las espaldas.

—¿Es que no has oído lo de Antea? —insiste alterada—. ¿Lo de Lay? ¿Y si fue ella la que le hizo daño?

Su preocupación, su miedo y su insistencia me matan. Le importa Lay y a pesar de todo lo que he hecho, le importo yo. En mi peor momento está aquí, preguntando en qué puede ayudar. *Si tenía alguna duda de que no me la merezco, queda despejada.*

—Te he oído, Nina, pero no veo por qué te incumbe. Nada de esto es asunto tuyo. Lay no es tu hermana, este no es tu resort, así que hazme el favor de quedarte en tu villa y no causarme más problemas de los que ya tengo. Ninguna de las dos.

Me doy la vuelta y entro en mi jardín sin darles la oportunidad de replicar. *Las tartas se hicieron en el Boogie,* me recuerdo, *bajo la supervisión de Rid.* Cierro la puerta de casa y saco el móvil. *Cálmate.* Ridelmunt me ha escrito, Lay está triste por lo ocurrido y porque Cleo no le coge el teléfono.

—El resort estará bien, Lay, solo es un mal bache.

—¿Y si no es un bache? ¿Y si es un hoyo?

—No lo es —subo las escaleras con una sonrisa—. Y en cuanto a Cleo, no te preocupes, es muy probable que siga dormida como una marmota. Dale un par de horas más.

—Cleo no duerme tanto —musita y me dan muchas ganas de ir a casa de Rid para animarla.

Los dos días de fiesta en el colegio han llegado en un mal momento para ella porque no va a ver a Cleo, así que tendrá que ser paciente. Insiste en ir a su casa, pero no puedo dejarla. No, sin estar seguro de lo que es capaz de hacer Antea. *Por eso necesito ir a verla, hablar con ella cara a cara.* Me ducho, me visto y antes de salir hacia su casa, me encuentro a Nina de brazos cruzados en mitad de mi salón.

—¿Qué haces aquí?

—Tienes que dormir, no sirves de nada al resort de tus padres si te desplomas por el cansancio. El cerebro necesita desconectarse de vez en cuando, siendo médico deberías saberlo —se acerca a mí y freno mis pasos, retrocedo para que no me toque. Para mi suerte, me empuja hasta que me siento en el sofá y luego vuelve a cruzarse de brazos—. Nuestra separación ha sido de mutuo acuerdo, por si no lo recuerdas. No estoy comportándome como una acosadora, así que deja de mirarme así.

Te miro como lo que eres, un puto planeta que no se ha enterado de que es la luna quien orbita a su alrededor y no al revés. Me paso una mano por el pelo mojado apretando los dientes en un último intento de no atraerla hacia mí, no tumbarla bajo mi cuerpo y hacerla gemir mi nombre hasta que el mundo entero se entere de que es solo mía.

—Vas a dormir —insiste en mitad de mi soliloquio interno.

Me pongo en pie y la miro desde las alturas.

—Sal de mi casa.

—No, hasta que razones como un adulto.

—¿Cómo un adulto? —Me arranca una sonrisa, lo admito, una que se esfuerza por no corresponder.

Diez, nueve, ocho, siete…

—Sí, deja de comportarte como un crío, Nolan-Kane. Podemos dejar nuestras diferencias a un lado.

—Diferencias —repito irónico.

—¿No lo llamarías así?

—Joder, no. —De uno de mis mechones cae una gota y aterriza en su mejilla, demostrando que la distancia es demasiado escasa como para tener nada bajo control.

Me imagino que se mueve, que la forma en que alza la barbilla corresponde a lo que quiero. Se me hace la boca agua y el corazón trizas de pensar en sus labios. Mi cuerpo entero sufre su pérdida cada vez que estamos tan cerca, pero ella disfruta torturándome.

—¿Por qué? —musita.

Porque a ti no podría perderte, no después de tenerte de verdad. Porque de eso no me recuperaría y hay alguien que necesita que esté ahí para ella.

—Haces demasiadas preguntas. —La punta de nuestros zapatos chocan.

—Tú rara vez las contestas. —La intensidad de su iris me atraviesa.

—Sal. De. Mi. Casa.

—Estás perdiendo unos valiosos minutos de sueño. —Respira con dificultad.

—¿Sabes qué? —Rozo sus labios un poco más con cada palabra, pero no hay beso—. Quédate si quieres, Nina, no me importa nada.

Salgo de la villa con el pulso a mil y jadeando. Ni siquiera me

molesto en cerrar la puerta. Llego furioso a casa de las Wilson, lo cual ya es un mal comienzo. Me abre la puerta y algo en su mirada me asegura que me esperaba.

—Nolan-Kane, qué grata sorpresa. —Se cruza de brazos arrugando su camisón—. Es evidente que cuanto menos te busco más llamas a mi puerta. Fíjate, con todos los problemas que tiene el resort y tú estás aquí, en mi entrada. Resulta halagador.

La miro a los ojos una larga pausa. Es evidente que me detesta, pero me niego a creer que está detrás de todo.

—Si sigues mirándome así voy a empezar a pensar que quieres un beso.

—¿Pretendes alejar a Cleo de Láhria por lo que ha pasado entre nosotros?

—Mucho me temo que las diferencias entre ambas familias son demasiado grandes para seguir pasándolas por alto.

—Separándolas estarás haciéndole daño a ambas. ¿Es que no te importa? Joder, Antea, Cleo es tu hija.

—Exacto, y como su madre, no pienso aguantar que malas influencias revoloteen a su alrededor. No cuando está en una edad tan manipulable. —Da un paso hacia delante—. Si tanto te importa que Cleo hable con Láhria de nuevo, échala.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído, echa a Nina de la villa. ¿Es tu resort, no? Pues toma cartas en el asunto. Aléjala de ti tanto como puedas y la pequeña Lay volverá a tener a su mejor amiga.

No doy puto crédito. El calor que Nina ha dejado en mi cuerpo desaparece y en su lugar solo queda el hielo. *Si Antea es capaz de perjudicar así a su propia hija, podría llegar más lejos con Lay. Podría hacerlo con tal de vengarse.*

—Antea, te lo advierto, estás jugando con fuego.

—Sí, ¿verdad? —se muerde el labio—. Pues si pasas dentro, juntos nos podemos quemar.

—Te juro que si haces daño a Lay de alguna forma tú y yo vamos a tener un problema.

—Las amenazas me ponen mucho, Nolan, sigue así.

Abandono la entrada, me meto en el coche y recibo una llamada de la policía justo antes de hacer algo estúpido con mi cabreo como denunciarla sin pruebas metiendo a Nina y a Lexi en un berenjenal que no les incumbe.

El edificio de la comisaría es pequeño y con muchas ventanas, aparco cerca de la entrada y subo las escaleras de dos en dos con tal de saber las novedades. Con el acceso a las cámaras de seguridad de las que disponemos, junto con la del resto del pueblo que las ha cedido de sus establecimientos en tiempo récord, nos ha permitido dar con lo que buscábamos.

—Tenemos imágenes claras de Heather Phough así que no hay duda de que fue ella —dice Rafe Richards, jefe de policía de Mountville.

La tenemos.

—¿Y cuál es el problema? —pregunto leyendo su tono.

—Que no sabemos a dónde ha huido, es como si después de su crimen se hubiera evaporado sin más.

—O como si alguien le hubiera dicho de qué cámaras esconderse.

—Es otra posibilidad, sí. La mala noticia es que esto no es Nueva York, ni nosotros el FBI, así que nos faltan datos. Aunque no sabemos su paradero actual, seguiremos buscando.

Traducción: no la tenemos.

Vuelvo al resort antes de que llegue el equipo que durante la próxima semana y media va a encargarse de arreglar el estropicio de Heather y que con toda seguridad, va a arruinarme. Me siento

culpable, pero estoy demasiado ocupado intentando que no se venga todo abajo como para ahondar en el sentimiento autodestructivo de los cojones.

Veo a Raider con dos bandejas de bebidas llenas hasta los topes y le quito una con ganas de cogerle ambas.

—¿A dónde?

—A la playa, jefe. Por cierto, Lionel y Bhangdad siguen vigilando a Nina como pediste, no hay rastro de Trent por el momento.

—Bien, que me mantengan informado. ¿Qué haces tú yendo a la playa? —Caminamos por el sendero que va a la zona privada de la playa.

La misma que el alcalde de Mountville nos ha cedido de buena fe.

—Emily ha tenido que cubrir a Liam y él a Tania. Nathalie se ha puesto enferma del calor, dicen que casi ha sido una insolación.

Le devuelvo la bandeja, saco mi cartera y luego una tarjeta de crédito.

—Si le dejas las marcas de tus dientes te despido, chaval —digo antes de ponerle la tarjeta en boca y quitarle las dos bandejas—. Pide a Charlize que traiga a más gente cuanto antes, luego ves al almacén de personal, coge todo el protector solar, las gorras y las gafas que encuentres y repártelas. No quiero ver a una sola persona haciendo el tonto, ¿entendido?

—Sí, capitán.

El día es de locos y mi cabeza empieza a pasarme factura a eso de las cuatro de la tarde. *Dicen que los médicos somos los peores pacientes y puede ser del todo verdad, sí.* Me tomo una pastilla para que el duende invisible que me está taladrando el cráneo se tome un descanso y sigo a lo mío.

Me cruzo con Lora cuando voy a buscar a Julio, la sigue todo un séquito de mujeres en mallas que pasan de largo cuando ella se

detiene frente a mí.

—¿Qué hay, Nolan?

—¿De qué va esto, Lora? ¿Qué hacéis?

—Estamos buscando a la culpable, claro —dice y en ese momento oigo lo que van canturreando acerca de una chica con tatuajes—. Lo tendremos solucionado pronto, espero, ¡nadie va a quedarse sin vacaciones! —El eco eufórico que la sigue la hace reír—. El resto de Mountville patrulla por los alrededores del resort. Nina y Lexi han tenido la idea.

Sigo sin creérmelo incluso cuando bajo al pueblo y las veo con mis propios ojos. Alguien ha puesto la foto de Heather en camisetas. *Todos han salido a la calle.* Se me agarra algo a la garganta que no me quito carraspeando.

Me dirijo hacia ella, sin saber qué narices voy a hacer cuando la tenga a un palmo. Probablemente algo por lo que luego pueda sentirme muy mal conmigo mismo. Por suerte no llego a mi destino. Me cruzo con Sadie Thatcher y está cerca del llanto, una vez más la culpabilidad haciendo de las suyas.

—¡Ay, Nolan! ¡Nolan! ¡Nunca le habríamos vendido nada de saberlo! Tienes que creernos. ¡Mi Dominic casi se desploma al oírlo!

—No lo he puesto en duda en ningún momento, Sadie. Os conozco bien. —Le doy un ligero apretón de manos cuando me las coge—. Dile a Dominic que no se preocupe y por favor, resguardaos del sol.

Decir que estoy hecho polvo se queda muy corto, pero no salgo del resort hasta que el sol se esconde dejando el cielo naranja. *Todo el mundo tiene habitación. Mañana volverá a ser un día de locos, pero saldremos adelante.* Christian me llama y me da la que sin duda es la mejor noticia del día.

—Tengo todo lo que necesitaba, voy a proceder con lo acordado.

—¿Crees que será antes de la semana que viene? —pregunto

después de darle las gracias de nuevo.

—Será mañana, tío, ¿qué parte de «lo tengo todo» no has entendido?

Mañana. Hijo de puta, sabía que podría conseguirlo.

Llego al *Boogie* y tal y como esperaba, Lay sigue tan triste como las dos veces que la he llamado. Mi enfado con Antea resurge y dudo si acabará causándome una úlcera estomacal.

—¿Qué hay, pequeñaja?

—¿Cómo ha ido? —Me abraza—. ¿Los malos te han fastidiado mucho?

—Un poco, pero nada que no tenga solución. —*Pese a que no encuentro inversores que crean en mi proyecto, sí que he recibido muchas ofertas de vendedores. Esa pésima opción siempre ha estado ahí, tal vez haya llegado el momento de aceptarla*—. ¿Y tu día qué tal?

—Bien, pero Cleo sigue sin contestarme a los mensajes. Está enfadada conmigo, seguro. Ya no sé qué decirle, nunca se había puesto así y no sé qué he hecho —dice y cuando miro a Ridelmunt sé que no voy a poder sobornarla con algo bueno de comer, porque tiene escrito por toda la cara que ya lo ha hecho ella.

—Tú no has hecho nada, Lay.

Volvemos a la villa y ni siquiera quiere jugar en la piscina. A veces le compro cosas y las guardo al fondo de mi armario para dárselas cuando quiero animarla, pero no me parece que esta vez vaya a ayudarme en absoluto. Si Antea se propone apartar a Cleo de nosotros, Lay va a estar muy triste una larga temporada. *Lo cual me jode horrores.* Salgo al jardín con ella un rato y me dedico a contarle cosas buenas que me han pasado hoy, pero nada le quita el brillo de lágrimas en los ojos.

—Lora es muy guay, igual que sus amigas de las mallas. Nolan, ¿puedo ir a ver a Nina un rato antes de cenar?

¿Y ahora cómo le digo yo que no, a ver? Busco las palabras, pero no las encuentro. Estoy a punto de decirle que sí cuando unos pasos acelerados entran en el jardín. Los oímos antes de ver a quién pertenecen.

—¡Laaay!

—¡Cleo! —Láhria corre hasta su mejor amiga que llega echa un mar de lágrimas hasta su abrazo.

—¿Estás bien? —pregunta Cleo—. ¡Estaba muy preocupada por ti! Desde que fuiste a ver a la directora no he sabido nada de ti. ¡Ayer no pude dormir, ni dejar de llorar!

—¡Yo tampoco he podido dejar de llorar, pensaba que estabas enfadada conmigo!

—Mamá me quitó el móvil, ¡me ha castigado y no sé por qué! Dijo que no podías quedarte a dormir en mi cumple porque no estoy sacando buenas notas, ¡pero sí las saco! Me he escapado y casi me pierdo para llegar aquí, ¡me ha dado bastante miedo, pero tenía que venir!

—¡Lo siento mucho, Cleo! —solloza aferrándose a ella.

—¡Dime que estás bien! Dímelo de verdad.

Nina aparece jadeando y con una camiseta con la cara de Heather impresa, busca con miedo el origen de los llantos y cuando lo entiende, se le llenan los ojos de lágrimas. *Oye llorar a Lay y viene corriendo. Eso es lo que hace.*

Estoy a punto de pedirle que se case conmigo.

En vez de eso, me levanto, saco mi móvil tragándome el puto nudo de la garganta por millonésima vez hoy y hago la llamada que debería haber hecho días atrás.

—Señor Wilson, soy Nolan-Kane. Tenemos que hablar de su hija.

27

Nina

El sol brilla con una fuerza y luminosidad exagerada esta mañana. Algo tendrá que ver con que tengo la casa llena de gente.

—No me puedo creer que haya pasado tanto en tan poco tiempo —dice Amy boquiabierta, zarandeando las prendas de mi armario—. Lexi, has traído de vuelta a Nina-Dinamita, ¿pero esto qué es? —sostiene una minifalda blanca que aún no he tenido el gusto de ponerme.

Es muy mini.

—Sí, Nina, tiene muy buen aspecto —dice Daisy con corazones en los ojos.

—Vale ya de hablar de mí como si no estuviera presente —repito por quinta vez desde que movieron sus culos y sus maletas a mi villa.

Nuestra villa.

—El mérito no es todo mío —dice Lexi sacudiendo la mano para calmar a sus fans—, sino del rey de los vikingos.

—¿Y cuánto vamos a tardar en conocerlo? —La voz de Amy sube una octava en la escala de la seducción.

Lexi las empuja a la ventana en cuanto oye la puerta de su casa cerrarse.

—Santo cielo —Daisy empieza a abanicarse.

—¿Tiene tatuajes? —babea Amy—. No sabía que los médicos podían tener tatuajes.

—Tatuajes y resorts de lujo —dice Lexi presumiendo de Nolan como si fuera su obra maestra.

—¿Podéis apartaros de la ventana? —pregunto acercándome a ellas para hacerlo yo misma, siendo vil y cruelmente atrapada por la mirada de Nolan que escoge ese preciso instante para mirar en nuestra dirección.

Ni siquiera me dio las gracias por lo que hicimos con la búsqueda de Heather. *No es que hubiera aceptado su agradecimiento…¡pero no hubiera estado de más poder rechazarlo!* En vez de eso ni siquiera se acercó, se dedicó a mirarme desde la lejanía de esa forma que me desnuda el alma por mucho que yo me esfuerce en apartarle y luego se marchó. *Qué molesto.* Echo las cortinas.

—Dime que alguna vez te has dejado la ventana abierta para que te vea cambiarte —me reta Amy con un movimiento de cejas—. Va, atrévete a negarlo.

—No lo he hecho. Al menos, no aposta —admito, ganando la inmediata perplejidad del público—. No pienso hablar del tema.

—Oh, sí, ¡ya lo creo que sí! —Amy me empuja a la cama casi salivando.

—Suéltalo con todo detalle o bajaremos a preguntárselo a él —dice Daisy.

Estas bajo la influencia de unas y otras son más peligrosas que nadie.

—Salí de la ducha y no había deshecho la maleta así que mi leche corporal estaba en la maleta.

—Leche dice, sí —se ríe Amy—, ¿será el destino?

—¿Te vio desnuda frotándote el cuerpo? —repite Daisy roja como un tomate.

Y eso que me guardo lo que siguió para mí.

—Me vio la mitad del cuerpo, la toalla se me cayó hasta la cintura, y solo me estaba poniendo crema.

—Sí, se te cayó —dice Amy con una sonrisa pícara—. Fijo.

Les recuerdo la conversación que tuvimos en mitad de la carretera, les reafirmo que nunca volveremos a lo que fuera que tuviéramos y dos tercios me creen. Lexi, por el contrario, parece menos convencida.

Decidimos formar parte de la patrulla que busca a Heather durante la mañana. Al mediodía vamos a la playa y cuando llegamos a la villa después de comer estamos muertas, en una demostración innecesaria y despiadada de la vida de evidenciar lo poco en forma que estamos.

—¿Y si dejamos que la policía de Mountville se encargue de encontrar a Heather? —propone Amy.

—Claro, porque no soy directamente responsable de todo lo que está pasando.

—¿Puedes dejar de sentirte culpable? —me gruñe Lexi y me callo el gran «por supuesto que no»—. Trent es un piojo rastrero, esto no es culpa tuya.

Ahí no estamos de acuerdo. Esto sí es culpa mía. Igual que lo que está pasando entre Cleo y Láhria, también lo es. Antes de que llegara yo Antea y Nolan parecían tener una relación cordial que permitía a las niñas ser amigas. Es evidente que lo mejor que puedo hacer para todos es largarme de aquí, cuanto más lejos mejor.

—Uy esa cara —me señala Amy que no deja de comer pedazos de mango y melocotón—, estás muy colada, ¿eh?

—Pfff, como que no ha sido evidente desde el minuto uno —resopla Daisy robándole mango.

—Estoy empezando a cabrearme, ¿en qué idioma os tengo que decir que se acabó?

Amy me pasa un brazo por encima.

—Está bien, Lady Guilt, ayudaremos a Mountville esta tarde. Pero como nos estás obligando a trabajar en vacaciones, tendrás que hacer algo por nosotras a cambio. —No me gusta la sonrisa perversa y seductora de mi hermanastra, nunca trae nada bueno.

Nos pateamos el pueblo una vez más y aunque tenemos la misma suerte que en anteriores búsquedas, con ellas resulta hasta divertido. Sobre todo cuando Daisy da un bote al ver que algo se mueve entre los arbustos y resulta ser la punta de una larga rama que ella misma está pisando. *La quiero tanto.* Volvemos a la villa, nos duchamos y nos arreglamos.

—Eh, suelta eso —pide Lexi cuando cojo un vestido azul.

Últimamente solo sé vestirme de ese color.

—¿Qué le pasa a este vestido? Es bonito.

—¿De verdad has superado lo de Nolan? —Amy se acerca con las manos a la espalda—. ¿De verdad has cerrado ese capítulo de tu vida?

Aprieto los labios.

—Sí, claro —digo, lo que le causa una sonrisa aún mayor y hace que la menor de las hijas de Victoria Daughbeth se convierta en puro peligro.

—Pues vas a ponerte esto —me pone delante un corsé plateado con cuerdas en el escote.

Daisy aplaude entusiasmada cuando lo cojo y luego me pasa un sujetador sin tiras que también tiene hilo plateado, además de encaje.

—¿No es demasiado? Solo vamos a un bar de Mountville.

—Nunca es demasiado —dice Lexi sacudiendo las brasileñas a juego.

Me dan calores solo de ver lo provocativas que son, enseñan más que tapan.

—Y por último, el plato fuerte —Daisy señala la única prenda de

mi armario por la que llevan babeando todo el día.

Como no, hacen piña para que me ponga la falda más corta que tengo, ¿y yo que hago? Pues me la pongo.

—Te vibra el móvil —dice Lexi alcanzándomelo y temo de inmediato que sea Ridelmunt, pero veo que es un número desconocido.

Descuelgo y las palabras al otro lado de la línea hacen eco en mi cabeza. Mi mente es un mar bravo en mitad de la tormenta y yo soy un pez de colores pidiendo calma. Respondo como bien puedo. Mi visión se vuelve borrosa y hago todo lo que está en mi poder por no echarme a llorar. No funciona. Me aferro al teléfono con fuerza para que no se me caiga de las manos. La conversación dura demasiado para las pocas palabras que soy capaz de formular, aparto las lágrimas y cuando cuelgo todas me miran.

—¿Qué pasa, Nina? —Se amontonan a mi alrededor—. ¿Quién era?

—Era *The Science of Physics,* dicen que quieren hacerme una oferta de trabajo, que hace años que buscan una física teórica con mis proyecciones y mis ideas, que si me parece bien el lunes hacemos una entrevista por zoom para ultimar detalles. —Me sueno de forma sonora.

—¡Oh, dios mío! —grita Lexi, tapándose la boca antes de saltar como loca mientras yo sigo en shock.

—¡Ninaaaaa, es increíble! —Amy me zarandea al borde del ataque.

—No lo entiendo. Ni siquiera les escribí —*no me atreví a apuntar tan alto con todos los problemas que tenía encima.*

Amy grita eufórica, Daisy me limpia las lágrimas aunque no paro de llorar, luego me abrazan todas a la vez.

—Debe ser la suerte que trae este lugar, ¡más razón todavía para

ir a celebrarlo! —exclama Daisy, y eso hacemos.

Después de retocar algún que otro maquillaje.

La mayoría de bares de Mountville se transforman bien entrada la noche. Lexi y yo nos hemos negado a volver al *Hakles* así que entramos en el *Boogie* por primera vez y hay muy buen ambiente. Las pocas mesas que hay están apartadas del centro donde la gente baila, nosotras vamos a la barra y pedimos mojitos de sabores.

—¿De verdad lo hicisteis en su consulta? —pregunta Daisy sorbiendo de su pajita.

—Si es para eso yo también quiero ir al médico —murmura Lexi —. ¿Quieres volver a contarnos la historia?

—Y yo que creía que íbamos a pasar ya del tema —me quejo aunque la piel me vibra con pura felicidad asfixiante, demoledora y perfecta—. Voy a tener trabajo, ¿no es eso más alucinante que cualquier otra cosa?

No contestan, solo alzan sus repelentes cejas y con eso basta.

—Cielo, vas a tener que hacer algo más que vestirte como una diosa del Olimpo que ha decidido bajar al reino de los mortales para que nos olvidemos del tema —Amy se muerde su labio inferior rojo como el pecado y luego echa un vistazo al resto de Mountville que baila al ritmo de la música—. Ese de ahí, por ejemplo.

Todas miramos al moreno de ojos verdes que baila como lo hacen la mayoría de los hombres con una copa en la mano: poco y desprendiendo cierta ternura por ser un pez fuera del agua.

—¿Pero aquí qué les dan de beber? —pregunta Daisy—. Esto empieza a parecer una cámara oculta.

—Ves y háblale —dice Amy—. Si lo haces, no volveremos a sacar el tema Nolan en todas las vacaciones.

—¿Qué dices? —se queja Daisy—. Si a mí me encanta hablar de… —Lexi le pone una mano en la cara.

—¿En todas las vacaciones? —repito y las tres asienten, unas por voluntad más propia que otras.

Le doy mi mojito a Amy y me acerco. Su amigo me ve antes que él, le da un codazo en el costado y tras un movimiento de barbilla Sr. ojos verdes me encuentra. Le sonrío y pongo todo mi empeño hasta que me doy cuenta de que no sé hacer esto. De que nunca he hecho esto.

—¿Te apetece bailar?

Le da la copa a su amigo y asiente, me pone una mano en la parte baja de la espalda y me guía hacia la pista sin dejar de mirarme. Debería sentir algo, cuando me atrae hacia sí y me pone los brazos en su cuello. Huele muy bien, a algo que no me molesto en descifrar mientras nuestros cuerpos se mueven con sincronía.

Esfuérzate, eso es lo que vas a tener que hacer cuando salgas de aquí.

Me trago mis emociones y hundo las manos en su pelo mientras sus labios se acercan a mi boca. Los esquivo y se acercan a mi cuello. *Maldito seas, Nolan-Kane. Me has arruinado la vida social y sexual para los restos.*

—Eres muy guapa, princesa —susurra.

—Gracias.

—¿Siempre eres tan educada?

Le doy la espalda y la idea le gusta todavía más. Mi culo, de hecho, le encanta. Sus manos suben por mis piernas y están cerca del borde inferior de mi falda cuando le veo. *Ya me lo estoy imaginando otra vez.*

Cierro los ojos con fuerza y juego a que son sus dedos los que me acarician, es casi sencillo porque ya han estado en mi piel. *Salvo porque las de Nolan me tocan de forma diferente. Como si importara, como si todo importara.* La temperatura cambia frente a mí, pero no abro los ojos hasta que el cuerpo detrás de Sr. ojos verdes se tensa.

—Nolan —oigo decir a alguien.

Abro los ojos: está delante de mí. Es una torre imperturbable que nada podría derribar jamás, una que no me ve.

Sus ojos de amenaza asesina están clavados en el hombre que ya no está tan interesado en mi culo. No dice ni una palabra, pero me suelta y desaparece con un rápido «lo siento».

—¿Por qué has hecho eso? —le grito por encima de la música—. ¡Solo estábamos bailando!

El glaciar azul cae sobre mí de golpe y pesa demasiado para lo que soy capaz de resistir. Mi cuerpo cede, ardo de pies a cabeza. Nolan me abrasa sin siquiera intentarlo.

—Tenemos que hablar.

Su voz, su mirada, la energía peligrosa que emana me hace estremecer, entonces me coge de la muñeca y tira de mí sin dejar opción a reproche. No escucha lo que le digo, solo tira de mí haciéndome esclava y prisionera de su delirante contacto.

—¡Suéltame! —Gruño cuando reacciono, ya fuera del bar—. ¿A qué ha venido eso?

Estoico, sereno, paciente e imperturbable, Nolan-Kane toma una bocanada de aire, se detiene frente a mí y cuadra los hombros.

—¿Solo bailando? —Estrecha la mirada—. Lo tenías encima como un puto pulpo baboso.

Eso no ha sido estoico.

—¿Y a ti eso qué más te da?

Endurece la mandíbula y separa sus labios para contestar, pero se da cuenta de toda la atención que estamos atrayendo. Intenta volver a cogerme, pero doy un paso atrás encendiendo su mirada.

—Nins, sube a la camioneta —señala el vehículo alejado de la entrada.

Sacudo la cabeza cuando habla sin dejar de mirarme el cuerpo, la

falda. *¿Por qué respira así? ¿Qué me está haciendo?*

—Ahora —ordena—. Tenemos que hablar.

—No.

Se le hincha el pecho perdiendo los estribos y la parte baja de mi estómago se contrae con la fuerza de vas-a-quedarte-mis-bragas-Kane.

—¿Han vuelto? —cuchichean a nuestra espalda—. Solo saben discutir, aunque hacen buena pareja.

Nolan da un paso a mí y su olor me derrite.

—Empieza a andar, ahora.

No debería ponerme tanto lo mandón que es, pero ya estoy mojada. Debería hacérmelo mirar.

—Mira, podemos hacer esto por las buenas o por las malas.

—Contigo solo parece haber una opción y no es por las buenas —alzo la barbilla deseando que sienta mi odio, justo cuando su mirada brilla con chispas.

—Como gustes. —Tira de mí, maniobra con una agilidad asombrosa.

No puede ser. Antes de que pueda decir palabra me tiene sobre su hombro. Le grito, pero no funciona. Aun así, no me canso.

—¡Bájame de inmediato, maldito neandertal!

Se ríe. Juro que el cretino insoportable tiene las santas narices de reírse. Tengo preparado el codazo que voy a darle en plenas costillas cuando me baje, pero cuando lo hace resbalo por su cuerpo y dejamos de respirar. Los dos.

Una pulsación después, abre la puerta del copiloto y mueve su insolente mentón hacia el interior. Me cruzo de brazos.

—¿Quieres que te ayude? —Alza una ceja antes de acercar su mano izquierda hasta mi culo y llevarse un manotazo.

—Cretino —murmuro entre dientes mientras me subo y ahí está otra vez el hoyuelo.

Joder, es atractivo de un modo cargante. El hombre más guapo que he visto en toda mi vida. Sin duda, también el más insoportable. El vehículo se mueve cuando cierra su puerta, pero no le miro, mantengo la vista fija en la gente que o bien ha decidido entrar de nuevo en el bar o se ha ido a casa perdiendo todo interés en el circo Kane.

—¿Qué quieres, Nolan? Aparte de estropearme la noche de celebración —pregunto, con un indebido deseo de que me pregunte.

¿Soy idiota por querer compartir mi gran noticia contigo?

—Ibas a estropeártela tú sola con tus malas decisiones.

Sí, soy idiota. Me muevo y hundo la mano en la maneta de la puerta, pero él pone una mano en mi muslo y la aprieta.

—Para. De verdad tengo que hablar contigo.

—¿Qué? ¿Qué es tan importante como para haberme tenido que coger como un neandertal? Nolan-Kane, borra esa sonrisa de tu cara, te lo advierto.

Me da un apretón en la pierna y se me va la fuerza por la boca. Luego me suelta y la temperatura de mi cuerpo baja varios grados, pero mi pulso sigue igual de acelerado.

—Teniendo en cuenta que no sabemos a quién tiene comprado Trent, tal vez no deberías acercarte demasiado a ningún desconocido.

Sus palabras se vuelven amargas cuando me atraviesan.

—¿Es eso lo único que te importa?

—¿Tu bienestar? Sí.

—Nolan, no hagas eso.

—Tal vez podrías tener la consideración de dejar de darme tantos problemas —dice y parece un ruego—, como ves, tengo mucho con lo que lidiar.

—Yo no te he pedido que me salves.

—Ni yo te he pedido que organices una partida para buscar a Heather. Respira más despacio, te va a dar algo.

Se me encienden las mejillas.

—Mire, *doctor*, no me interesan sus recomendaciones así que puede metérselas donde le quepan.

—*Nins*… —me alerta con esa voz de puma a punto de atacar a su indefensa presa.

—Perdiste la libertad de llamarme lo que quisieras cuando dejamos de… lo que fuera que estuviéramos haciendo. Así que para ti soy Nina, o en tal caso, la señorita Andrews. Ahora, si me disculpas, tengo que olvidarme de que te he visto la cara. —Sé que es mi última oportunidad de irme cuando me giro hacia la puerta.

Sé que en realidad no he tenido ninguna cuando alcanza mi mejilla, me atrae hacia sí y me besa con ansia haciendo pedazos mi máscara tan bien diseñada. Mi boca se abre a sus labios, deseosa de tenerle una vez más. Es posesivo, dominante, sus besos no tienen nombre, ni tampoco la adrenalina que zumba en mi pecho.

—Nolan —jadeo sin saber qué decir, cómo parar esto.

Tira de mí una vez más y estoy en su regazo, con la falda subida hasta las caderas y las seductoras brasileñas como única barrera entre mi piel y sus manos. Le arranco la camiseta, él me quita el sujetador dejando la mitad de mis pechos al descubierto, al parecer, lo suficiente para metérselos en la boca. Gimo más fuerte cuando lame mis pezones haciéndome ver las estrellas, empujándome sin misericordia alguna al paraíso.

—Esto no cambia nada —agarro la hebilla de su cinturón, lo desabrocho y después su pantalón.

Rasga un preservativo con la boca y siento el impulso irrefrenable de hundirme en ella. *Le deseo tanto.*

—Por supuesto que no —responde con los labios hinchados antes de sumergir las manos en el pelo y acercarme a él con necesidad brusca.

Aparta la fina tela de mis bragas y empiezo a moverme contra él cuando su erección ya no encuentra barrera alguna. La cabalgo y gemimos a la vez, como animales. Me besa un hombro, el cuello, me cuida y me saborea. Soy suya de todas las formas posibles y eso vuelve mi visión borrosa.

Cierro los ojos y le beso, diciendo todo lo que las palabras nunca podrán abarcar. Por la forma en que me corresponde, casi parece que oye la voz de mi cabeza. *Peor, casi parece que la comparte.*

Nos volvemos uno. Mi entrada está hecha para él y su polla lo sabe. Mis paredes se cierran más y más alrededor de su erección palpitante y el placer me desborda. La piel me arde y la sensación me sacude. *Te necesito.* Aprieto los músculos internos poniéndoselo más difícil y aunque su anatomía se contrae bajo mi cuerpo y maldice, no cede. No lo hace porque es un tío duro, la representación humana de lo que supone resistirse a las tentaciones y a los instintos primarios.

Resbala dentro de mí, me aprieta contra sí y entonces mete una mano entre nuestros cuerpos.

—*¡Nolan!*

Alcanza mi clítoris y me toca demasiado rápido como para que lo aguante. Demasiado bien como para que no me corra.

—*Nins* —gruñe, gime.

No sé ni dónde estoy, grito su nombre mientras palpito con una intensidad desconocida. Cada beso, cada caricia se escribe en mi piel de forma permanente. Le quiero y estoy a punto de admitirlo, de chillarlo. Me muerdo el labio para reprimirlo mientras entra y sale de mí. Alarga más y más mi orgasmo, algo que gracias a él mi cuerpo conoce como posible. Entonces se rompe conmigo.

—Hostia puta, Nins.

Es violento, indomable, el placer más absoluto. *Ojalá no hubiera barreras para poder sentir cómo te derramas dentro de mí.* El alivio no me

deja hablar, pero el nudo en mi garganta persiste.

Empapados en sudor, Nolan todavía está dentro de mí cuando pega su frente a la mía y me mira el alma a través de los ojos. *Te quiero*. Me coge la mejilla y vuelve a besarme. Lo hace durante tanto tiempo, que pienso que jamás me soltará.

Pero lo hace.

28

Nolan-Kane



No puedo quitarme de la cabeza a Nina montándome, dándome lo único que deseo y lo único en lo que pienso. Sus gemidos se clavan en mi cabeza y se reproducen en bucle. Estaba tan preciosa dejándome lamerle las tetas mientras me marcaba con sus uñas por todas partes. Pero es lo que dijo antes de irse lo que todavía no entiendo.

—Desde luego que esto no puede volver a repetirse —le contesto cuando me mira jadeante, abrochándose con manos temblorosas las cuerdas del corsé que todavía dejan expuestos sus maravillosos pechos.

—Bien, estamos de acuerdo entonces. Distancia. —Se arregla el pelo. Dios, no soy capaz de dejar de mirarla.

—Puedo ignorarte cuando te vea, si quieres.

—Por mí perfecto —dice con mejillas sonrojadas—. Aunque no voy a darle la espalda a Lay cuando es precisamente eso lo que Antea Wilson quiere que su hija le haga.

Se me escapa una sonrisa. Y no solo eso.

—De verdad eres mi cura.

—¿Q-qué has dicho?

—Que te alejes de mi hermana, yo me ocupo de Antea. —Muevo la cabeza fuera del coche.

—¿Cómo? —pregunta bien quietecita donde está, sin hacerme ni caso,

para variar—. ¿Cómo piensas hacerlo?

—No es asunto tuyo.

Gruñe y mi polla responde. Soy un puto débil.

—Quiero a Lay, ¿vale? Y también a… —se corta, traga con dificultad, su precioso cuello de cisne no parece dejar pasar el oxígeno.

Maldice y se baja de mi coche con algo muy parecido a «insoportable» entre los labios, dejándome con algo muy doloroso en la parte izquierda el pecho.

Por eso conduzco hasta el cementerio.

Es tan silencioso que casi es capaz de alejarme del torbellino de mis emociones.

—Hola, mamá. Papá. —Me siento en la hierba junto a sus lápidas como he hecho tantas veces en la última década—. Necesito consejo.

Quería hablar largo y tendido con ellos, pero lo único que oigo es una exhalación. Nada más.

Tiempo después vuelvo a la villa, pero para mi desgracia, lo hago en el peor momento posible. Tengo las llaves del coche en la mano cuando oigo a las hermanastras de Nina gritar desde el jardín.

—Oh, dios mío.

—Ohhhhh, dios mío.

—¡Oh, dios míiiio!

—¡Santo dioooos!

—¿Pero qué os pasa a las dos? —pregunta Nina—. Daisy, ven aquí, les está dando un ataque religioso.

—¡Érenghor, Nina! —grita Lexi—. ¡Trent, Trent! ¡Los han despedido!

—¿Qué? ¿De qué narices estás hablando?

—Una serie de despidos injustificados por parte del dirigente de CRAWD, Érenghor Valznatti, han atraído la atención de algunos investigadores del distrito que buscaban el uso objetivo y justo de las

subvenciones públicas que recibe anualmente la empresa. Los empleados disconformes han aprovechado el momento para verbalizar el abuso de poder de Valznatti, junto con su obsesiva discriminación al género femenino y la apropiación indebida de méritos durante años consecutivos.

—Un soplo anónimo a la policía en el momento clave alertó a las autoridades de las infracciones llevadas a cabo por la empresa multimillonaria.

—De la misma forma, Trent Axal, licenciado en la universidad de Princeton, perdería su trabajo la pasada noche de manera inmediata por mayores crímenes entre los que se encuentran el robo y la intimidación verbal y física. La policía cuenta con la admisión de dichas ilegalidades por escrito, lo cual le deja al acusado con poco que hacer al respecto. El gran descubrimiento que impulsó su carrera no fue suyo, sino de su ex-compañera de CRAWD Nina Andrews. El injusto despido de la verdadera autora no quedará impune pues el ámbito de la física teórica de CRAWD se toma muy en serio la honestidad y lealtad de sus trabajadores.

Tengo el corazón en un puño cuando la oigo llorar, cuando le pilla tan por sorpresa que solo puede doblarse sobre sí misma y ceder al llanto. Vuelvo sobre mis pasos y subo al coche, lo saco de allí antes de que me sea imposible no rodearla y estrecharla entre mis brazos mientras le susurro lo mucho que se lo merece.

Heather Phough llamó a Ridelmunt fingiendo ser una clienta interesada en la villa para saber cuándo iba a volver a Nueva Jersey, se coló en el apartamento de Nina y entregó el resto del proyecto a Trent. Christian decidió aprovechar ese momento para darle el soplo a su contacto en la policía, el resto fue pan comido.

El nombre de Nina estaba por todas partes, así que no había forma de ocultar el hecho de que ella era la verdadera autora del proyecto en

su totalidad. Se abrirá una investigación exhaustiva, sí, pero es un hecho que el nombre de Trent desaparecerá de todo lo que no le pertenece y que, con toda seguridad, ni él, ni Érenghor, volverán a trabajar en el ámbito de la física teórica.

Mientras conduzco, espero a que Christian descuelgue al otro lado de la línea.

—Eres un capullo de palabra, no hay duda.

—Ya me conoces, Kane. No hay trapos sucios que se me resistan y en este caso, ni siquiera ha sido tan difícil. —Sé que miente, que le ha costado lo suyo y más.

—Estoy en deuda contigo.

—Lo tendré en cuenta cuando desarrolle codo de tenista de tanto firmar cheques y necesite un médico. Oye, ¿quién es esta Nina Andrews?

—Es una larga historia.

—Cuéntamela. Es la primera vez que metes toda la carne en el asador. No solo has pagado a Sawyer para que le haga una cara nueva a su imagen profesional…

—No le he pagado nada, se ha empeñado en hacerlo gratis.

—Ambos sabemos que tú nunca aceptas nada gratis. Ahora en serio, tío, has insistido llegar hasta el final aún sabiendo que Trent es el culpable de que todos los posibles inversores hayan huido en dirección contraria. El capullo tenía contactos.

—Pero menos que nosotros.

Aparco en mi segunda casa y veo que las luces aún están encendidas.

Mensaje de Sawyer

22:07 Maldito seas, puto Kane. ¡¡Te dije que lo haría gratis!! ¿Cómo has conseguido este Birkin? ¡Se suponía que no saldría hasta la temporada que viene!

Guardo el móvil y entro. Me sorprendería no encontrármela en la cocina.

—Esto se está convirtiendo en una costumbre, chico. ¿Qué harás cuando me muera?

—No lo sé, pero no quiero averiguarlo —me siento frente a la isla y observo a mi abuela agradecido por algo más de tiempo.

—Pareces cansado —me mira mejor—, y muy contento.

—Lo estoy. *—Por primera vez desde hace días, voy a poder dormir tranquilo.* Dejo las llaves con su charm y caigo por primera vez en que es de color esmeralda. Como si Ridelmunt lo hubiera sabido todo desde el principio. Apoyo la cabeza en mis brazos—. ¿Puedo quedarme a dormir aquí esta noche?

—Eres un Taylor, esta siempre será tu casa. —Me da un apretón lleno de harina en la mano y se lo devuelvo.

A la mañana siguiente…

El resort sigue demandando el máximo de mi tiempo, pero la restauración del agua a su origen avanza a pasos agigantados. Mountville se está volcando y no voy a olvidarlo, precisamente por eso saco tiempo para ir al hospital. De vuelta a mi despacho después de pasarme cuarenta minutos estudiando el menisco del señor Phandell, la oigo y freno mis pasos en mitad del pasillo.

—¿No está aquí?

—No, pero puedo ir a buscarle, si quieres —dice Abbie cogiéndola del brazo con una sonrisa amable. Me ve, sacudo la cabeza y doy media vuelta antes de que sea tarde—. Oh, espera, Nina, ahora que lo pienso, va a estar liado con unas radiografías complicadas para la señora Thatcher.

—Oh, ¿de veras? —oigo la decepción en su tono cuando llego a la esquina más próxima.

—Sí, lo siento, no me acordaba. ¿Quieres que le dé algún mensaje?

—No, prefiero hablarlo con él en persona. Eres un encanto, Abbie, gracias.

La veo subir al ascensor y desaparecer, pero no me tranquilizo.

—¿Me puedes explicar de qué iba eso?

—Tengo mucho trabajo, no puedo hablar con ella ahora.

—No adoptes esa postura solemne conmigo, te he visto la cara, estabas cagado de miedo. ¿Le has hecho algo?

—Disculpa, ¿cuándo le he hecho yo nada a nadie? —Entro en mi despacho y encuentro a Benedict con los pies subidos a mi mesa—. Tío, ¿cuántas veces tengo que decírtelo?

—Estoy empezando a estar hasta los huevos, Nolan.—El deje arisco de su tono no es habitual en él—. Más te vale considerarlo una cortesía puntual porque no va a volver a repetirse.

—Lo que haga no es asunto tuyo. No te metas si no quieres problemas.

—Abbie, ¿nos dejas un momento? —pide aflojando, incapaz de ser borde en su dirección.

—Claro, no quiero estar presente si vais a empezar a mediros la polla. —Suspira—. Hombres, quien los entienda… —Cierra tras de sí.

—Nina, ha estado aquí dos veces esta mañana. La estás ignorando, quiero saber por qué.

—¿Qué puedo decir? Intento hacer lo mismo contigo, pero no me sale tan bien.

Se levanta, camina despacio hasta mí y me mira como si quisiera darme un puñetazo. *Sé que quiere dármelo.*

—Te vas a arrepentir.

—De lo que me voy a arrepentir es de no cerrar mi despacho con llave cada vez que salgo por la puerta.

—Nolan, me estás tocando lo cojones con toda esta mierda y un día…

—Benedict, sal de mi despacho —interrumpo—. Ahora.

No desvía la mirada, pasa por mi lado dándome un golpe seco en el hombro y cierra la puerta al desaparecer. Me cuesta diez minutos poder volver a concentrarme en nada. Cuando vuelvo al resort, es Julio quien me cubre. Tampoco le hace gracia, es evidente que todos la quieren y no me extraña, aunque sigo haciendo lo correcto.

Y lo seguiré haciendo hasta que se vaya. Incluso aunque eso suponga tener que evitarla.

Bajo al pueblo cuando la tarde está cerca de convertirse en noche. Me meto en el coche del marido de Antea y conducimos en silencio hasta nuestro destino.

—¿Traes los papeles? —pregunto a Drait Wilson, sentado tras el volante del coche aparcado frente a la que una vez fue su casa.

—Sí, mis abogados se han dado tanta prisa como el asunto requería. Es culpa mía, debí actuar antes. —Se pasa una mano por la cara y veo los estragos que salvar su negocio le han dejado en el rostro —. Esto no va a ser bonito de ver, Nolan, te agradecería que te llevaras a Cleo.

—Descuida.

—No sé cómo agradecerte que me llamaras.

—No hace ninguna falta que me lo agradezcas, Drait. Cleo se merece estar con alguien que busque lo mejor para ella. —Justo antes de salir del coche, veo cierta melena oscura inconfundible en cualquier parte. *No me jodas. ¿Es una zapatilla de Lay lo que veo asomando de esa ventana?*—. Drait, no lo hagas todavía, dame un par de minutos.

Salgo del coche, me alejo de la entrada, bordeo la casa y las pillo con las manos en la masa. Nina está ayudando a Lay a salir de la casa

de los Wilson… por la ventana. Un par de ojos azules son los primeros en verme y asustarse.

—No es lo que parece —dice Lay.

—N-Nolan —La electricidad irradia en su iris y maldigo mi estampa porque ha escogido el peor momento para mandar a tomar por culo mi plan.

—Nina, ¿qué hacéis aquí? —les recrimino mientras cojo a Lay, la paso por encima de la ventana y la pongo en el suelo—. Lay, tenías terminantemente prohibido venir a jugar a casa de los Wilson. Estás castigadísima, que lo sepas.

—No te enfades con ella, porfa —dice Cleo, saliendo de detrás de la cortina incapaz de disimular la sonrisa.

Joder, ya empezamos.

—Antea ha castigado a Cleo y la tenía recluida en su habitación sin salir —me explica Nina en un tono bajo que me recuerda a otras cosas—, Lay me ha pedido venir un rato. Me he quedado fuera los treinta minutos que llevan aquí.

—Y nadie nos ha visto —dice Lay, todavía triste por mi amenaza, aunque menos—. ¿Me quitas el castigo?

Oigo la puerta del coche de Drait. La puerta de la casa se ha abierto y Antea está a punto de llegar hasta él. Nina se inclina apoyándose en mí y le cambia la cara cuando los ve, no conoce a Drait, pero se lo imagina.

—¿Qué haces aquí? —Oigo el peor tono de reproche de Antea.

—Cleo, ven aquí, vamos a dar una vuelta. —Muevo las manos para que se acerque a la ventana y cuando lo hace, la saco en un movimiento.

—¿Ya no estás enfadado? —pregunta ajena a todo lo que va a suceder.

—Nunca se le pasa tan rápido —dice Lay desconfiada.

—Por aquí no hay salida —dice Nina y estoy a punto de decirle que sí que la hay si invadimos el jardín de los Johal unos segundos, pero no tengo tiempo.

—¡Vete de mi casa!

—No es tu casa, ¡es nuestra casa! Te la dejé porque me juraste cuidar de nuestra hija. Me suplicaste que te la dejara y he tenido que enterarme por otros de que es lo último que te importa.

—¿Papá? —Cleo sale disparada hacia donde no debería.

—Cleo, espera un segundo. —La intercepto, me agacho frente a ella y la sujeto cuando me ignora—. Eh, eh, escúchame un momento. Mamá y papá tienen que hablar cosas de mayores muy aburridas, ¿vale? ¿Qué tal si le damos algo de tiempo para que hagan lo suyo y nos comemos un helado?

—No, a papá le pasa algo. —Le tiembla el labio inferior—. Quiero saber de qué están hablando.

—¡¿Llevártela?! —Antea pregunta a voz en grito—. ¡No me hagas reír! Me importa una mierda lo que tengan tus carísimos abogados, no vas a pasar por encima de mí.

La gente de Mountville empieza a salir de sus casas al oír el jaleo. Levanto a Cleo del suelo y me grita. Sé que estoy traicionando la confianza que tiene en mí y que me va a costar mucho recuperarla, pero si no oír la conversación la libra de un trauma, prefiero que me odie.

—Cleo, ¿quieres tarta? Si vienes con Lay a jugar, le levanto el castigo, ¿te parece?

—Nolan, ¡suéltala, va a llorar! —Me grita Lay.

—Nina, coge a Lay —le ordeno y ella lo hace pese a que Lay también se enfada.

—Lo siento, Lay, lo siento mucho —repite en bucle mientras ella intenta liberarse.

—¡Bájame, bájame! —Me grita Cleo—. ¡Papáaaa! ¡Mamá!

Antea llega hasta nosotros y ni siquiera alcanzamos el jardín de los Johal. No dejo que Cleo toque el suelo hasta que Drait aparta a Antea.

—Me llegaron avisos del colegio —dice Drait—, me alertaron de que no la cuidabas y que estaba cerca de llevar la ropa hecha jirones. Te advertí lo que pasaría y me soltaste que te faltaba dinero. No cambiaste nada después de que te lo diera, la semana pasada la directora del colegio se puso en contacto conmigo para saber si no me estaban llegando los emails.

—¿Estás diciendo que soy una mala madre? ¡Me cargaste el muerto y desapareciste!

—¿Te has vuelto loca? Tú me pediste quedarte, ¡me lo suplicaste!

Mientras discuten a gritos no oyen a las dos niñas que no dejan de llorar, abrazadas la una a la otra.

—¡No iba a quedarme sin casa! ¡Tengo un negocio que mantener!

—¡Mamá! —intenta Cleo.

—Sí, el mismo negocio en el que has estado invirtiendo el dinero que te mandé y que ahora me pertenece. Tengo pruebas de que no la llevas al médico y de muchas otras cosas, podemos hacer esto por las buenas o por las malas, Antea, pero a partir de ahora el que va a quedarse con Cleo en Mountville soy yo. Es mi hija y yo sí la quiero.

—¡Yo también la quiero! —Antea coge a Cleo y esta vez es de su madre de la que quiere alejarse—. ¡Ella no puede vivir sin mí!

Desvío la mirada cuando Cleo se pone roja de tantas lágrimas mientras extiende los brazos hacia su padre, que la coge de inmediato.

—No voy a dejarte sin nada, Antea —Drait baja el tono para no asustar a su hija—, te seguiré enviando dinero hasta que averigües qué hacer con tu vida, pero solo si recoges tus cosas y te vas de inmediato.

Antea mira a su alrededor, ve lo que todos vemos: a Mountville de

parte de Cleo Wilson. Se mete en la casa y un par de policías la siguen dentro para escoltarla. Hicimos bien en avisarlos de antemano. Drait se despide de mí con un movimiento de cabeza al que correspondo y se lleva a Cleo dentro, todavía muy aferrada a su cuello.

—Eso significa que Mary Jonson se va a quedar con el mando de la peluquería —dice Lora apartándose una vez más el flequillo de los ojos—, menos mal, no veo un pimiento con esto en la cara. —Saca el teléfono—. Mary soy Lora, ¿cómo lo tienes para darme cita mañana? Perfecto, otra cosa, harías bien en venir a casa de los Wilson.

—Lay, nos vamos. —Extiendo la mano en su dirección para que la coja y lo hace de inmediato.

—Nolan, yo… —empieza Nina.

—Entiendo por qué lo has hecho, Nina, pero ahora tengo que hablar con Lay a solas. —Sin darle opción a contestar, me llevo a mi hermana y no abro la boca hasta que estamos solos y rodeados de naturaleza—. Tú no eres así, Lay. La abuela me cuenta que no le dejas tirar la verdura si te he pedido que te la comas y sé que es cierto.

—Sí, sí lo es. —Sigue llorando y eso que tiene la camiseta empapada.

—¿Y por qué me has desobedecido? —Le limpio con un pañuelo —. Te dije que no podías ir a esa casa sin mi permiso.

—Nunca había visto llorar así a Cleo, estaba muy preocupada de lo que le hiciera su madre por estar enfadada. Ella siempre hacía todo lo que le ordenaba su madre, salvo cuando se escapó. ¡Se escapó, Nolan! Eso es mucho.

—Lo entiendo.

—¿Antea se va a ir de Mountville de verdad?

—Sí, de verdad —contesto y se le mueve el pecho como reacción a una pena que no comprendo—. Eh, tranquila, se va a ir de mutuo acuerdo. Esto es lo mejor para todos, Lay, respira.

—¿Puedo volver con Cleo? Me puedes castigar a la vuelta, pero me gustaría estar con ella. Es como si hubiera perdido a su madre.

—No se va a ir para siempre, verá a Cleo de vez en cuando siempre que cambie de actitud y la trate bien *—y tenga algún tipo de interés real en su hija, que espero que sí tenga.*

—¿De verdad?

—De verdad. Y puedes escribir a Cleo de nuevo, Drait le devolverá el teléfono cuando ella se lo pida. Puede que tarde un poco en llamarte si está muy triste, pero no estará incomunicada. —Eso la anima, pero no en exceso—. Quiero dejar una cosa clara. No voy a castigarte por lo que has hecho por Cleo, tenías buena intención y estoy orgulloso de ti.

—Si estás orgulloso, puedes no castigarme.

—Voy a castigarte porque deberías habérmelo contado, porque yo confío en ti y en tu palabra y para eso no puedes mentirme nunca, ¿lo entiendes?

—Sí, lo siento. No lo volveré a hacer.

—De acuerdo.

—¿Con qué me castigas? —Se limpia las lágrimas con el puño—. ¿Sin teléfono? ¿Sin piscina? ¿Sin gimnasia artística?

Ni que tuviera un ladrillo latiéndome en el pecho.

—Te quedas sin helado una semana.

—¿Sin helado?

—Espero que eso te deje tiempo para recapacitar sobre tus actos.

Me rodea con sus brazos y estoy a punto de perderle el pulso.

29

Nina

Nolan sigue esquivándome, así que cuando cierro mi portátil después de tener la mejor entrevista de toda mi carrera laboral, noto un regusto agridulce en el paladar. *Me quieren en una gran empresa de Nueva York, voy a tener que mudarme y decir adiós a mi larga etapa en Nueva Jersey*. *¡No me lo creo!* Hay una cláusula en mi contrato que especifica que una de mis responsabilidades con cada proyecto será enviarlos por correo electrónico poniendo en copia a mis tres jefas con tal de respetar la política de la empresa para evitar la apropiación de méritos indebida. *En el cielo, ¡¡estoy en el cielo!!* Y ni siquiera puedo darle las gracias.

—Recapitulemos —dice Lexi cabeza abajo en el sofá, bebiendo un granizado con una pajita—, ayudaste a Lay porque tienes un corazón de oro muy blandito y no supiste decirle que no a una niña de diez años, aunque sabías que no era una gran idea.

—Sip.

—¿Y Nolan se ha enfadado? —sigue Amy sentada en el suelo, apoyada en mi rodilla.

—Mucho.

—¿Y como te evita, todavía no has podido agradecerle lo de…?

—Nop, nada de nada —miro a Daisy sobre el estómago de Lexi.

—Una pena, la de orgasmos que podríais estar teniendo para celebrarlo —Amy chista la lengua.

—Haciéndolo sobre cada superficie —sigue Lexi.

—La gente no piensa en que los que te pierdes, ya nunca los recuperas —concluye Daisy, a lo que suelto el aire de forma sonora, sin fuerzas para hacerlas callar y un poco cachonda con las imágenes mentales.

—¿Esto quiere decir que ya hemos pasado la fase de negación y hemos saltado directamente a la de aceptación? —pregunta Amy.

—Eso, ¿estamos en el mismo plano vital y aceptas que estás súper colgada por Nolan-Kane? —pregunta Daisy, entierro la cara en el cojín —. Okay, me da que no.

—Si no puedes hablar con él, podrías pagarle con la misma moneda.

—Oh, claro, Lexi. ¡Es una idea genial! —respondo en tono neutro, soso y sarcástico—. Ahora mismo me fabrico una hermana pequeña y espero a que Nolan la obligue a desobedecerme.

Me he comido un montón de comida caducada y ahora estoy pagando las consecuencias, me merezco lo que siento. Lexi se baja del sofá cual contorsionista, dejando a Daisy sin cojín.

—No, tonta. Digo que le devuelvas el favor. Al fin y al cabo fue ella la que tiró tu carta de admisión a la basura, la que lleva detrás de tu ex desde que empezasteis a salir y la que lleva queriendo ser tú desde que naciste. Estaba claro desde el principio que éramos nosotras las que debíamos encontrar a Heather. —Sonríe con picardía y sé que de mayor quiero ser ella.

—¿Por qué parece que tienes un plan? —le pregunto.

—Porque, preciosa, yo siempre lo tengo.

Empezamos por ir a la zona más fría y seca de Mountville, una ladera con tan solo un par de pequeñas casas rurales, porque nos

recordaba a Inglaterra, aunque para nuestra desgracia no hay rastro de Heather.

Las horas pasan.

Seguimos la pista de sus pasos guiándonos por las imágenes de las cámaras de seguridad de los Tatcher, pero acabamos con barro hasta las rodillas y sin mi prima.

—Vale, creo que ha llegado la hora de llevar a cabo mi plan —dice Lexi agarrándose a una rama gruesa para salir del barro.

—Disculpa, ¿no es eso lo que estamos haciendo? —gruñe Amy con barro en la cara y sudando como en su vida.

—No, lo estaba reservando como última opción.

—Creo que voy a matarte —le advierte Daisy.

—Nina, saca tu móvil, vamos a tener que tirar de contactos. —Cuarenta minutos después tenemos un mapa de Mountville sobre una piedra gigante y somos cinco en la búsqueda—. Mi idea es que Heather debe estar cerca de la tienda de los Thatcher. —Dibuja una circunferencia en el mapa con el permanente del recién llegado.

—¿Por qué, Lexi? —pregunto.

—Piénsalo, en Mountville no se cae un alfiler al suelo sin que la mitad de los habitantes se enteren. Sabemos que Heather compró el pesticida por la mañana y estando sola, ¿qué nos dice eso? Que no debió cruzarse con nadie hasta poder ocultarlo. Eso significa que caminó poco.

—O que lo hizo a través del bosque —dice Amy—. Hemos estado un buen rato adentradas en la jungla y no nos hemos cruzado a nadie.

—Ya, ¿pero ves a Heather capaz de eso? —pregunta Daisy.

—Odiando cada segundo, pero yo sí la veo capaz —admito recordando los masajes con aceite que tuvo que dar a su abuelo con tal de que le regalara su primer coche.

—Eh, al loro con esto. —Sawyer le coge el permanente a Lexi—.

Esa chica inglesa puede que pase con la comida justa, pero en este lugar hay una cosa con la que ningún turista cuenta: el barro. Fijo que compró unas botas en *Scarlet's* y antes de que preguntéis, sí, es el único sitio en Mountville en el que podéis comprarlas.

—Pero la policía la habría reconocido a través de su tarjeta de crédito, ¿no? —pregunta Daisy—. Tengo entendido que los agentes del pueblo ya han preguntado a todos los establecimientos sobre el tema. Y además, Scarlet se acordaría de ella.

—Sí, han preguntado, pero no han revisado cada una de las cámaras de seguridad y Scarlet no se acordaría de ella si Heather ocultó sus tatuajes y pagó en efectivo las botas —sigue Sawyer con un movimiento de cejas que atrae la atención hasta sus párpados azul brillante.

—¿Cómo va a ocultarse el tatuaje del cuello con el calor que hace? —interviene Amy—. No es como si pudiera ponerse una bufanda.

—La lluvia —digo recordando aquella tarde.

—Premio a la esmeralda —Sawyer chasquea los dedeos señalándome—, nadie vería raro que alguien llevara un chubasquero lo bastante grande con la que cayó. De hecho, iba de camino a hablarlo con el sheriff Rafe, es probable que hayamos estado buscando en el lugar equivocado.

Vamos a Scarlet's y las cuatro reconocemos sus andares rápidos y nerviosos en las grabaciones de las cámaras, pese a la gorra y la chaqueta abrochada hasta arriba. La adrenalina zumba en mi garganta. *Estamos cerca.* La labia de Sawyer nos abre las puertas de cada establecimiento y gracias a ver lo que presenciaron sus escaparates, vamos trazando un recorrido en el mapa, agudizando la puntería en la diana. No sé qué dice de mí el hecho de que encienda una hoguera en mi pecho cada vez que alguien verbaliza su

preocupación por el resort de Nolan, pero así es.

Una llamada a mi padre ha bastado para saber que Heather no está faltando al trabajo. *La tía tiene un par para teletrabajar desde Mountville mientras arruina las vidas de todo el que puede.* Hambrientos, compramos algo de comida para el camino.

—¿Cuánto tiempo llevas siendo amigo de Nolan? —le pregunta Lexi ignorando la mirada que le lanzo mientras caminamos hasta la última boutique de la zona.

—Desde que decidí romper con mi vida monótona y sin sentido en la gran ciudad y aparqué mi culo junto a la playa de Mountville. Tenía entendido que la gente de pueblo era muy cerrada y antigua, y que les chocaría… —se señala la cara y se reajusta la gorra rosa—, así que digamos que al principio fui un poco…

—¿Como un gato que va a caerse al agua o un muro a punto de venirse abajo? —pregunto, lo cual le hace reír.

Cuando sonríe así aparenta mucho menos de treinta y cinco. Su carcajada se corta de golpe y me agarra fuerte del brazo.

—Ya sé dónde está tu prima.

—¿Me tomas el pelo? —pregunto mirando la zona roja en el mapa que todavía abarca una zona considerable—. ¿Cómo?

—Está deshabitada y casi no tiene agua corriente. Nadie en su sano juicio querría vivir ahí, ni siquiera temporalmente, pero nosotros no buscamos a alguien en sus cabales.

—¿Cómo estás tan seguro? —pregunta Daisy.

—La única razón por la que a la policía no se le ha ocurrido buscar ahí, es porque nadie que no sea de Mountville sería capaz de encontrar esa cabaña.

—Pero Heather está con Trent y él ha pagado a gente de Mountville para obtener información —dice Lexi—, pueden conocerla.

—¿Se sabe algo de quiénes pueden haberlos ayudado? —

preguntó.

—No y dudo que se sepa a menos que la policía empiece a revisar cuentas bancarias. Vamos, tenemos que darnos prisa o se nos hará de noche.

Empezamos a subir los escalones de piedra que van a la montaña siguiendo los pasos de Sawyer. Se nota que lleva años aquí, porque no le falta el aire como a nosotras. Como es el único que puede hablar, le hacemos más preguntas sobre su pasado. *Ese que las tres Marías se empeñan en guiar hacia un solo tema: Nolan, Nolan, Nolan.*

—¿Nolan y tú os hicisteis amigos enseguida? —pregunta Amy.

—Sí, Nolan me caló bien desde el principio, digamos que vio a través de mis inseguridades. Supo que necesitaba una mano amiga y me tendió la suya. Es curioso como alguien que ha perdido tanto puede ser tan generoso, tal vez tenga que ver con crecer en un buen ambiente familiar. Los míos nunca me aceptaron como era, así que tuve que irme de casa pronto.

—Lo siento —decimos Daisy y yo al tiempo mientras arrastramos nuestras deportivas por el barro.

Sawyer se coloca detrás de las cuatro, juraría que teme que nos la peguemos.

—Pues yo no —suelta Amy con la cara manchada—, ¿qué? Ese no era tu sitio, Mountville sí lo es. A veces vale la pena pasar por un terreno angosto, aunque te pinche las ruedas y tengas que pararte a cambiarlas. Los que ganan en la vida son los que no se detienen por mucho que se caigan. ¿Qué? No me miréis así. Tengo razón.

—Disculpa, Lady Wisdom, no estamos acostumbradas a tanto derroche de sabiduría —Lexi le pasa un brazo por los hombros.

Me río, pego un resbalón y estoy a punto de caerme de espaldas, pero el brazo fuerte de Sawyer me frena en seco.

—Cuidado, chica ciencia.

—Gracias.

—No me las des, Nolan me mataría si supiera que te ha pasado algo bajo mi guardia. —Lo dice tan flojo que ni siquiera estoy segura de si lo ha dicho, pero siento sus palabras como un chocolate caliente en pleno invierno.

—¿Te he dado ya las gracias por todo lo que has hecho por mí?

—Sí, me las has dado y me has obligado a pasarte el contacto de Christian para agradecérselo a él también. Para ya o acabarás ablandándome. —Me guiña un ojo y se dirige al grupo—. Bien, me toca preguntar, ¿sois hermanas, no?

—Hermanastras —corregimos.

—¿Y quién comparte padres con quién? —Sawyer nos señala antes de colocarse la gorra hacia atrás y mancharla toda sin darse cuenta.

—Compartimos madre. Victoria estuvo con el padre de Nina, luego se volvió a casar con el de Lexi, se divorció al enamorarse del mío y volvió a hacerlo al encontrar al de Amy. Pero finalmente volvió con el de Lexi y llevan juntos más de veinte años.

Todavía siento mariposas al ver a los dos sonreírse como niños. El amor de verdad existe, yo lo he visto. Ciertos ojos azules aparecen delante de mí a traición, pero por suerte, se quedan solo en mi cabeza.

—Por eso dicen que la primera opción nunca es la buena, menuda montaña rusa la vuestra. Victoria debe ser una mujer muy especial.

—Es única —admite Lexi con una gran sonrisa.

—La queremos mucho —dice Amy y justo después nos detenemos en el camino para ver todo lo que hemos subido.

Estamos agotadas, sin aire, y el sol ya se ha escondido dejando el cielo con una mezcla de rosa y naranja deslumbrante. A nuestra espalda, una cabaña medio derruida cuenta con un par de luces encendida. La mano de Lexi aprieta la mía y siento de todo. *Nolan.*

Láhria. Ridelmunt. Su resort. Mi pulso se acelera con rabia y sed de venganza.

Me acerco a la entrada, el aire no entra en mis pulmones. Abro la puerta y veo un portátil abierto y una taza de té humeante, justo en ese momento Heather Phough sale del cuarto de baño y pierde el escaso color que le quedaba en la cara. Se le cae el esmalte de uñas de las manos y el negro se extiende por la madera vieja y astillada.

—¿C-cómo…? ¿Cómo…?

—Daisy, el portátil. Amy, cierra la puerta. —Dos segundos después de decirlo, está hecho—. Siéntate, Heather. Tenemos mucho de qué hablar.

30

Nolan-Kane

No sé si Nina se ha presentado hoy también en el resort, pero no se lo pregunto a Julio en todo el día. Ni a Abbie cuando llego al hospital bien entrada la noche, Benedict me está dejando en paz y es una suerte. *Ahora que tengo los nudillos curados no me apetece jodérmelos otra vez.* En cuanto a mis pacientes de la noche, digamos que han empezado a actuar de forma extraña.

—Mírela, doctor Taylor, ¡tengo la mano inservible! —Me muestra su mano izquierda tensa y estirada—. ¡No puedo hacer nada con ella!

—¿No puede cerrarla?

—No, ¿a qué cree que puede deberse? ¡Estoy muy asustada!

Llevo años siendo el médico de la señora Cabbot y distingo muy bien su cara asustada. El tono frío que cogen su iris de avellana, el temblor en la voz, el silencio para no derramar lágrimas… Y no solo no veo nada de eso, sino que cuando he salido a buscarla para hacerla pasar a mi consulta, estaba sentada junto al señor Collins y escribiendo en el móvil con ambas manos.

—¿Tiene algún problema en casa, señora Cabbot?

—Ahora que lo dice, a mi marido también le duele un poco. Tal vez debería escribirle para que viniera a mirársela —saca el móvil y se acuerda tarde de que ha cerrado la mano. Vuelve a estirarla y a

quejarse—. ¿Ve lo que me pasa? ¡No puedo utilizarla!

La despacho pronto, sin averiguar nada.

Salgo en busca de mi siguiente paciente y veo tres caras reconocidas. Las hermanastras de Nina. Empiezo a pensar que estoy enfermo de necesidad cuando todos los músculos del cuerpo se me tensan a la vez mientras la busco. No la veo, pero la posibilidad de que esté aquí me pone nervioso. *No voy a ser capaz de seguir manteniendo las distancias si empieza a soltar palabras de gratitud por su preciosa boca.* Soy muy consciente de que tengo que evitarla como sea, así que no sé por qué mis pies me acercan a ellas tres. *Debilidad, supongo.* Lo que fuera que estuvieran diciéndole a Abbie queda en pausa.

—¡Nolan-Kane! Soy Amy, encantada —me coge del brazo y me fijo en lo manchada de barro que están sus piernas—, creo que no hemos tenido tiempo para las presentaciones, lo cual es una pena.

—Opino lo mismo, yo soy Daisy. Es un verdadero placer —coge mi otro brazo manchándome la bata blanca—. Sabemos que tienes la consulta llena, así que no te robaremos mucho tiempo.

Veo a Lexi con Abbie, cómo nos dan la espalda. *Es evidente que estas dos me están entreteniendo.*

—Es un placer conoceros, pero ¿estáis enfermas?

—No, sanas como un par de robles, doctor —dice Amy.

—Entonces lo mejor será que salgáis de aquí —miro a mi alrededor, sin rastro de Nina.

—No está —dice Daisy—. Nina, no ha venido. Lo digo por si la buscabas.

—No lo hacía —miento.

Ya la veo en cada rincón de mi despacho, debería alegrarme que no esté aquí otra vez. Estos últimos días me cuesta conciliar el sueño, falta poco para que se vaya y siento un inmenso alivio… sí.

—Nos gustas, Nolan —dice Amy—. Mucho más de lo que jamás nos gustó Trent, aunque no es que eso fuera muy difícil de superar.

—Ese imbécil era una rata que no la merecía, pero lo que has hecho tú por ella… —los ojos de Daisy se inundan de lágrimas y sé que tengo que marcharme antes de que puedan pedirme lo que quieran y yo se lo dé.

—Abbie —le hago un gesto con la cabeza—, a mi despacho. —Las miro a ambas y me suelto dando un paso atrás—. Ha sido un placer conoceros. Que disfrutéis de vuestras vacaciones.

—Lo haremos —dice Amy y no me tranquiliza en absoluto.

Daisy espera a que Abbie entre a mi despacho y que sus otras dos hermanastras estén cerca del ascensor para añadir algo terrible:

—La policía le dijo a Nina que tú estabas detrás de todo, que contrataste a Christian y pediste ayuda a Sawyer. Te estaré siempre agradecida por cuidar así de ella, Nolan. —Me da un rápido abrazo y se va corriendo hacia sus hermanastras.

Me quedo muy quieto en el sitio, esperando que todo pase a través de mí. Que no me venza. Digamos que lo soporto. Lexi me hace un gesto de despedida cuando se meten en el ascensor.

Cierro la puerta del despacho tras de mí.

—¿A qué ha venido eso?

—No tengo ni idea —Abbie se encoge de hombros—, se han pasado a saludar.

—¿Por qué?

—Somos amigas. —Evita el contacto visual y lo centra en mi mesa.

—¿Desde cuándo?

—Desde que llegaron aquí.

—Abbie.

—¿Qué? Soy una chica la mar de sociable. Me hice amiga de Nina

enseguida. ¿Quieres que la llame para que se lo preguntes tú mismo?

Tienes su número.

—No será necesario.

—Vale, sigue evitando a la chica más encantadora de Mountville. Tú mismo. Haré que pase tu próximo paciente.

Resisto la tentación de hacer que se quede porque sé que no se sincerará si no lo hago yo, así que me centro en mi trabajo. Pero lo cierto es que la señora Cabbot no es la única paciente de conducta extraña. De hecho, es algo que se repite hasta el punto de hacerme salir al aparcamiento desierto a eso de medianoche para llamar a Ridelmunt.

—¿Láhria está bien? ¿Ha pasado algo? ¿Necesitas que vaya?

—¿A qué viene tanta preocupación? Está frita como un tronco. Hoy lo ha dado todo en su clase de gimnasia y venía hecha polvo, ¿por qué lo preguntas?

Me pellizco el puente de la nariz cuando cuelgo. *¿De qué narices va esto? ¿Por qué actúa todo el mundo de forma tan extraña?*

Una mano en el hombro me gira de golpe y lo siguiente que sé es que unos nudillos han impactado con fuerza contra mi mandíbula.

—¡Joder! —El dolor irradia por toda mi cara—. ¡Me cago en la puta, Benedict!

—Te lo advertí, Nolan —sacude la mano abriendo y cerrando el puño—. Te advertí que no lo dejaría pasar. Pero sigues siendo un cabezón y sigues evitando a Nina.

—No es asunto tuyo lo que haga —digo al animal nervioso que se pasea delante de mí.

—Eres un gilipollas de puto manual. —Me da un empujón y me estampa contra mi camioneta—. No voy a dejar que dejes escapar al amor de tu vida y si tengo que obligarte a reaccionar a hostias, lo haré.

—¿De qué coño estás hablando? —Esquivo su segundo puñetazo —. Apártate si no quieres que lo haga yo.

—Adelante, devuélvemela —me pone el antebrazo en el cuello—, te daré la paliza de tu vida hasta que admitas que la quieres.

Lo empujo con fuerza.

—Nunca te has permitido nada. —Vuelve a pasearse con la furia en los ojos—. Dejaste de importar cuando murieron tus padres, ¡fue como si tú también hubieras muerto!

—Cierra la boca, ¿quieres? —aprieto los dientes.

—Te quedaste con Lay y con el resort, ¡pero eras un puto crío! —grita—. Lleva años resultando evidente para todos que no sabes compaginarlo con tener una vida y va siendo hora de que reacciones.

—Nos lo dejaron todo a ambos, Benedict. El resort, la custodia de Lay, mis padres escribieron Ridelmunt junto a mi nombre y ella me lo cedió todo cuando se lo supliqué. No puedo fallarle ahora.

—¿Fallarle cómo exactamente? ¡Has criado a Lay de puta madre! Y el resort tiene unos beneficios anuales considerables.

—Nos estamos hundiendo, Benedict. Sin inversores, tendré que vender todo por lo que trabajaron mis padres. Lo que construyeron para Mountville con sus propias manos.

—Entonces pide ayuda, pero no aceptes la derrota sin más. ¡Joder, haz algo por ti por una puta vez en la vida! —agarra mi camiseta—. ¿Es que vas a negarme que la quieres? ¿Que Nina Andrews es todo lo que quieres?

—¿Y de qué serviría que lo hiciera?

Se calla por primera vez. Me suelta. Las ganas de zurrarme van disminuyendo en su mirada, se apoya a mi lado en la camioneta y sacude la cabeza.

—De mucho, imbécil. Eras un estudiante de medicina y tú también te quedaste huérfano de la noche a la mañana. Estaba ahí, vi

lo duro que fue y lo mucho que te volcaste en todo pese a lo que te dolía. Eres un hijo de puta fuerte como el que más, no hay duda. Pero estás siendo un cobarde al ceder al miedo que te da arriesgarte. —Me da en el pecho—. Y te juro que te lo dejaría pasar si no fuera porque *sé que es ella*. Sé que es la mujer de tu vida tan bien como lo sabes tú. Por favor, como tu mejor amigo te pido que dejes de actuar como si tú también hubieras muerto en ese accidente de coche.

Benedict se mete las manos en la chaqueta y camina hacia su coche sin decir nada más.

A la mañana siguiente voy a buscar a Lay para llevarla al colegio. La veo nada más salir del coche, está esperándome fuera con Sherlock.

—Buenos días, Lay —le doy un beso en la cabeza y ella se aferra a mis muñecas.

—Llegas pronto, ¿estás malito?

—Tenía ganas de verte. ¿Y la abuela?

—Durmiendo, estaba un poco cansada y me ha pedido que le diera de comer a Bones por ella. No, no entres —me sujeta—. Ha dicho que cuando quisieras entrometerte con tus paranoias de médico, te cortara el paso.

Me doblo sobre las rodillas cediendo a la petición.

—¿Cómo te fue ayer en gimnasia?

—Bien, Jacob me ha dicho que soy un portento y nana dice que eso es bueno. Pregunta, ¿puedo ir esta tarde con Cleo y su padre por ahí?

—¿Por ahí a dónde?

—A dar una vuelta —dice ambigua.

—Siempre me dices a lo que vais a jugar y en qué orden, ¿a qué viene este secretismo?

—No, a nada. —Sonríe, pero es forzado y raro.

—Láhria. —Estrecho la mirada.

—No estoy haciendo nada malo, te lo aseguro, y es verdad que vamos a dar una vuelta. Te prometo que no he hecho que Nina te mienta de nuevo.

—Ya sé que no. —*Lo mío me ha costado alejarla de ti.*

—¿Entonces? —Hace pucheros—. ¿No te fías de mí?

¿Ahora mismo? No. Pero puedo sonsacarle a Ridelmunt lo que trama dentro de un rato.

—Ya veremos, depende de los deberes que tengas —cojo su mochila y me la cuelgo al hombro—, de momento sube al coche.

—Una cosa antes —dice mirando hacia arriba, cerrando un ojo por el sol—, me alegra que no te casaras con Antea Wilson. Pero por todo lo que tú y la abuela me habéis contado de ellos, estoy segura de que a papá y a mamá les gustaría Nina tanto como a ti.

—¿Como a mí? ¿A qué te refieres?

—Digo que a ellos también les brillarían los ojos cuando alguien pronunciara su nombre. Estoy segura.

31

Nina

No creía que fuera posible, en el fondo de mi corazón, creí que ganar no era una posibilidad.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Lexi.

Las cuatro sentadas en una mesa redonda, esperamos frente al teléfono a que suene. ¿Donde? En la cabaña, por supuesto. *Les he pedido volver aquí porque este lugar es lo único que me asegura no estar soñando.*

—Pregúntamelo después de que llame.

—Es difícil que Sawyer pueda movilizar a tanta gente tan rápido, ¿no? —Duda Daisy.

—Dijo que todo lo que necesitábamos ya estaba aquí —recuerda Amy.

La melodía empieza a sonar y mi mente viaja a través de las últimas doce horas…

Esperaba que mi prima se mostrara altiva, cruel, y que se regocijara en su triunfo, pero una rata mojada y asustada es una descripción mucho más acertada para definir lo que tengo delante.

—He hablado con el portero de mi edificio, Heather —le digo cuando intenta negar lo evidente—. Te grabaron las cámaras de seguridad entrando en mi piso. Le robaste las llaves a mi madre y volaste a Nueva

Jersey sabiendo que yo estaría aquí en Virginia. Entraste en mi casa, me robaste la mitad del proyecto, la única que me quedaba, y se la diste a Trent.

—Hay que ser mal bicho —murmura Sawyer.

—Pero no te ha salido muy bien la jugada —Amy sonríe de oreja a oreja—, precisamente eso es lo que ha ayudado a las autoridades a darle a Nina el mérito que merece.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunto desde el asiento frente al sofá, sigo sin tragarme que sus lágrimas sean sinceras.

—Tú nunca me has gustado, la vida siempre le viene de cara a Santa Nina. Nunca tienes el más mínimo revés. Por una vez quería quedarme yo al chico, sabes que llevo colada por Trent desde hace tiempo. Tú te interponías entre nosotros.

—¿Pero tú en qué mundo vives? —pregunta Lexi.

—Has sido una bruja desde que tengo uso de razón y me has hecho la vida imposible a cada oportunidad que has tenido. No te hagas la víctima ahora.

—¡Yo solo estaba buscando lo mejor para mí! —exclama en llanto—. ¡Si soy la víctima!

—No, si en su cabeza será verdad y todo —gruñe Daisy, perdiendo los nervios.

—Así es como van a ser las cosas —sentencio—, vas a darnos todo lo que hayas ahorrado en tu vida adulta. Sé que eres una hormiga ahorradora, así que estoy convencida de que el resort se beneficiará gratamente de la publicidad que vas a financiar de forma tan altruista.

—¿Es que has perdido la cabeza? ¡No puedo dártelo todo!

—¿Quieres que te denuncie por allanamiento de morada y robo? ¿Quieres que avise a la policía de Mountville y que ellos se encarguen del resto de tu vida? —Ladeo la cabeza mientras se le encoge el pecho. Puede que esté disfrutando de esto más de lo que Santa Nina haría—. Ya me

parecía. Si Nolan quiere denunciarte o no, eso es cosa suya. Motivos no le faltan después de lo que has hecho con su resort. Si la policía te encuentra antes de que te largues del estado y del país, de nuevo, no depende de mí. Pero si no quieres que los llamemos ahora mismo, ya puedes empezar a soltar la pasta.

No era ningún acto de caridad, no le estaba perdonando nada. Sawyer tenía contactos por eso sabíamos que la forma legal de sacarle pasta sería lenta y pesada, por no hablar de que conseguiríamos menos. Era una suerte que conociera tan bien a mi prima. Heather se levanta del sofá después de que recibamos la gran suma y empieza a recoger sus cosas.

—No me ha llamado, ¿sabes? —Dice después de meter su portátil en la mochila y caminar hasta la puerta—. Trent. Me ha dejado aquí tirada para que me espabile por mi cuenta. Tampoco movió un dedo por la mujer que nos ayudó cuando su exmarido se presentó aquí para quitarle a su hija y echarla del pueblo.

—Antea —dice Amy.

Heather endurece la mandíbula y veo su arrepentimiento, luego dice:

—Si sirve de algo, no volvería a hacerlo.

—Por lo mal que has acabado, no porque te arrepientas del daño que has hecho —le dice Lexi, a lo que se encoge de hombros.

—¿Heather? Una cosa más. —Me acerco a ella y por primera vez puedo mirarla a los ojos sintiendo algo más que desagrado: libertad—. Si vuelvo a verte la cara llamaré a la policía. Yo que tú evitaría las cenas familiares, a menos claro, que el naranja no te guste solo para el pelo.

Coge el pomo y tira de él con fuerza desmedida. La puerta se cierra. Aprieto los ojos mientras el alivio corre por mis venas.

—Nina —Lexi me trae de vuelta, el teléfono sigue sonando.

Descuelgo, una voz masculina suena al otro lado de la línea.

—Todo listo. Mountville está preparado.

—¿Él sigue sin saberlo?

—No tiene ni la menor idea.

—Gracias, Sawyer. —Cuelgo y miro a la tres personas que siempre están ahí pase lo que pase, que siempre se apuntan a un bombardeo. Les cojo las manos—. ¿Listas para una última partida?

—Siempre.

Bajamos al pueblo.

El cargamento de flores ha dejado la entrada del resort de puro cuento de hadas. Hay tantas cámaras por todas partes que da la sensación de que estamos en el rodaje de una película de Hollywood. Hay música por las calles de Mountville y paseos a caballo, la idea es no solo mejorar la imagen del resort, sino atraer turismo a todo el pueblo. Demostrar el gran encanto que tiene, dejando a su protagonista como plato principal.

—Puedo hacerlo mejor, Jim —dice Lora vestida con sus mayas de yoga, seguida por su séquito de mujeres deportistas.

—Una toma extra no hará daño a nadie. ¡Acción!

—Después de un largo entrenamiento, lo único que me apetece es darme un chapuzón. ¿Cómo podríamos solucionarlo?

—¡Corten! —grita Jim—. Lo tenemos, gracias a todas. Pasamos a la zona de baño, ¡que se preparen los extras!

No se me borra la sonrisa de la cara, todo está saliendo según lo previsto. Veo pasar corriendo a Cleo y a Lay, de la mano del padre de Cleo. *También están participando. Verás la bronca que me va a caer.*

Me acerco al que sin duda ha resultado ser el mejor tándem bajo presión.

—¿Están preparadas las luces de la noche, Julio?

—Por supuesto, jefa.

—Solo falta que el sol se esconda —dice Lexi con su auricular inalámbrico por el que lleva hablándome todo el día.

No hemos tenido ni un descanso, pero no he oído a nadie

quejarse. Mientras tanto, los mejores cuentistas de Mountville entretienen a Nolan en el hospital.

—El catering también está listo en el salón comedor con vistas al mar —dice Julio—. ¡Esto va a ser la bomba!

Se me curvan los dedos de los pies de la emoción.

No ha sido difícil sacar unos cuantos planos desencaja-mandíbulas con todos los rincones impresionantes del resort de los Taylor. Las piscinas, las palmeras, el sol, la playa, *argh*, es un paraíso de colores intensos y placeres de todo tipo. *El mundo entero tiene que darse cuenta.* Echo a andar y alguien se coloca a mi lado cuando los pétalos de flores rosa pálido caen al agua de la primera piscina.

—El uso de drones sin duda le dará un aspecto TikTokero a la campaña de publicidad más épica de la historia —dice Sawyer admirando su obra—. Nolan va a tener un problema serio para elegir inversores con todos los que van a venir a echársele encima. —Su tono se vuelve suave de repente—. Eh, ¿a qué vienen esas lágrimas?

—No, no hay lágrimas —paso los dedos bajo mis ojos—, es solo que es bonito. Todo Mountville se ha volcado. Incluso en mantener a Nolan al margen. Este lugar es mágico.

—Nunca nos habría dejado hacerlo, es una suerte que haya habido tantos enfermos de última hora a los que solo podía tranquilizar su médico de confianza —me guiña un ojo y sin pensarlo, le doy un fuerte abrazo.

—¿Qué crees que hará cuando la policía hable con él sobre lo de Antea, una vez esto se sepa?

Gracias a la confesión de Heather, mañana Rafe Richards ordenará revisar las cuentas bancarias de Antea Wilson. Es cuestión de tiempo que encuentren rastros de Trent.

—Nolan no hará nada que perjudique a Cleo. Pero sin duda, le hará una visita a Antea para dejarle claro lo que sucederá si vuelve a

dar problemas. ¿Quién sabe? Quizá tenerla pillada en todo este lío la convierta en mejor madre de lo que nunca ha sido.

Ojalá.

A eso de las doce de la noche estoy sola y lejos del resort. Las últimas tomas a caballo eran cerca del bosque y necesitaba verlas. El cielo se ilumina con fuegos artificiales y por primera vez desde hace horas, me olvido hasta del hambre. *Abbie le contará una milonga a Nolan acerca de unos niños traviesos tocando lo que no deberían en el garaje de su padre, pero lo cierto es que a estas alturas da igual si se entera, hemos acabado.*

Mis mejores amigas se van en dos días y yo tampoco tardaré mucho en hacerlo.

—Me alegra poder devolverte parte de lo que me has dado antes de irme de aquí para siempre —susurro a la noche. Entro en el *Boogie* porque el resort está demasiado lejos como para que mis piernas me permitan llegar hasta allí sin combustible—. ¿Hola? —pregunto a una barra vacía—, ¿hay alguna posibilidad de que la cocina no esté cerrada todavía?

—Si hubiera sabido que venías te tendría preparado el mejor de todos los banquetes. ¿Vienes a mi bar y te sorprende encontrarme en él?

—¿Tu bar? —pregunto boquiabierta mientras Ridelmunt sonríe.

—Vamos, siéntate, estarás agotada —dice, pero no soy la única que parece cansada—. ¿Qué te apetece?

—Lo más sencillo que puedas hacerme.

Ridelmunt me da con una servilleta de tela en la cabeza cuando me acerco.

—Niña tonta, de verdad sois tal para cual. Tienes que pedirle a la vida lo que quieres, si no, te dará lo que le sobra. —Farfulla algo que probablemente sean insultos cariñosos—. Voy a decirte una cosa, Nina

Andrews, nunca olvidaré lo que has hecho por mi nieto. —Me limpio los ojos cuando se me nubla la vista—. ¿Puedo preguntar cómo una física teórica recién salida del paro ha conseguido el dinero?

—Ya sabes cómo. Lo raro es que él todavía no se haya enterado. —*Y que siga así hasta que me vaya, por favor*—. Te lo agradezco, sé que has tenido mucho que ver en el encubrimiento.

—Reconozco que he tenido que esforzarme lo mío para ser creíble, pero esto no es nada. Cuando llevas aquí un tiempo, te das cuenta de que no hay mucho que Mountville unido no pueda conseguir. —Me pone un mojito de fresa delante y poco después vuelve con un delicioso sándwich *extreme* de la casa—. Anda, come, que falta te hará para aguantar lo que se viene. Ese chico tiene muy mala baba cuando quiere, le viene de familia.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —miro el mar de anillos que siempre lleva y me fijo en el púrpura porque es el color favorito de mamá.

—He tenido a Cleo y a Lay aquí cuarenta y cinco minutos poniéndome la cabeza como un bombo en un intento de que yo se la ponga a Nolan, con tal de que te perdone. Las chiquillas creen que no te habla porque las ayudaste en secreto. Son demasiado pequeñas como para darse cuenta de que mi nieto es un necio. Así que sí, desde luego que puedes.

—¿Cómo era Nolan de pequeño?

—Un demonio.

—¿De verdad?

—¡Y tanto! Me incendió la cocina a los siete, se rompió un brazo a los nueve saltando a la piscina desde la parrilla y no me hagas hablar de cuando empezó con las chicas. No había ni una sola que se le resistiera.

—Puedo verle. Debajo de esa fachada de tenerlo todo bajo

control, me imagino a un niño rebelde y seguro de sí mismo que no teme a nada.

—Así es Nolan. —Me coge una mano y me sobresalta el contacto, el cariño que desprende su mirada brillante—. Láhria se acercó a ti por la misma razón por la que Nolan te aleja. Eres especial, Nina, y eso puede resultar aterrador.

—¿Por qué? —sorbo mis emociones.

—Cuando te pasas la vida buscando algo, es muy posible que no te sientas merecedor de ello cuando lo encuentres.

—¿Qué puedo hacer?

—No te rindas. Nadie ha dicho nunca que la estupidez sea el sentimiento más fuerte del mundo, ¿a que no?

Mi corazón tiembla.

De camino a mi villa veo cada mariposa, cada luciérnaga. La magia que desprende Mountville me ha cautivado. Sé que el lugar que dentro de unos días dejaré atrás para siempre, ha sido más hogar para mí de lo que nunca lo fue Nueva Jersey.

Lexi, Daisy, Amy y yo nos pasamos la noche viendo películas románticas antiguas celebrando nuestro éxito. Los dos días que nos quedan pasan demasiado rápido. Las maletas se cierran pese a mis rezos al universo, pero no se cancela ningún vuelo. *Se me ha acabado la suerte.*

—Tendrás que comprarte ropa nueva antes de tu primer día de trabajo —dice Lexi depositando un beso en mi frente—, envíanos tantas fotos como quepan en el sobre.

—¿De verdad no podéis quedaros más? —pregunto agarrada al brazo de Daisy, que me devuelve el abrazo con gusto—. Tiene pinta de que va a haber tormenta.

—Sí, en alguna parte del mundo seguro —se burla Amy y no la culpo, el sol entra a raudales por las malditas ventanas.

—Cada una ha dejado una carta en algún lugar de esta casa —dice Lexi—, mátate a buscarlas cuando te aburras.

—¿Y si no las encuentro antes de irme?

—Entonces el próximo que se aloje en esta villa sabrá cantidad de cosas personales de un tal Nolan-Kane —se encoge de hombros.

—¡Lexi! —Le grito roja como un tomate solo de imaginar lo que habrá puesto. *Se van de verdad, ¿por qué siento que me están arrancando el corazón?—*. Os quiero mucho, quiero comprarme un teléfono y hablar con vosotras a diario. Quiero que compartamos un piso en Nueva York las cuatro. ¿De verdad no podéis quedaros más?

—Oh, no —empieza Amy—, está poniendo esa cara. —Desvía la mirada—. Nina, sabes que no puedo con *esa* cara.

Me aprovecho descaradamente de mi ventaja y me planto delante de ella, la cojo de los hombros, pero sigue esquivándome.

—Vamos, mírame, Amy. Mírame y dime que vas a quedarte.

—¡Maldita sea! Hay mucha gente que cuenta con que alguien la lleve a Maldivas, ¡no puedo dejarlos tirados! —Sale corriendo al jardín y la doy por perdida.

—Eso ha sido jugar sucio —dice Lexi dándome un abrazo—, estoy orgullosa de ti.

—Eh, no nos despidamos todavía —se queja Daisy—, vamos a estar un par de horas en ese aeropuerto, eso son muchas polaroid —sacude su cámara y sale de la villa.

La seguimos y nos encontramos a Lay con cara de espanto.

—¿Qué ocurre, Lay? —Mi cuerpo se estremece con un déjà vu y busco a Sherlock con la mirada.

—¡Nolan lo sabe! —grita en susurros.

Está en pijama, despeinada y preciosa, pero es el susto que lleva encima lo que me preocupa.

—¿El qué sabe, Lay? —pregunto agachándome hacia ella—.

Respira, tranquila.

—¡Nolan lo sabe! ¡Sabe lo que hemos estado haciendo!

—¿Cómo es posible? —pregunta Amy—, sobornamos a todo Mountville y el anuncio aún no ha salido.

—Juraría que Sawyer dijo que estaría listo en un par de días —murmura Lexi.

—¡Benedict, ha sido Benedict! —exclama Lay.

—¿No se suponía que él era el primero de la lista junto con Abbie? —pregunto ojiplática hacia Daisy.

—Sí, por eso le pedí a Lexi que se encargara mientras yo hablaba con ella.

—Ya, ese era el plan, pero al final terminé hablando yo con Abbie, ¿recuerdas? —dice Lexi—. Vosotras dos abordasteis a Nolan y…

—Y ninguna se acordó de Benedict —concluye Amy.

—Ups —dice Daisy.

Nunca nos hemos dado tanta prisa en nada. Subimos a mi SUV y Daisy y Amy todavía se están disculpando cuando llegamos al aeropuerto. Hablamos con Abbie y descubrimos que, por lo visto, ella sola se ocupó de informar a Benedict.

—No sé por qué se lo ha contado, sabía que era un secreto. Llevan días cabreados, no tengo ni idea de qué les pasa a su *bromance,* pero juraría que Benedict es el responsable de que Nolan tuviera la mandíbula hinchada el otro día.

—¿Por qué discutirían? —pregunta Lexi cuando colgamos.

Eso es lo que yo me pregunto.

Después de despedirme de ellas, quedarme en el aeropuerto a ver cómo sus respectivos aviones desaparecen en el cielo, deambulo por Mountville sin querer volver a mi villa. Aparco el SUV en una carretera cualquiera y lo dejo atrás. Decido ir a la playa por la tarde, me siento en la arena mojada y dejo que se me empape el dobladillo

de la falda mientras la brisa con olor a mar me cala muy adentro.

Una noche más, una más y podré irme de aquí sin cargo de conciencia.

Un corazón roto no pesa tanto si no te llevas todos los pedazos.

32

Nolan-Kane

💌

Desde primera hora de la mañana mi teléfono no ha dejado de sonar con ofertas de inversores. *Sí, en plural.* Al principio creí que había sido un golpe de suerte, pero a la cuarta llamada me he puesto a investigar. Ahora entiendo el comportamiento extraño de mis pacientes, de todo Mountville en realidad. Estaban entreteniéndome: por orden de Nina Andrews. Una jodida agencia publicitaria de élite fue contratada para crear un vídeo promocional del resort, ¡a mis espaldas! A estas alturas estoy convencido de que me sale humo de la puta cabeza.

Salgo a buscarla, pero no está en su villa.

—Sube al coche, Lay, te llevo al cole.

—¿Estás enfadado? No podía contártelo. Mountville al completo me habría llamado traidora y además era una buena sorpresa.

—Lay, no estoy enfadado. —*Solo quiero hablar con ella y preguntarle cómo y por qué.*

Creí que la decreciente motivación por Mountville de encontrar a Heather era el ciclo natural de la vida, que todos dejarían el trabajo difícil a las autoridades acostumbradas a lidiar con esta clase de incidentes. *Pero no.* De Benedict a Abbie, de Abbie a toda la verdad. *Maldita sea, Nina.*

Llamo a la única puerta en todo Mountville que cuenta con una aldaba de Dolce&Gabbana.

—Hey, tío, ¿qué pas…? —empujo a Sawyer dentro de su propia casa y cierro de un portazo.

—¿Por qué la ayudaste? —invado su espacio igual que Dior invade mis pulmones.

—Wow, ¿vas a pegarme? —Me señala con su índice.

—Sawyer contesta a la puta pregunta.

—¿La has visto dar las gracias? —Alza las manos—. Ni siquiera yo soy capaz de negarme a eso.

—¿Por qué lo hicisteis todo a mis espaldas? —vocifero—. ¿Acaso no sabes el peligro que corríais?

—La vida es un riesgo que merece la pena correr por tus seres queridos —dice y tiene los santos cojones de encogerse de hombros.

Cojo un cojín "burdeos" de su sofá que para mí es rojo y lo aplasto con el puño.

—Escucha, Hulk, se sentía responsable de lo que te había hecho su prima y además, quería devolverte el favor por lo que tú habías hecho con Trent y Érenghor.

—No tenía que devolverme nada. —Hago una respiración profunda.

—Así no es como funciona Nina Andrews. A ella le gusta saldar sus deudas, ya la conoces.

—Corristeis peligro, no sabíais si Heather estaba sola, podría haber acabado en desgracia. ¡Debiste avisar a Rafe!

—Puede, pero por esa regla de tres tú debiste dejar a Trent en paz. Te recuerdo que saliste perjudicado por ayudarla. Aquí donde las dan las toman, tío.

Juro que cuando salgo de allí no sé lo que siento. Los ataques de Trent y Heather no iban dirigidos a mí, sino a Nina. Yo siempre fui un

daño colateral. Que aceptara dinero a cambio de dejar que Heather se largara es injusto y una recompensa ridícula que no tolero.

Entró en tu casa.

Te robó el proyecto por el que tanto habías trabajado y luego se lo dio al cretino, impresentable y cara culo de Trent.

Al mismo que te lo quitó todo, ¿cómo puedes aceptar tan poco a cambio?

Abro mi agenda y antes de hablar con todo aquel que pueda ayudarme, recuerdo lo que ha dicho Sawyer y bloqueo el móvil. «Nina la amenazó y está segura que no volverá a meterse. Estaba conforme con el dinero, Nolan, lo vio como una generosa indemnización». *Sí, una que usó para el resort de mi familia. La mía. ¿Por qué?*

—¡El hombre del momento! —dice Rafe Richards cuando entro en el despacho más grande la comisaría de Mountville.

—Estoy seguro de que sabes que has infringido un montón de normas al no contactar conmigo.

—Sí, señor —dice poniéndose las manos en su cinturón, acercándose a mí con una gran sonrisa.

Me descoloca su sinceridad campechana.

—Podrías meterte en un buen lío por esto, Rafe.

—Hijo, te conozco desde que naciste y te aprecio, pero… —me pasa un brazo por encima de los hombros y me obliga a agacharme—, ¿me estás amenazando?

—Debiste avisarme.

—Heather se había largado de Mountville cuando Sawyer y Nina se presentaron en comisaría esa misma noche para pedir al cuerpo de policía que les echáramos un cable. No sería la primera vez que todo queda en familia, ¿a que no? —Me da unos golpes en la mejilla y me suelta.

—Entró en su casa.

—Y si no quiere denunciarla está en su derecho.

—Entonces denunciaré yo a Heather Phough.

—De acuerdo, muchacho, rellena la petición formal —señala su mesa llena de papeles—. Pero te advierto que si ha llegado ya a Inglaterra, la cosa no pinta bien.

Que alguien me dé paciencia.

—¿Y qué hay de Antea?

—Hemos comprobado sus cuentas bancarias y por lo visto sí recibió una generosa cantidad por parte de Trent. Fue una sorpresa que el lumbreras no escribiera soborno como asunto en la transacción.

—Tráemela aquí. Quiero hablar con ella.

—¿Estás seguro de eso, jefe? —Se sienta en su enorme silla—. ¿Y qué hay de Cleo Wilson? ¿Crees que ella no se enterará de que la policía ha traído a su madre esposada de vuelta a Mountville? ¿No ha sufrido ya bastante la chiquilla?

—Bien, iré yo mismo a verla. —Sé dónde se encuentra, tiene familia en Daknaville, un pueblo vecino.

—No te molestes en darle recuerdos de mi parte, ¡nunca nos caímos en gracia!

Me meto en el coche, pero no lo arranco de inmediato. Teniendo en cuenta que la policía le ha requisado el dinero del soborno, dudo que denunciarla fuera a darme nada. No quiero que Drait sea el que acabe pagando el pato. *Tampoco es que quiera su dinero, solo quiero que todo esto pare.* Exhalo con rabia.

Mensaje de Nolan

10:07 Nunca volverás a acercarte a mi familia, a menos que quieras perderlo todo.

10:08 Esta es la última oportunidad que te doy, Antea, por Cleo. He hablado con Drait, no volverás a verla sin que esté él presente.

10:09 Más te vale tomarte esto como un nuevo comienzo o tu hija

acabará teniendo que visitarte en la puta cárcel.

Enciendo el motor por un motivo distinto a Antea. La necesidad de hablar con Nina me puede. De hecho, es lo que me hace vaciar el depósito dando vueltas, pero lo único que encuentro es su coche. Vacío. El día se nubla y estoy seguro de que mi frustración es la que está trayendo las nubes. Me vibra el móvil y cuando leo el nombre de Abbie descuelgo.

—Espero que me llames para decirme que sabes dónde está Nina. Te recuerdo que es mi día libre y que por mucho que el señor Dimn… —dejo de hablar cuando la oigo llorar—. ¿Abbie? ¿Qué ocurre?

—Maddy. Es Maddy, Nolan.

—¿Qué ha pasado?

—Murió anoche. Pero no es posible, todavía tenía tiempo, ¡nosotros les dijimos…! —Los sollozos de Abbie me atraviesan mientras me aferro al teléfono con tal de no dejarlo caer.

Mis manos se mueven por la corbata negra por tercera vez intentando hacerlo bien, pero vuelve a quedarme torcida. *El caso de Maddy siempre fue un revés tras otro. No deberíamos haberle dado seguridades, ni siquiera teniendo el Aethetnol de por medio.* Me doy por vencido y me marcho. La lluvia golpea los cristales con fuerza. Paso por su casa y conduzco hasta el cementerio.

—No tienes por qué salir del coche, Abbie. .

—También era mi paciente —se limpia las mejillas una vez más y me da un apretón en el brazo—, no voy a dejarte solo esta vez.

Mis zapatos se hunden en el césped a cada paso. Triana está en primera fila, de rodillas junto al ataúd. Resulta doloroso que no haya nadie de la familia de Maddy, pero sí ha venido mucha gente que la quería. Reconozco a la madre de Triana, sujetando un paraguas sobre la cabeza de su hija mientras deja caer sus propias lágrimas.

Veo a Láhria siendo tan solo un bebé, llorando en mis brazos como si entendiera lo que ha perdido. Cada célula recuerda el paso de la pérdida por mi cuerpo, el rastro sigue ahí. Abbie tiembla a mi lado, sin emitir ningún sonido, pero Triana levanta la cabeza y la mira a ella. Sé que es odio lo que veo en sus ojos, resulta más evidente cuando me atraviesan. La ceremonia continúa hasta que llega hasta nosotros.

—¡Dijisteis que tendríamos tiempo! —Me coge del traje cerrando los puños.

—Siento mucho tu pérdida, Triana. Te acompaño en el…

—¡Devolvedme lo que me habéis quitado! —Se desmorona—. No es justo, ¡no es justo!

Abbie deja caer su paraguas, la rodea con ambos brazos apartándola de mí y solloza. Triana la abraza todavía con más fuerza.

Aparco el coche en mi villa y todavía sigue lloviendo. Llevo diez minutos sujetando el cinturón de seguridad sin desabrocharlo. *Te fallé.* Pienso en lo que podría haber hecho diferente y no doy con nada, pero a pesar de eso la culpa no desaparece.

La encuentro en las escaleras, frente a la puerta de entrada. Sus ojos verdes se agrandan cuando me ven, inmediatamente me siento mejor.

—Nolan —dice y algo en su rostro me asegura de que ya lo ha repetido varias veces. Será que soy adicto a oír mi nombre de sus labios—. ¿Qué ha pasado? —Me coge de las manos y mi autocontrol me falla, no aguanto el impulso.

Tiro de ella y la rodeo con fuerza, apoyando la mejilla sobre su pelo. Cuando me doy cuenta de que mis nudillos empiezan a ponerse blancos, aflojo mi agarre. Estoy a punto de soltarla , de disculparme, pero Nina sacude la cabeza.

—Todavía no —susurra y se aferra más a mí.

Sus brazos alejan el dolor, la impotencia y la culpa. *Mi cura.* Cuando entramos en casa sé que es una mala idea, pero cedo. *Mi debilidad.* La dejo sentarme en el sofá, buscar una manta y ocupar el hueco a mi lado, como si fuera algo habitual para nosotros. *En otra vida, tal vez.* Todo huele a ella, está por todas partes, quiero que se quede. Mi mano llega a su mejilla y la acaricio por todas las veces futuras que voy a querer hacerlo y ella ya no estará conmigo.

—Nolan —susurra—. Me estás asustando.

Sacudo la cabeza, la atraigo hacia mí y cuando sus labios están lo bastante cerca, soy incapaz de contenerme… La beso. Es todo cuanto mi corazón quiere. Los labios de Nina se abren a mí, dejándome entrar una vez más. *Mi paraíso.*

Antes de llegar más lejos, apoyo mi frente en la suya y veo la tonalidad que han cogido sus mejillas. Me cuesta ignorar la preocupación de su iris.

—¿Por qué aceptaste dinero de Heather?

—Tú no hablas de la publicidad y yo no hablo de… todo lo que has hecho por mí —su voz tiembla, no sé por qué. La emoción parece haberse agarrado con fuerza a su garganta—. ¿Trato?

Le acaricio el pelo a sabiendas que le daría todo lo que me pidiera, luego asiento porque es más fácil que decírselo. Y más sensato.

—¿Qué ha pasado, Nolan? —Me agarra una mano, se aferra a ella como si temiera perderme y es curioso, el medicamento no suele necesitar al paciente—. ¿Es Láhria? ¿Dónde está? ¿Le ha pasado algo?

—Está bien, está en casa de Cleo.

—¿Y entonces? Háblame, por favor.

—Maddy Bayke llevaba tiempo enferma, intentamos curarla pero nada daba resultado. La mandamos a casa sabiendo que el final era inevitable. Medicada no sentiría dolor y podría disfrutar del tiempo

que le quedara. Por lo visto era mucho menos del que esperábamos. —Me trago el ardor de la garganta como puedo—. Murió anoche. Hoy ha sido el funeral.

Le tiembla el labio inferior mientras frunce el ceño con fuerza.

—¿Por qué te sientes tan culpable?

—No llores —le ordeno centrándome en lo que más me importa.

—No puedes salvarlos a todos —solloza y me destroza.

Preferiría arder en el infierno toda la eternidad a verla derramar otra lágrima. Le cojo ambas mejillas, pero no para.

—Eh, cariño, basta. Me estás matando.

Se sube a mi regazo y me abraza tan fuerte como necesito. Todo su cuerpo encaja a la perfección con el mío. Somos dos piezas perdidas de un puzzle ya completo. *Quédate. Por favor quédate conmigo.*

—Nins…

—Dejaré de llorar si tú dejas de sentirte así.

Qué mal pronóstico.

Controlo la forma en que mis dedos se hunden en su piel porque no quiero hacerle daño, pero tampoco que se vaya. Se acomoda contra mi cuello mientras la acaricio el pelo. Ella me besa la franja de piel visible y poco a poco, su respiración se calma.

—Alguien ha golpeado el cristal —dice separándose escasos centímetros, aunque yo solo puedo mirarla a ella, guardando cada detalle a fuego en mi memoria—. Es Lora.

Levanto la vista y la veo allí. Ha dejado de llover, pero la oscuridad no ha desaparecido del cielo, por eso me convenzo de que no está llorando. Ni asustada. De que la mano fría que siento en la nuca no está ahí de verdad. Solo hacen falta dos palabras para que mi mente rellene los huecos.

—Es Ridelmunt.

33

Nina

Nolan sujeta mi mano con fuerza y no la suelta cuando entramos al hospital. Estoy segura de que ni se da cuenta de que lo hace. Lora, muy nerviosa, le repite que no será nada mientras dejamos atrás pasillo tras pasillo. Siento el corazón latiendo con fuerza en la garganta al tiempo que repaso sus palabras. Ha dicho que ha sido algo en su corazón, algo ha fallado, pero aún no sabemos la gravedad del asunto.

Por favor, que no sea definitivo, que no se tenga que despedir de ella también.

Llegamos a la última planta, busco a Abbie, pero no la encuentro. Los enfermeros que nos encontramos se empeñan en cortarle el paso a Nolan. Dicen que es por orden de Benedict, pero no lo entiendo, ¿por qué haría algo así a su mejor amigo? ¿Es una muy mala señal? Dejamos atrás algunas puertas, pero solo de ver la postura de la mujer de brazos cruzados y ceño fruncido, algo me dice que las últimas no las cruzamos.

—Benedict es el médico al mando de la paciente, Nolan, legalmente ya sabes cómo va esto —dice la enfermera que custodia la puerta junto al de seguridad.

—Olga, déjame pasar.

—No me estás escuchando.

—Es evidente que eso es algo que va en las dos direcciones.

Es posible que acabe dándome un ataque si no consigue verla. *Me importa una mierda el protocolo de las narices.* Miro a Lora, sigue intentando ponerse en contacto con Abbie que justo hoy tiene el día libre. Siento la ansiedad apoderándose de los mandos cuando la sensación de impotencia empieza a ser preocupante.

—Nolan, Benedict ha sido claro, nos ha pedido que no te dejemos pasar precisamente para que le dejes trabajar. Y tú quieres que haga su trabajo, ¿verdad que sí? —pregunta en tono condescendiente.

—*Necesito* verla —insiste y a pesar de que es una mole de músculos que intimida que flipas con una mirada, el tono vulnerable me desconecta algo en el cerebro.

Esto es cruel, estamos hablando de su nieto, que además es médico en este mismo hospital. ¡Su lugar está al otro lado de las puertas! Suelto la mano de Nolan y voy directa hacia el típico armario para bocas de incendios que está colgado en la pared, junto al extintor.

—Señorita, ¿qué va a…?

Ni siquiera yo sé lo que voy a hacer, pero acabo dándole un codazo al cristal y es suficiente para que el guardia de seguridad se me eche encima. *Dios, qué daño.* El plan era que Nolan aprovechara la oportunidad para atravesar las puertas, pero su espalda es un torre infranqueable que se planta delante de mí y aparta al de seguridad.

Entonces sí que se desata el caos.

—Doctor Taylor, apártese.

—¡Lléveselos a los dos! —pide Olga—. ¡Está claro que no respetan las normas de conducta!

La discusión se vuelve acalorada con lo que puede y no puede hacerse en un hospital, pero es el «Nina no va a ir a ninguna parte» autoritario, ronco y poderoso de Nolan lo que me vuelve las piernas

de gelatina. De nuevo el agarre de su mano me encuentra y parece incapaz de romperse.

—Llamemos a la policía —propone Olga ebria de poder—, veremos quién se va y quién se queda.

En ese momento, en mitad del enredo, llega Benedict.

—Los gritos se oyen por todo el edificio, ¿podéis calmaros?

No diría, en ningún caso, que la reacción de Nolan es calmada, pero al menos no lo estampa contra una pared como hizo con Trent.

—Nolan, vas a dejar que me encargue yo de esto, ¿estamos? Voy a cuidar de ella.

—Empieza a hablar, Benedict, o te juro que…

—Tenía dolor centro-torácico desde hacía horas.

—¿Un infarto? ¿Ha tenido un infarto?

—No.

—Pero puede tenerlo.

—Sí, es una posibilidad. Tenía dificultad para respirar y estaba mareada, vamos a hacerle un ecocardiograma.

—Exacto, *vamos* —dice Nolan y cruza las puertas en un par de zancadas.

—No pensarías de verdad que ibas a mantenerlo al margen —le digo a Benedict.

—Tenía la esperanza. Si ocurre lo peor, preferiría que estuviera lo más lejos posible de otro trauma. Además, estarás de acuerdo conmigo que no puede trabajar en este estado.

—Es cierto, tendrás que hacerlo tú, pero a su lado.

Nolan reaparece. Llega hasta mí y me planta un largo beso en los labios que me desestabiliza.

—T-te espero aquí —digo, aunque ni siquiera sé si quiere que me quede.

Me besa de nuevo. *Diría que sí que quiere.* Acto seguido Benedict y

él se esfuman tras las dichosas puertas. Sonrío a Olga y a toda su rabia. *Me da que ahora le importa más bien poco lo que diga Benedict.* Vuelvo sobre mis pasos para estar con Lora.

—Abbie viene de camino.

—Bien —suelto el aire contenido y por primera vez barajo echarme a llorar.

—Escucha, voy a ir a por Láhria. Se merece estar aquí, por lo que pueda pasar.

Por lo que pueda pasar.

—De acuerdo, buena idea.

—Llámame si pasa cualquier cosa. —Me da un apretón sentido en el brazo.

—Vale, Lora, gracias. Estaré aquí, esperando.

Ocupo una silla en mitad del pasillo cuando desaparece y me centro en el pitido constante que oigo proveniente de alguna de las habitaciones con tal de mantener la mente en blanco, pero no funciona. Pienso en Nolan y Láhria en el fatídico día en el que perdieron a sus padres. Dudo si Nolan tuvo que estar horas en el hospital o si su sufrimiento pasó directamente al cementerio. Se me rompe el corazón.

Ridelmunt ha estado ahí para ambos desde siempre, no me imagino lo que supondría para ellos perderla. *Láhria ni siquiera conoció a su madre, su abuela es la única figura materna de sangre que le queda.* ¿Y Nolan? Es evidente lo que se apoya en ella, lo mucho que la quiere y necesita. Me doblo hacia delante y dejo que las lágrimas me mojen los pantalones. Entrelazo las manos y en silencio, suplico a quien sea que escuche un poco más de tiempo. *«No te rindas. Nadie ha dicho nunca que la estupidez sea el sentimiento más fuerte del mundo, ¿a que no?». Es amor, lleva siéndolo mucho tiempo. Debí reconocérmelo a mí misma en su momento, a Ridelmunt cuando tuve la oportunidad y a él,*

aunque no quisiera escucharlo.

—Nina.

Levanto la vista y veo a la mejor enfermera de Mountville colocándose la bata y haciéndose una coleta apretada.

—Abbie. —Me limpio las lágrimas y veo las suyas secas en las mejillas.

—Lora me ha llamado, ¿no ha salido nadie todavía?

—No, se los han tragado esas puertas hace rato y no han vuelto. ¿Es mala señal?

Buena no es, y no hace falta que lo diga con palabras, con una mirada basta.

—Volveré con noticias en cuanto pueda. —Me da un rápido abrazo y se aleja.

Lora no tarda en aparecer con Láhria. Si mi tristeza era un grifo antes de que llegaran, se cierra en cuanto veo cómo se encoge. La abrazo y no le aparto las lágrimas porque no dejan de llegar. Me quito la chaqueta y se la pongo por encima cuando ocupa el asiento entre Lora y yo.

—¿Se va a morir?

—No, claro que no cariño —le asegura Lora, pero yo no tengo las agallas de afirmarle algo que no sé, por eso cuando me mira su llanto crece.

—Tu abuela es una persona muy fuerte, Lay, y saludable, eso siempre es bueno —intento, pero no la calmo nada pese a que asiente e intenta apartarse las lágrimas.

—Está en muy buenas manos, hija —dice Lora—, no hay nada que se les resista a Nolan y Benedict.

Lay no termina de creérselo porque es muy inteligente y sabe que lo que ahora está, puede desaparecer en cuestión de segundos. *Eso lo aprendió poco después de llegar al mundo.* Pero hay algo que me aterra

aún más incluso que la repentina muerte de Ridelmunt, y es que su hermana pequeña lo culpe. Maddy Bayke me obliga a levantarme de la silla y arrodillarme frente a la de Lay.

—Los médicos no siempre pueden salvar a sus pacientes y eso no es culpa suya, ellos hacen todo lo que está en su mano para conseguirlo. Si alguien es capaz de salvar a tu abuela, no tengo ninguna duda de que son ellos dos, pero lo que suceda también depende del estado de Ridelmunt. Si su cuerpo tiene las fuerzas necesarias o no. ¿Lo entiendes, tesoro?

—Yo no quiero que se muera.

—Yo tampoco, Lay. —Le acaricio el pelo—. Y no vamos a pensar que ha pasado cuando todavía no la hemos perdido, ¿vale? Hay que tener esperanza.

Oigo sorber a Lora y la veo ladear la cabeza. Esperamos viendo enfermeros pasar de un lado a otro. Pienso en la forma de entretener a Láhria, igual que Lora, pero las ideas no es que brillen por su ausencia, es que iluminan la Vía Láctea.

—Voy a bajar a la primera planta a por algo de beber, ¿vale?

—No, no te vayas —me pide apretándome la mano como lo ha hecho su hermano mayor horas atrás.

Ninguno de los dos me estáis cogiendo la mano, sino robando el corazón. Menudo luto me espera cuando me vaya mañana.

—Tardaré muy poco. Piensa que con tantas lágrimas vamos a acabar deshidratadas, ¿y no queremos eso, a que no?

—Por favor, Nina —insiste y es como si alguien me pusiera botas de plomo.

Al final acabamos yendo juntas hasta el final del pasillo y traemos tres vasitos con chocolate caliente de una máquina expendedora, pero Lay ni lo prueba. *Obvio que no quieres, con el disgusto que tienes.* A mí me cuesta lo mío conseguir que el líquido dulce me pase por la

garganta con el nudo que tengo atravesándola, pero al menos sirve para calentarnos las manos porque el aire acondicionado está fuerte aquí y nos estamos congelando.

Nuestros ojos siempre vuelven hacia las puertas. Nadie sale de ellas en horas.

Láhria está dormida con la cabeza apoyada en mi regazo cuando me despierto y el reloj marca las tres de la mañana.

—Espero que sepas, que voy a usar la foto que te he hecho mientras dormías como postal navideña este año —dice Lora con una media sonrisa.

—Espero cobrar los derechos de imagen —le devuelvo el esfuerzo y pregunto con la mirada.

—Aún nada —dice en tono bajo para no despertar a la pequeña, dormida y aferrada a la piedra que le dio su abuela—. Es curioso lo mucho que se parece a su madre.

La miro y en ese asiento demasiado grande para ella, con su coleta rubia despeinada, Lay parece más pequeña de lo que es.

—¿Cómo era?

—Tan cariñosa como puede ser una persona, apasionada por la medicina como la que más y muy perseverante. Aunque con una debilidad atroz al sufrimiento de sus seres queridos. Sin duda, digna hija de Ridelmunt.

—Debió ser muy duro para ella perderla.

—La destrozó —sentencia desviando la mirada hacia un pasillo que refleja un pasado lejano—. Ninguna madre debería perder a su bebé. Aceptar algo así después de haberla acompañado en todas las etapas de su vida, de haberla visto convertirse en alguien tan excepcional como ella…

Acepto el pañuelo que me ofrece, pero no puedo parar.

—Aun así, a día de hoy estoy segura de que por quien más lo

sentía Ridelmunt no era por sí misma, sino por ellos dos —desvía la mirada hacia Lay y acaricia la pierna que le ha puesto encima—. Láhria era tan solo un bebé, tenía toda la vida para saber lo que había perdido en una noche. Pero Nolan tuvo que enfrentarlo entonces. De la noche a la mañana, su vida cambió para siempre.

El pañuelo arrugado en mi puño está empapado, pero todavía tengo mucho más que soltar. *Odio no haber estado allí. Odio no haberte conocido entonces.*

—Durante los primeros días, todo Mountville dudó si el dolor la sobrepasaría. Si la pérdida la haría distanciarse de Nolan, alejarse de todo para sobrevivir. Por suerte, Rid fue más fuerte que eso y se volcó en él al cien por cien. Lo ayudó a graduarse, a mudarse de villa y le cedió su parte tanto del control del resort como de la custodia de Láhria.

—¿Por qué hizo eso Ridelmunt?

—Supongo que para darle un propósito. Una responsabilidad. A veces es más fácil levantarse de la cama para cuidar a alguien que te necesita, que hacerlo por ti mismo.

Una vez más, vuelvo a estar en deuda contigo.

Por favor, Ridelmunt, aguanta.

34

Nolan-Kane

💌

Salgo con Benedict y mis pasos se frenan al ver a Nina con Lay y Lora. *Se ha quedado.* En ese momento sé que quiero verla allí donde vaya. Que me espere, que me acompañe, que deje que yo haga lo mismo por ella. Me arrodillo entre ella y Lay, no hace falta más que una caricia para que despierten.

—Nolan —Lay se aferra a mi cuello y llora somnolienta.

—Tranquila, se va a poner bien. —Le acaricio la espalda, pero su cuerpo tiembla con puro miedo.

Odio no poder alejarla de todo lo malo de este mundo, que los problemas siempre acaben salpicándola de un modo u otro. Cuando Nina coloca su mano sobre mi hombro, parte de la oscuridad desaparece.

—El reposo es fundamental, necesita descansar —les explica Benedict a las tres—. La tendremos vigilada a ver cómo responde a la medicación. Se despertará por sí sola dentro de unas horas, lo mejor es que os vayáis a casa a descansar.

Los ojos de Nina vuelan hasta los míos y me encoge el corazón la certeza que leo en ellos. «*Me quedo contigo si te quedas*».

—No me voy —asegura Lay—, quiero esperar hasta que despierte.

—Tienes que dormir un poco, igual que Rid, y prefiero que no lo

hagas en una de estas sillas.

—Cielo, ¿y si nos vamos un par de horas y volvemos cuando amanezca? —propone Lora.

—¿Puedo verla antes?

Benedict no duda, se lleva a Lay tras las puertas y aunque la verá a través de un cristal, estoy seguro de que la tranquilizará. Ambas necesitan más detalles, así que se las doy.

—Ha sido una inflamación del pericardio, una membrana que envuelve y protege el corazón. —Miro a Lora porque es más fácil, los ojos de Nina inundados de pena me matan—. También ha tenido un pequeño derrame pericárdico, que presionaba sobre el corazón y restringía la acción del bombeo.

—¿De verdad se pondrá bien? —pregunta Lora.

—Sí, de verdad. No va a dejarle secuelas y no hay nada que nos indique que volverá a repetirse, pero como ha dicho Benedict la tendremos vigilada.

—Nolan, es un alivio —Lora me aprieta la mano y yo le devuelvo el gesto mientras con la otra mano sigo acariciando la pierna de Nina.

Benedict vuelve con Lay y su madrina se la lleva. Me alivia saber que está en buenas manos, aunque sé que quiere quedarse, le convendrá airearse y salir de aquí.

—Vosotros también deberíais iros —dice Benedict—, puedo llamaros yo mismo cuando despierte.

—Gracias por todo lo que has hecho —le cojo del hombro, él pone los ojos en blanco y me abraza.

—Nina, ayúdame, entra a trabajar en poco más de cuatro horas y no está en condiciones.

—No voy a ir a ninguna parte —le repito.

—Escúchame, cabezón, Sawyer va a quedarse con Ridelmunt y Abbie tampoco se va a separar de su lado. ¿De qué mierda sirve tener

un equipo si el capitán no sabe cuándo echarse a un lado?

Tiene razón, pero… Una mano fría llega hasta las mías con suavidad. *Nina. Está helada.* Me doy cuenta de que he visto a Lay llevarse la chaqueta que llevaba.

—Vámonos —pide mientras me aferro a su mano—, una ducha y una hora de descanso. Ni siquiera habrá salido el sol cuando volvamos.

—Escúchala, es mucho más sensata que tú —Benedict insiste mientras yo no puedo dejar de mirarla.

La atraigo hacia mi cuerpo, noto cómo el suyo se relaja al momento y cedo.

—Una hora —digo y su sonrisa me hace querer devolvérsela, aunque aún no soy capaz.

Me pide las llaves de la camioneta y se las doy porque quiero verla tras mi volante. La lluvia es escasa, pero los golpes que da en los cristales es nuestra única música de fondo.

—¿Por qué te has quedado? —¿Por qué sigues a mi lado si lo único que hago es intentar apartarte?

—Ya sabes por qué.

Fantaseo con que sí lo sé hasta que llegamos a la villa.

—Primero voy a asegurarme de que te das una ducha y cuando estés metido en la cama, me iré —explica después de quitarme las llaves para abrir ella misma la puerta—. Volveré en una hora y quiero ser yo la que te despierte, así que nada de hacer trampas. —Tira de mí hasta la planta de arriba y yo la dejo.

—No te vayas —vuelvo a aferrarme a su cuerpo cuando estamos arriba y sus mejillas se tiñen de rojo.

Lo hacen aún más cuando me mira los labios.

—Tengo que hacerlo para que descanses —baja el tono—, ¿puedes por favor meterte en la ducha? He hecho una promesa que debo

cumplir.

Inclino la barbilla, le doy un beso en la frente y nos meto en el baño consciente de que nada ha dolido tanto desde que ella está aquí. De que hay una razón por la cual pude aceptar que ocupara la villa que llevaba diez años vacía. Esa que no quise para nosotros, pero sí para ella.

—¿Por qué te has quedado, Nina? —pregunto mientras la observo como el ser peligroso que es.

—Ya te lo he dicho —canturrea, coge una toalla del armario y la pone sobre el radiador.

—No, no lo has hecho —mi tono es brusco, pero ella no se percata.

—Porque os quiero, tonto. No podía irme sin más. —Sonríe para sí, ajena a lo que acaba de hacerme. Extiende la alfombra, abre el grifo y mientras el baño se llena de vapor, Nina se gira hacia mí con las manos en las caderas—. Vale, todo listo. No tardes en salir, ¿vale? Quitaré los cojines de la cama y me iré.

Le sujeto de la muñeca y freno sus pasos. Veo cómo su cuello de cisne se tensa cuando traga con dificultad.

—Eh, venga ya, no puedo ver cómo te desnudas —musita con una sonrisa triste—. Mira, a menos que quieras que el incidente en tu camioneta se repita, yo…

Choco contra sus labios y la beso hasta dejarla sin aliento. Lamo su lengua, la levanto en un segundo y mientras ella se aferra a mi cintura con las piernas, profundizo el beso. Le aprieto el culo, nos meto bajo la ducha y la presiono contra la pared. *Su cuerpo es demasiado suave para mis manos.* Gime cuando le muerdo el cuello a la altura en que su pulso late sin freno. Le arranco la camiseta del cuerpo. Sus pechos son mi perdición.

—¿Quieres que pare? —pregunto mientras la sujeto con una mano

y exploro su precioso cuerpo con la otra.

El calor no sale de mí, sino que entra en mí y es todo cosa suya. *Mi cura.*

—No, no pares —encuentra mi boca, pero se resbala por culpa del agua.

—Entonces debería…

—No hace falta —me atrae hacia sí cuando la deposito en el suelo —, tomo anticonceptivas. No pares, Nolan.

El miedo que golpea con fuerza junto a mi corazón no me deja recrearme tanto como querría en desnudarla. *¿Cómo es posible que no quiera irse?* En cinco segundos ya estoy embobado con todas esas curvas.

—Eres la mujer más increíble que he visto en mi puta vida.

Entonces es ella quien me abre la boca, quien bebe de mis labios. Sus caderas se mueven contra mi erección cuando la libero, su mano se mueve entre los dos y el sonido que nos arranca a ambos está a mundos de distancia de lo placentero. Es épico.

Agarro mi polla y acaricio su clítoris con la punta. Sus ojos me queman la garganta cuando entrelazo una de nuestras manos. *Daría todo porque fueras mía.* Me devuelve el apretón mientras su otra mano clava sus garras en mi espalda en un intento desesperado de acabar con la distancia.

—Juro que si no te das prisa, Nolan-Kane… —suena a gruñido y a súplica.

Tomo el control, le levanto una pierna, la embisto y me hundo en ella. Ambos palpitamos con intensidad. Sin barreras, Nina no tiene nombre. Lo que me hace sentir no lo tiene. Intento saborear cada segundo, pero ni siquiera puedo asimilar que esté pasando. *Acabas con todo el dolor, tú eres…*

—¿Qué has dicho? —pregunta con voz airosa, arqueando la

espalda contra la pared mientras me aferro a un cuerpo demasiado dulce para ser real.

—No he dicho nada. —Acaricio la cuenca de uno de sus pechos, subo hasta su pezón y ejerzo la presión exacta para que se retuerza como quiero.

Salir y entrar, salir y entrar. Qué puta maravilla. Acelero el ritmo, sus caderas me siguen como una sombra.

—Me has llamado «mi cura» otra vez.

—No lo he hecho —miento cerca de sus labios mientras compartimos un gemido sordo.

La penetro hasta llegar al fondo, le hundo las manos en el culo mientras nuestras bocas abiertas sueñan con fusionarse.

—¡N-Nolan…! —gime antes de perderse.

Tiembla contra mí, se sacude y me lo da todo una vez más. Siento su miel cálida mojando mi erección. La tensión del orgasmo crepitando sobre su piel, haciéndola mía. *Es perfecta, es preciosa.* Cualquier hombre en sus cabales podría correrse solo de verla, y todo el mundo estará de acuerdo en que yo no estoy en mis cabales. La miro hasta que me destroza, hasta que me puede, entonces la sigo. Me derramo dentro de ella y no distingo su orgasmo del mío. Es una conexión inexplicable que cada segundo es más fuerte. *Y es solo nuestra.*

—Gracias. —Pego mi frente a la suya.

Sus ojos brillan con diversión por primera vez en horas, muy lejos de entender a qué me refiero. Cojo el gel y la esponja, le aparto el pelo de la cara y vuelvo a besarla. De alguna forma, conseguimos salir del baño. Diecisiete minutos puede considerarse una ducha rápida, sin duda.

Me alegra que no diga de irse cuando la meto en mi cama y la tapo con las sábanas, y de que no me pida espacio cuando la atraigo

hacia mi pecho. Sus piernas se entrelazan con las mías, uno de sus brazos cruza mi abdomen y se aferra a mi camiseta. Durante una fracción de segundo, la loca idea de realmente poder cerrar los ojos y dormir un poco parece factible.

—Nada de hacer trampas, Nolan-Kane —murmura alzando la barbilla para mirarme—, cumple tu promesa.

No puedo hacerlo, lo siento. Lo he intentado todo, créeme, pero no puedo. Eres tú.

—U-una hora de descanso —añade parpadeando con rapidez.

—Claro, Nina. Una hora. —Le acaricio las costillas—. Cierra los ojos.

Lo hace y cuando se queda muy quieta, me esfuerzo en que mi respiración no la despierte. Solo así puedo disfrutar de mi hora mirándola, sintiéndome verdaderamente en paz conmigo mismo.

35

Nina

Nolan sale de la habitación y miro a Ridelmunt que sigue dormida en su cama de hospital.

—Tu nieto necesitaba tanto descansar que cuando nos hemos despertado sus ojeras parecían más profundas incluso que antes. Me ha costado un imperio no utilizar todas mis armas para comprarle otra hora de sueño, pero soy una chica de palabra. —*Motivo por el cual, debería irme ya. Justo ahora, que le he convencido para que vaya a lavarse la cara.* Sawyer ha bajado con Abbie a buscar a Lora y a Lay. *No habrá un momento más perfecto que este*—. Nunca se me han dado bien las despedidas. —Le cojo la mano, arrugada por miles de vivencias felices y amargas—. Me fui a la universidad una semana antes de lo previsto porque sabía que si no, no me iría. Lexi, Daisy y Amy se presentaron en Nueva Jersey al día siguiente, irónicamente tenerlas allí terminó haciéndome las cosas más fáciles. —Mi voz se rompe y el agua inunda mis ojos—. No va a haber nada fácil esta vez. Espero que me saques montones de defectos delante de Láhria, no quiero que piense en mí cuando no esté. Dios, va a ser una mujercita increíble. Cleo tiene mucha suerte, crecer con alguien así a tu lado te hace fuerte. —*Lo sé por triplicado*—. A Nolan… —jadeo y sorbo las lágrimas—, dudo que a él tengas que decirle nada. Lo nuestro siempre

ha sido de mutuo acuerdo. Pero si puedo pedirte algo, vigílalo, siempre es el último en quien piensa. Me preocupa lo que pueda traerle eso. Vive muchos años más, ¿vale, Rid? Podrías proponerte llegar a los ciento… —Mi corazón se precipita por un barranco cuando noto el apretón que da a mi mano—. ¿Ridelmunt? —Me pongo en pie —. ¿Puedes oírme?

—¿Ocurre algo? —Benedict entra en la habitación con el cansancio en cada rincón de su cara.

—Me ha apretado la mano. —Ambos la miramos, él sonríe y le coge la otra.

—¿Ridelmunt? ¿Puedes oírme? —pregunta en un tono suave que desconozco. Retrocedo un par de pasos—. Me da que vamos a ser los afortunados que la vean despertar. —Mira en mi dirección, pero yo ya estoy en la puerta—. ¿Nina?

—Gracias por todo, Benedict. Dale las gracias también a Abbie.

—Nina.

Me doy la vuelta y salgo al pasillo. Doblo la esquina justo a tiempo de ocultarme y verlos salir del ascensor a lo lejos. Lay lleva un globo rosa atado a la muñeca y se ríe de algo que le ha dicho Sawyer. Lora tiene el flequillo corto despeinado y un inmenso café en la mano. *Son perfectos.* Entran en la habitación y no espero a ver cuándo lo hace Nolan.

No puedo.

Vuelvo a mi villa caminando. El sol pegará con fuerza en unas horas, pero por el momento, la brisa del amanecer hace caer unos grados la temperatura. La hierba está mojada, oigo las piedrecitas crujir bajo mis pies a cada paso que doy sobre la carretera y me convenzo de que en Nueva York encontraré algo para mí. Nada parecido a Mountville, pero *algo*.

Aprieto la barandilla decorada cuando subo al segundo piso, abro

mi maleta y la lleno sin fijarme mucho en nada. Pongo la música y *Stay* suena de fondo, como si Rihanna me conociera más que yo misma. Dejo los cordones rosas que Daisy y yo compramos una tarde para Lay y que olvidamos por completo darle. Brillan en la oscuridad, creímos que le gustarían mucho.

Una espina se clava en mis manos cuando toco la tela azul del vestido, ese que tenemos igual. *Debería dejar el mío aquí, pedirle a Julio que se deshaga de él sin que Lay lo sepa. No puedo llevármelo conmigo. No puedo. ¿Soy una persona cruel?*

Mi avión no sale hasta dentro de varias horas, pero esperar en el aeropuerto me parece una idea mejor que hacerlo aquí. Estoy tan metida en mi cabeza que casi no oigo el frenazo del coche que ocupa mi parking, ni los pasos apresurados que lo siguen. Su olor dulce y masculino llega a mí antes de que me dé la vuelta.

—Creí que sería mejor perderte antes de empezar.

—Nolan.

—Que sería mejor a hacerlo después de tenerte, de amarte libremente. Pero siempre será demasiado pronto si se trata de ti. *Joder*, es evidente que contigo nunca será suficiente.

—¿De qué estás…?

—No te vayas, Nina. Quédate conmigo.

Trago con dificultad, de la misma forma que respira él. *Dios, es tan guapo, le brillan los ojos y cuesta mirarle directamente.*

—Si es por Ridelmunt, puedo hablar con Julio para que alargue unos días mi…

—Para siempre, Nina. Te quiero.

—¿Me…? ¿Cómo has dicho?

—Te quiero.

Lo ha repetido.

—Tener que cuidar a Lay y encargarme del resort me salvó en el

pasado, pero llevo tanto tiempo ignorando lo que deseo que creí que podría hacerlo una vez más, contigo. Me he esforzado en apartarte. Créeme. Lo he intentado todo porque te temo, porque tú lo eres todo, y porque te mereces a alguien mejor que yo, con una vida menos complicada. Dudo que algún día supere del todo la muerte de mis padres, tengo muchos problemas y mucho con lo que lidiar. Pero ahora estoy seguro.

—¿De qué estás seguro?

—De que no estar contigo es tan horrible como imagino que será perderte. De que prefiero ignorar que el castigo existe si así puedo estar a tu lado.

—Oh, dios mío. —Se me saltan las lágrimas.

—Al menos puedo hacer algo respecto a esto, ¿y quién sabe? Los hombres tenemos una esperanza de vida menor a las mujeres. Tal vez nunca te pierda.

—¿Ha-hablas en serio? ¿No te estás quedando conmigo?

—Trabajarás para la empresa de tus sueños como física teórica desde aquí, en Mountville. Lay, tú y yo nos mudaremos a esta casa, juntos.

Suena maravilloso. No puedo respirar. *Demasiado para ser real.*

Nolan clava una rodilla en el suelo y alza un anillo que me resulta más que familiar: uno dorado que cuenta con una piedra lila brillante.

—Nina Andrews, cásate conmigo.

—Eso no es una pregunta —sollozo mientras oigo en mi cabeza una voz que asegura que existe un antes y un después en la vida, y que justo en este instante, empieza mi después. *Después de enamorarme perdidamente de Nolan-Kane*—. Tienes que hacerme una pregunta.

—No, no voy a dejarte escapar. Esta vez no. —Sacude la cabeza con los ojos rojos—. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Me arrodillo—. Voy a casarme contigo,

Nolan-Kane. Y eso tampoco es una pregunta.

Casi no tiene tiempo de ponerme el anillo antes de que me lance a su cuello. Caigo sobre él, pero nada detiene el beso.

Entonces, nos fundimos en un solo ser.

Epílogo

Nolan-Kane

💌

Unas semanas después, en Inglaterra.

Es muy probable que me muera si sigo viéndola mirando en todas direcciones hecha un flan adorable que quiero comerme. *Encima con ese vestido rojo, me está poniendo enfermo.*

—¿Por qué estás tan nerviosa? —Le beso le frente.

—No podemos entrar sin ellas. Se nos comerán vivos y cuando digo *nos* me refiero a ti. Eres tan guapo y tan doctor, que no vas a durar ni cinco segundos. No debería haberte traído. Debería haberte protegido mejor.

Doctor. Diez, nueve…

—¿Y si ya están dentro? —finjo que solo he oído esa parte—. ¿De verdad no vais a planteāros nunca la idea de daros los teléfonos?

—Nuestras tradiciones son sagradas, no unas medias finas que rompes cuando tienes prisa y te vistes sin fijarte en que tus uñas son demasiado largas para ser tan bruta.

Le cojo las mejillas y me hundo en su boca. No me separo hasta que siento que su cuerpo se relaja de verdad, unos dos segundos antes de que me empalme.

—Prométeme una cosa.

—Te lo prometo.

—Perfecto, ¡pues vamos allá! —exclama. Le doy un suave tirón como respuesta cuando echa a andar en dirección contraria a la inmensa mansión—. Eh, creía que estábamos de acuerdo en marcharnos y no volver a sacar el tema de las cenas nunca más.

—Muy graciosa. —Le paso un par de dedos por la mandíbula y viajo con ellos hasta el borde de boca—. Pórtate bien o me veré obligado a hundir estos dos dedos en mi lugar favorito, sin importar cuántos se den cuenta de que esos gemidos no pueden ser por la sopa.

Se queda sin habla, con los labios entreabiertos y esos ojos verdes que me matan iluminando el puto jardín hasta el punto de hacerme dudar si esto es un boomerang y va a estallarme en la cara. Por suerte o por desgracia, no tenemos tiempo de comprobarlo.

—¡Nina! —Las tres hermanastras aparecen en escena, pero Lexi es la única que lo hace con acompañante.

Las cuatro se abrazan como si no se hubieran visto en años.

—Nolan, cuánto tiempo —Lexi es la primera en saltarme al cuello, pero las otras dos la siguen poco después.

—Bienvenido a la familia más loca de toda Inglaterra —dice Amy cuando la suelto.

—Somos un poco raros, pero valemos la pena —sigue Daisy—. ¿Cómo está Lay?

—Bien, aunque le gustaría haber venido.

—No sabe lo que dice —suelta Nina llevándose una mano dramáticamente al pecho.

—Hola, soy Nolan-Kane Taylor —le tiendo la mano al que probablemente va a ser mi único aliado en esta locura de fiesta.

—Nate Nowghar, soy el novio de Lexi —Me la estrecha.

—Encantado —digo, pero todas se echan a reír.

—No es mi novio de verdad —Lexi se apoya en su hombro—. Se

llama Brandon, cobra cien euros la hora y va a fingir estar enamorado de mí hasta las trancas. ¿Verdad?

—Desde que te conocí en Paris, no puedo pensar en nadie más que tú, Lex —dice cogiéndola por la barbilla.

—¿Por qué? —pregunto mirando a Nina confuso.

—Ay, cielo, pronto lo descubrirás —suelta Amy en tono melodioso —. Vamos a entrar ya, que solo falta que se pasen la primera media hora recriminándonos ser unas tardonas.

—Adelantaos un momento, quiero decirle una cosa —pide Nina. Entonces se vuelve dándoles la espalda y me coge una mano—. Sobre lo que has dicho de ponérmelo difícil… —se mete uno de mis dedos en la boca y lo chupa, asegurándose de que se marca bien en su mejilla.

La calidez de su lengua, las imágenes de anoche que vuelan hasta mi cabeza… se me da la vuelta el puto corazón.

—Joder, Nina —gruño cogiéndole la cara, sin poder apartarla del todo de mí.

Soy un puto débil.

—No hables de torturas a la reina del autocontrol sexual —sonríe —, ¿o es que acaso no te acuerdas de cómo empezó todo esto?

Del primer día, sí, lo recuerdo como si fuera ayer. Medio desnuda, se ponía crema por el cuerpo y ahora sé lo que estuvo a punto de hacer delante de mí. *Voy a cenar con una erección inmensa en los pantalones y eso ya es innegable.*

—Guau, sí que estás contento de verme —se burla.

Le doy la vuelta y la pego a mí, cortándole la risa de golpe. *La hostia con la fricción.*

—¿Estás seguro de que no va a ser peor el remedio que…?

No, nada seguro.

—Háblame de algo serio —pido mientras nos muevo, echando a

andar como bien puedo.

Ay. La. Hostia.

—¿Estás de broma? —Jadea—. Así no puedo pensar. —Se ríe.

—Nina… tienes un culo espectacular. ¿Te lo he dicho alguna vez?

—Sí, pero no me canso de oírlo. —Me mira por encima del hombro con una mezcla de picardía y sensualidad arrebatadora—. Que mi deseo no sea tan evidente como el tuyo no significa que no me esté empapando.

La quiero. La quiero tanto. Entramos en el castillo del siglo diecinueve y casi espero lo que me encuentro. Casi, pero no. Nosotros vamos bien vestidos, de etiqueta, pero todos los que nos encontramos llevan atuendos de dos siglos pasados.

—¿Es una broma?

—Sí, para ti y Nate —dice Amy—, mamá es una cachonda. Ya la irás conociendo.

—¿En serio? ¿Esto no es lo habitual?

—En absoluto —dice Nina acariciándome los antebrazos.

—Os tomará el pelo toda la noche —Lexi le da unos golpes en el hombro a Brandon-Nate y compartimos una mirada.

Las lámparas de araña inmensas, los grandes ventanales, la escalera central de mármol y los altísimos techos me dejan boquiabierto. No soy arquitecto, pero esto es un sueño para cualquiera.

—Tú nunca mientes —tiro de su brazo—, ¿por qué fingiste no tener dinero?

—Porque no lo tiene —dice Amy.

—Hay querubines en cada arco —señalo hacia arriba.

—A los dieciocho decidimos que queríamos sacarnos las castañas del fuego solitas y empezamos a trabajar —me dice—, desde entonces nos mantenemos solas. No te mentí, de verdad no tenía dinero.

—Y yo que pensaba que no podía estar más orgulloso de ti —le susurro al oído, aprovechando para morderle el lóbulo de la oreja.

Una mujer pelirroja con un vestido púrpura se abre paso entre el resto de invitados, extiende los brazos y camina hacia ellas nada más verlas.

—¡Mis niñas!

El abrazo es cálido, sincero y Victoria se gana mi aprecio inmediato. Hablan demasiado rápido y con un acento inglés muy marcado que las cuatro se han sacado de la manga y que hace casi imposible que las entienda. Los ojos de Nina enseguida me buscan, Amy le da un codazo disimulado a Lexi y entonces se acuerda de Nate.

—Mamá, te presento a…

—Gu-au. —Victoria suelta una carcajada que me recuerda a Nina mientras sus ojos azules me inspeccionan—, ¿tu cara es auténtica?

—¿Disculpe?

—Sí, mamá, no es ese tipo de doctor —Nina se pone roja—. Nolan, ella es Victoria Daughbeth. No es condesa, aunque tenga nombre de una. Mamá, te presento a Nolan-Kane Taylor.

—El hombre del que mi hija está perdidamente enamorada —extiende los brazos—, es un placer conocerte, Nolan-Kane.

Me acerco y me da un buen apretón.

—Es un placer para mí conocerla, señora Daughbeth.

—El placer es mío y Victoria está bien —me pone una mano en la mejilla—, es la primera vez que mi hija mayor me presenta a un chico, creo que la ocasión requiere dejar las formalidades a un lado.

Nina no había dicho nada de eso, supongo que por eso cuando la miro sintiéndome el imbécil con más suerte del mundo ella aparta la mirada, sonrojada. *En serio, ¿dónde hay un armario al que pueda llevármela y empotrarla?*

—Dime, Nolan, ¿es cierto lo que dicen mis niñas? ¿Fuiste tú quien

buscó justicia para mi hija?

—Sí lo es, mamá —dice Amy.

—Él consiguió que el cerdo de Trent y el capullo de Érenghor se quedaran sin trabajo —sigue Daisy.

—Y no nos olvidemos de la paliza que le dio a Trent cuando se presentó en un bar Mountville para llevarse a Nina —termina Lexi.

—Espero poder hablar contigo a solas largo y tendido en algún momento de la velada, Nolan —me da un apretón en la mano y luego se marcha.

—Mamá, aún no has conocido a Nate Nowghar —dice Lexi apresurada haciendo que vuelva a darse la vuelta—. Le conocí en Paris, en un congreso de ingeniería mecánica ultra interesante. Los dos cogimos el mismo folleto, empezamos a hablar y aquí nos tienes.

Victoria lo mira de arriba abajo y el ambiente se vuelve gélido. Le extiende la mano y el saludo es breve y meramente cordial.

—Nate, ¿qué es lo que más te guste de mi querida Lexi?

—Mamá, ¿cómo le preguntas eso? —interviene Nina—, le pones en un compromiso.

—Pfff, con todas las cualidades que tiene Lex—sigue Amy, igual de nerviosa.

—Sí, mamá, ni siquiera yo podría contestarte a esa pregunta que…

—Su pasión por los animales. La empatía que derrocha hacia ellos es lo que me hizo darme cuenta de que no iba a ser capaz de apartarla de mi lado nunca más —Nate corta a Daisy con lo que, a juzgar por la reacción de las cuatro, tiene pinta de ser una respuesta equivocada.

Victoria se despide con un gesto de cabeza y una mirada de desaprobación, y luego se marcha.

—¿Qué he dicho? —pregunta Nate.

—Dudo que mi forma de ladear la cabeza y decir «oh» a cada

perro mono que me cruzo en la calle pueda considerarse pasión —le dice Lexi—, pero no es culpa tuya, debería habértelo aclarado en el taxi.

—Lleva ya varios meses sin acabar de creérselo —Amy frunce el ceño preocupada—. Empieza a ser un problema.

Tiro de Nina hacia la chimenea y la mesa con copas de burbujeante champán recién servido.

—Ahora en serio, ¿a qué viene lo del novio falso?

—Mamá lleva tiempo presionándonos para que al menos una de nosotras le dé un nieto. No sé si se cree que tiene que buscar un heredero varón y que esto es Juego de Tronos o si de verdad quiere ponerse de rodillas y jugar en el parque, pero Lexi cogió la responsabilidad hace unos años. Contrata a alguien, hablan de matrimonio en la mesa, luego rompen y nunca más se vuelve a saber de él. Lo pagamos entre todas. Lexi hace el paripé, Amy y yo nos encargamos de elegir su ropa cara y Daisy se pasa días elaborando la historia personal y amorosa más creíble de la historia.

—¿Se ha pasado días para la historia del folleto? —Alzo una ceja —. Me estás vacilando.

—Eh, no la juzgues, van muchos ya. La originalidad es complicada a estas alturas y tiene una historia preciosa con su abuela viuda que no ha tenido oportunidad de contar. Esperemos que lo haga antes de los postres —replica, a lo que solo enarco la otra ceja—. Por favor, no dejes de quererme.

La carcajada rebota en mi garganta.

—Ha quedado claro ya, que no podría aunque lo intentara. —Le beso la frente y cuando nos damos la vuelta para volver con el grupo, un hombre con una copa vacía de champán está parado delante de nosotros.

—Hola —dice inexpresivo.

—Papá, ¡hola! ¿Cómo estás?

—Bien.

El silencio que lo sigue es lo que menos entiendo de todo lo que ha pasado hasta ahora. Nos mira, le miramos y nadie dice nada.

—Me alegro, yo también estoy muy bien. He conseguido un nuevo trabajo en Nueva York, aunque voy a trabajar a distancia desde Virginia. ¿Puedo presentarte a mi novio?

—Sí.

—Genial, genial. Nolan, él es Garret Andrews, se dedica a crear videojuegos alucinantes para una empresa inglesa muy importante. Papá él es Nolan-Kane Taylor, es médico y propietario de un resort impresionante al que tenéis que venir, sin duda.

—Encantado de conocerle, señor Andrews —le tiendo la mano, él la mira, la estudia y pasados unos segundos la acepta.

El agarre es tan flojo que casi no es un agarre.

—Encantado —dice.

Más silencio. Nos bordea y va directo al champán. Miro a Nina y se me van a salir los putos ojos de las órbitas. Ella sonríe, por algún motivo.

—¡Menudo éxito! Le has caído muy bien a papá. —Tira de mí y me saca de la sala cuando una mujer anuncia que la cena está lista.

—¿Hemos estado en la misma conversación?

—Él no habla mucho, pero sin duda, ahora eres de sus favoritos.

—¿Mucho? ¿No habla *mucho*?

—Acuérdate, has prometido no dejar de quererme.

La beso, porque no puedo resistirme y por todo lo que habrá tenido que pasar. *Tengo mucho que enmendar.*

—Los aperitivos son peores que la última vez que vinimos —dice una voz desconocida y nos frenamos en seco.

—Madre de Heather —me susurra justo antes de que se plante

frente a nosotros una mujer con las manos llenas de pasteles—. Tía Scoty, cuánto tiempo.

Cinco segundos después de que se pare frente a nosotros decido que no me gusta cómo mira a Nina. Mi espalda se estira sola y dudo si voy a poder resistir el impulso de llevármela a alguna parte, lejos de ese par de ojos.

—No demasiado, Victoria se está ablandando con la edad. Acabará por no ser más que una anciana emocional y los buitres de las financieras atacarán sin miramientos. ¡Ay, estas cenas mensuales sacarán lo peor de nosotros! Creí que al menos comeríamos bien, pero por lo visto he soñado demasiado alto.

—No lo creo —Nina empieza a tirar de mí—, dale recuerdos a Heather de mi parte.

La tía Scoty frunce los labios y sus ojos lanzan veneno cuando sonríe.

—¿Y esa indiscreción? —miro a mi novia orgulloso—. Nina Andrews, ¿y tus modales?

—Me los habrás quitado con tantos orgasmos. —Se para junto a unas antorchas encendidas y me coge las mejillas—. Nolan-Kane, esa mujer no tiene derecho a conocerte. Eres demasiado bueno para ella. Eres demasiado bueno para esta casa de locos.

Mis manos suben por su espalda, acercándonos más, pero mucho menos de lo que me gustaría.

—No estoy seguro de eso.

—¿Cómo dices?

—Deberíamos comprobar eso de que soy demasiado bueno. Somos científicos, ¿recuerdas? Podríamos poner a prueba tu teoría, yendo a un par de habitaciones… o a todas. Estoy seguro de que este castillo tiene cientos. —Me acerco a su oído y susurro—. Te aseguro que no vamos a irnos de aquí sin que te quite ese vestido y te haga olvidar

todas las cenas familiares pasadas que hayas odiado.

—¿Es una promesa? —Se muerde el labio acercándose a los míos —. Porque han habido muchas.

—Nina Andrews, guía mis pasos para que pueda demostrarte lo poco que me asustan los retos.

Epílogo extra

Nina

💌

Meses después…

El sexo sucio, sudoroso y pasional, del que casi no tienes tiempo de desvestirte y una vez lo haces te juras que no volverás a llevar ropa de ningún tipo… no debería ir de la mano del amor. *¿O sí?*

—Agárrate al cabecero —me embiste y juro que veo el paraíso, lo toco, lo siento dentro.

El calor viaja por mi cuerpo quemándome y sé que voy a salir ardiendo.

—Man-*ahhhh*-mandón. —Me quejo, pero obedezco porque me encanta. Me besa la clavícula, se resbala fuera de mí, un segundo después me coge el culo y pega mi cuerpo al suyo como si jamás fueran a despegarse—. Dios mío, ¡Nolan! —chillo.

Gruñe contra mi boca, nos besamos solo con la lengua descubriendo rincones desconocidos del otro. Gimiendo, se me contrae el cuerpo entero y estoy segura de que voy a romperme, pero es el orgasmo lo que estalla. Tiemblo como en mi vida, él me sujeta entrando más y más profundo, y es perfecto, es todo lo que necesito y necesitaré.

—Eres una fantasía —dice como si lo que ha visto fuera la misma

magia que yo he sentido.

—¿No te has…?

—Todavía no —sonríe como el maldito engreído-imposiblemente-fuerte que es.

—Nolan —me quejo y solo tengo oportunidad de mover las caderas contra él una vez.

Jadea, tira de mí y en posición sentada, me coloca sobre su regazo. Palpito tan fuerte que ni siquiera sé dónde estoy. *Todavía la tengo dentro. ¿Sigo corriéndome?*

—Esto no tiene puta lógica.

—Tú sí que no la tienes —respondo.

Me muerde el labio y me estremezco, el placer me machaca el alma, la destroza, pero quiero más. Es adictivo como él. Le pongo las manos en los hombros y me muevo, deslizando su polla fuera hasta que vuelve a entrar por completo. Se mete uno de mis pechos en la boca en cuanto tiene oportunidad, ataca mi clítoris en cuanto me despisto y maldita sea, se hace con el control de todo.

—No puedo esperar a que dejes de ser mi prometida —acelera el ritmo de sus manos y yo aprieto los músculos internos para reducir el espacio que eso le deja a su erección.

—Marido y mujer —gemimos a la vez—. Admito que me gusta cómo suena, Nolan-Kane.

Succiona con fuerza y ya estoy a punto.

Lo empujo hacia atrás hasta que lo tumbo y yo quedo encima, mi pelo haciendo de cortina aislándonos del mundo. Deja de ser tan fuerte, su disciplina y autoridad se arrodillan ante mí y cuando acelero el ritmo él me sigue. *Casi tengo otro orgasmo en el puto sitio.* Una familia, los cuatro juntos. *Me vuelves loca.* Me hunde las manos en el pelo, me atrae hacia sí y me besa como si la necesidad irrefrenable fuera involuntaria también para él.

—Te amo, Nins. —No puede parar de decírmelo y esas dos palabritas todavía siguen siendo una maza directa a los pulmones, que me lo arrebatan todo y también me lo dan.

Centímetro a centímetro acaba conmigo, pero esta vez me lo llevo al otro lado. El temblor es intenso, el gruñido ronco que sale de su garganta es fuerte y me llega hasta el hueso mientras la sensación me pone los ojos en blanco. Se aferra a mí con fuerza y juro que necesito que se pare el tiempo para siempre. Una eternidad. ¿Más que eso? Nuestro orgasmo se sincroniza y se estira como un chicle pegajoso, promiscuo y perfecto.

Me desplomo sobre él y sus manos me acarician mientras recuperamos el aliento.

—No me mires así —le pido porque tiene los ojos brillantes y melosos, y me gritan amor en todas direcciones—. ¿Quieres que llore?

—No, de eso nada. —Me tumba de lado, enterrando una pierna entre las mías—. Voy a hacerte muy feliz, Nina Andrews.

—Taylor, Nina Taylor a partir de esta tarde.

Sonríe, el hoyuelo aparece, y luego entierra la cara en mi cuello. *Se derrite. ¿Me voy a morir?* Me acaricia el abdomen con un cariño que me desborda y que a día de hoy tengo que convencerme que me merezco. Un bebé. Lay iba a tener a alguien de quien cuidar y estaba entusiasmada.

No fue ningún accidente. En el momento en que empezamos a vivir como una familia, no pudimos resistirnos a la idea de agrandarla. *Quiero todo lo que Nolan-Kane quiera darme. Solo agradezco que todavía no se me note y poder entrar en el despampanante vestido de novia que Sawyer me consiguió.*

—Deberíamos ir ya a la ducha —digo, pero lo único que consigo es que se tumbe sobre mí y me aprisione de la forma que más me gusta.

—No —me besa la nariz, la barbilla y la oreja—. Aún no.

—Benedict vendrá en siete minutos y no puedes irte a trabajar en este estado. —Le rodeo la cintura con las piernas porque soy una mujer débil.

—Juro que solo trabajaré una hora. Sesenta minutos.

Le necesitaban a él y solo a él. No pude oponerme, ya voy a quedármelo todo para mí las próximas semanas. Me besa el cuello, los labios, sus manos acarician mis costados y yo le abrazo como un koala desesperado.

—Tranquilo, tarda lo que necesites, yo tengo mucho que hacer. —El pelo, llorar de emoción, las uñas, flipar un rato largo de que esta sea mi vida, el vestido…—. Pero no llegues tarde o me casaré con Julio.

—Siempre he sabido que pese a su perfección, llegaría el día que tendría que despedirlo por intentar levantarme a la chica. —Chista la lengua.

—No puedes competir con su amabilidad desbordante.

Sus iris se vuelven llamas azules que lanzan chispas en todas direcciones. Nos levanta, nos mete en la ducha y demuestra una vez más que Nolan-Kane no tiene, ni tendrá, competencia alguna.

Casi no puedo andar cuando salimos de *nuestra* villa y veo que Benedict ya está junto a su camioneta.

—Buenos días, Benedict. —Sonrío—. Sawyer.

—Qué guapa estás joder, Nina —dice Sawyer por lo bajo—. ¿Seguro que quieres casarte con Nolan?

—Sí, todavía estás a tiempo de rectificar —dice Benedict tapándose los ojos del sol.

—¿Lleváis mucho esperando? —Nolan ni los mira, está muy ocupado comiéndome la cara.

—No más de lo que se esperaba, doctor lujuria —Benedict finge

irritación como puede, pero no oculta muy bien la sonrisa—. Por eso mentí con la hora. Sube al coche antes de que nos achicharremos vivos.

—Un hombre sabio, sin duda —alzo las cejas.

—Me siento traicionado —dice Nolan agarrándome de la cintura.

Le doy un manotazo cuando veo sus intenciones de volver arriba.

—Sube al coche antes de que se haga tarde de verdad —le ordeno.

—Que man-*ahhh*-mandona —susurra el muy cretino insoportable.

—Te amo. —Le beso—. A vosotros también os quiero. Como alguno de los tres llegue tarde a la ceremonia seré Julia Roberts en Novia a la Fuga. ¡Avisados estáis!

—Saldrá del hospital cincuenta y nueve minutos después de que entre, palabrita de Boy Scout —promete Benedict.

—Yo he traído esposas de Louis Vuitton, por si tengo que sacarlo a rastras —Sawyer le guiña un ojo a Nolan.

—Aleja eso de mí, ¿quieres? —gruñe bajando los escalones, sin soltarme hasta que no le queda más remedio.

La fiesta va a ser súper épica. Mis damas de honor: Amy, Daisy y Lexi, habían dado tanta guerra como los ayudantes de Nolan: Benedict, Sawyer y Lay. *Mountville no sabe lo que se le viene encima.* Les despido y me quedo mirando el vehículo cómo se va haciendo más pequeño hasta que desaparece.

—He dejado de contar los días porque ahora todos los días cuentan. —Me limpio las lágrimas, me calzo las chanclas y salgo en busca de la villa más peligrosa de todas.

Golpeo la puerta de cristal con los nudillos poco después, porque está muy cerca

—Mírala, menuda cara posorgásmica que trae —dice Amy con solo unos shorts Denim, un bikini fucsia y S&M de Rihanna de fondo.

—¡Feliz día de tu boda! —Daisy se me lanza encima y me arrolla

con toda su aura adorable.

¿Aura? ¿Quién ha dicho eso?

—Nolan ha sido muy amable al dejarnos esta villa por la cara —Lexi me pone un collar de flores como si estuviéramos en Hawái.

—Lo que supone tener mucha pasta… —dice Amy robándole el mojito a Daisy, la parte que no haya tirado al suelo en nuestro sentido abrazo.

—¿De verdad ha reservado el resort entero para Mountville toda la semana? —pregunta la víctima del hurto.

—De verdad, regalo de boda —hago una reverencia, aunque fue todo idea de Nolan.

Gritan, saltan, me ponen un mojito en las manos y suben la música hasta que Daisy se vuelve la voz de la razón.

—Tenemos mucho que hacer, ¡a ver esas uñas!

—¿Has decidido ya qué color quieres? —pregunta Lexi—. Debes pensar que si eliges mal, tal vez siente un precedente para tu matrimonio.

Le doy un manotazo en el culo y escojo un rosa perla clarito, pero iridiscente. En ese momento llegan las invitadas de honor que faltaban: Lay, Ridelmunt, Abbie, Lora y por supuesto, Sherlock.

—¿No habréis empezado sin nosotras, no? —pregunta Lora.

La villa se llena de alegría. *Lexi tuvo una idea genial al proponer dejar el maquillaje para lo último, no voy a dejar de llorar.*

—No nos atreveríamos —dice Daisy repartiendo flores.

—Ahora sí que podemos empezar —Amy le pone un zumo a Lay en las manos mientras Lexi reparte bebidas más divertidas a las adultas.

Lora es una maestra de la manicura, es otro de sus muchos talentos, así que cuando dice de encargarse de las mías no me opongo. *Sobre todo, porque soy un flan que no deja de temblar y lo único que*

podría hacerme yo es un estropicio.

—He comprado una cosa —Lay aparece frente a mí con las manos a la espalda, la cabeza gacha y una timidez que casi había olvidado—, no tienes por qué usarla si no quieres. No sé si es muy de boda.

Me agacho frente a ella y le levanto la barbilla. *De verdad qué ojazos tienes.*

—Si lo has escogido tú, seguro que sí. —Le acaricio el pelo—. Vamos, tesoro, enseñármelo.

Me tiende un esmalte de uñas rosa pastel con corazones brillantes con toda su ilusión.

—Lo hablé con Sawyer —empieza—, pensé que combinaba bien con las decoraciones de tus hombros porque también brillan.

Me recuerda a nosotras.

—Es perfecto, Lay. —Me lo llevo al pecho intentando contenerme para que no flipe de lo que me hace—. ¿Esto significa que aceptas que me case con tu hermano?

—Pfff —se cruza de brazos y sonríe—, como si no te lo hubiera dicho ya mil veces.

—¿El qué?

Se lanza a mi cuello y me estrecha entre sus brazos tanto como puede.

—Me alegra que sea oficial.

Se me desbordan las lágrimas de los ojos, sobre todo al recordar aquella tarde.

—¿Vas a ser mi familia? —pregunta sentada en su flotador, junto a la piscina, con una expresión que no consigo descifrar.

—Sí, ese es el plan —toqueteo el anillo—. ¿Te parecería bien?

—Nolan es mi hermano mayor, ¿eso quiere decir que tú también serías mi hermana?

Sacudo la cabeza tragándome los nervios. Le cojo la manita.

—Tesoro, no quiero que te sientas incómoda, pero no es esa la posición que me gustaría ocupar en tu vida.

—¿Qué quieres decir? —pregunta con ojos brillantes.

—Si te pareciera bien, me gustaría ser tu madrastra. Sé que puede ser raro o un lío, ya que en ningún caso Nolan es tu padre, pero…

—No es raro, me gusta. —Se limpia las lágrimas—. Sí que quiero.

—¿De verdad?

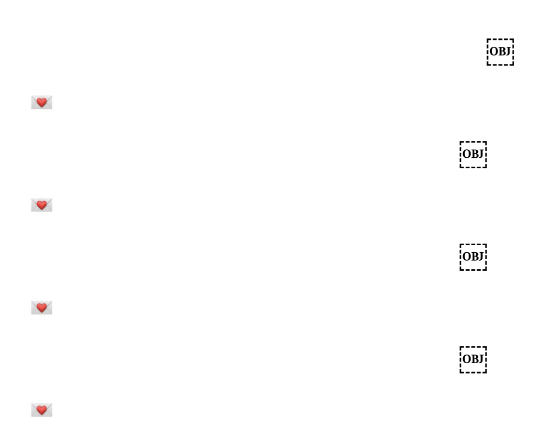
—Sí, quiero que seas mi madrastra. —Me abraza, piso el flotador y me desequilibro.

Mis manos llegan a cubrir su cabeza justo antes de que caigamos juntas al agua. Entro en pánico cuando la oigo llorar.

—¿Estás bien? ¿Lay, te has hecho daño?

—No —se aferra a mí—, es que estoy muy contenta de que vayamos a ser familia.

Nolan sale corriendo de la villa con la camiseta a medio poner y la preocupación en su bonita cara. Lo entiende todo, no sé cómo, pero lo entiende.



Miro a las tres personas que siempre se las ingenian para dar luz a mis peores y mejores momentos y se me llenan los ojos de emoción. El azul les sienta genial, creo que nunca he visto a un trío más bonito.

—Estáis preciosas, escogimos muy bien los vestidos.

—Tú eres una princesa de cuento, Nina —dice Daisy mientras me aferro al ramo como puedo en un intento de controlarme.

—No se vale llorar —gruñe Amy parpadeando de más.

—Guau, de verdad vas a casarte —jadea Lex—, la vida pasa demasiado rápido.

—Hace nada éramos unas crías —sigue Daisy—, y dentro de unos meses vas a tener un bebé.

—No se vale llorar —insiste Amy cuando empezamos a desmoronarnos.

—Vas a ser una madre genial —dice Daisy.

—Ya es madre y está claro que es una genial, Lay la adora —dice Lex.

—Me cago en todo —gime Amy en el tono más agudo que le he oído en la vida mientras se aparta las lágrimas—. Venid aquí.

Nos abrazamos apoyando la cabeza las unas en las otras.

—Me siento muy afortunada de que me estéis acompañando en esto. Nunca podría hacerlo sin vosotras. Os quiero muchísimo.

El sollozo de Amy gana incluso al de Daisy. *Si es que al final somos todas unas blandas.* Lora aparece para llevarse a Lexi, oigo la música, la ceremonia empieza ya y las damas de honor son las primeras en desfilar.

La vida no se detiene.

No puedo esperar a ver lo que nos tiene preparada.

Nota de la autora

LMR

￼

💌

¡Hola-hola!

Me alegra mucho que hayas llegado hasta aquí. Soy LMR (Laura Moreno Romero) y espero de corazón que hayas disfrutado de mi nueva novela ***Nolan-Kane****, si es así, no olvides dejarme una reseña en Amazon :D ayuda mucho, mucho.*

*Estas historias son posibles gracias a cada lectora, y por eso estoy tremendamente agradecida *****llora en cursi*****

Ahora dime, ¿te gustaría leer la historia de Lexi? ¿De Daisy? ¿O de Amy?

Leeré todos vuestros comentarios para saberlo.

En caso de que quieras hablar directamente conmigo

*Mi Instagram es: lmr_author_*

Además, me alegra hacerte saber que dispongo de muchas otras novelas en Amazon, algunas de fantasía y otras de romance contemporáneo como Nolan-Kane.

Gracias una vez más.

Nos leemos pronto.